

"LA CULTURA ARGENTINA"

---

PEDRO ECHAGÜE

---

# Memorias y Tradiciones

---

Con una introducción de  
NARCISO S. MALLEA

---



ADMINISTRACIÓN:  
VACCARO, Avenida de Mayo 638, — Buenos Aires  
1922

**E  
X  
L  
I  
B  
R  
I  
S**



**Lily Sosa de Newton**

## **MEMORIAS Y TRADICIONES**

.

## PEDRO ECHAGÜE

Nació en Buenos Aires el 8 de octubre de 1821, donde comenzó sus estudios, pronto interrumpidos por la tiranía, que le obligó a emigrar a fines de 1839.

En la proscripción colaboró en la prensa de Montevideo y luego tomó parte en las campañas de los ejércitos unitarios, hasta que pasó a Bolivia, después del desastre y muerte de Lavalle, recorriendo más tarde los países del Pacífico.

De regreso a la patria cultivó el periodismo y las letras, mereciendo ocupar un sitio distinguido en la historia del teatro nacional. Sus principales obras fueron publicadas en dos tomos por "La Cultura Argentina" (Buenos Aires, 1922), con los títulos *Teatro* y MEMORIAS Y TRADICIONES.

Don Pedro Echagüe falleció en San Juan, el 5 de julio de 1889.

**"LA CULTURA ARGENTINA"**

---

**DEBRO FENARÜSE**

---

# **Memorias y Tradiciones**

---

Con una introducción de  
NARCISO S. MALLEA

---



**ADMINISTRACIÓN:**  
**VACCARO, Avenida de Mayo 658, — Buenos Aires**  
1922



# **INTRODUCCION**





## INTRODUCCIÓN

Alrededor de medio siglo ha transcurrido (para las unas más, para las otras menos) desde que las obras literarias del escritor-soldado que "La Cultura Argentina" recoge e incorpora en este tomo al acervo intelectual del país, vieran por primera vez la luz. Todas ellas, — las que contiene el presente volumen, las que forman el anterior denominado *Teatro*, y algunas otras que se perdieron (1)—fueron impresas en pobres imprentas de San Juan y lanzadas casi exclusivamente a la circulación local, en reducido número de ejemplares. De D. Pedro Echagüe ha dicho con verdad uno de sus biógrafos, que fué algo así como "un Robinson literario, siendo San Juan su correspondiente isla desierta". En efecto: circumscripta la difusión de sus libros a la provincia andina, apenas si algunos de estos llegaron a leerse fuera de ella, o fueron conocidos por contemporáneos ilustres como Mitre, Ambrade, Juan Carlos Gómez y Juan María Gutiérrez, que les dedicaron juicios laudatorios en cartas al autor. Fragmentos de esas cartas, que transcribiré más adelante, no se publicaron jamás sino en la misma San Juan. De manera que aquellos trabajos y aquel nombre quedaron, por el espacio de diez lustros, prisioneros en la isla solitaria...

Que D. Pedro Echagüe sintió el dolor de la ingratitud y del olvido que sobre él cayeron en los últimos años de su vida, tras de tanto y tanto bregar con el heroísmo y el desinterés propio de los hombres de su generación, por la libertad política y el progreso espiritual de su patria, lo dicen bien claro numerosos pasajes de sus libros. Como dicen también su esperanza en la justicia de la posteridad. "Dejo cuatro hijos, algunos versos y unos cuantos libros que acaso señalen alguna vez mi pasaje por el mundo", escribió en el prólogo del libro tercero de los *Apuntes de un proscrito*. En la dedicatoria de una pieza en un acto titulada *Los niños*, que, según he referido en otra parte, compuso para colegiales, — y uno de cuyos intérpretes fui yo mismo, — su melancólico lamento crepuscular, al par que su fé en la recompensa póstuma, se manifiestan así: "Yo, pobre poeta, relegado a vivir de recuerdos, sabo-

---

(1) Un depositario infiel, a quien D. Pedro Echagüe le confió, poco antes de su muerte, la única colección completa que de sus obras existía, a objeto de que las hiciera imprimir, ni cumplió su mandato ni devolvió jamás el depósito, no obstante los reclamos que le interpusieran repetidamente los herederos del autor. Sobre este despojo complicado de infidencia, el hijo de Echagüe posee una abundante documentación que se propone publicar.

reando a cada paso un desengaño, bien conozco que no es éste el tiempo en que por aplauso a mi lira suene otra ilra; pero la tierra tiene a media vara de profundidad una superficie de igualdad, desde la que suelen reaparecer los nombres de aquellos que, en su tránsito por el mundo, alcanzaron menos de lo que merecieron. Esto que dejo dicho constituye solo una esperanza de ultratumba... Pero al fin es una esperanza, y se sabe que los poetas sueñan hasta con la posteridad". Y por último, al publicar sus versos en 1877, bajo el título de "Ecos Postremos", presintiendo ya su muerte, expresa de este modo su quebranto, cual si al ir a penetrar en la tiniebla volviera todavía una vez los ojos a la luz... "Si inconvenientes ajenos a mi voluntad me impidieron hasta el presente la realización de tal propósito, (continuar una serie de libros que tenía comenzada), no por eso me divorciaron de la esperanza de dejar un débil rastro de mi vida, antes de emprender la ausencia sin término. Las tempestades dicen su adiós con el último trueno o el último rujido de los vientos: el alma de los que padecieron, da su adiós a la existencia con un triste suspiro".

¡Los que alcanzaron menos de lo que merecieron!... D. Pedro Echagüe fué en verdad uno de ellos. Sus luchas, sus sacrificios, sus amarguras, no conocieron recompensa; ni siquiera la caricia, tan dulce a los poetas del aura que provoca el batir de alas de la gloria. Su vivir fué una continua brega. Salía apenas de la adolescencia, cuando perseguido por Rosas tuvo que emigrar, abandonando todos sus amores: la patria, la familia, la ambición juvenil. Durante su destierro, sabe que su padre—Sargento Mayor de la guerra de la independencia a las órdenes de French, — ha sido victimado por seides del tirano. Largos años erra por extrañas tierras, combatiendo con la pluma al asesino de su padre y opresor de su patria, en todas partes donde pudiera fundar o redactar un diario, desde Montevideo hasta Quito. La flor de su juventud se malogra en este doliente vagar a través de cordilleras y desiertos. Vuelve a su país para seguir luchando contra el despotismo con la espada, y gasta en el empeño lo que le resta de mocedad, sirviendo primero con Lavalle, con La Madrid y con Acha en los ejércitos unitarios; luego con Mitre en la obra de la organización nacional.

Pero ¿a qué evocar nuevamente aquí la acción militar y civil de Echagüe, que con tan abundante información y seguro criterio han rememorado ya Luis Jorge Fontana y José Chirapozu, en biografías que cobran al presente la importancia de actos de justicia histórica? Básteme recordar que este hombre, que mientras duró su larga y trepidante acción hubo de ejercer todas las profesiones: desde militar hasta maestro de escuela; desde médico (nombrado por el gobierno de la Rioja), hasta juez (nombrado por el gobierno de San Juan para entender en el asesinato del gobernador Videla); desde periodista hasta autor dramático y desde Inspector de enseñanza hasta ministro provincial, encontró todavía manera de escribir poesía, novelas, comedias, memorias y textos educacionales, es decir, de convertirse, hacia el ocaso de su vida, en sembrador de cultura, en creador artístico, en obrero del espíritu.

Contiene este libro una parte de obra tan vasta y proteiforme. Era justo y necesario sacarla del olvido para ofrecerla a los estudiosos como un valor representativo de la época y de

los hombres que en ella se reflejan; época y hombres cuya mas típica personificación es el propio autor. Pero la producción literaria de D. Pedro Echagüe tiene un positivo valor artístico, fuera del documental. Lo dijeron en su hora voces eminentes, en juicios que conviene recordar junto con los libros que los provocaron. Así Mitre, quien en la carta-prólogo de "Mártires Argentinos" le escribía a Echagüe en 1875: "En Mártires Argentinos" los tintes de la imaginación se armonizan con los recuerdos de la historia y los elevados sentimientos que caracterizan esa época memorable de sacrificio, de lucha y de dolor. El verdadero interés del libro consiste en su parte histórica, que refleja algunos de los inmortales episodios y grandes caracteres de la heroica lucha de la libertad contra la tiranía en que Ud. fué soldado de la buena causa, y en que se bosquejan las nobles figuras de Lavalle, de La Madrid, de Acha y de Avellaneda; y se relatan con animación y exactitud de detalles, las derrotas y victorias de los ejércitos libertadores, la campaña de Tucumán, la batalla de Angaco, la emigración a Chile a través de la cordillera, y otros hechos sobre los cuales nada o muy poco se ha escrito, y que merecen vivir en la memoria de todos. Le doy a Vd. las gracias por los grandes recuerdos que en mi alma de argentino ha despertado".

El volumen de poesías "Ecos Postreros", al que aludí al comenzar, trajo también, a su aparición dos cartas-prólogos: una de Juan Carlos Gómez, otra de Olegario V. Andrade. El primero decía en la suya: "Es indisputable mérito el de haber cultivado flores de poesía en medio de la espantosa borrasca que azotó nuestra juventud. De ellas trascenderá siempre el perfume de sentimientos y melancolías que marcan con un sello especial todas las cosas de aquella época de grandes dolores y de grandes virtudes. Yo he aspirado en sus versos de Vd. ese perfume" La carta de Andrade es extensa y desarrolla sus apreciaciones en un penetrante análisis del que extraigo los siguientes fragmentos: "Predomina en sus composiciones el sentimiento de la patria, mezcla de congojas y esperanzas, de recuerdos y presentimientos que le inspiran de vez en cuando robustas y fogosas estrofas. Ese sentimiento varonil, impetuoso, que rebotaba en el alma de Mármol en las horas inquietas del destierro, que vibró en la lira de Juan María Gutiérrez, como los salmos vengadores del profeta en el arpa enlutada de la patria, ha sido siempre fuente copiosa de inspiración entre los poetas argentinos. Su canto de Vd. a Mayo, es digno del asunto, grito espontáneo del corazón saludando a través de los tiempos, los hombres y los sucesos de nuestra edad homérica. Hay en él una viril entonación y una noble idea que no puedo menos que aplaudir. Alentar la virtud, glorificar el trabajo, suspirar por la patria perdida, o bendecirla al reaparecer como un astro eclipsado, es una intención generosa y simpática que merece el aplauso de todos los hombres bien intencionados; ella palpita en sus versos y se exhala de ellos como un perfume espontáneo y purísimo".

Ignoradas como las obras que las motivaran, han quedado, mientras corrió el último medio siglo, las apreciaciones precedentes. La crítica y la historia literaria discurrieron doctamente sobre escritores desprovistos de todo mérito y compilaron apresuradas sus lucubraciones en antologías voluminosas y vanas. Hasta que el señor Ricardo Rojas descubrió por fin a Echagüe y

habló de él en "Los Proscritos". A decir verdad, el distinguido polígrafo no hace sino referencias titulares a los libros que aquí se publican bajo el nombre de "Memorias y Tradiciones", y que acaso no haya tenido ocasión de conocer. Pero su mención del nombre del autor en la "Historia de la Literatura Argentina", ha sido el punto de partida del movimiento reparador que recientemente se ha iniciado en torno de aquél; movimiento al cual se asocia La Cultura Argentina, haciendo honor a los propósitos y al nombre que lleva.

Es llegado el momento de afirmar con los textos a la vista, como Mitre y Andrade lo afirmaron a su tiempo, que la obra literaria de D. Pedro Echagüe tiene un incontestable valimiento. Sus "Mártires Argentinos" y sus "Apuntes de un proscrito", son la historia vivida y psicológica de toda una generación de argentinos — acaso de la más idealista, generosa y heroica que después de la de la Independencia haya producido nuestro pueblo —. Su novela "La Chapanay", es a la novela nacional, lo que el drama "Rosas" es a nuestro teatro: una pieza fundamental, un punto de iniciación, una fuente madre. (1) La lectura del presente tomo mostrará el martirologio de los unitarios, la miseria errante de los proscritos y el idealismo inextinguible de unos y otros; todo ello bajo las formas vivientes y emocionadas de las "Memorias", que tienen el valor testimonial de la historia, sin su frialdad expositiva. Se trata, pues, de arte de la mejor ley; del que extrae substancia de su propio dolor, como quería Musset.

Por lo que se refiere a "La Chapanay", se verá que es este uno de los libros más genuinamente nacionales con que cuenta nuestra literatura. Ambiente, personajes, costumbres, paisajes, sentimientos, todo eso se deriva en él de nuestra geografía física y humana. Aquel gaucho-hembra, especie de Quijote de las travesías cuyanas, según lo clasifica el propio autor, viene a ser un retoño indígena, — nacido tal vez en la imaginación popular, y por lo mismo rico de significado artístico y folk-lórico — del Caballero de la Triste Figura que, como la Chapanay en los yermos de San Juan, defendió caminantes en las llanuras de Castilla. Fúndense en él el sentimiento religioso y el caballeresco. Y pasa, jinete en su mula por nuestros campos desolados, que el autor evoca en vastas visiones panorámicas, socorriendo menesterosos y desfaciendo entuertos. Si para llamarse nacional una obra literaria ha de nutrirse en la tradición espiritual de una raza, reflejando al mismo tiempo los accidentes del medio físico y moral en que ella vive, declaro que no conozco novela más profunda y al mismo tiempo más pintorescamente nacional que "La Chapanay" ¿Lo comprenderán al fin así los críticos e inventariadores de nuestros orígenes literarios?

Prolongación y accidente de los "Apuntes de un proscrito" la novela corta "Amalia y Amelia" que encierra este tomo, es un relato de savia trágica, comparable a la historia de los Atridas, según observa el mismo Echagüe. Reaparece allí el autor dramático que compuso "Rosas", influenciado por la truculenta es-

---

(1) Véase, con respecto al significado histórico y artístico del teatro de Echagüe, el excelente estudio que de él ha hecho el Dr. Ataliva Herrera en un folleto titulado "Un precursor del teatro argentino" (Bs. Aires 1922).

cuela escénica que entonces imperaba. Y reaparece también el escritor romántico, el escritor de su época que fué de exaltado romanticismo en Francia, en España y por repercusión en América. Aquel Reynal pálido y desesperado, que atraviesa la existencia perseguido por una fatalidad implacable, no es único en la obra de Echagüe ni en la de los demás escritores de su tiempo. Es un tipo representativo, y por decirlo así, climatérico, del momento. Como él fueron por entonces los héroes, tanto de la realidad como de la novela. Como él fueron los proscritos. Como él es el protagonista de una comedia de Echagüe "Amor y Virtud" que no ha sido todavía reeditada y que, por mi parte, estimo como la mejor de las suyas. Y este persistente revivir de un personaje de idéntica contextura moral en la literatura de nuestro autor, comprueba la importancia psicológica y documentaria (ambas consecuencias de la artística) que la misma envuelve. No será posible estudiar en el futuro las influencias que ejerció la escuela romántica sobre los actos y sobre las letras de la generación de 1830, sin tomar en cuenta en primer término la vida y las producciones de D. Pedro Echagüe.

Plenas de substancia artística pensante y humana, se revelan ahora una y otras a los ojos de la posteridad. Quien así trabajó y así penó para morir en el olvido ¿cómo no había de "emprender la ausencia sin término" desencantado y triste? Pero él tuvo razón después de todo. Los hechos están demostrando — y este libro es una prueba de ello — que, como él lo dijo, "la tierra tiene a media vara de profundidad, una superficie de igualdad desde la que suelen reaparecer los nombres de aquellos que, en su tránsito por el mundo, alcanzaron menos de lo que merecieron"...

NARCISO S. MALLEA.

Buenos Aires, junio de 1922.



## **MEMORIAS Y TRADICIONES**





# **APUNTES DE UN PROSCRIPTO**

---

**TOCONAO**

---

**LIBRO PRIMERO (1878)**

---



## I

Aun cuando la distancia que me separaba de la patria era a tal punto respetable, que muchas veces me había hecho considerar casi imposible el regreso a su seno, aquel fascinante sol, tan ardiente en la juventud, ¡la esperanza! avivaba mi deseo y fortalecía mi espíritu.

En una de las pocas ocasiones que llegó a mis manos uno de los periódicos que se publicaban en Entre Ríos bajo la protección del general Urquiza, tuve motivo para comprender la actitud definida que aquel hombre asumía contra el tirano a quien antes había sostenido con fanática lealtad. Esto acontecía a fines del año 51.

Entre los varios argentinos a quienes la casualidad había reunido en la ciudad de Tacna, hallábase un buen tucumano, hombre de unos cuarenta años, que en calidad de voluntario, había formado en las filas del general Acha, durante los episodios de que fué teatro San Juan, y que han inmortalizado a aquel héroe. Llamábase el dicho tucumano Carlos Figueroa, y viajaba por aquella parte del bajo Perú a causa de las mismas razones por las cuales andábamos errantes todos los proscriptos. Su capital estaba reducido a cero; su equipaje no precisaba valija; con su individuo iba todo él, y poseía una salud tal que le permitía en todas las estaciones, y para lanzarse a todos los climas, la más amplia locomoción.

Atravesar el mar o las montañas: el primero como un fardo o las segundas en malas bestias o a pie, no era empresa que los proscriptos pudiéramos extrañar; el aprendizaje estaba hecho, y si las exigencias del estómago habían sofocado alguna vez nuestra voluntad inclinada a emprender el regreso a la patria, por ahora aquella consideración perdía su grave carácter, amortiguada por la dulce idea de que la suerte había de permitirnos llegar todavía a tiempo para poder formar en las filas de la nueva cruzada que se preparaba contra Rosas.

En el puerto de Tacna había un vapor y en mi bolsillo un brillante.

Pero conviniendo en que el lector no habrá de conformarse con sólo saber que aquella joya tenía las proporciones de un grano de café, voy a instruirle respecto de la manera como la hube.

## II

Entre las varias ciudades que en mi vida de viajero había conocido, Arequipa era la última antes de llegar a Tacna. Allí

había permanecido avecinado durante ocho meses; la razón que para ello tuve, acaso será expuesta más adelante con la brevedad con que se toca una brasa. Viajaba al acaso y al acaso es capcioso. ¿Quién la dería formas, a él, ni a esa obra cosa hasta el presente mal definida que se llama destino?

Tenía hoy que comer, al día siguiente no; y cuando sucedía

lo segundo, se hacía indispensable sacudir el polvo y buscar otro aire. En Arequipa había vivido en una casa de inquilinato ocupando un pequeño cuarto contiguo al alojamiento de un doctor en medicina de apellido Smith, yankee de pura cepa, joven de formas atléticas y temple vigoroso. Según relato de los vecinos, y algunos panegíricos del vulgo, el dicho doctor tenía dominada a la mayoría de sus colegas, tanto por la solidez de la ciencia y por el acierto que le acompañaban, cuanto por la pujanza de sus brazos y la pesadumbre de sus pies con los cuales, se aseguraba, había demostrado más de una vez ser hombre de no aguantar pulgas; razón por la cual las puertas de la cárcel no le eran extrañas.

En una noche de riguroso junio, a eso de las once, sentí repentinamente ruido de voces y pisadas de bestias en el patio sobre el cual daban mi habitación y la del afamado doctor. El caso era extraño, y no pude menos que distraerme de las cavilaciones que me tenían desvelado. Estaba a oscuras, si bien era dueño de un cabo de vela que por economía conservaba apagado. Hallábame tendido sobre mi pobre cama a la bartola, actitud la que mejor le cuadra a la edad de veinte y tantos años. A los setenta, ninguna criatura humana se estira con plenitud en su lecho, a menos que el sueño que duerma sea el de la muerte. La algazara aumentaba acompañada de mayor movimiento, y a favor de algunos faroles que reflejaban su luz en mi aposento, a través de los cristales de una ventana que jamás cerraba, ví las sombras de varias personas, entre las cuales creí reconocer al del doctor, ayudando el desalojo de su pieza, hasta dejar cargadas dos mulas. Supuse que el doctor emprendía viaje a larga distancia, y que algo extraordinario lo ponía en el caso de movilizarse a tales horas, con todos sus pertrechos y bagajes.

### III

A la mañana siguiente, en los momentos en que me ponía en marcha a mis quehaceres, no faltó un comedido vecino que me relatará la causa de lo ocurrido, y de la consiguiente desaparición de Smith.

—El señor doctor—me decía el buen vecino (de quién haré saber que era un barbero)—se ha marchado entre gallos y media noche. Los pocos momentos que aquí permaneció, así que regresó de la calle, fueron para él de gran sobresalto. Le parecía que la policía le caía encima, y por precaución hizo cerrar la puerta de la calle hasta el momento en que emprendió la fuga. La puerta que daba entrada a la escalera del mirador fué abierta, probablemente con la mira de ganar por ella los tejados en caso de que la autoridad procediese al registro de la casa. El ruido de su apresto promovió la general curiosidad, y casi todos los inquilinos, que ya dormían, se despertaron, abrieron sus postigos, y fueron por último, armados de candiles y faroles, a ayudar al doctor en la busca de un soberbio brillante de valor de tres mil pesos. ¡Sí señor, de tres mil pesos! Al tiempo de montar a caballo, su dueño sintió que se le saltaba del anillo en que estaba engarzado.

Y el bueno del barbero, a quien ya le parecía que tropezaba con la valiosa piedra, giraba sobre sí mismo encorvado, escrutando con la vista las rendijas de las baldosas.

—¡Tres mil pesos!—murmuraba—¡Tres mil pesos! Yo me hubiera contentado con los ochocientos que anoche prometía el doctor al que tuviera la dicha de encontrar la piedra. Pero no pierdo las esperanzas, porque además del gran brillo que debe denunciar a una prenda de ese valor, el extraño contento que he adver-

tido en Felipe Artazo, el cambujo, y las mujeres con quien vive, me hace sospechar que la prenda ha sido hallada. En fin, a quien Dios se la acordare Sa nPedro se la bendiga! Por ahora, en lo que a mí respecta, lo único que me ha quedado es el buen deseo de que el señor doctor salve el pellejo, porque si lo llegan a atrapar... ¡Santa Tecla! es perdido. Que en otras ocasiones, el término de sus consultas haya sido acreditado sobre la nuca o las costillas de sus otros colegas, pase... o medio pase, si al fin ha sudado su bolsillo el valor de las sangrías a que es tan aficionado; pero emplear en la pasada noche como término concluyente a favor de sus opiniones, el martillo de su látigo, sobre la cabeza de uno de los otros médicos reunidos en consulta, es una barbaridad! tanto más imperdonable cuanto que el pobre señor, víctima de un argumento tan terminante, no puede rebatir desde la eternidad ni la teoría ni la práctica del señor Smith...

## IV

Esta relación del barbero, bastó para dejarme cumplidamente enterado acerca de la causa que motivara la singular escena que en la noche anterior había venido a sacarme de mis meditaciones. A las doce del día, el suceso corría de labio en labio por toda la ciudad, con las variantes y exageraciones que cobran los hechos más nimios una vez caídos en el dominio del vulgo. A juicio de la mayoría de los opinantes, el doctor sería alcanzado, encausado y fusilado por haber muerto a un otro doctor, cuando ambos habían sido llamados para que trataran de dar vida a un moribundo, que sin ánimo para presenciar imperturbable un homicidio a su propia cabecera, había perecido del susto, al mismo tiempo que el desventurado a quien Smith le hundiera el occipital. Ni el mismo barbero a quien yo debía el primer conocimiento de la trágica historia, dejaba de figurar en alguna de las relaciones que sobre el particular se hacían. En efecto, la mujer del cambujo, a quien mi oficioso relator suponía en connivencia con aquél, y en posesión del brillante, había sostenido y jurado delante del comisario encargado de la primera indagatoria, que ella por sus propios ojos, vió al barbero recojer el brillante y echárselo a la boca.

Aquel suceso alcanzó a ser el tema preferido de las conversaciones durante algunos días; resultando en definitiva que ni el enfermo en favor de cuya asistencia Smith empleó toda su lógica de fierro había muerto, ni el brillante se hallaba únicamente en el estómago del barbero, pues alcanzaba ya a una docena el número de cholos a quienes se acusaba ahora de poseer la joya. Se supo por último que Smith había salvado perfectamente el peligro de ser alcanzado, y en consecuencia, encausado y ajusticiado, merced al buen camino que gracias a su oro se había abierto, hasta embarcarse en un bergantín norteamericano surto en el puerto de Islay, y del cual se trasladó a los tres días a una fragata ballenera, en tránsito por aquella costa, con rumbo a California.

Por lo que a mí respecta, recuerdo que por esos días tuve ocasión de suscitar en mi corazón una gratitud que no ha disminuído hasta el presente un ápice. Esto pertenece a las páginas de mi juventud, y no es de oportunidad ocuparme ahora de ello con detención.

Diré tan solo que ciertas circunstancias en las que intervino una mujer, me decidieron a dejar Arequipa, y que mis aprestos quedaron concluidos en una mañana.

¿Qué más tiempo podía emplear en arreglar una maleta de

viaje, contratar mi transporte con un arriero, tomar pasaporte y despedirme de las tres o cuatro relaciones que más había frecuentado durante mi permanencia en la ciudad?

Mientras aguardaba al hombre que debía acompañarme, me paseaba nervioso en mi habitación, cuando de pronto percibí en un intersticio del umbral que daba al patio, un punto brillante. El recuerdo de la alhaja de Smith pasó por mi mente... me precipité a recojer el objeto que relucía. ¡Era, en efecto, la piedra preciosa!

La alegría y la sorpresa me asaltaron. Mi corazón palpitaba con violencia. Cerré la puerta y me retiré a examinar la piedra en un rincón de mi cuarto, hasta donde la luz que entraba por la ventana me alcanzaba.

## V

Cinco días después me hallaba domiciliado en Tacna.

Por un efecto de casualidad, aquella ciudad se había convertido en el centro de preferencia adonde venían concurriendo los proscritos, después de haberse desparramado en todos los países sudamericanos.

Poco menos de un año había residido en aquella ciudad, cuando llegó a mis manos un número del periódico *La Regeneración* que se redactaba en el Uruguay bajo los auspicios del círculo hábil y persistente, que ya había tenido la fortuna de convertir en favor de la más digna causa, al hombre que mejor había sostenido el poder monstruoso del tirano argentino.

Figuroa, el compañero de proscripción de quien al principio de mi narración he dado cuenta, oyó con interés y en silencio la lectura de aquel diario, al término de la cual manifestó cierto alre de sentimiento y desconsuelo, cuya causa comprendí no era otra que la imposibilidad en que se hallaba y suponía extensiva a todos sus compañeros, de no poder regresar a la patria.

—No te aflijas, Carlos; nos iremos—le dije.

—¿Nos iremos?...—profirió con el énfasis propio de una persona que se propone con una simple frase repugnar una propuesta de todo punto imposible de realizarse.

—Nos iremos,—le repetí—acentuando la palabra con aire grave.

—¿En globo?...

—No. Por tierra; a caballo primero, embarcados después, y luego otra vez más a caballo.

—¿Y con qué se hace todo esto?

—Con plata.

—¿Y de dónde?

Desprendiéndome el chaleco y luego la camisa, le enseñé un símil de relicario que pendía de mi cuello, en el que llevaba guardado el brillante de Arequipa, que no me había sido dado poder restituir nunca a su dueño, fugitivo en países desconocidos.

La curiosidad había crecido de punto en mi buen compañero, y era para mí llegado el caso de hacerle partícipe de mi recurso declarándole mi secreto. Figuroa era un hombre astuto y de genio alegre; sobrábale la lealtad, excelencia a la que por inclinación profesaba un culto inalterable, y de mi franqueza esta vez iban a surgir sus vistas y su consejo, allí donde precisara ser auxiliado en bien de mi proyecto. Como paso previo se despidió aquel mismo día de la familia en cuya casa estaba hospedado. Su traslado a mi habitación no demandó tiempo ni gasto. Era pues llegado el momento, en que la preciosa piedra rivalizara

con los resplandores del sol, cambiando antes de escondrijo, y por lo pronto pasó del cuello al bolsillo, libre de su prisión en la funda.

En Tacna no había por aquel tiempo un solo taller que mereciera el nombre de joyería; tres remendones de relojes y un platero acreditado por sus trabajos, eran allí los únicos representantes de las artes de lujo. Para negociar el brillante, parecióme indispensable conocer su valor, y aun cuando yo consideraba justo el precio en que había oído decir lo estimaba Smith, pensé que cualquiera que fuese el comprador, querría saber a qué atenerse. En consecuencia, fuíme con Figueroa a la tienda del ya citado platero, que pasaba por la persona más entendida de la ciudad en materia de joyas. Cuando el hombre examinó la alhaja, una descarga de exclamaciones salió de su boca. Me afirmó que aquel era el más rico diamante que había llegado a sus manos; me habló de sus aguas y de sus visos: procedió a pesarlo, y ponderó sus fases, su tamaño y su fondo. Mediante una gratificación, ofrecida sobre tablas, el platero no vaciló en tasar la joya, obligándose a declarar su valor a toda persona que se lo preguntara. La prenda bien valía a su juicio unos tres mil pesos, pero creía muy difícil hallar en Tacna quien se desprendiera de la mitad de aquella cantidad, por sólo el gusto de poseer tan rica alhaja. Agregó que él, por su parte, no se aventuraría a ofrecer un real más de ochocientos pesos, caso que se le propusiera en venta.

Esta indicación no mereció por mi parte respuesta: arreglé la tasación y me despedí en seguida.

—Este es un bellaco—dijo Figueroa luego que nos hallamos en la calle.

—No tal, le repliqué: él va a su negocio, y cuando más es un usurero con quien tal vez tengamos al fin que entendernos.

—Pues si hemos de entendernos con un usurero, hallo preferible que ese usurero sea de los nuestros.

—¿Como así?

—Existe aquí, hace ya algunos años, un tal Mendieta, hijo de Santiago del Estero, coronel en otro tiempo al servicio de nuestra patria, y emigrado allá por la época en que el general Paz fué hecho prisionero gracias a las boleadoras de un gaucho santafesino. Este hombre a quien he recurrido en mis pellejerías, y que ha tenido la habilidad de ir apoderándose mediante sumas ínfimas de las prenditas de mi uso, cobrándome diez centavos mensuales (que nunca le he pagado) por cada peso que me prestará sobre el valor de las mismas, se ha decidido últimamente a dar la cara de frente para sacrificar al género humano. Ahora tiene una especie de chiribitil que ostenta en la parte exterior un gran tablero con esta inscripción: *Montepío*. De lo que se ha olvidado es de hacer pintar al lado una horca... Con este individuo podemos tentar el negocio. Cierto que los usureros no tienen amigos, ni parientes, ni patria; desde que a los hombres de todas las familias y todas las patrias les apretan el dogal cuando llaman a sus puertas, usando la caridad de aquellas madrastras que para aliviar al hambre de los niños bajo su amparo, les dan una buena tunda. Puede ser, sin embargo, que todavía conserve un resto del pundonor que se adquiere en la carrera de las armas.

## VI

La opinión de Figueroa me pareció sensata, y nos dirigimos a la casa del prestamista. Carlos tuvo la ocurrencia de presentarme observando un ceremonial que si bien cuadra cuando es empleado con una persona culta, para nada sirve y a nada conduce, empleado con el más culto de los usureros. En un corazón monetizado, no penetran más consideraciones que la del interés. En el oído de los usureros no alcanzan eco los dolores ajenos. El sepulturero se familiariza con los muertos; la costumbre de estar sobre las tumbas da al cabo ese resultado. El usurero se ríe de los vivos y especula hasta con los restos de los que vivieron, no teniendo temor de Dios, ni vergüenza de su papel en el mundo.

El desaliño reinante en el despacho de Mendieta me indicó ya lo que éste debía ser. La mañana era fresca; el sol podía en aquella hora bañar todo el interior de la pieza, y sin embargo, las hojas de la puerta que daba a la calle, apenas mostraban señal de haber sido abiertas. Había allí un aire denso y húmedo. Al tufo de agua de jabón derramada sobre un piso sin ladrillos, agregábanse las evaporaciones de algún otro líquido alcalino. El blanqueo de las paredes estaba como velado por una espesa capa de polvo, y junto a una pieza de tafetán se zangoloteaba una sarta de rosarios de cobre amohosados. Zapatos, vacinillas, libros y betún, ollas y galón de oro, loza de barro y anteojos de larga vista, todo estaba allí revuelto entre cueros de llamas. Media docena de loros chillaban en sus estacas.

Carlos expuso el motivo que nos llevaba, y el hombre halló conveniente, anticipar la contestación que precisábamos, en uno de los preámbulos acostumbrados por los profesores del oficio.

—“Los tiempos están tan malos. Se hace sentir tanto la falta de dinero. Estoy tan acobardado... Y lo peor es que cuando uno hace un sacrificio por servir a alguien, suele tener tan triste recompensa...”

Figueroa no pudo disimular la impaciencia que tal exordio le causaba, y se fué luego al lenguaje de la concisión.

—Señor Mendieta, ya le he dicho a usted que venimos a que nos compre o nos tome empeñado este diamante monstruo; está tasado en tres mil pesos; si usted duda de ello puede averiguarlo; le esperaremos algunas horas; si desde ya se decide a comprarlo, haga oferta; si le place más tomarlo empeñado, lo que precisamos es...

Y como Figueroa se volviera a mí en aire de consulta, me apresuré a añadir:

—Dos mil pesos.

El usurero hizo un movimiento de espanto, titubeó un instante y luego exclamó:

—¡Jesús, Jesús! ¿dos mil pesos?... El diamante podrá valerlos o valer más, según usted lo afirma; pero suponer que yo tenga esa cantidad y pretender que la invierta en él, son dos monstruosidades!... ¿Yo con dos mil pesos en efectivo?... ¿Pero eso es suponerme un Creso, un quién sabe quién?

—Luego, ¿ni lo toma usted empeñado ni lo compra?...—dijo Figueroa un tanto amostazado.

—Lo compraré o lo tomaré en prenda señor Figueroa; pero ello será según y conforme. En primer lugar, yo necesitaré consultar por ahí, acerca del verdadero valor de alhaja tan delicada, porque vivimos en unos tiempos en que todo se falsifica; y además, salvo los respetos que ustedes se merecen, tengo que procurar la



tranquilidad de mi conciencia, porque soy en extremo escrupuloso. Una vez que me halle plenamente convencido de que la prenda vale lo que ustedes afirman, o algo más, entraremos con facilidad al ajuste del negocio. Pero declaro desde ya—no siéndome posible disponer de más dinero que del que buenamente podré reunir de entre mis deudores,—que habré de extenderme, cuando más, a dar por el diamante, reduciéndolo a mi propiedad, ochocientos pesos. Si a ustedes les acomoda más empeñarlo que venderlo, me alargaré a mil.

—¡Hola!—exclamó Figueroa como sorprendido— ¿Con qué usted da doscientos pesos más por la alhaja empeñada? ¡Bravo! Este es uno de esos casos que sirven de excepción a la regla; generalmente se dice: lo que ha de empeñarse es mejor que se venda, y usted nos propone la singular ventaja de que podamos decir: lo que quisiéramos vender mejor nos está empeñarlo!

—Señor don Carlos,—replicó mesuradamente el usurero, será todo lo que usted quiera, pero por lo que a mí respecta, lo que he dicho es lo que me conviene, ajustado a razón. Comprando ese diamante por ochocientos pesos, aventuro a quedarme con él para toda la vida, en una sociedad como la de Tacna, de tan poco gusto para ciertas cosas, y ni lo usaré yo por modestia, ni podré menos que conceptuar muerto el capital en él empleado. Retenido en empeño por la cantidad de mil pesos, ya es otra cosa; me aseguro una ganancia de 62 pesos 4 reales por mes, y de 375 en seis meses, que es el plazo a cuyo término pierde el propietario el derecho a la cosa, según las condiciones estipuladas en las boletas correspondientes. Por lo demás, tengo ya formado de ustedes un concepto bien favorable, y sé que no dejarán fundir el diamante.

Este astuto modo de discurrir, ponía de manifiesto la más sagaz bellaquería, a la vez que el deseo de poseer a todo trance la alhaja. Temiendo, que sin excederse de la cantidad ofrecía, otro interesado pudiera adquirirla si él dejaba salir de su casa, entablaba la propuesta antedicha en la convicción de que nosotros no rescataríamos el brillante, y éste quedaría fundido en su poder, por taríamos el brillante, y éste quedaría fundido en su poder, por mil pesos.

Mi resolución estaba tomada. Cuarenta y ocho horas después levaría ancla del puerto de Arica, uno de los dos únicos vapores que hacían por entonces la carrera de las costas desde Valparaíso al Callao; y desaprovechada aquella oportunidad, era indispensable demorar nuestro viaje todo un mes, sin seguridad de mejor éxito en cuanto a la venta del diamante. Figueroa, por otra parte, precisaba de todo, y era necesario remediarle en algo. Encomendéle pues a Carlos, se asociara a Mendieta durante el tiempo que aquel empleara en las averiguaciones relativas al valor de la joya, y esperé en mi habitación el resultado.

Cuando Figueroa se presentó de regreso, la conformidad ya estaba de mi parte; porque preciso es confesarlo: durante un buen rato de las horas en que me hallé solo, un tanto de pesar me había mortificado. Sentía desprenderme de aquel objeto. ¡Tantas eran las esperanzas que en su valor había fundado, y tanto me había familiarizado con su posesión! Me dolía separarme de él como de un amigo íntimo.

El platero, en primer lugar, ratificando sus anteriores estimaciones, los remendones de relojes en seguida, y por último, la opinión de algunos “entendidos”—que no hicieron sino atenerse al parecer del platero,—contribuyeron a decidir a Mendieta, que veía triunfar sus trabajos para quedarse con el brillante.

El lector colegirá sin duda que, de acuerdo con las astutas previsiones de Mendieta, yo preferí empeñar la prenda por mil pesos, antes que venderla por ochocientos.

## VII

¡Cuántas y cuántas ideas, cuántos arrebatadores pensamientos bullen en la mente de un joven de viva imaginación y temperamento fogoso! ¡Cómo se combinan, cómo se apiñan, cómo se hermanan con las emociones del corazón, a esa edad más predispuesto que nunca a la divagación y al ensueño! Para mí no era nuevo entregar mi vida al azar de un viaje por el Océano. Siete veces había cruzado el Pacífico en diversas direcciones, pero fué aquella la vez de que conservo más hondos rastros en mi memoria... ¡Ya se ve! Regresábamos a la patria en buen estado de salud, con un rico caudal de aventuras, con algunas lecciones de mundo y con el alma a tiempo mismo ansiosa y satisfecha ante la perspectiva de ver nuevamente los lugares y seres que nos rodearon en la infancia. La noche del día posterior al de nuestra salida de Tacna, era una noche de plena luna; el viento había declinado convirtiéndose en fresca brisa. Era la época del *verano de San Juan*. Trescientos personas, incluída la tripulación, ocupaban el famoso vapor en que viajábamos. A proa sonaban los acordes de una orquesta improvisada por los mismos pasajeros. A popa, un solo instrumento, la quena, se hacía sentir cada vez que la música de vanguardia suspendía sus tocatas. En un viaje que había hecho en años anteriores por uno de los países que ahora dejaba a mi espalda, tuve la ocasión de admirar la dulzura de aquel instrumento. Entonces lo canté. En mi accidentada vida, siempre me cupo la fatalidad de adquirir y de trabajar para perder. De aquella composición nada conservo.

Ahora, en medio del mar me parecían los acentos de la quena (1) tan graves, tan solemnes, tan místicos, tan patéticos, como otrora me parecieron en medio de los desiertos arenales.

Llegados a Cobija, nos ocupamos de buscar un arriero. En aquel puerto característico por su pobreza y por su atraso, no era posible en aquel tiempo permanecer más de veinte y cuatro horas sin sentirse bajo el peso de mil necesidades. Felizmente hallamos una árria en víspera de partir cargada, con rumbo a San Pedro de Atacama, y su conductor nos aceptó por compañeros, facilitándonos dos mulas de silla, previo un buen ajuste. Nuestro avío de viaje había sido preparado en Tacna, y la jornada hasta la Villa no nos fué desagradable.

Erigido quel pueblo junto a las primeras aguas que halla el caminante después de atravesar los pesados arenales del desierto, reúne la ventaja de hallarse a la vez colocado en un punto indispensable al tránsito de los traficantes que bajando del interior de Bolivia, se dirigen a Cobija, y de los que, procediendo del mismo puerto, tornen nuevamente al interior del país, o viajen a S. E. en dirección hacia la República Argentina, buscando las provincias de Jujuy y Salta. A nuestra llegada, una garúa menudísima y tenaz caía y siguió cayendo por cinco días consecutivos, sin acom-

---

(1) Flauta rústica que los indígenas del Alto Perú fabrican de una caña y suelen auxiliar de un calabazo que a su término inferior agregan cargado de agua. Cuéntase que este instrumento debe su origen a la pasión frenética que abrigó un fraile por cierta dama que se apellidaba Quena, y de quien, a mérito de consagrarle una memoria, empleó la tibia en vez de caña.

pañarse del más leve relámpago. Un señor Ferrari, que hacía las veces de jefe militar y político de aquel Departamento, tuvo el comedimiento de hospedarme en una de las casas de barro que por aquella época se edificaban profusamente, pues tanto el gobierno boliviano, como el vecindario, se preocupaban a la sazón del fomento de la villa.

Aproveché aquellos cinco días para adquirir dos soberbios machos de silla, y ajusté nuestra conducción con dos cholos, de cuya honradez se constituyó fiador el mismo juez; quedando aquellos obligados a llevar cabalgaduras propias, hasta dejarnos en territorio de la República Argentina.

Transcurridos por fin los cinco días, en cuyas ciento veinte horas no dejamos de mojarnos un momento, debido a la inconsistencia de los techos que nos cobijaban, resolvimos aprovecharnos de un repliegue de las nubes hacia la cordillera, para emprender nuevamente la marcha. Pero una desgracia vino a contrariar mis propósitos, dificultando la continuación del viaje por el término de seis meses. En los momentos que extraía Carlos su montura del aposento que habíamos ocupado, el arco de una puerta por donde atravesara se desplomó de pronto, alcanzando a oprimirle, al caer, la parte inferior de la pierna derecha. Fué necesario remover los escombros para levantarlo. Un cuarto de hora después la habitación entera estaba en el suelo, y mi pobre compañero con la pierna quebrada. La sorda garúa había reducido a barro los frescos cimientos del edificio, con su persistencia de cinco días.

Aquel fué el primero de los contrastes que sobrevinieron luego. En la villa no había médico ni botica, y yo tuve siempre una prevención remarcada por los curanderos. Las poblaciones más cercanas no aventajaban a San Pedro en cuanto a recursos, y fué necesario remitir a Figueroa a Tupiza, pueblo de Bolivia, fronterizo a la República Argentina, que contaba con la novedad de albergar en su seno a un doctor en medicina.

El traslado a tan larga distancia era difícil y peligroso. Hubo que construir una litera y pagar bien a sus conductores. En cuanto a mí, hallé conveniente permanecer en Atacama hasta el restablecimiento de Figueroa, para el caso de que la suerte le permitiera, como efectivamente se lo permitió, regresar a mi lado. La estación era cruda; las recientes mojaduras habían determinado un desequilibrio en mi organismo, y comprendí que precisaba descanso. La conservación de las bestias que había comprado para el viaje demandaba cuidado, el compromiso contraído con los cholos un nuevo arreglo, y mi subsistencia, así como la de Figueroa, exigía gastos mayores que los calculados. El dinero que adquirí con el negocio del memorable diamante, había mermado considerablemente, y sin una estricta economía sobre lo que de él quedaba, nos veríamos obligados a vagar sin rumbo, lejos otra vez de la patria.

El señor Ferrari, que había tenido la deferencia de visitarnos a nuestro arribo, fué también el primero en acudir a nuestro lado así que tuvo noticia del accidente ocurrido a Carlos. A su intervención le debí poder obtener un nuevo alojamiento, en el que permanecí los cinco fatales meses que el bueno de Figueroa precisó para curarse y regresar.

En San Pedro no había escuelas y se trataba a la sazón de levantar una iglesia. En su mayor parte el vecindario de aquella villa estaba constituido por familias decentes que, atraídas por la fama que el lugar se había granjeado, por la importante posición que como puerto seco disfrutaba, se trasladaban a él buscando

mejorar de situación. Si se exceptuaban unos cuantos niños pertenecientes a las casas más acomodadas, que para ser educados eran enviados a Potosí o Chuquisaca, el resto no recibía otra instrucción que aquella que, sin regularidad, podían darles sus padres.

Al templo le faltaban altares; a la escuela maestro. En mis primeros años había yo sido aficionado a los trabajos de pintura. Esta fué, pues, para mí, ocasión de acumular empleos. El cura y el señor Ferrari quisieron aprovechar mis conocimientos, y yo no desperdiqué la ocasión de utilizarlos. Asumí, en consecuencia, dos nuevos roles; me hice a un mismo tiempo pintor y maestro de escuela.

En la misma villa se construyeron bancas para los alumnos, y de Potosí vinieron las tintas y utensilios necesarios para pintar, bruñir y dorar el retablo. La antesacristía se inauguró sirviendo de laboratorio a la vez que de aposento para mi descanso. La sacristía se reservó para sala de estudio de los alumnos.

Mi dedicación para desempeñar las obligaciones que contraí fué de tal manera asidua, que durante cinco meses olvidé todo lo que no estuviera entre las paredes de la iglesia.

En esos cinco meses fuí pintor, maestro de escuela y anacoreta.

### VIII

Cuando Figueroa regresó a San Pedro victorioso y ufano por haber remendado perfectamente su canilla, mis trabajos de pinturas estaban concluidos, y en mi valija se contaban trescientos pesos bolivianos, sobre las reservas del diamante. Por mis funciones de pedagogo no había exigido a padre alguno un solo real; pero la remuneración, no me faltó, sin embargo. En efecto: la antesacristía se había convertido en la despensa mejor surtida que pudiera desearse en un pueblo vecino del desierto. A la hora en que emprendimos nuevamente la marcha, nos acompañaban abundantes pavos y gallinas, lechones y corderos fiambres. El agradecido ecindario nos escoltó por más de seis leguas, después de haberme hecho ventajosas propuestas para que continuara ejerciendo el magisterio en la villa.

No quiso el señor Ferraro dejar de manifestarme su reconocimiento, también él, por el éxito con que había yo llevado a término mis trabajos de pintura, así también como por mi desinterés y contracción como preceptor, y me obligó a aceptar dos regalos: una soberbia acémila de carga, y una carta de recomendación para el juez pedáneo de la pequeña y única población situada a pocas jornadas de la entrada de la llanura de Toconao.

—Allí puede usted descansar y proveerse del forraje necesario,—me dijo—pues durante la gran travesía que le espera, sus bestias carecerán hasta de la paja amarga que crece a veces en las faldas de la sierra.

Despedimosnos agradecidos a nuestra vez de los buenos vecinos de San Pedro, y seguimos viaje.

Quien haya examinado sobre un atlas la conformación de las montañas andinas tomando como base de su extensión longitudinal la península de Taitao, en la Patagonia, y siguiéndolas hasta el gran volcán ecuatoriano, habrá notado que, a semejanza de un gigante defectuoso, en quien predominara el sistema óseo con detrimento del muscular, la cordillera parece alzar sus más elevados picos en los territorios donde menos la escalonan serranías de un orden secundario. Es digno de notarse que los Andes terminan al extremo sur remedando la cola de una culebra; mientras que den-

tro de los límites comprendidos desde el Pico Pulido en la provincia de La Rioja, la serranía de Aconquija en la de Tucumán y Catamarca, (incluyendo los derrames de la sierra hasta expirar al sur de Orán bajo la línea tropical) aparecen ostentando la forma de una gran quijada.

Dentro de la zona que ésta contiene, no parece sino que los Andes se hubieran desflocado como las hebras de una cuerda. Pero es todavía más digno de observarse que, casi con esa misma configuración, pero colocado en orden inverso, resulta encerrado la mitad del territorio boliviano, con sus laberintos de montes, hondonadas, valles y anfractuosidades, que cuentan por límites al S. O. y S. E. el desierto de Aatacama, el Pico Peltur, Concepción y la sierra de San Luis en Tarija. Faldean en seguida parte del país de los chiriguanos, hasta enfrentar en las montañas cochabambinas, a cuyo extremo occidental, adheriéndose las de Oruro, se refunden ambas en una sola cadena que arranca en dirección N. O. hasta dar con los extremos de Titicaca.

A estas regiones pertenece aquélla sobre la cual marchábamos. Habíamos salvado el desierto arenoso, blando y pesado; y ahora penetrábamos en el desierto pétreo y frío, en la gran planicie de Toconao, especie de puente trabajado por la naturaleza a algunos miles de pies sobre el nivel del mar, y que coronando aquellas montañas, deslinda las comarcas argentinas de las citadas al occidente del Pico Peltur. Ningún ser vivo aparecía a nuestra vista. La mirada no tenía ante sí más espectáculo que el cielo unido en círculo a la llanura, elevándose por grados en forma de cimborio. La ascensión fatigaba excesivamente a nuestras bestias, pero ello no impidió que marcháramos durante toda la noche a pesar de la gran nevada que nos cubría. Queríamos llegar al río vecino de la aldea de Toconao, antes que se hiciera sentir el bravo sol de enero.

Al despuntar el alba, el frío nos transía y el sueño nos volteaba. Hicimos alto y encendimos fuego con leña extraída de nuestras provisiones. Un almuerzo abundante, algunos tragos de vino y un buen rato de descanso, nos repusieron. A las once de la mañana pisábamos un terreno hueco y tembloroso. Bajo la presión del casco de los animales, se producía un eco semejante a la vibración que deja en el aire el tañido de una campana. Tal vez estábamos pisando la costra más ligera de nuestro planeta. A las once y media, una faja oscura de poca extensión empezó a hacerse visible a nuestro frente, y las bestias apresurando voluntariamente la marcha, recogían y dilataban alternativamente las orejas, en señal de hallarse próximas a un lugar de pascana, o por lo menos de abrevaje. A la una, el sol ya casi nos sofocaba; pero los animales, movidos por el instinto, nos alentaban con sus bríos y sus relinchos.

Los peones nos hicieron saber que nos aproximábamos al río, y por consiguiente a la aldea. Efectivamente: el agua empezaba a matar el yermo. Se veían plantas saliendo de entre grietas húmedas. La tierra oscura que primero se destacara a nuestra vista, tomó por último sus verdaderas proporciones. Era un tupido bosque desde cuyos alrededores se veía, ya cercana, la montaña que habíamos de salvar más adelante.

Media jornada habríamos adelantado sobre aquel terreno liso como el tronco de esos robles gigantescos a los cuales el tiempo despoja de su corteza, cuando me llamó la atención el hecho de que, a proporción que nos aproximábamos al bosque, aquella superficie llana ganaba el ámbito, apareciendo en todo lo que abarcara la mirada, como una plancha de metal bruñida reverberando los

rayos del sol. Las junturas de las piedras eran apenas perceptibles, si bien aquellas, aunque diferían en tamaño, se hubieran creído fundidas en el mismo molde.

Cuando ya estuvimos sobre el río, el cholo director de la marcha, picó su mula y salvó de un salto algo semejante a una zanja.

—Apuren sus bestias, patrones—nos dijo.

Admirado de que a aquella especie de acequia de un metro de ancho, a lo sumo, se le llamara río, hice alto y eché pie a tierra imitado por Figueroa. El agua corría vertiginosamente a veinte o treinta varas de profundidad, haciendo imponente ruido, por dentro de un canal de vivo granito, recto como un huso. A primera vista, aquel canal, más que un río imitaba un cenote; observando con atención y estimando el ímpetu con que la corriente se precipitaba entre olas espumosas y neblinas ligeras que se evaporaban en el aire, más que un río, y más que un cenote, parecía un vórtice encajado dentro de un lecho de pedernal.

—¿Y adónde beberemos?—dije, dirigiéndome al baqueano.

—Inmediatamente, señor — contestó aquél. — Desde la entrada al bosque, por todas partes nos cercará el agua.

Así fué. Al pie del primer árbol que hallamos a nuestro tránsito, ya tuvimos a nuestra disposición una de las mil cristalinas acequias que riegan el suelo de aquel singular lugarejo. Saludamos a Dios en sus obras. Era la primera agua corriente que bebíamos; era la primera sombra que disfrutábamos al salir del desierto que nos había tenido divorciados del mundo.

Nos dirigimos hacia el pueblo. Uno de los pocos indígenas a quienes la curiosidad hizo suspender los trabajos de labranza, nos condujo a la casa del alcalde, quien nos recibió con toda la urbanidad propia de aquellas criaturas pertenecientes a una raza mansa y humilde. Impuesto del contenido de la carta del señor Ferrari, el buen indígena se puso a nuestras órdenes, manifestándose satisfecho de poder agradar a su superior. Las bestias quedaron sueltas en paraje seguro, y desde aquel momento, hasta el de nuestra partida, no les faltó cebada fresca. Figueroa, cuyo genio alegre y dicharachero no se había quebrado, a pesar de haberse quebrado la pierna, y hallarse en quiebra mayor desde antes, trabó amistad con Valenzuela, que tal era el apelativo del alcalde.

El sueño de aquella noche fué para nosotros un sueño de desquite, y por consiguiente de mayor peso. Un buen techo nos salvaba del hielo; el cuerpo reposaba en algo blando, no sentimos frío, y las espuelas no trababan ya nuestros movimientos.

## IX

A la mañana siguiente la estrella matutina vino a herir con su titilante luz mis mal entreabiertos ojos, que preferían por cierto en aquella hora el prosaico descanso. Tenía la pieza en que nos alojábamos, una puerta al naciente. Sus hojas no se cerraban jamás, que tal era la costumbre del lugar, según explicó Valenzuela. Mi cama había sido colocada al frente de dicha puerta, y junto con la luz del lucero me despertaron voces que decían:

—¡Señor! tome estos higos...

Era el alcalde que, en cuclillas a mi lado, me llamaba.

Figueroa, despierto desde hacía rato, acabó de disipar mi sueño con su charla. Los higos que el huésped me presentaba, eran de un tamaño asombroso: estaban fríos como un terrón de nieve, y eran dulces como un terrón de azúcar. Carlos había engullido ya medio cesto de ellos. No me hice de regar para seguir su ejem-

plo. Advertido Valenzuela en la tarde de aquel día, de mi resolución de continuar la marcha cuarenta y ocho horas después, me contestó que la cosa no le parecía posible, pues la cordillera daba muestra de que el tiempo estaba próximo a descomponerse. El sol brillaba con todo su esplendor; ni una nubecilla perturbaba el límpido turquí de los cielos. Para hacer su pronóstico, le bastaba al alcalde una blanca bruma que vagaba al pie de la sierra a nuestro frente, como a diez leguas de distancia. Volvió a despertarme mi amable huésped a la mañana siguiente. Figueroa había ya dado cuenta de buena porción de higos. La higuera fué siempre para mí un árbol antipático. Pero los higos de Toconao me reconciliaron con ella. Mientras me ocupaba en aligerar el contenido de un canasto lleno de esta fruta, me llamó la atención la fortaleza del alcalde, cuya edad era imposible inferir, ni siquiera aproximadamente.

—Dígame usted, Valenzuela, — le pregunté — ¿cuántos años cuenta?

—¿Yo?—contestó el alcalde sonriendo y aplazando la respuesta —¿Y cuántos cree usted que tengo?

—Le calculo 45.

Continuó sonriendo y dijo:

—Tengo muchos más.

—¿Muchos más?... ¿Tendrá usted 50?

—Más, señor, ¡muchos más!

—¿Todavía muchos más?... ¡Pero eso es imposible!...

—Pues no es imposible, señor. Tengo 70 años.

—¿Setenta años?

—Sí, señor; ¡y si viera usted a mi madre!

—¿Tiene usted madre viva?

—Sí, señor, y cuenta noventa años; pero esto no es nada todavía.

—¿No es nada? ¡Santa Bárbara!—exclamó Figueroa—¿Con que 90 años! ¿Y su abuelo?...

—Abuelo no tengo—contestó Valenzuela siempre sonriendo—; pero tengo un tío que lleva ya de vida 120 años.

—¿Demonio! ¿Y no trata de casarse?—preguntó burlescamente Carlos.

—La mañana está muy linda y mi madre ha de estar ya levantada—repuso Valenzuela.—¿Quieren ustedes conocerla?

—¡Ya lo creo!—dije yo.

La aldea de Toconao es la obra singular de unas cuantas criaturas laboriosas asociadas a una exuberante naturaleza. Es una selva creada en medio del desamparo, con todas las riquezas de la vegetación. En su seno un puñado de seres patriarcales vela incansablemente por la conservación de aquel diminuto Edén. Allí no hay calles, las habitaciones salpican a trechos el lugar, y para el deslinde de las propiedades bastan unas cuantas acequias, algo mayores de las que en forma de red cruzan regando a los cuatro vientos todo el terreno labrado, que apenas alcanzará a dos leguas cuadradas. ¿Cómo se opera ese milagro—se dirá—sobre un suelo de piedra viva? Es que esa piedra es una calcárea poco consistente, a pesar de su espesor casi uniforme de seis pulgadas en toda la porción de terreno que de ella se halla vestido; y donde quiera que el peso del pico busca perforarla, ahí queda en descubierto una tierra vegetal la más fecunda de aquella corteza pétrea, y esa porción es la destinada al común servicio de los vecinos. Se cultiva en ella la cebada que se expende a los transeuntes para alimento de sus bestias.

En el resto del lugar, cada árbol tiene a su pie un diminuto jardín. Los hay al pie de un naranjero por el que trepa juguetera a mezclarse con la dorada fruta, la azul enredadera y la fecunda multiflor; al pie de un peral, donde se lucen mil clavellinas de color purpúreo, rivalizando en olores con la rosa, el junquillo, la violeta y el jazmín; bajo un almendro, bajo una higuera donde crecen viciosos los tomates, el ají, los melones, la papa, las calabazas, la frutilla, el pepino y la mandioca; resultando por último que naranjeros y perales, durazneros y almendros, higueras y nogales—que levantan con sus entrelazadas copas la más espesa toluda que jamás haya sombreado una floresta—añaden todavía, para completar el espectáculo, el precioso efecto de aquellas peanas de flores y hortalizas, que a manera de ramilletes visten y guardan sus robustos pies.

Entre mis apuntes de aquel tiempo, conservo inéditas algunas consideraciones respecto a la capacidad hidráulica de los indígenas de ambos Perú; y como en alguno de otros episodios que publique, habré de ocuparme de este punto, bastará por ahora con decir que los vecinos de Toconao poseen el arte de arrebatarse el agua de sus fuentes originarias, para llevarla hasta donde en último término la precisen, sin instrumentos ni aparatos complicados.

Yo había visto elevar el agua artificialmente, desde el cajón de las hondas quebradas o el río de los valles, hasta la cumbre de los collados, imitando las roscas de un tirabuzón; pero ser extraída del fondo de un torrente oculto a la luz del sol, y conducida a mérito de pujanza y de paciencia en resistencia contra el pederal, sólo es posible que, sin poseer la ciencia, sepan efectuarlo los moradores de Toconao.

## X

Fuimos, pues, a la casa de la madre de nuestro huésped que, efectivamente, se hallaba en pie como aquél lo supusiera.

Un fuego abundante iluminaba la única habitación de que se componía la casa. La viejecita se hallaba de pie frente a la luz, y barbollaba entre dientes alguna oración, a la vez que retorció una rueca preparando un delgado hilo de vicuña.

—Buen día, madre... ¿Su bendición?—dijo el alcalde.

—Dios te la dé, hijo—contestó la viejecita—Y saliendo a mi encuentro y al de Carlos con una agilidad ajena de sus años, nos saludó respetuosamente sin excusar la repetición de *viracoches y sus mercedes*.

El rancho encerraba dentro de sus paredes el menaje de uso general en las demás habitaciones del lugar. En vez de sillas, un asiento de barro levantado a media vara del suelo, y apoyado sobre la muralla en todo el largo de dos de sus costados. En uno de los otros, una especie de estrado del mismo material, cubierto de algunas pieles de llama. Este último servía de cama. Al centro del testero principal de la pieza, un nicho; y dentro del nicho un crucifijo adornado de cacharros cargados de flores; una mesa pequeña, un jergón cubriendo los asientos, y una estera de paja ordinaria tapizando el suelo delante de aquéllos, completaban el mobiliaje de uso y de lujo; con inclusión de los trastos de cocina, y una tinaja para el agua, colocada en un rincón.

El aseo resaltaba en todo. Los naturales de Toconao se distinguen por su limpieza.

—Estos viracoches, mi madre, vienen a conocerla, traídos por



la curiosidad que les ha causado el saber que tiene usted noventa años.

Excusado me parece prevenir que esto era expuesto en el mal castellano con que por lo común se expresan los indígenas.

—Sí, señor, noventa años, que los cumpliré el próximo Marzo el día de San Cutberto obispo y confesor.

Figuroa salióle al encuentro a la conservada monagenaria, preguntándole:

—Dígame, abuelita; ¿es usted la que va a trabajar algún tejido con el hilo que ahora tuerce?

—No, señor, no soy yo; y lo siento; es una sobrina mía, que en asuntos de telar casi no ha tenido competidora en largo tiempo; pero la infeliz ha quedado corta de vista a lo mejor de su edad y ya sus trabajos no son tan delicados.

—¿Y cuántos años cuenta la niña?—preguntó Figuroa, siempre con aire socarrón.

—Supóngase su merced que es menor que mi hijo, unos diez años...

—¿Por manera que la sobrina tiene la zoncera de unos sesenta?... ¡Y ya escasa de vista, a la edad en que otras criaturas no suelen tener ni un diente! Pues señora, deploro la temprana desgracia de su sobrina.

Se cruzaron luego algunas otras preguntas y respuestas, que avivaron mis deseos de conocer al tío de Valenzuela.

A la merced de aquél nos fuimos.

Mi primera impresión, al detenerme en el singular terreno que servía de hogar al hombre centenario, fué de extrañeza. Creí que iba a encontrar una morada semejante a la de la tía Cutberta; había imaginado un indígena de rostro enjuto, ojos hundidos, labios caídos y cárdenos, barba rugosa y apenas salpicada por algúnos pelos blancos; valetudinario, en fin. Mi chasco fué completo.

Sobre una cancha lisa y bien nivelada, que mediría unas treinta varas, descollaban dos gigantescas higueras. Distaba la una de la otra el espacio que ocupa un cuero de buey estirado a la altura de una cuja, sobre un encatrado de madera. Como a tres varas arriba de aquel cuero, y bajo el inmediato amparo del tupidísimo follaje de las higueras, que no dejaba pasar ni el más delgado rayo de sol, extendíase otro cuero, también de buey, tirante como una tolda de embarcación, y colocado a guisa de techo de dos corrientes.

Sobre el cuero inferior, que hacía de cama, sentado con la cabeza reclinada sobre el tronco de la higuera delantera, y bajo el palio de piel vacuna, veíase un hombre que apoyaba los brazos sobre el vientre. Cubríale una gruesa frazada, y en su lecho no faltaban ni sábanas ni almohadas. Un mocetón como de diez y ocho a veinte años estaba de pie a su cabecera; ¡era su tataranieto!... única persona que le acompañaba y le asistía con amor y contracción admirables.

Saludamos.

El joven echó su montera la mano y el anciano nos dirigió una mirada de curiosidad.

En cualquier otro lugar de la tierra que hubiera yo visto aquel hombre, no lo hubiera supuesto de la raza a que se decía pertenecer. Si en su rostro había algún signo que acreditara su origen castizo, ese signo podía cuando más individualizarlo como un buen mestizo. Era blanco y rosado, faltábale el cabello y un pañuelo ceñía su cabeza, dejando visible su alta y preñada frente. Sus ojos, cuyo desvanecido tinte dejaba sospechar que fueron verdosos, gi-

raban todavía con vivacidad en torno de los objetos a su alcance; sus mejillas hundidas y acribilladas de arrugas, dejaban en mayor resalte las dimensiones de su nariz aguileña; sus hombros anchos y nervudos estaban casi del todo al descubierto, y se veía que en toda la extensión del pecho y cuello, el tiempo había descargado los rigores de su efecto destructor, pues era allí donde la piel se había quebrado y contraído con mayor exceso. Tenía redondeada su escasísima y nevada barba, y muy largas las uñas de las manos. Observé que su voz era estentórea, aun cuando su decir era breve y sin dificultad.

A nuestra llegada, el hombre intentó ponerse de pie; pero Carlos por un lado y yo por el otro, se lo impedimos.

Nuestra visita lo tomaba de sorpresa.

—¿Cómo le va, mi amigo?—dijele al pararme delante de su cama.

—Bien, señor; ¿y a sus mercedes?

Figueroa se anticipó a mi respuesta, diciendo:

—A mí muy mal, porque los higos de esta tierra me han puesto más que ligero, justamente ahora que por tener en convalecencia una canilla necesito andar despacio.

El longevo demostró no haber comprendido bien todo lo que se le decía, y agregó a su vez:

—Mucho estimaré, señor, que su merced me hable un poco más fuertecito. El oído me va faltando, así como los pies han tomado la costumbre de hinchárame.

—¿Y esas son todas las novedades que usted siente?—pregunté a mi vez.

—Esas, viracoché; ¿y qué, le parecen a su merced poco?... Pues sepa su merced que a causa de la dicha hinchazón, hace ya diez años que no puedo montar a caballo.

—¿Quiere decir que usted lo ha hecho hasta los ciento diez de su edad?

—Justamente.

—¿Jinete de todo un siglo? ¡Bravo! ¿Y en qué campaña?

—En las de mis padres, en las de mis abuelos, en las de los Mamani, de cuya familia llevo el apelativo; pues yo soy Juan Mamani para servir a sus mercedes.

—¿Y qué conquista, qué ventaja han reportado los Mamani en esas campañas?

—La conquista del alimento; la ventaja de la salud.

—¿Cómo así?

—Los Mamani, señor, como la mayor parte de los habitantes actuales de este rincón, no se alimentaron jamás de otra carne que de la de vicuña, animal que abunda en las cuchillas y quebradas de nuestras cordilleras. Comer carne de vicuña es prolongar la vida. A eso y nada más que a eso le debemos nosotros nuestra fortaleza y larga vida. No nos faltan por ahí, en ciertos valles ocultos, nuestras tropillas de burros, yeguas y mulas que de cuando en cuando reunimos a nuestras llamas y vacunos, entregándolos a la guarda de alguna quebrada. Pero preferimos vender las haciendas cuando se presenta una buena oportunidad para ello. ¡Hasta las tripas de la vicuña le saben mejor a nuestro paladar que la carne de vaca!...

¿Cuáles podían ser las causas verdaderas que determinaban la extraordinaria vitalidad de aquellos hombres?

Un ser humano bajo los auspicios de una atmósfera normal, habituado a levantarse con el alba y acostarse a la oración, no habiendo probado otro licor que el agua, sin más vicio que el de ex-

cederse en la actividad, ni otro alimento que la carne y las frutas, bien puede prolongar su vida tanto como la de los Mamani, aun cuando la carne que coma sea de carnero. Los órganos digestivos son susceptibles de educación, y es por consiguiente más posible conservarlos en buen estado cuando sus funciones se ejercitan con regularidad y siempre sobre los mismo alimentos. Dejé a Mamani, a pesar de estos raciocinios, que hice en mi interior, que llevase al sepulcro su creencia en la virtud fabulosa de la carne de vicuña. ¿Para qué contradecirlo?

Al término de la visita pregunté a Valenzuela:

—¿Qué objeto, posible a mi alcance, le sería más grato a Mamani?

—El azúcar, señor—contestó aquél con aire de entusiasmo—; lo que más nos gusta es el azúcar.

—Usted pluraliza, amigo Valenzuela—dijo Figueroa.—Se le pregunta lo que más puede agradar a su tío y usted indica lo que más les gusta a todos ustedes. Bien dice el refrán que a la ocasión la pintan calva. En fin, es justo que también usted aproveche la que ahora se le presenta, y yo me encargo de racionarlo de azúcar de pilón, a cuenta de los higos que he consumido, y de los que todavía pienso consumir. Pero no se alarme usted; los que coma mañana serán los últimos.

—Es que ustedes no podrán irse mañana—dijo el alcalde.—El tiempo, allá adentro, sigue malo.

—Así opinó usted hace dos días, y sin embargo, por aquí ha seguido brillando el sol.

—Pues sepa su merced que mañana no lo tendremos. El temporal que se nos viene es grande.

Despedímonos del Patriarca de Toconao y regresamos al domicilio de nuestro huésped.

## XI

Al día siguiente, al ser despertado por Valenzuela, miré al oriente, y esta vez el lucero no iluminó mi rostro. El cielo estaba viudo de estrellas; un negro manto lo envolvía, y el aire corría húmedo y helado. El alcalde me dijo alcanzándome casi a tientas el habitual desayuno de higos:

—Ya empezó el temporal.

—Si sabe usted cuándo viene—contesté—debe saber también cuándo se irá.

—Durará aproximadamente unos quince días.

—Entonces lo correremos.

—¿Qué es "correrlo", señor?

—Es un término marino. En ciertas borrascas repentinas, no suele quedarles a las embarcaciones más recurso que combatir con el mar embravecido. Es lo que vamos a hacer nosotros con el temporal. No podemos quedarnos aquí quince días más. Nos pondremos, pues, en camino ahora mismo.

El alcalde contestó a mis razones moviendo la cabeza, como si considerara temeraria mi resolución.

Una hora después, nuestras bestias estaban aparejadas y listas para la marcha. Figueroa había poco antes llevado en mi nombre una libra de azúcar a Mamani y otra a la tía Cutberta, regalando por su cuenta otras dos al bueno de Valenzuela, quien rehusó aceptar el importe del forraje consumido por nuestros animales. Conseguí al fin que se quedase con un yesquero de plata como regalo.

Antes de separarme de aquel extraordinario lugar, que sin duda no volvería a ver jamás, quise recorrerlo en toda su extensión poblada. Su cielo, su suelo, su soledad y sus hombres, habían ejercido sobre mí un poderoso atractivo. Parecíame que una llave misteriosa había abierto en mi corazón fuentes desconocidas de serenidad y bienestar. Quería aspirar una vez más sus perfumes, oír el canto de sus aves, el quejito del aire en la enramada y el musical murmullo de sus aguas.

En aquella última recorrida tuve ocasión de saber por boca del alcalde el resto de características de aquella república en miniatura, cimentada sobre el granito y extraviada entre el apartamiento y la soledad.

En Teconao, por entonces no había iglesia. Cada habitación suplía por turno semejante falta, y todos los domingos se reunían los vecinos para rezar en común. Como no había sacerdote, uno de los vecinos más ancianos presidía las oraciones. Tampoco tenían Campo Santo, y los que dejaban de existir eran enterrados en alguno de los pueblecitos situados a la otra parte del desierto, adonde los deudos de cada muerto conducían el cadáver. Tributarios del Estado, los habitantes de Toconao pagaban con exactitud, y por lo regular anticipadamente, todas sus cargas.

La autoridad única—el alcalde—éralo apenas en el nombre; su acción no se hacía sentir jamás, y si a veces presidía los consejos para deliberar sobre asuntos de conveniencia común, era porque la mayoría quería acordarle esa deferencia. En cuanto al origen de aquella familia, y la explicación de su presencia en Toconao, nada exacto pude saber.

El idioma, el color, los modales y hasta el traje, hacían, a primera vista, suponer que los habitantes de Toconao eran una colonia de procedencia quíchua. Pero no; un descendiente legítimo de esa casta, que no tome chicha, que se lave la cara todos los días, que monte a caballo y maneje lo mismo las boleadoras que la flecha y la azada, es inconcebible. Creo, más bien, que hubo un tiempo en que vagando prófugos de la civilización algunos infelices, buscaron en la falda oriental de las montañas que bordean el pie de la gran planicie, un país nuevo y una vida tranquila. Tomaron así relación con los habitantes de la parte fronteriza de Salta y Jujuy, que conocían sin duda de fama la tierra admirable en que hoy se levanta la aldea aquella, y consiguieron la inmigración espontánea de algunos gauchos que fueron a domiciliarse allí. Las razas se cruzaron, hasta que por último la indígena quedó absorbida, con el curso de los años, por la de los blancos descendientes de españoles.

## XII

Quince días después nos hallábamos perdidos sobre una inmensurable sábana de nieve que llenaba las sinuosidades de las bajas hileras de montes que daban hacia la parte del naciente. Para orientarnos en nuestra ruta, consultábamos cada mañana la salida del sol. El perpetuo reflejo de la luz sobre la nieve estuvo a punto de enceguecernos; y sin la precaución de cubrirnos la vista con unas fajas de paño negro, sacadas de un pantalón despedazado al efecto, es muy probable que el mal se hubiese consumado.

Un poco el instinto de las bestias que montábamos, y otro poco nuestras precauciones para evitar desvíos del rumbo preciso, nos llevaron ¡al fin! al suspirado suelo de la patria.

¡Ay!... Carlos llegaba a él sólo para devolverle el poco de tierra que le había servido de carne en la vida...

Fué mi amigo una de aquellas generosas criaturas que con santo ardor se lanzaron a luchar hasta el martirio contra el tirano salvaje del pueblo argentino. El, y todos los suyos, yacen ahora en la tumba, sin que los que disfrutaban de la libertad triunfante los recuerden. Y por ese camino vamos adelantando los pocos que aun sobrevivimos a esos tiempos, agobiados por la edad, la ingratitud y la pobreza...



# **APUNTES DE UN PROSCRIPTO**

---

**LIBRO SEGUNDO (1880)**

---





## I

Treinta y nueve años han transcurrido desde que tuvo lugar el incendio que vamos a recordar. Era una hermosa noche del mes de Enero. La luna iluminaba el mar con toda la plenitud de su blanca luz, y no perturbaba las aguas ni el más leve céfiro. Un inmenso bosque de mástiles se destacaba sobre aquéllas, casi en línea paralela con la línea dentro de la cual se extiende la ciudad de Valparaíso.

Hallábase por entonces en esta ciudad el famoso actor don Juan Casacuberta, gloria del teatro sudamericano, quien había anunciado, en beneficio suyo, un drama francés titulado "La mancha de sangre". La popularidad y la simpatía de que gozaba aquel artista, así como la circunstancia de que la versión del drama había sido hecha por el argentino D. Vicente Fidel López, provocaron en el público interés y curiosidad por el espectáculo. Las puertas de la casa de La Borja, que servía por aquel tiempo de entrada a su chingana, se utilizaban también como acceso a cierta platea y palco escénico improvisados para suplir el teatro que, por aquella época, no tenía todavía Valparaíso.

Eran las ocho de la noche. La cortina estaba ya para recogerse, cuando el público fué sorprendido con una noticia sensacional: a inmediaciones del puerto se había producido un incendio y las llamas empezaban a devorar el gran edificio de la Aduana. Antes de seis minutos, el local improvisado en honor de Talía, quedó desocupado. La curiosidad, por una parte, y por otra la amenaza que importaba para todo un pueblo esencialmente mercantil, saber en peligro su principal depósito de mercaderías, produjeron en la ciudad gran agitación.

En cuanto a mí, la amistad que me ligaba al célebre cómico me decidió a esperar su salida para ir con él al lugar del siniestro. Era conveniente tomar un camino excusado para hacer el trayecto, pues la policía detenía a los transeuntes y los enviaba a prestar servicios en la lucha contra el fuego. Casacuberta y yo nos dirigimos, pues, hacia la cumbre de los cerros, a cuyo pie se asienta la ciudad de Valparaíso.

El rodeo fué largo, pero dió buen resultado. Una hora después dominábamos el ígneo espectáculo desde la meseta del hermoso cerro Alegre.

## II

Cierta rica propietaria y señora fastuosa, que gustaba de ostentar su riqueza promoviendo grandes espectáculos, había hecho decorar los balcones de dos edificios divididos por una calle inmediata a la Aduana. Un arco se había tendido del uno al otro, estableciendo entre ambos comunicación aérea. En el piso inferior de una de las casas así ligadas, tenía establecido su taller un carpin-

tero, que por la noche salía de paseo, dejando la habitación al cuidado de un muchacho. Pero esta vez la costumbre había sido alterada. El guardián nocturno del taller había ido al teatro y por inadvertencia, o por negligencia, dejó ardiendo una lámpara en un rincón. Si dice la fábula, que los montes alumbraron una rata, podría aquí decirse, haciendo un fácil juego de palabras, que esta vez debe haber sido la rata la que alumbró el incendio.

A poco de cerrada la puerta del taller, el fuego se hizo visible en su interior. No tardó en salir afuera por las ventanas quemadas, se propagó al arco y por él pasó a la acera opuesta el torrente de llamas. Dos manzanas venían a quedar así invadidas por el incendio. Bajo su devoradora furia, las dos opuestas aceras se convirtieron bien pronto en una masa informe de brasas y ruinas, humo y polvareda. Hasta el más pequeño detalle de la catástrofe era visible para nosotros desde el sitio en que nos hallábamos.

A eso de las doce, la luna llegaba a la mitad del cielo, pero palidecía entre la densidad del humo negro que se levantaba en los aires. Como evaporaciones del incendio, volaban en el espacio fuegos de variados colores. Era que ardían los explosivos y los alcoholes de los almacenes subterráneos, proyectando hacia arriba aquellas especies de fuegos fatuos que volvían a caer, todavía encendidos, en la gran hoguera.

A excepción de los enfermos, todos los habitantes de la ciudad estaban allí presentes. Los jefes de las estaciones navales habían enviado a tierra las tripulaciones, y sesenta bombas de distinta capacidad derramaban agua sobre catorce manzanas atacadas por el fuego. Edificios enteros se destruían a golpes de pico para aislarlo.

Los combatientes emulaban en actividad, en su lucha contra el elemento desencadenado. Cada dotación de marineros quería que su pabellón quedara airoso, y muchos de aquellos infelices contribuyeron con su cuerpo al pábulo de las llamas. El más ligero viento hubiera bastado para que el fuego no dejara rastros de Valparaíso; pero la calma de la atmósfera se mantuvo hasta la aurora, y gracias al infatigable tesón con que se trabajó, el elemento fué dominado al fin.

Casacuberta y yo contemplábamos silenciosos aquel espectáculo, a un tiempo magnífico y terrible. A medida que el fuego avanzaba, nosotros retrocedíamos substrayéndonos a la lluvia de chispas y cenizas. No sé qué distancia recorreríamos así, insensiblemente. Lo cierto es que de pronto una baranda de hierro nos detuvo. Era la baranda de un sepulcro. Al centro del recinto encerrado por ella, se destacaba una losa, y sobre la losa un epitafio que pudimos descifrar: nos encontrábamos ante el sepulcro del General Lavalle.

Para tan gran muerto, era acaso necesaria tan imponente luminaria. No se ha levantado todavía el obelisco que debería, a la fecha, señalar la presencia de sus cenizas junto a las riberas del Plata. Mientras la justicia póstuma cumple con su deber, los despojos de uno de los más grandes campeones de la independencia sudamericana han peregrinado por tierras extrañas, antes de encontrar reposo eterno en la propia.

Lavalle había nacido para no respirar otro aire que el de la libertad, y cuando dos tiranos la conculcaron en el Plata, él lidió por reconquistarla, con la fe de los mártires y la constancia de los héroes. Bien estaban sus huesos en aquella altura, inmediatos a la región de las nubes, aguardando la repatriación. Nosotros, llevados por la casualidad, completábamos la fúnebre alegría. Te-

níamos clavada la vista sobre la solitaria lápida, y quizás alguna lágrima se desprendió de nuestros ojos y cayó sobre ella.

A Casacuberta le había tocado el triste destino de los vencidos con La Madrid en el Rodeo del Medio. Yo, era uno de los pocos hijos de la patria que entraron en Potosí llevando los huesos del general Lavalle a la tierra boliviana. Casacuberta había traspuesto los Andes en busca de asilo. Yo había cruzado el Pacífico alentado con la esperanza de mejorar mi suerte en el suelo chileno. Peregrinos arribados de opuestos extremos, pero soldados de una misma causa y por la misma causa errantes, el azar nos había traído ante el sepulcro augusto del héroe que encarnó en vida nuestros más caros ideales... Llenos de recogimiento y de unción, elevamos nuestras almas en una plegaria muda... (1)

### III

Aquellos de nuestros compañeros de infortunio que no se habían colocados en el país, se habían ausentado de él, en busca de trabajo y de recursos. Yo me hallaba en el caso de hacer lo que los últimos, y la cubierta de un buque me esperaba. Bolivia había sido para mí generosa y hospitalaria, y a no haber mediado las veleidades propias de mi juvenil edad, hubiera probablemente sido, domiciliado allí, un hombre feliz.

El general José María Pérez Urdininea, presidente interino de aquella República, al tiempo de asilarnos en ella, me había hecho las propuestas más halagüeñas a fin de que me estableciese en el país; pero un viejo coronel de nuestro ejército, hijo de Mendoza y de nombre Prudencio Torres, trabajaba mi ánimo en otro sentido. Avescinado en otro tiempo en la capital de Chile, Torres había contraído allí crecido número de relaciones; y esto, como era natural, lo constituía un ardiente apasionado del pueblo chileno.

—Puesto que allí cuentas—me decía—con un tío carnal dueño de una gran fortuna, debes acercarte a él. Muy justo es que él te ayude en tu situación actual; siquiera en tus esfuerzos por procurarte una ocupación que te permita vivir decorosamente. Yo le conozco y le hablaré de ti. Decídete y vámonos a Chile...

Cuando nuestra voluntad está inclinada en favor de algún propósito, la más leve indicación, el más trivial argumento que en su apoyo se nos haga, valen como inmejorables razones. Yo tenía vivos deseos de conocer Chile, y seguí los consejos del coronel, en vez de aceptar las generosas ofertas del general Urdininea.

Este último había sido amigo y compañero de armas de mi padre en la guerra de la Independencia. Cuando supo que me preparaba para emigrar a Chile con otros compatriotas, me llamó por medio de una esquela.

Por aquellos días había ganado el general Balliván una batalla en los campos de Ingaví, destruyendo, gracias a ella, las pretensiones del general Gamarra, empeñado en anexar nuevamente el suelo boliviano a la República del Perú. Para celebrar el feliz suceso, se dió en Potosí, capital provisoria de la República, un suntuoso baile oficial. Los argentinos simpatizábamos con la causa boliviana. Era la de la independencia, y los que habían protestado de una manera tan solemne contra la opresión de los pueblos,

---

(1) Es el caso notar que los restos de Lavalle, traídos de Bolivia, descansaron un tiempo en Chile, antes de ser repatriados.

no podían ser indiferentes al entusiasmo con que se celebraba la derrota del caudillo invasor. Al sarao fueron, pues, invitados todos los ex-jefes y oficiales asilados, pero pocos de entre ellos pudieron aceptar la invitación. Eran los tiempos del frac y la levita; no había entonces como al presente, ropajes intermedios. De aquellos se saltaba a la chaqueta o al poncho y chiripá.

Yo figuraba en la lista de los invitados, pero no tuve coraje para ir a bailar un minué sin el indispensable requisito de llevar un poco de paño suplementario bajo los cuadriles. Sin embargo, a la manera de aquel monarca que, imposibilitado para entrar en Argel, arrojaba su corona dentro de sus muros, quise yo arrojar un canto dentro del salón. Lo escribí y le pedí a uno de mis compañeros que lo leyera en mi nombre, a la hora de los brindis. Mi amigo aceptó el cometido y mis versos tuvieron eco. Varias personas se interesaron por saber quién era el autor, y uno de ellos fué el general Urdiminea, a quien un amigo (1) le dió informes sobre mi persona. Así llegó aquél a saber que yo era hijo de su antiguo camarada.

Fuí, pues, a verlo, atendiendo a su deferente llamado, y se me introdujo en un largo salón tapizado con jergones tejidos en el país, y adornado por grandes sillones. No había en las paredes adorno ninguno, y sobre su blanca superficie sólo se percibían las diformes ventanas que llevaban de luz todo el recinto. Al extremo de dicha sala, elevábase un entarimado que cubría todo el frente. Sus gradas estaban cubiertas por un tapiz obscuro; sobre el entarimado se asentaba el bufete y a su retaguardia se destacaban seis poltronas bajo un dosel de damasco carmesí. Tal era el local destinado a las recepciones oficiales del primer magistrado del país. Por una parte resaltaba allí la sencillez republicana; por otra la actitud aristocrática de los que, favorecidos por el poder, demostraban todavía en aquel tiempo aficiones a remedar los tronos. Algún tiempo después alcancé a presenciar la entrada del presidente del Perú, en el teatro de Lima, alumbrado por cuatro teas, como un santo llevado en procesión.

El general me recibió con sencillez y cordialidad.

—¿Con que es usted hijo de mi antiguo compañero, sargento mayor que fué del regimiento de la Estrella, comandado por el coronel French?

—En efecto, mi general.

—¿Y qué ha sido de él?... ¿Vive todavía?

—Lo precipitaron a la muerte, mi general. Dejó de existir hace poco más de un año.

—¡Pobre amigo! ¿Y cómo le ha llegado a usted la noticia?

—Por el correo Olivares que hace la carrera de Buenos Aires acá.

—¿Estaba todavía en servicio cuando ocurrió su muerte?

—No, general; mi padre dejó la carrera de las armas el año 20, figurando después en los primeros reformados. En su vida particular supo conservar las amistades contraídas en las filas de los patriotas. Pero un día Rosas no quiso que viviera más el que había sido unitario toda su vida. La Mazorca se encargó de dar cuenta de él, y una tarde, perseguido con encarnizamiento, rindió la vida sobre los umbrales de nuestra casa ahogado en su propia sangre...

El general hizo un movimiento de horror y de pena.

(1) El teniente coronel D. Pedro Lacasa.

Entre tanto, el salón empezaba a poblarse. Los ministros entraban en funciones y los oficiales de oficina removían papeles. No faltaron curiosos que se fijaron en mí, como asombrados de mi largo diálogo con el presidente.

—Pues bien, querido Echagüe, díjome el general; le he llamado a usted para manifestarle que estoy dispuesto a hacer en beneficio suyo cuanto me hubiera sido posible hacer en mi posición por su padre de usted, si vivo aun y rodando por estos países, hubiera llegado hasta mí. Mi residencia ordinaria téngola fijada en Cochabamba; allí vivieron mis abuelos, allí vivimos hoy sus descendientes; en los campos de aquella provincia están radicados nuestros intereses, y en la capital guardan mi hogar dos hermanas ancianas. Ese hogar puede ser el suyo, si usted decide aceptarlo. En vez de una, tendrá dos madres, que, mientras usted no pueda proporcionarse algo, vivirán satisfechas de proporcionárselo todo; pero como a la edad de usted el corazón no late sino bajo el imperio de las ambiciones, yo me haré cargo de satisfacerle aquéllas que estén a mi alcance. Quédese, Echagüe, en Bolivia; aquí obtendrá usted una excelente posición.

Pero ya lo he dicho; mis oídos estaban sordos al sano consejo, como suelen estarlo los de los enamorados, que solo oyen la voz de su capricho. El viaje a Chile ocupaba mi fantasía a todas horas. Así, pues, agradecí con efusión sincer los ofrecimientos del general; mas sin aceptarlos. Este insistió inútilmente, y por último, ante mi terquedad, desistió de convencerme; no sin tener para conmigo un último rasgo de generosidad que mi gratitud debe consignar. Una hora después de retirarme de su despacho, presentóse en mi alojamiento un sirviente que me traía ciento cincuenta fuertes, en nombre del presidente.

Quise, ante todo, contar con un buen vestido en mi equipo de viajero, y a los ochos días ya era hombre de frac. Así pude pasar a despedirme del general y a agradecerle en persona su ayuda, con una indumentaria digna del protector y del protegido.

#### IV

Algunos días después, dejábamos a nuestra espalda el desierto de Atacama, y nos embarcamos en el puerto de Cobija, en un velero bergantín norteamericano.

Ibamos juntos en aquel viaje, el general chileno D. N. Freire, y los argentinos siguientes:

Excoronel don Prudencio Torres, ya muerto.

Excoronel Pirís, ya muerto.

Don Pedro Lacasa, ya muerto.

Un señor Mautiño, ya muerto.

Un señor Cuitiño, ya muerto.

Un exsargento Córdoba, ya muerto.

Un señor Juan Rivas, ya muerto.

También ha muerto ya el general Freire.

De aquel grupo, quedamos todavía sobre el mundo don José María Miró, avecindado en Buenos Aires, y yo.

Diez y ocho días empleamos en llegar a Valparaíso; no sin que algunos contratiempos particularizaran el viaje. Navegábamos una tarde a todo trapo y con viento fresco, cuando hallándonos a la altura de Juan Fernández, nos sorprendió un chubasco, apenas iniciado por una nubecilla, que, como diminuto y blanco lunar, se destacaba en los cielos. ¿Es que el capitán del bergantín estaba alegre en demasía, según la frecuencia con que bajaba a la cámara

en procura de coñac? Solo así se explica su absurda obstinación por mostrarnos, con riesgo de la vida de todos, cuán fuerte era su nave. El gran aguacero en que vino al cabo, a quedar disuelta la nubecilla, que en menos de un cuarto de hora se había adueñado de toda la mar a nuestra vista, nos sorprendió navegando a un largo y con medio costado de babor hundido bajo las ondas. El peligro perdía su primera condición, pero nos amagaba con algo peor; con el naufragio.

—¡Si usted no amaina, en este instante mismo le hago volar los sesos, señor capitán!— dijo el general Freire al empecinado yankee. Ol oír éste tan concluyente amenaza, apoyada por los gritos de más de treinta pasajeros, ordenó el amaino hasta quedar a palo seco. La operación se efectuó, mientras por alguna parte el agua detenida sobre la cubierta, se iba depositando en la bodega.

La noche nos sorprendió ayudando a los marineros a manejar las bombas. A la mañana siguiente supimos que habíamos estado a punto de perdernos a causa de que el timonel de servicio se había dormido, dejando sin gobierno la nave. Un golpe de mar se había llevado la cocina. El timonel atrozmente azotado, pendía a nuestra vista amarrado a una jarcia, a la altura de la cofa del trinquete. A las once de la mañana, aquel infeliz daba indicios de muerte. El sol, que desde temprano se había anunciado fuerte, le caldeaba la espalda, y la sed, de que se quejaba a gritos doloridos, estampaba en su semblante signos de desesperación.

Los viajeros todos intercedimos ante el capitán, y éste, depeniendo su enojo, hizo bajar al timonel. Luego nos invitó a pasar a comer en su cámara, queriendo, sin duda, atenuar con sus obsequios, la mala impresión que su estúpido arrojo de la tarde anterior nos produjera.

La cocina no se echó de menos. La mesa estaba provista de conservas, queso, manteca, excelentes vinos, fruta seca y café.

Llegados a Valparaíso, cada cual tomó el rumbo que le convenía.

Pero mi anhelado tío no residía en Valparaíso, sino en Nuñoa, lugarejo inmediato a Santiago, en donde poseía una hermosísima quinta. A Santiago nos dirigimos, pues, al segundo día de nuestro arribo. Ante todo, nos procuramos una habitación independiente: pues el coronel Torres era un jugador impenitente, y necesitaba una casa en la condición indicada. Una vez instalados, Torres abrió su campaña sobre el Monte Cristo de Nuñoa.

A la sazón hospedaba Santiago cerca de trescientos argentinos. Casi todos ellos habían buscado asilo allí, después de la desgraciada batalla de Rodeo del Medio. Falto de ocupación y relaciones, natural era que yo me preocupase de ponerme en contacto con los antiguos compañeros y amigos. Así lo hice.

Habían transcurrido ocho días, cuando el coronel volvió de su expedición. Yo espiaba su semblante, tratando de adivinar el éxito de sus gestiones. Torres permanecía impenetrable. No pude resistir a la curiosidad, y mientras desensillaba su caballo le pregunté:

—Y bien, coronel ¿cómo le ha ido?

—Así... así...

Esta respuesta me destempló completamente. Potosí y Urdeñena vinieron a mi recuerdo.

—Ese "así... así..." es una respuesta como para provocar dudas antes que esperanzas...

—Es que yo pretendo tanto—continuó el coronel—que en mi ambición por tu bien no me contento con poco.

—¡Vaya una ambición!, añadí, tratando de reaccionar contra mi primer desencanto.

El hecho era que el coronel se había entrevistado con mi tío, quien lo recibió cordialmente y escuchó con atención su pedido de protección para el joven pariente proscrito. Luego le había entregado una especie de cuestionario, al cual yo debía contestar por escrito. Sólo entonces tomaría mi tío una decisión. Comprendí, por la desconfianza que este cuestionario implicaba, que nuestras esperanzas iban a quedar burladas. Sin embargo, hallé prudente reservar por el momento mis presunciones. Cuando en la noche de aquel mismo día volvió a casa el coronel, la carta-cuestionario estaba ya contestada y lista.

—Bien, muchacho—dijo cuando la hubo leído; pasado mañana iré a llevársela.

Cuatro días después, estaba nuevamente de regreso de Nuñoa mi infatigable agente. La contestación no era, por esta vez, un nuevo interrogatorio. Concretábase a hacerme saber que el hijo de mi tío, primo y tocayo mío de nombre y apellido, bajaría aquella tarde a la ciudad, expresamente para visitarme.

¿Daban o no motivo a desfavorables conjeturas, estas idas y venidas, estos formulismos y estas precauciones de un poderoso pariente, para responder a la sollicitación de apoyo de un muchacho desamparado en tierra extraña?

Efectivamente, a las cinco de la tarde, se presentó en nuestra habitación mi joven primo.

Era este de una agradable figura, semblante expresivo y maneras cultas.

El coronel había salido.

—Mi padre—me dijo el primo—me ha encargado le haga a usted saber...

—¿A usted?...—repose interrumpiéndole, ¿no somos primos?

—Sí, pero...

—Pero, ¿qué?...

—Como todavía no hay confianza entre nosotros...

—La confianza entre los hombres—repliqué con vehemencia—siempre ha estado en relación con los vínculos que los une, y los de la sangre...

—Tienes razón; acepto la objeción, y te trataré como tú me tratas.

Luego me presentó una diminuta caja de cartón, diciéndome:

—Mi padre me ha encargado que te entregue esta friolera para que te remedies por lo pronto. Ha quedado plenamente disipada cuanta duda pudo abrigar antes de recibir tu carta, y se dispone a darte una prueba de buena voluntad. Te alojará en casa, tan luego como se hallen concluídas dos piezas que actualmente se construyen.

No sé como tuve oídos, y aún tengo memoria para recordar tal declaración, pues mi pensamiento estaba ocupado en formar conjeturas respecto al contenido de la cajita.

—¿Será oro?—preguntábame dentro de mí; pero si fuera oro pesaría más... ¿Será alguna prenda de valor que se me regala en prueba de cariño y amistad? Pero si fuera un regalo no se me indicaría que me deshiciera de él, para remediarme por lo pronto...

Pasé diez minutos en la más quisquillosa curiosidad. Hubiera deseado que el caballo del primito huyera, o que un temblor remediera las paredes para ver salir la visita, quedándome con el regalo

a solas. No sé si mi tocayo y primo comprendió lo que en mí pasaba. La verdad es que su visita no duró más de doce minutos, prodigándome, a su despedida, más ofrecimientos y piropos que un enamorado. Rompí por fin el cinto de papel engomado que cerraba la cajita y... ¡diez y seis reales en medios!... Es decir, treinta y dos piezas de plata, que apenas hacían dos pesos, quedaron a mi vista. Eran nuevecitas, y no les faltaba ni el chusco agujerito que se les hace para ponerles cintas en los bautizos.

Habiase tenido la prolijidad de integrar la cantidad de dinero con que debería "remediarme por lo pronto", con moneditas recién acuñadas, que si no aumentaban por ello el valor de los dos pesos, podían producir a la vista de los niños un efecto más halagüeño. Si esta ocurrencia no se asemejaba a una burla, no podía asemejarse sino a una imbecilidad de avaro. Un arranque de ira me asaltó, y mi brazo iba a hacer volar por los aires el ridículo obsequio, cuando recordé que su retención se hacía indispensable como elemento de prueba, en la explicación que había de darle al coronel.

Cuando éste llegó, se apresuró a interrogarme:

—¿Y?...

—Ya—contesté, agregando otra vocal a la suya, con lo cual completaba todo un adverbio.

—Veamos, veamos—añadió Torres lleno de interés.

Le pasé la cajita y esperé.

—Pero esto parece una broma, y yo quiero saber el resultado serio de la visita.

—¿El resultado serio? Aquí lo tiene usted. Dos pesos en moneditas.

—¿Pero hablas sin burlarte?

—¿Burlarme yo? Me parece que los burlados somos nosotros.

—¡Veamos! Explicame lo que pasó entre tú y tu primo.

—Casi nada. Me visitó unos minutos y me entregó, en nombre de mi tío, la cajita que usted ve, para que con su contenido pudiera "remediar mis necesidades por lo pronto".

Torres medio palideció de rabia. Guardó silencio un rato; luego montó a caballo y partió al galope.

Cuando regresó por la noche, yo estaba todavía en pie. La calma se había hecho en mi espíritu. Comprendí que, en realidad, había sido un ingenuo al contar con la ayuda de un hombre de la especie de mi señor tío. Para que el lector comprenda por cuales razones hubiera debido tenderme aquél su mano, y en qué derechos morales fundaba yo mi pretensión a su ayuda, voy a ponerlo en conocimiento de ciertos antecedentes de familia.

---

Era don Francisco Echagüe, el hijo mayor de don Melchor Echagüe y Andía, hombre de campanillas, allá por su tiempo, y exgobernador de la provincia de Santa Fé, poco antes de efectuada la revolución de Mayo de 1810.

A don Francisco, seguíanse tres hermanas, de las cuales una aceptó por vocación la vida reclusa de un convento; las otras dos llegaron solteras a la ancianidad. Seguíanse a éstas, tres varones, que en los primeros agitados días de la patria, tomaron distintos rumbos. D. Baltasar, que era el más garifo, fué a establecerse en la Asunción del Paraguay, en donde, perseguido por el dictador Francia, desde que este cerró las puertas del país a toda relación con el resto del mundo, fué, al cabo, internado en un calabozo. Allí permaneció veinte años, viendo apenas la luz al tiempo que



sus centinelas daban paso al carcelero que le alcanzaba el alimento, Don Baltasar Echagüe, quedó, pues, sepultado en vida.

Los otros dos hermanos, don Javier y don Pedro, hallábanse ausentes de la provincia de su nacimiento, al tiempo en que ocurrió la muerte de su padre, el exgobernador. Instruídos del fallecimiento por carta de don Francisco, que como hemos dicho, era el mayor de todos, y permanecía en Santa Fe, no hesitaron para autorizarle, como él lo solicitaba, a constituirse depositario de la herencia de todos, a la sazón indivisa. Las hermanas mujeres, residentes por entonces en Buenos Aires, bajo la tutela de don Javier, asintieron también a la autorización otorgada a don Francisco por sus hermanos.

Dos años después de efectuado este arreglo, recibía don Javier una carta de don Francisco, anunciándole haberse puesto en marcha hacia el Alto Perú, con la mira de realizar la venta de un gran arreo de mulas. Afirmaba que, con ello, se proponía evitar el secuestro a que, por aquellos días, estaba expuesta dicha clase de hacienda, declarada elemento de guerra. Presumió don Javier que aquella empresa no se fundaba en la causa invocada, y se hubiera puesto inmediatamente en marcha para alcanzar a su hermano, a no retenerlo en cama una grave enfermedad.

Mientras tanto, don Baltasar gemía encadenado tras la férrea puerta del calabozo paraguayo, y mi padre don Pedro, levantaba su carpa al pie de las murallas de Montevideo, en el memorable sitio en que tanta gloria adquirió el general Soler.

Dos años después, don Francisco volvía a escribir a don Javier comunicándole que residía en Lima. La verdad era que estaba radicado en Chile. Con las mulas, el fraudulento depositario había arreado también cuántas alhajas y dinero en efectivo hubo a la mano; alhajas y dinero que habían dado a la casa de mis abuelos, fama de ser la más opulenta de Santa Fe.

Recibióse por fin una última carta firmada por el astuto estafador, en la que fingía hallarse a las puertas del sepulcro y en la más lamentable miseria, consecuencia ésta del mal resultado de sus especulaciones.

La familia, víctima de tan cínica y escandalosa estafa, se contentó con entrar en posesión de los bienes raíces existentes en Santa Fé. Tal era la historia verídica del opulento Sr. de Nuñoa.

Presentábasele a éste ahora, la ocasión de atenuar sus propios remordimientos; si es posible que tengan remordimiento los seres sin conciencia; pero prefirió, en su avaricia, ocultar aún más su mal habido tesoro, a la satisfacción de restituir algo de lo estafado, mejorando la triste situación de un joven de su misma sangre, desprovisto de recursos en tierra extraña.

¿A quién, además, podía serle dudosa la elección entre el desprendimiento de una mínima parte de la fortuna usurpada, y el peligro de quedar descubierto y para siempre deshonrado?

Así que el coronel supo lo ocurrido la tarde aquella, aconsejóme la adopción de una conducta que, de antemano, yo propio me había impuesto: excusar en adelante toda relación con los señores de Nuñoa. Pesaroso acaso de haberme estimulado al viaje a Chile, el coronel agregó:

—No hay que amilanarse, muchacho. Tenemos aposento en que asilarnos, y si hasta hoy hemos regaloneado el estómago en los hoteles, desde mañana lo someteremos a raciones más modestas. Haremos venir una vieja cocinera que hace algunos días me

suplica que la ocupe, y, con economía y buena voluntad, lo arreglaremos todo. Mañana nos proveeremos de lo más indispensable. ¡Al infierno el veijo de Nuñoa!

Dos días después ya habíamos entrado en el nuevo método de vida. Procuré acreditarme como copista, y obtuve trabajo en abundancia. De día me ocupaba de poner en blanco algunos escritos, y por la noche en sacar por separado los distintos papeles de los dramas que se me remitían del teatro con ese objeto. Conseguí, además, colaborar en algunos periódicos. De manera que mi existencia, aunque agobiada de labor, se hizo soportable.

Habíase cumplido un año desde que llevaba esta modesta y arreglada vida, cuando algunos accidentes inesperados vinieron a contrariarla.

La suerte empezó a serle adversa al coronel, pues los dados se habían puesto en su contra. Sus antiguos amigos se habían convertido en simples conocidos. Habiéndole tratado en otro tiempo como comerciantes acreditado, le veían ahora jugador de oficio. Perdido el buen concepto de que antes disfrutaba, el coronel quedó aislado.

Por lo que a mí respecta, sentíame afectado de otra manera. Durante nuestra permanencia de cinco meses en Tucumán, con posterioridad a los contrastes del Quebracho y Sancala, había sufrido una tenaz disentería que se me repetía ahora con caracteres alarmantes. El coronel había dejado de ganar con el juego; yo quedé por algún tiempo imposibilitado de ganar la subsistencia con el trabajo. El hombre de Nuñoa se había llamado, como yo, al silencio; él, felicitándose probablemente del mío; yo, felicitándome del suyo. Jamás treinta y dos monedas de a medio real han podido producir con su empleo mejores resultados, pues a precio de ellas adquirí yo un doloroso desengaño. En cuanto al fraudulento avaro de Nuñoa, compró con ellas mi eterno alejamiento de él y de su familia.

En nuestra situación, forzoso era tomar algún partido. Por mi parte, me decidí a tomar uno triste pero ineludible: refugiarme en el hospital.

En la mañana del mismo día en que impuse de esta resolución al coronel, me entregaron una carta. En la letra del sobre, conocí al instante la mano que la había trazado. Se la leí al coronel, que escuchó con la más alegre atención. Provenía de un joven llamado Emeterio Nevares, hijo de Bolivia, educado en Buenos Aires, condiscípulo mío y encarnizado opositor de Rosas y sus sostenedores. Este joven había tenido el coraje de venir, precediendo la marcha del ejército a las órdenes del general Lavalle, desde que éste volvió su espalda a las puertas de Buenos Aires, hasta el día en que tuvo lugar la ocupación de Santa Fé. Su aparición en las villas y lugarejos inmediatos a las vías trazadas por la marcha del ejército, era el signo precursor de la aproximación de éste. Pero Nevares no se había convertido así tan como quiera en telégrafo de carne y hueso: traía de su cuenta una piara de mulas cargadas de varios efectos, y otros más de repuestos que mejoraba constantemente a cambalache. A su aparición en cualquier punto, siempre anticipada de diez a doce días al arribo del ejército, seguía el negocio que inmediatamente emprendía sin detenerse más de 24 horas. Fué en Salta, adonde había ido yo enviado en comisión por el doctor Avellaneda, gobernador de Tucumán, en donde tuve el gusto de ver por primera vez a este amigo.

“Si la fatalidad—me decía en la carta—llegase a pesar

tanto sobre los destinos de la tierra argentina, como para que sus hijos todavía en armas contra la tiranía, tengan que emigrar al extranjero, cuento con que, a no morir, me escribas o me busques en Arequipa, a donde voy expresamente a establecer un negocio con conocimiento de mi familia, hoy residente en La Paz".

El ofrecimiento, como se ve, no podía ser más oportuno. En la misma carta hacía me saber Emeterio cómo había podido averiguar mi paradero. Lo había descubierto por otro de los tantos proscritos que cruzaban en todas direcciones los pueblos situados sobre el Pacífico, y que me sabía en Chile.

Otras instrucciones contenía la misiva aquella. Mi amigo me decía, que si me cuadraba aceptar su ofrecimiento, me entrevistase con el patrón de una barca española, la "Eleonora", próxima a llegar a Valparaíso, con cuyo propietario, un señor Toribio Gonzalo, había tenido él la previsión de ajustar anticipadamente un pasaje. Este simple documento, la carta, presentado por mí a Gonzalo, bastaría para que se me condujera al puerto de Islaí, así que, realizada en Valparaíso la factura con que efectuaría su retorno, se hiciera de nuevo el barco a la vela.

El contento que produjo este mensaje en el ánimo del coronel, excedió en mucho al que yo propio sentía. Hacía bastantes días que lo observaba algo triste, y de ello había deducido que se hallaba contrariado por circunstancias para mí ignoradas.

Así era la verdad.

—Mira, muchacho—me dijo—esta carta viene a quebrar por completo nuestra mala situación. Yo he debido marcharme ya a Montevideo, pues para ello cuento con los recursos que por repetidas ocasiones me ha prometido nuestro viejo paisano el canónigo Navarro; pero ante la consideración de que en nuestro mísero estado, mi ausencia sería motivo para empeorar el tuyo, he dado al diablo la idea, sintiendo no obstante como un peso sobre el alma, el no poder realizarla. Pero ahora que tú te vas... Porque supongo que te irás, ¿no es así?

—¡Sí, me iré!—contesté con la firmeza de una resolución inquebrantable.

—Pues bien, a la obra.

—¡A la obra!

Dos días después, un aljabibe de los que tanto abundaban en Santiago por aquellos tiempos, trasladaba a su camaranchón nuestros trastos vendidos al precio que el comprador quiso dar. Mi equipaje quedó reducido al traje que llevaba puesto y una muda de ropa interior, con el apéndice de un corbatín de colores. Para que la carga no resultara más pesada, acomodé dichas prendas dentro de una caja de cartón.

El resultado de la venta, previo descuento del valor de pequeñas deudas a cubrirse, me fué adjudicado. Habilitado por el canónigo Navarro, el coronel quiso que yo aceptara lo que por liquidación le correspondía. La vieja cocinera cargó con las piezas correspondientes al servicio culinario y algunos reales que se le debían.

Llegados a Valparaíso, cuatro días antes de la noche del incendio a que antes me referí, el coronel tuvo apenas tiempo para permanecer en tierra 48 horas. Un vapor lo alzó de las costas del Pacífico, para ir a dejarlo sobre las playas del Plata, desde donde se trasladó inmediatamente a la plaza de Montevideo, baluarte homérico por aquella fecha, en resistencia contra el formidable ejército de los opresores de nuestra patria. Afilado Torres entre los bravos que constituían la defensa de la

Nueva Troya, como se llamó entonces a Montevideo, mantúvose mucho tiempo como guerrillero, diario auxiliar de la Legión Italiana que comandaba Garibaldi. Pero el arrojo de aquel valiente había desdeñado siempre los consejos de la prudencia, y a similitud del general La Madrid, nunca dió espalda al enemigo. Sus charreteras habían sido ganadas en buena ley por el pujante brazo con que, desde soldado, había manejado la lanza. Y por las puertas de la Nueva Troya, entraron una tarde sus cuartos despedazados por el sable y la bala, el cuchillo y el potro de una veintena de contrarios, a quienes acometió, y dentro de cuyo círculo murió, rugiente como un león herido.

Para el coronel Torres no ha habido todavía ni un recuerdo ni una tumba.

---

### Vuelvo a mi individuo.

Inmediatamente de habernos apeado de la silla de posta que nos condujera a Valparaíso, dirigíme al muelle en averiguación del punto en que anclaba la barca "Eleodora". Pronto la descubrí y subí a su bordo.

El buque recibía en aquellos momentos la carga que iba a conducir, y la tripulación se hallaba ocupada en esta faena; pero ello no obstó para don Toribio me recibiera con afabilidad, y me dedicara un buen rato, así que tuvo en sus manos la credencial que me acreditaba como su próximo pasajero. Declaróme tener encargo de facilitarme el dinero que pudiera necesitar para mi marcha. Agradecí el ofrecimiento, y decliné el servicio, pues mis urgencias de viaje estaban ya satisfechas, y había en mi faltriquera lo bastante para pagar el hotel durante veinte días.

En cuanto a mi famoso terno de Bolivia, que fué liquidado en la venta de Chile, si bien lo recordaba, me consolaba de su pérdida pensando que pronto podría recuperarlo en Arequipa. Diez y siete días después, hizome saber don Toribio que el buque iba a levar el ancla. El viento era favorable, y el viento es un caudal que las embarcaciones no pueden despreciar.

Entre las diversas ocasiones en que, durante mi emigración, crucé las aguas del Pacífico, fué esta una de las que mejores recuerdos me dejaron. Ningún contratiempo perturbó nuestro viaje que fué breve, alegre y favorecido por la abundancia de la mesa y el vigor del apetito. Cuando en las mañanas de los últimos días de la navegación, me trasladaba de la cámara a la cubierta, mi vista iba a posarse como fascinada, sobre el Misti, gigante de pedernal a cuyo pie existía entonces la ciudad de Arequipa; de aquella Arequipa dentro de la cual viví algún tiempo. Entre los más elevados picos que coronan la cumbre de los Andes, el Misti aparece como el Illimani y el Tupungato, el Chimborazo y el Pichincha, penetrando en la región de las nubes, envuelto en manto de nítida y eterna nieve.

Contemplado a la distancia, desde el mar, o en tierra desde el desierto, el Misti remeda la figura de un águila inmensa que oculta la cabeza bajo el plumaje de su cuello, en actitud de extender las alas.

Por una feliz casualidad, tuve ocasión de ver, en la madrugada del día que entramos al puerto de Islai, algunos ligeros copos de humo desprendidos del seno del volcán. Cada diez o quince años, alguna manifestación ignífera se asoma a los bor-

des del cráter del Misti; y entonces hacía probablemente aniversario la fecha periódica.

Así que hube descendido a tierra, y antes que don Toribio me hubiera indicado cosa alguna, rodeóme un grupo de cholos tan oficiosos en ofrecerme sus servicios, como las turbas imprudentes de que uno se ve cercado al pisar el muelle de los grandes puertos. Un individuo entretanto, que sin ser más robusto que los demás en apariencias, supo mostrarse más fuerte a mérito de meter codo a diestra y siniestra sobre el resto de la muchedumbre, logró llegar hasta mí, y descubriéndose me dijo:

—¿Es su merced el señor don Pedro, caballero que ha hecho el viaje en la "Eleonora", que debe pasar a Arequipa y ha de alojarse en casa del señor Nevares?

Contesté que sí, y el hombre sonriendo en aire de triunfo me pidió permiso para pasar a bordo en procura de mi equipaje. Mi equipaje estaba conmigo, iba debajo del brazo, ¡dentro de la caja de cartón!

—¡Oh!—le contesté, el equipaje, no es cosa que por el momento deba preocuparte. Existen razones por las cuales no sería prudente desembarcarlo ahora mismo.

El cholo me echó encima una mirada tan maliciosa como investigadora y agregó, al parecer lisonjeado de adivinar la causa de tal excusación:

—¡Ah, sí! ¡Como el señor Nevares es comerciante!...

¡Creía que yo era portador de un contrabando!

Híceme el que no entendía la indirecta, y le pregunté:

—Y bien, ¿por qué me buscabas?

—Para llevar a su merced a Arequipa. Esas mulas que se ven allí, aparejadas, son mías. Soy arriero, y vengo encargado por el señor Nevares para cumplir esta comisión.

Hice esperar al cholo y esperé a mi vez a Gonzalo, hasta que éste se hubo desocupado de las diligencias de indispensable trámite ante las autoridades del puerto. Entonces nos despedimos contentos y satisfechos el uno del otro, por la cordial amistad que dejábamos contraída.

Una hora después, trepaba cabalgando una fuerte mula, la angosta y tortuosa senda de una ladera, imponente por el abismo que costeaba. El sol empezaba ya a caldear la piedra de la sierra y la sed se hacía sentir en las bestias.

—Aquí hemos de dar agua a los animales, patroncito—dijo el cholo—porque después de ésta ya no hemos de hallar otra, hasta la entrada de una pequeña quebrada que no avistaremos hasta la madrugada del día de mañana.

Y diciendo esto, suspendió la marcha de su cabalgadura, la cual aliviada del freno se arrodilló en procura del pequeño chorro de agua cristalina que surgía del centro de una piedra excavada como palangana.

Bebió luego mi mula. Y por último nos recomfortamos nosotros que íbamos bien provistos de agua y flambres.

Para que el lector pueda formarse una mediana idea de la naturaleza y desamparo de aquellos parajes, he creído de oportunidad intercalar aquí algunos fragmentos de versos con que intenté alguna vez diseñarlos.

El viaje desde Islai hasta Arequipa en los tiempos a que hago referencia, era tan penoso y erizado de dificultades, como todavía es probable que sigan siendo los que se hagan para atravesar los desiertos intermediarios de Arequipa a Moquegua, de ésta Tacna, de Tacna a Cobija y Atacama:

Hay sin embargo veces que a ese viaje  
de tan penosa marcha, otro se agrega,  
si a solas se atraviesa aquel paraje  
que como para el mundo nos segrega.

La marcha en estas pampas dilatadas,  
yermas, calladas, anchas y onduladas,  
del riego celestial siempre privadas, (1)  
como el fondo del mar siempre arenosas.

Donde el sol como en Libia atroz abraza  
cuando su lumbre en derredor otea,  
y en toda la extensión, de noche traza  
la escarcha espejos que de suyo crea.

Donde nunca jamás pájaro alguno  
si extraviado pasó detuvo el vuelo,  
donde guarida o tránsito oportuno  
reptil ni fiera procuró en su suelo:

Donde la única luz que turba a veces  
la inmensa oscuridad, es el rojizo  
relámpago veloz que en cien dobleces  
colorando las sombras se deshizo.

¡Pobre viandante! Ahí en el desierto  
si aun pisas el mundo, para el mundo excluido  
esas horas está, mas no a cubierto  
de errar la senda y perecer perdido.

En tardos pasos que apurar no debe  
así evitando que su bruto falte,  
sigue la marcha atento a lo más leve  
(2) que en su terca aprensión teme le asalte.

Sus negros, densos, impalpables tules  
la fría noche a recoger empieza,  
y allá por el oriente orlas azules  
del día anuncian la sin par grandeza:

La aurora reina. Puras, presurosas,  
las auras matinales juguetean;  
y en lugar de las tinieblas vaporosas  
en toda la extensión libres campean.

(3) Del viajero al oído lentamente  
empieza a murmurar un sordo ruido  
tenaz, distante, regular, creciente  
y armonioso a la vez que indefinido.

---

(1) Algunas.

(2) Hállanse en abundancia en los desiertos de uno y otro Perú osamentas de asnos, llamas, caballos y aun animales vacunos, que perdidos en los arrees de la noche, o apurados por la sed y el cansancio, mueren de pie, enclavados a los médanos o recostados a los peñascos interpolados entre aquellos.

(3) En las arrias que dirigen los indios a pie, los burros de que aquéllas se componen traen ordinariamente, colgados al pescuezo, varios cancheros de distinto tamaño y sonido, que producen resonancias caprichosas.

El sol se anuncia. Fajas caprichosas  
de púrpura y jazmín vienen delante;  
y el horizonte visten presurosas  
del astro aquel que asomará al instante.

La vista entonces el viajero esparce  
la luz preñada, de esperanza y vida;  
y al girarla en redor mira ligarse  
en círculo, la pampa al cielo unida.

El desierto y espacio todavía  
cercan y son del viajador la esfera;  
y el ruido en melancólica armonía  
sigue y promueve su atención entera.

Allá al extremo del preciso punto  
adonde lento su corcel conduce, (1)  
se alza una nube en desigual conjunto  
de débil polvo que en aire luce.

Sigue el viajero. Su bridón atento,  
con cuello erguido y juguetona oreja  
a la vista del polvo, en el momento  
de propia voluntad la calma deja:

Duplica el paso, cosquillea, estornuda,  
relincha y tasca con frecuencia el freno,  
hasta encontrarse con la recua ruda  
que avanza lenta por igual terreno.

## II

Y en esa recua mezclados  
vienen los asnos y llamas  
pobrememente aparejados,  
de varios cestos cargados  
construïdos de secas ramas.

En los cestos viene fruta  
o trozos de dulce caña,  
y otras veces coca y yuta,  
efecto al que sin disputa  
mayor estima acompaña.

Otras veces de algodón  
traen los asnos grandes bultos,  
y las llamas, de carbón  
pequeños fardos que son  
hechos en montes ocultos.

Y los indios que conducen  
tan sencilla caravana  
en esa vida se lucen,  
porque a esa vida reducen  
toda la ventura humana.

---

(1) Aun cuando la travesía de aquellos parajes se efectúa cabalgando machos y mulas, también el caballo suele utilizarse a veces.

Cruzar las pampas desiertas,  
 escalar un alto cerro,  
 procurar senda encubierta,  
 seguir del asno el cencerro  
 a toda hora y planta abierta.

Es para el indio una gloria:  
 su aspiración limitada...  
 no hace del mundo memoria,  
 y de su origen e historia  
 si algo sabe, le va nada.

Con tal que su bolsa se halle  
 de coca y chuño (1) provista,  
 no importa que en monte o valle  
 el sol se oculte a su vista  
 hasta que otra aurora raye;

Que si la noche le avanza  
 y extraña y pierde la huella,  
 no ha de perder la esperanza  
 quien ya tiene por usanza  
 seguir por norte una estrella.

Cual la nación impedida  
 de la gracia del Señor  
 y condenada en la vida  
 a errar y viandar perdida  
 de la tierra en derredor;

Tal del imperio del Inca  
 la progenie hereditaria,  
 hoy en su país mercenaria  
 salva el valle, al monte brinca,  
 ¡siempre andando solitaria!!

Pero aquí, fué la opresión  
 quien tanto en tal raza pudo,  
 que no hay humano en razón  
 si el depotismo sañudo  
 lo subordina en su acción.

Y de ese imperio precioso  
 la familia sucesora,  
 es un resto al mundo ocioso  
 que nada conserva honroso  
 de cuanto hubo allá en su arora.

Quien fuera el indio a entender  
 por esta caterva omisa,  
 fuera igual a resolver  
 qué madera pudo arder  
 juzgada por su ceniza.

---

(1) Los indígenas llaman chuño a la papa curtida por la nieve y pisoteada. Es un alimento fuerte; 6 papas de éstas, cocidas, constituyen, para un indio, alimento de un día.



Su alma parece medida  
para su cuerpo extenuado (1)  
y las pasiones de vida  
son en él cual planta hundida  
en fango oculto y privado;

O como marchita flor  
que aunque la forma recuerde,  
toda su excelencia pierde  
desde que falta de olor  
cayó del vástago verde.

### III

Más vése al viajero curioso ha un instante  
y atento, observando  
los indios que marchan a pie, y por delante  
la llama elegante  
y el asno a la carga que lento va andando.

La récua a su frente, la senda desvía  
y cruza al costado  
del ancho camino que en antes traía  
y al mismo le guía,  
que nuestro viajero detrás ha dejado.

Saludan los indios, su blanda montera  
bajando hasta el pecho,  
que es trato en que aquéllos están con cualquiera  
que al paso saliera,  
y "adiós" el viajero les da satisfecho.

Detiénese un punto; los indios su paso  
detienen también.  
Y empleando el primero palabras del caso,  
advierde un escaso  
susurro en consulta o en duda más bien. (2).

En vano de nuevo requiere y pregunta,  
porfía y da treguas,  
y espera que emita contesto la junta,  
acciona y apunta  
ansiando imponerse ¿le faltan qué leguas?

Con otro susurro o idioma que ignora,  
los indios contestan,  
y entonces ¡cuánta ansia su pecho devora!  
Maldice de esa hora  
y sigue ignorando qué leguas le vestan.

---

(1) Hacemos esta descripción apreciando la condición físico-moral característica, en lo común, de las razas indígenas; pero ello no importa una negativa de las excepciones. Hay indios hermosos, de corazón ardiente y viva imaginación.

(2) Los indígenas contraídos a las faenas del campo y vecinos de apartados lugarejos encerrados dentro de las sierras, no saben el castellano; y aquellos que algo han aprendido, se excusan de ejercitarlo.

## IV

El sol ya hace rato que alzóse radiante  
 del trono esplendente  
 que él mismo se forma de un rayo brillante  
 que envía delante  
 al éter, aun antes que pueble el oriente.

Con ávidos ojos registra el viajero  
 la inmensa distancia,  
 buscando un indicio o un rasgo ligero,  
 que anuncie el primero,  
 el fin del desierto que es toda su ansia.

La cresta imponente del Misti gigante  
 de nieve adornada,  
 es punto atractivo do va a cada instante  
 su vista vagante  
 después que la anchura registra, y no hay nada.

Por último, en faja de azul ceniciento,  
 distingue de un monte  
 la larga cadena que a guisa de asiento  
 sirve al firmamento  
 y a la mar imita formando horizonte.

Risueña esperanza concibe a su aspecto  
 nuestro hombre viandante,  
 y en tanto a occidente su curso directo  
 el sol lleva recto  
 con marcha en que aumenta su acción rutilante.

Calor excesivo por grados va haciendo;  
 calor insufrible  
 que vaga en los aires que corren ardiendo;  
 calor que va siendo  
 del suelo en la arena cual fuego terrible.

Mas vense otros polvos, se siente un cencerro,  
 distingüense yeguas...  
 y al rudo sonido del cóncavo fierro  
 que atrasa ya un cerro,  
 se dice el viajero: "sabré cuántas leguas"...

## V

Otra árria es la vista, pero árria de cuenta,  
 que mulas erguidas  
 las cargas conducen en más de cincuenta,  
 y el lujo se ostenta  
 hasta en los enjalmes con que van vestidas.

Los hombres empleados de esa árria en el viaje  
 no vienen tan solos,  
 ni viajan expuestos a pie en tal paraje;  
 su estilo y su traje  
 no son los del indio, su casta es de cholos.

Se acerca el viajero, detiéndose y luego  
prepara un cigarro...  
Pregunta y recibe respuestas y fuego;  
de sed casi ciego  
pide agua... y la obtiene servida en un jarro.

Ya sabe a lo menos qué leguas anduvo,  
ya sabe le esperan  
jornadas tan serias como las que hubo  
cuando alientos tuvo,  
mientras en su bruto las fuerzas cupieran.

Despídese y marcha ya regenerado  
con la agua bebida;  
mas ¡ay! que en las sendas de un cerro elevado  
su bruto ya entrado,  
camina pujando, la fuerza perdida!

Suspéndese a ratos... resuella y espera  
que vuelva a obligarle  
la aguda rodaja con brusca manera,  
que el vientre por fuera  
le hiere, y se tiñe de sangre al tocarle;

Ya falta de bríos, su aliento apurado,  
con lánguidos ojos  
torna la cabeza del uno a otro lado  
buscando angustiado  
el pie que le apura por nuevos arrojcs;

Porfía el viajero, porfía imprudente,  
que el noble caballo  
jamás el castigo sufriera paciente  
sí altivo y valiente  
pisara cual antes robusto en su cayo:

Los hechos pasados su raza acreditan:  
soberbio y fogoso  
cruzó cien caminos que pocos transitan,  
cien bosques que habitan  
las fieras hambrientas en paso escabroso.

Mas vino a la pampa, dejóla vencida,  
al pie de una altura,  
la sed le exaspera, su fuerza es perdida,  
y a pronta caída,  
le intima el cansancio que agudo le apura.

y ahí queda parado con toda esa historia,  
cual héroe que obtiene  
tras lucha porfiada brillante victoria,  
y al lado a su gloria,  
la muerte traidora su paso detiene.

Sensible el viajero le observa y se apiada;  
calcula ese instante  
del crítico caso la fuerza extremada;

el yermo sin nada,  
o esfuerzos terribles percibe delante.

Desmóntase al punto, descíñe su bruto,  
le baja la brida,  
y andando a intervalos alíviale astuto,  
y a poco, por fruto  
observa en la bestia reacciones de vida.

Con pasos tardíos, de huella profunda  
se eleva el viajero,  
venciendo la arena que al paso le inunda  
y al cerro circunda  
de forma que nunca conserva un sendero.

El sol ya le abrasa, la sed le devora,  
la cuesta se estira,  
y en tanto el esfuerzo su aliento aminora;  
la marcha demora  
y al fin en la arena rendido se tira.

Y ahí yace el vetero del sueño alcanzado...  
Su bruto le vela...  
En dulce modorra percibe un techado  
y el término ansiado...  
Mas ¡ay! que despierta ¡y aun ciñe la espuela!

De pronto en su idea cual lumbré divina  
riela la esperanza,  
y al cuadro de triunfo que ésta le ilumina  
se para y camina,  
y al cabo en la cumbre con ella se afianza.

## VI

Ya atrasa las crestas del cerro elevado,  
ya juega en su frente  
un céfiro fresco, sutil, delicado,  
que es nuncio probado  
del clima cercano de un valle excelente.

Ya ve distribuídos mil largos caminos,  
y en grupo las llamas  
cruzarse triscando los cerros vecinos;  
ya algunos espinos  
con flores doradas ostentan sus ramas.

Ya, en fin, mil objetos repara delante;  
pajizas cabañas,  
vistosos sembrados de trigo abundante,  
y en forma elegante  
algunas colinas vestidas de cañas.

Viajeros que cruzan por tal o cual senda,  
indios que laboran  
con graves arados su mínima hacienda,  
otros que en la enmienda  
están de las aguas que al cerco devoran.

Ya el bello caballo capaz es de aguante,  
su dueño ha obtenido,  
haciendo descanso, desahogo bastante;  
cabalga al instante,  
y a poco a su vista vé el valle extendido.

---

Arribamos por último a la cumbre de una extraña sierra, combinación infernal de peñascos gigantescos y medanales amarillentos.

Las horas transcurridas desde el momento en que hubimos emprendido la marcha, hasta ese instante, había sido de incesante peligro y monotonía, de aburrimiento y soledad, de cansancio e insomnio. Pero de súbito, y abarcando toda la extensión que podía alcanzar la mirada, presentóse a nuestro contemplación un magnífico espectáculo. Un círculo de montes opacos entrelazados con áridas colinas, y ligados por último a la misma sierra sobre cuya meseta nos habíamos detenido, encerraba dentro de su vasta circunferencia el valle de Arequipa. A su centro y como línea diametral de aquel monstruoso anillo, corre reberverante el Chile, río famoso, de cuyas aguas se reparten, a manera de los rayos de una estrella, millares de acequias que surten la gran ciudad, las pequeñas villas, las chacras, los sembrados menores, los jardines y los molinos. A nuestro frente se presentaba el volcán, y en su parda ladera, asentada la coqueta capital, como una ondina salida apenas de las linfas del Chile. La superficie plana que traza el piso del valle, está revestida de todos los colores. Aquí un grupo de plátanos ostenta sus hojas doradas, allí dilatadísimas eras de colorado ají, alfombran el suelo como bordado de lucentes ascuas; más allá las huertas recargadas del verde del lúcumo, del verde del naranjero y el limonero, o del lánguido rosado de las flores del durazno. A la otra parte amarillean las sementeras del trigo ya sazonado, o dan tono al matiz de esta variada vegetación, las blandas flores del peral y el almendro.

La diferencia de estaciones nada importa; el ramillete es perpetuo, y cuando unas plantas apagan el color de sus flores, otras levantan nuevos capullos, nuevas flores y, por consiguiente, nuevos frutos. En aquel pequeño paraíso todo resalta, nada hace un papel secundario, y hasta las blancas torres de las aldeas que salpican aquel anchuroso manto de esmeralda, aparecen, a la distancia, como soberbias estatuas distribuidas para embellecer tan singular vergel.

Contra las torcidas columnas del renegrido humo de algunas chimeneas, que empiezan ya a acreditar la actividad fabril del pueblo, elévanse de otra parte delgadas espirales de transparente vapor que se escapa de allí, de junto a aquella gruta, y aquella otra, y aquellas otras labradas por la naturaleza y distribuidas a capricho en toda la extensión del valle. Esos vapores son emanaciones de las ígneas materias que guarda en sus entrañas aquel suelo, y que se revelan apenas por medio de los pantancosos ojuelos a la vista, que son acaso los poros del gran volcán, los diminutos orificios que han estado salvando aquella tierra de la sofocación en que cayó hace algunos años el terrible Misti.

La ciudad de Arequipa, en cuya procura venía, se me pre-

sentaba al centro de aquel precioso valle, como una magnolia coronando un fantástico "bouquet" de flores exquisitas.

Arequipa, recostada al pie de la montaña, me parecía encantadora. Llama desde luego la atención la singular configuración dada a la traza de esta ciudad. Se asemeja a un número ocho perfectamente acabado, y cuya cintura o punto concéntrico lo forma un soberbio puente, obra de los españoles, que cuenta ciento y tantos metros de longitud por veinte de ancho, y bajo cuyos sólidos arcos cruza el 'Chilí, tan impetuoso como un torrente en cierta época del año. Los edificios de ambas secciones tenían por lo regular, en la época a que me refero, una misma altura y una misma fisonomía. Eran de piedra canteada y de bóveda, como sus templos que no bajarían de treinta. Las calles tersas y rectas, los muros pintados de amarillo por la parte exterior, las veredas anchas y enlozadas con prolijidad, hasta con lujo en algunas partes en que las lajas azules alternaban con blancas a guisa de damero; todo ello dábele a esta ciudad tal simetría y tal belleza, tal aspecto de alegría y aseo, que la caracterizaba como una de las primeras de la América del Sud. Contra la natural negligencia del indígena, estaba siempre la actividad municipal, y las claras aguas que corrían al descubierto al borde de todas las veredas, eran objeto de particulares afanes. Natural era que en el país de las flores no faltaran los perfumes; y donde tan puras y tibias son las auras y tan primaveral la vegetación, el mundo de los seres alados debía vivir en perpetua animación y murmullo. Un pueblo que cuenta con los privilegios de semejante clima, debía tener también, lógico era suponerlo, mujeres admirables...

Absorbido me hallaba en las consideraciones que aquel espectáculo me había sugerido, cuando el arriero me llamó la atención sobre un transeunte que avanzaba hacia nosotros, y al cual sólo nos era posible ver a intervalos, a causa de las tortuosidades y recovecos del camino. Pero nosotros marchábamos en descenso, y bien pronto nos hallamos frente a él, a la vuelta de un peñasco. Era Nevares, que había tenido la delicada idea de salir a encontrarme. Para abrazarle a mi placer necesitaba hallarme de pie y de pie me puse. Al llegar a mí, Nevares hizo otro tanto. Nos abrazamos, y la emoción nos llenó de lágrimas los ojos...

Una hora después estábamos en la ciudad y en casa de Nevares.

Su familia, en Arequipa, se reducía a un hermano mayor, a quien, a pesar de viejas calaveradas, se había él propuesto regenerar y a quien hacía partícipe de sus negocios.

---

La vida que llevé en Arequipa durante un año, fué más que regalada, y sin la fatal desgracia que al término de dicho tiempo sobrevino, mi bienestar se hubiera prolongado quién sabe cuánto tiempo. Era cosa convenida, por habérmelo así propuesto Nevares desde el día de mi alojamiento en su casa, que tan luego como él realizase ciertas operaciones que tenía pendientes, pasaríamos ambos a La Paz, ciudad en la que yo me pondría al frente de una casa de negocios, sucursal de la existente en Arequipa. En La Paz, como ya el lector lo sabe, hallábase radicada la familia de mi amigo, y por razones de carácter privado, según éste me hizo saber, no le convenía confiar a su hermano una representación comercial a tanta distancia.

Entre las pocas, pero importantes personas a quien Nevares me había presentado, se contaba el general Morán, sujeto de posición en el país, colombiano de nacimiento, si bien se le conceptuaba como hijo del Perú, a causa de haber hecho en esta República su carrera desde los primeros días de la guerra de la Independencia. Este importante ciudadano murió más tarde en el cadalso, víctima de las querellas políticas que con tanto encarnizamiento agitaron siempre aquel hermoso país.

Morán, que poseía una considerable fortuna, era dueño de un teatro, por aquella época todavía sin techo, pero que funcionaba cubierto por un toldo, cada vez que alguna compañía de las que transitaban por el Pacífico se detenía en Arequipa.

Unos señores Coya Hermanos, directores de un regular personal dramático, funcionaban a la sazón en dicho teatro con bastante éxito. Era la noche del día aniversario de una de las fiestas que más celebraba la Iglesia, y los Coya, aprovechando el entusiasmo público, habían preparado una hermosa función teatral. El general había tenido el comedimiento de invitarnos a su palco, pero Nevares se hallaba en cama a causa de una fuerte angina, y por consiguiente imposibilitado para asistir a la función. En cuanto a mí, lo justo era que prefiriera acompañar al amigo enfermo; pero mis reparos al respecto fueron combatidos por el mismo Nevares, quien se empeñó en que asistiera al espectáculo.

La noche se había insinuado bastante calurosa. Faltaba aire y sobraba luz, pues la luna se deslizaba llena en límpido cielo.

¡Ay! aquella claridad en la libre región del espacio, era una embustera sonrisa con que la naturaleza disimulaba las tempestuosas explosiones que en las entrañas de la tierra se preparaban. A eso de las once, el telón caía dando por concluido uno de los actos y la orquesta tocaba en el intervalo, cuando un sacudimiento súbito, semejante al que soportaría una embarcación que navegando a toda vela chocase contra un escollo, removió brutalmente el teatro.

Era aquello un temblor...

Un temblor que, sin preliminares, sin fragor, sin cambio alguno en la atmósfera, encabritaba la tierra de repente. El pavor siguió al aturdimiento dentro de la sala. Entre caídas y traspíes, clamores y atropellos, la concurrencia se precipitó hacia la puerta de salida. El teatro había sido desocupado apenas, cuando un ruido aterrador repercutió en el oído de todos los habitantes de la ciudad. Un nuevo estremecimiento produjo el desplome de un hospital próximo al teatro. Los infelices allí asilados perecieron aplastados. Y fué recién entonces cuando se empezó a sentir a intervalos un eco sordo y cavernoso. Otro más estrepitoso estruendo se hizo sentir luego, y una de las naves laterales de la Iglesia Central se vino al suelo. Un año antes, aquel templo se había incendiado, haciéndose necesario, para evitar su destrucción total, construir de nuevo los arcos que sustentaban la bóveda principal. Esta obra de reparación estaba fresca y cedió a las primeras oscilaciones del suelo. Siguiéron los sacudimientos con más o menos fuerza, con más o menos prisa y acompañados de sordos ruidos. El pueblo estaba aterrado. Un solo pensamiento lo dominaba: el de que iba a ser aniquilado. Un solo y común propósito le asistía: el de implorar la misericordia divina. Y grupos de trescientas, quinientas, mil, dos mil personas recorrían las calles a medio vestir, pues

al lanzarse del lecho sólo habían atinado a salvarse. A la azulada luz de la luna agregáronse en un instante los resplandores amarillentos de los faroles y los cirios. Era que las comunidades religiosas de uno y otro sexo, recorrían también las calles en cortejo, poblando el aire de rezos e invocaciones a coro.

La igualdad, tal como la soñara un delirante utopista, estaba allí realizada en ese momento; al lado del niño el hombre, junto al profano cosmopolita el fraile recluso, la beata y la monja; el acaudalado y el menesteroso, la sirvienta y la opulenta señora, el español de origen y el indígena, el extranjero y el mestizo, el mandatario, el superior y el subalterno; todos entreverados, todos a una altura, nadie siendo más, nadie siendo menos. Nadie mandando todos obedeciendo... realizando en la vida la igualdad que sólo se alcanza con la muerte.

Sólo el terror imperaba. Y tantas almas, tantas edades, tantas diversas posiciones, tantos matices sociales, marchaban en montón a un mismo fin: a rogar a Dios, dominados por el miedo.

El miedo es esencialmente supersticioso, y la superstición se torna extravagante. Gentes había entre aquel oleaje humano que hacían pie de las rodillas desnudas por vía de penitencia; otras que se desangraban el cuerpo, medio desnudo, a fuerza de azotes; otras, en fin, que a remedo del Nazareno, cargaban sobre sus hombros improvisadas y deformes cruces de pesada madera, sin que para ello les faltaran Cirineos. Derramado en calles y plazas, el pueblo improvisaba carpas de alfombras, de lonas, de estereras, de sábanas, bajo cuyo ligero cobertizo se lloraba y se rezaba, se acurrucaba el niño y temblaba la madre. Y así se pasaron las horas de aquella clara noche, embustera y despiadada como esas cortesanas de rostro angelical y mirada encantadora, cuyo seductor halago oculta una intención depravada.

A las 7 de la mañana del día siguiente, las agitaciones habían entrado en calma. El pueblo reposaba al fin. Las materias fusibles que se revuelven en las entrañas de nuestro planeta, parecían calmadas. El sol se levantaba como en el mejor de sus días. Las calamidades de nuestro mundo no pueden turbar su impasibilidad. Iluminar, quemar, fecundar, atraer y retener, esto importa a la ley del sol. ¿Por qué habían de perturbar su carrera las aficciones y la muerte de sesenta mil seres humanos en sólo una noche?

---

Me hallaba rendido. El sueño me reclamaba, pero el recuerdo de Nevares me inquietaba hasta angustiarme. ¿Qué habría hecho?... ¿Cómo le hallaría?...

¡Ay! era mi amigo, era mi amparo... Mi esperanza para el futuro la fundaba en su afecto para conmigo. Siendo desafortunado, tenía que desaparecer todo ello para que continuase mi desgracia.

Corrí a su casa y hallé la servidumbre en movimiento. Presentí lo que ocurría y pregunté ansioso por Nevares. Su hermano me salió al encuentro y me dijo:



—Está malo, muy malo.

—¿Es posible?

—Oh, sí. En estos momentos dos médicos le asisten... y opinan que...

Precipitéme en el dormitorio de mi amigo y le hallé casi espirante. Tenía la cabeza apoyada en un montón de almohadas manchadas de sangre.

Miradas hay cuya expresión suele ser, en determinados momentos, idioma silencioso de las almas. Yo sentí, por transmisión, el dolor de mi amigo, recibí su último adiós y besé su frente...



# **APUNTES DE UN PROSCRIPTO**

---

**LIBRO TERCERO (1881)**

---



En la patria sí que agradan plantas, montes, aves, ríos; todo es allí más hermoso, todo es allí más querido.

(De *Galatea*).

## I

Ya estábamos en el llano. A nuestra espalda quedaba extendido el sombrío muro de los montes bolivianos. A nuestro encuentro salían, brillante y desperdido, el sol de la patria. Estábamos pisando el suelo en que se meciera nuestra cuna, y la grama, el salto de agua que encontrábamos al paso, cobraban a nuestros ojos una belleza y un encanto particulares. ¡La patria! Nada ejerce sobre el espíritu humano una fascinación tan grande como ella. Ella es en definitiva la única deidad de una religión universal. Puede el hombre en las evoluciones de su ser moral, no amar hoy lo que ayer idolatraba; puede preferir hoy lo que aborreció ayer; pero el cariño por la patria es invariable y eterno. El terrible flagelo de la guerra, suele tener por excusa el interés de la patria. No importa que esa patria sea pequeña, no importa que viva aislada, que sea débil; sus hijos todos, cultos o salvajes, quieren conservarla. Los civilizados emplean para ello máquinas monstruosas; los bárbaros, las boleadoras, el incendio, la lanza y el degüello. En la infancia, en la juventud, en la vejez, la patria es para el hombre el más caro de los ideales, y desde la proscripción se la vé como la luz de una estrella serena y luminosa...

Llegamos por fin a Salta.

Figueroa se hallaba en mal estado de salud, y yo en no mejor condición. Alojados en casa de una pobre familia que conociera antes de emigrar, Figueroa trajo a cuenta ciertos reparos, que lo decidieron a pasar sin demora a Tucumán. Me fué imposible seguirle. A la postración que me produjera una ruda terciana, agregáronse luego otros males que me obligaron a ponerme en cama. Figueroa partió dejándome en tan triste estado. Yo presentí lo que sucedió: no volvimos a vernos jamás...

Lo que sufrí durante mi larga enfermedad, casi raya en lo increíble. Seis meses enteros estuvo mi pobre cuerpo pegado al colchón, sin más movimiento que el de mis brazos. Cinco médicos me habían asistido, y cuatro de ellos me deshucieron. A la disentería y la terciana, agregóse luego una hidropesía. Pero más poderosa que mis terribles males, resultó al fin la inquebrantable voluntad del médico que quedó a mi cabecera. Era éste un joven llamado Manuel Eguren, hijo de Jujuy, que había sido como Nieves mi condiscípulo, y tenía por aquella época su residencia en Salta, adonde se había retirado huyendo del tirano. El prestigio de que como facultativo se hallaba rodeado,

correspondía en verdad a sus talentos, su aplicación y su desinterés.

No se limitaron sus visitas diarias únicamente a la asistencia médica que me dispensaba; también se había propuesto servirme como un buen hermano y alentarme como un sacerdote. Yo había ya gastado hasta el último cobre proveniente de aquel capitaiito que me proporcionara mi inolvidable brillante; pero ello no impidió que la botica continuara sirviéndome, gracias a la generosidad de Eguren, quien colocaba diariamente una peseta dentro de la funda de mi almohada.

En una mañana del mes de junio, así que me hubo examinado, díjome estas palabras:

—Pedro, es necesario que te resignes; hay necesidad de someterte a un tratamiento que puede, por el estado de gravedad en que te hallas, acelerar tu muerte, pero puede también devolverte la salud si alcanzas a soportarlo hasta mediados de agosto.

No vacilé un instante en aceptar la proposición.

Los dolores que había sufrido durante cuatro meses a causa de la disentería, habían desaparecido, pero la insensibilidad se apoderó de mis órganos digestivos. Mi cama se había convertido en un charco. Cada 24 horas se me cambiaban las zaleas humedecidas por el agua que se escurría de los vendajes. Envueltas y ligadas como manos de tabaco, mis piernas permanecían inmóviles. Una preparación de plomo administrada en píldoras y la dieta más estricta que haya podido serle impuesta a criatura humana, constituían lo esencial del nuevo sistema curativo. Pero ni mi paladar ni mi cabeza participaban de la gran revolución de que mi organismo en su mayor parte parecía ser presa.

Mi sueño empezó a ser dulce y tranquilo, y por mi cerebro no se cruzaban otras fantasías que las que el hambre me sugiriera.

Soñaba que me hallaba sentado a opíparas mesas, rodeado de manjares delicados, y este era el único desvarío que conturbaba el dulce quietismo en que flotaba mi espíritu.

Eguren había recomendado a la dueña de casa no permitir el cumplimiento del más pequeño antojo en materia de alimentos, y mi estómago parecía clamar contra la dieta. Tres o cuatro pocillos de infusión de sañco y siete u ocho cucharadas diarias de arroz hervido; he aquí todo mi alimento. Si hubiera tenido que sacrificar la posesión de un imperio, o renunciar a la más grande de las glorias en cambio de un pedazo de arrollado, o de un canasto de aceitunas, hubiéralo hecho complacido. Mi sangre, con la que en ocasiones humedecía la almohada, tenía el tinte pálido de una hoja de rosa. Aquello no era ya sangre sino suero. Pero Eguren seguía obstinado en el plan curativo que se había trazado, y para obligarme a observarlo estrictamente, me amenazaba a veces con abandonarme a mi suerte si violaba la dieta. Mi resignación,—exceptuando la resignación a no comer,—era la de un santo. Esperaba la muerte tranquilo, sin temor ni remordimiento, y ¡Dios lo sabe! muchas veces con la vista alzada a los cielos y poseído de la humildad más cristiana, pedíle en tono suplicante que me llevara al eterno descanso. Cuando Eguren se encargó de mi asistencia, una vez que se retiraron los otros médicos, me indicó la conveniencia de confesarme y recibir la Eucaristía. Yo cumplí gustoso su indicación.

Los rigores del invierno, entretanto, habían declinado, y a la manera de la luz nebulosa con que la aurora anuncia la llegada del día, la primavera se mostraba con sus primers sonrisas. El

canto del jilguero y la calandria empezaba a anticiparse al alegre tañido de la campana que llamaba a los devotos a la misa del alba; y aunque inmóvil en mi lecho, sentía caer en esas horas sobre mi corazón un dulce aliento que expandía mi alma en el infinito, malgrado los quebrantos de la materia.

Mi mejoría empezó a ser manifiesta. La planta extenuada y marchita enderezaba su tallo. Nueva savia la reanimaba. Entre las caritativas personas que componían la familia a cuya asistencia estaba librado, había una niña como de siete años, destinada exclusivamente a mi reparo durante las horas en que los quehaceres de la casa requerían la atención de las demás personas.

Empezaba, pues a sentirme mejorado y con fuerzas para reincorporarme a la vida externa. Volvía a ella como refundido por el largo viaje en que tanto había bordejeado por los alrededores de la tumba; y quiso mi suerte que la criatura con quien debiera cruzar mis primeras palabras, fuese la temprana compañera que me había guardado durante seis meses.

Recuerdo que una hermosa mañana de los últimos días de agosto, trabamos ambos el siguiente diálogo:

—¡Marta!—(tal era el nombre de la niña).

—¡Señor!

—¿Sabes que tengo hambre?

—Yo también.

—¿Y qué comerías ahora?

—¿Yo? Queso o maní.

—¡Oh, maní... maní!... Es un entretenimiento muy sabroso al paladar. El queso me haría daño.

—Y el maní también.

—Pues creo lo contrario: el maní demanda ser extraído de la celdilla en que se guarece, y entre pelarlo y comerlo se emplea doble tiempo que en comer cualquier cosa, y yo debo en este caso preferir lo que mejor me entretenga a lo que más me satisfaga.

—Para eso, aun cuando no se pela, mejor es la chancaca, señor.

—Y mejor que la chancaca, Marta, es la chancaca acompañada del maní.

—¡Oh, si pudiéramos comer las dos cosas!

—Podemos.

—¿Cómo?

—Si mal no presumo, las patronas se hallan fuera de casa; he alcanzado a divisar atravesando el patio en dirección a la calle...

Marta concluyó la frase diciendo:

—¿A mamá y mis tías? Sí, han ido a la iglesia; ayer fué el santo de mamá y no pudieron hacerlo porque tuvieron visitas desde temprano.

—¡Ah! han ido a cumplir con la iglesia porque ayer... Y dime, Marta, aquel olor a guiso y pichones asados...

—No era olor a pichones asados, señor, sino olor de un lechoncito relleno.

Suspiré con la melancolía de quien comprueba que se le escapa la ocasión de conquistar una fortuna. Yo que apenas había percibido el olor...

—¿Y tuvieron el coraje, Marta—añadí—de comerse todo el lechoncito?

—No señor, ahí en la alacena de la pieza de al lado, hay toda

vía guardada una fuente que contiene la mitad del relleno y las presas.

Esta declaración excitó mi apetito hasta el punto de producirme un raro entusiasmo. Con tono más suplicante y afable, dije a la niña:

—Mira, Martita; acércate y ayúdame en lo que te sea posible a incorporarme... yo creo que ya medio puedo hacerlo.

La niña llegó a mi cabecera... La gula me prestó alientos, y alcancé a quedar recostado sobre el respaldo del catre.

—¡Entra la mano, hija, debajo del colchón, y saca la primera pieza de plata que halles al tacto.

Marta lo hizo así, presentándome un real cordoncillo.

—Y bien,—la dije—este real es para tí, con él tendrás chancaca y maní, que podrás comer en la puerta de calle, donde permanecerás en acecho de las señoras.

—¿Y usted, señor, comerá maní?

—No, yo comeré lechoncito.

—¿Le alcanzo?

—¡La fuente, la fuente!

Y la niña presentándome el aderezado fiambre, me preguntó con aire de inocencia.

—¿Y se lo va a comer todo?

—No; comeré lo que necesite. Tú tendrás cuidado de venir a ratos a ver lo que se me ofrece, y me avisarás si la familia regresa. Porque es necesario que nadie, fuera de tí, sepa que hemos hecho esta trampa. La culpa, en caso de apuro, se la echarás al gato o al perro.

La niña se dirigió hacia la calle, se proveyó de chancaca y de maní, y luego se colocó de centinela en la puerta.

Alejandro, César y Napoleón rodeados de sus cohortes después de sus más espléndidas victorias, decididamente no sintieron contento mayor, mayor mezcla de orgullo y entusiasmo que el que yo sentí al verme en posesión de las regaladas presas.

Los seis meses de abstinencia sobre el triste lecho en que ahora me veía medio incorporado, iban a vengarse. Bajo aquel techo no resonaban ya mis quejidos de antes. ¡Ahora el sol bañaba con su dorada lumbre los claros cristales de una ventana, a través de la cual había yo contado en los días de mi mayor sufrimiento, las hebras de escarcha que durante el invierno se adherían a las rejas.

La escena había cambiado; la acción también. Había llegado para mí la hora del desquite. El hambre me ofuscaba. En mi cerebro no había sino una idea: comer. En mi organismo una necesidad sola: comer. Lo probable era que comiendo muriese, pero prefería perecer de un hartazgo a perecer de inanición. El hambre me llevaba al delirio. Comí, pues, comí quién sabe cuánto y hasta cuando. Dos veces volvió la niña hasta mí para advertirme que podía continuar mi tarea sin cuidado, pues la familia no se avistaba; y en las dos veces le pedí agua, de la que apuré dos vasos.

Después he debido dormirme. A las veinticuatro horas, sonaron en mis oídos, como salidas de bajo tierra algunas voces confusas, y de muy extraño eco. Me pareció entonces que una fuerza nueva germinaba en mi ser y me sacaba del marasmo. Pero no era seguramente a mí a quien le correspondía averiguar cuál era el principio dinámico que operaba tal fenómeno.

Cuando recobré la conciencia de mí mismo, me hallé rodeado de todas las personas de la familia. Eguren tenía mi mano en-



tre las suyas, y el oído sobre mi corazón. Mis sienes, mi vientre, mi frente, mi hálito, todo lo examinaba. Le eché una mirada ansiosa, registrando azorado aquel primer cuadro de mi nueva existencia. Los miembros de la familia estaban desolados: unos me alumbraban, otros me tanteaban los pies, otros me aumentaban las cobijas y todos me lloraban. Pero una sonrisa de satisfacción asomó al semblante de Eguren, quien comprimiendo mi pulso, me dijo entre amable y enojado:

—¡Es una barbaridad, Pedro, lo que has hecho!

Comprendí que estaba en descubierto.

Marta, que lloriqueaba en un rincón, se apresuró a darme satisfacción a su modo.

—A mí me han “coscorroneado” y me iban a “coscorronear” más si no descubría lo que había sucedido...

Eguren volvió a sonreirse. La singular mejoría en que me hallaba, le produjo un entusiasmo que no pudo turbar con la acritud que merecía mi imperdonable desatino.

El contento volvió al ánimo de todos. Las mujeres hablaban y hablaban sin puntos ni comas, todas a un tiempo, todas apresuradas, todas de lo mismo, todas chillonas como las cotorras, y cada una de ellas aseveraba que las cosas iban saliendo según cada cual las tenía previstas.

Mi temeridad afortunada abrió brecha en el implacable tratamiento a que me había tenido sometido el médico, y desde el siguiente día mi alimentación comenzó a ser más confortable. Dábanseme por día tres o cuatro pocillos de agua de saúco terciada con leche, dos de caldo y una rebanada de pan francés. Mis piernas empezaron a perder el disforme volumen que las asemejaba a dos monstruos que devoraran el resto de mi cuerpo, y antes de un mes la aplicación de las compresas se hizo innecesaria. Cuarenta días más, y ya me hallaba, a juicio de Eguren, fuera de todo peligro. La limpieza de la materia prestaba saludable energía al desarrollo de la inteligencia, y todas mis facultades parecían funcionar con mayor espontaneidad. Deseaba tener alas para volar, verlo todo, estar en todas partes, abrazar a mi madre y hermana, y ser otra vez soldado en los grandes combates que muy luego iban a darse contra el tirano. Eguren seguía visitándome: la oficiosidad del facultativo se había convertido en una necesidad del amigo, y yo tenía ocasión de

Habíame prometido presentarme un joven español, que según el mismo Eguren, deseaba conocer al mortal que con tantas probabilidades de ser arrebatado por la muerte, había conseguido burlarse de ella. La presentación se efectuó cierta mañana, y nuestra relación quedó establecida. En la juventud la amistad es un afecto espontáneo; se produce por atracción recíproca y no necesita preámbulos. Se parece al perfume de las flores: llega hasta nosotros por su propia virtud.

En una de las visitas que me hiciera este nuevo amigo cuyo nombre era Manuel Sánchez, tuvo la deferencia de hacerme una propuesta que, en mi situación, hallé aceptable. Mi dominante deseo consistía en pasar cuanto antes al litoral; pero ni contaba con recursos para ello, ni Eguren era de parecer que me aventurase a sufrir los inconvenientes de un viaje largo, para emprender sin demora la fatigosa vida del soldado. Necesitaba, según él, aire puro, reposo, alimentación sana y método para completar mi restablecimiento.

—Yo deseo, Echagüe, que usted se venga conmigo—me de-

cia Sánchez.—En Orán tengo establecido un negocio a cuya atención no puedo dedicarle más que tres meses por año, pues mi especulación principal me absorbe los otros nueve, obligándome a permanecer, ya en una solitaria cabaña, ya recorriendo zonas de minerales sobre aquel suelo, y usted puede, si de su agrado fuere, renovar aire en mi cabaña, en donde, si se resigna a la soledad, no habrá de faltarle nada. Cuando ambos regresemos a Orán, podrá usted ver si le conviene quedarse definitivamente a mi lado.

Acepté y acordamos día para la marcha. Eguren aprobó mi resolución.

Durante mi enfermedad había enajenado los hermosos animales que me fueron regalados en Atacama. Conservaba apenas la montura. Eguren me regaló un robusto macho, cuyo mérito y valor se me hizo conocer más tarde, y proveyó a la vez mis alforjas.

Cuando fui a despedirme de él, estaba ausente. Mi amigo había querido ahorrarme y ahorrarse las emociones de la separación. Le dejé una larga carta en la que le expresaba toda mi conmovida gratitud por cuanto le debía, empezando por la existencia; por su adhesión, por su cariño, por su lealtad. ¡Noble amigo! Aún ahora, al cabo de tantos años, siento que al recordarlo se humedecen mis ojos...

---

Pocos días después, mi vista ávida de luz y ansiosa de espacio, se dilataba escudriñando los horizontes, mientras mi espíritu se deleitaba con la contemplación de nuevos espectáculos. Hacia todas partes se desenvolvían ante mí, seductores mirajes. El aire me parecía más puro y vivificante; algo debía haber en él que se me infiltraba en el alma, impregnándola de calma, de bienestar y de consuelo... Pisamos, por fin, los umbrales de Orán y atravesamos sus añejos y embalsamados bosques. Yo escuché por primera vez el dulce acento de aves para mí desconocidas, mientras avanzábamos bajo la techumbre del ramaje de las selvas.

A una y media jornada antes de llegar a Orán, díjome Sánchez, cruzando su bestia hacia una senda que se desprendía del camino en dirección a la derecha:

—No serán perdidas las horas que atrasemos nuestra llegada a la villa; la senda en que entramos, nos conduce a la hacienda de un señor Revilla, hombre de admirable bondad y poderosa riqueza, que cifra lo esencial de su dicha en morar a orillas del Bermejo, haciendo de su casa una hostería de "servicio gratis". Sé cuanto va a ser el gusto que le proporcionará conocer a un soldado del general Lavalle; y esta nueva relación le traerá a usted, no lo dudo, positivas ventajas.

Veinticuatro horas después, entrábamos en los vastos patios que cuadraban galpones destinados a las faenas de la hacienda del antedicho señor; y mientras cuatrocientos jornaleros se adelantaban llamados por la campana a recibir su almuerzo, nosotros echábamos pie a tierra frente a las ventanas del gran caserío.

El señor Revilla salió a nuestro encuentro. No necesité que Sánchez me le hiciera conocer; la afabilidad se pintaba en su semblante, con cierto aire de sencillez. Este suele ser un signo que distingue a las criaturas abnegadas.

—A pie, señores y adentro—dijo Revilla, y alzando la voz, añadió—;Juanita! ¡Juanita!, ya tenemos con quien almorzar!

A una de las puertas salió una joven como de veinte años. Toméla por hija del señor Revilla, y la saludé como a señorita. Estaba equivocado. La joven Juanita era la esposa de Revilla. Hacía dos años que aquella pareja se había desposado, llevándole Revilla a su consorte, para “equilibrio del consorcio”, la friolera de treinta años. Verdad es también que, como contrapeso, debía contarse la inmensa fortuna del marido. Por lo demás, y en cuanto a la figura de ambos cónyuges, el contraste no podía ser más acabado: Juanita añadía a su cara de ángel la cintura de una sílfide, mientras que su esposo ostentaba el más pronunciado abdomen que jamás haya cargado criatura humana.

Aun cuando la comparación sea imprudente, por cuanto tiene de grosera, preciso ha de serme emplearla, salvo los respetos del lector: el buen señor remedaba con su vientre, el de una cerda preñada; cosa que no impidió jamás que hallaran en él, cuantas personas le trataran, la bondad más exquisita y el genio más apacible. Dentro de su rústica mole, se albergaba un espíritu superior. Aquella tosca y áspera envoltura guardaba un alma excepcionalmente selecta.

La visita debía durar tan solo un día, pero pasaron cinco y ni el dueño de casa por su parte ni yo por la mía, hablábamos de partir. Fué necesario que Sánchez recordara la urgencia que tenía de no dilatar más su arribo a la villa, para que el señor Revilla se decidiera a dejarnos marchar, después de tres días más de residencia a su lado.

—Usted no debería irse, Echagüe—me decía—y Sánchez hace muy poco en mi favor, no aconsejándole que nos acompañe siquiera unos dos meses.

Sánchez contestaba:

—Si mi compañero prefiere quedarse, yo me resigno, pues si bien echaré de menos su compañía, habría egoísmo de mi parte en querer violentar sus preferencias.

Tuve que resolver la cuestión decidiéndome a acompañar a Sánchez hasta su solitaria mansión de Bolivia, desde donde regresaría a la hacienda del señor Revilla, tan luego como el primero volviera de su viaje.

Arregladas así las cosas, Revilla dijo:

—Aceptada la combinación. ¿Cuánto tiempo requerirá el viaje redondo de Sánchez?

—Unos dos meses y medio—respondió éste.

—¡Famoso!—continuó Revilla.—Ese es precisamente el tiempo que invertiré en preparar una factura de azúcar para un señor Villamil, comerciante en La Paz. El negocio no se reducirá a esto únicamente, y habré de precisar una persona que me represente. ¿Quiere usted, Echagüe, aceptar desde ya mi representación?

Gratamente impresionado por la proupesta, la acepté agradecido, cosa que pareció complacer a Revilla. Y como yo expresase mi gratitud por la ayuda que tal comisión representaba para mí, en las condiciones en que encontraba, el excelente señor repuso:

—Mi vicio, amigo mío, consiste en hacer el bien siempre que puedo.

El recuerdo de mi tacaño tío de Nuñoa se cruzó rápido en ese instante por mi mente.

—¡Qué diferencia!—pensé.

—Sí, mi amigo Echagüe—continuó Revilla.—Yo no tengo hijos ni otro pariente que Juanita. Poseo una fortuna regular, según lo que el mundo entiende por fortuna, y otra fortuna mayor según mis sentimientos, en la posesión de esta niña. Ella y yo nos entendemos admirablemente y somos dichosos. ¿Por qué, pues, no ayudar a que los demás también lo sean?

Llegó el día de nuestra partida, y hasta el momento de poner el pie en el estribo, se repitieron los obsequios y deferencias con que ambos consortes no habían dejado un instante de colmarnos. Ni aún en el instante de despedirnos, dejó nuestro huésped de interrogarme sobre la larga lucha que habíamos sostenido contra Rosas. El asunto le apasionaba, y él había sido el tema preferente de nuestras conversaciones mientras estuvimos en la hacienda. De aquellas charlas bajo la luz de la luna, en el ambiente perfumado del jardín donde se nos servía la comida, guardo dulces impresiones de sereno bienestar.

Partimos.

Durante todo el viaje nos acompañó el recuerdo de las amables personas en cuya compañía habíamos pasado días tan placenteros. Supe entonces por Sánchez que la regular posición en que él se hallaba, se la debía a la gratuita protección que Revilla empezó a dispensarle al poco tiempo de haberle conocido en casa de un viejo español vecinado en Orán y al cual había él venido recomendado desde su país. Con respecto a la señora Juanita, la historia era breve. Revilla la había visto crecer desde la infancia al lado de una excelente mujer, a quien todos los habitantes de aquellos lugares le daban el renombre de "la santa" por su discreción, sus hábitos morales y cristianos, y la vida austera que llevara siempre. Juanita había sido recogida por aquella señora en una mañana de invierno a la puerta de la iglesia, en donde la habían abandonado en pobres pañales dentro de un cesto. En un cartón que llevaba al cuello, se leía el nombre de la criatura y se daba a saber que contaba apenas tres días. "La santa" era viuda, no había tenido hijos, y para dulzura de su bien templado corazón y compañía de su soledad, el hallazgo le resultaba providencial. Diez y ocho años había podido observar Revilla, día por día, el crecimiento de la niña. Y cuando la Santa murió, Juanita recibió sin sorpresa la proposición matrimonial de aquél, habiéndose acostumbrado desde temprano a la idea de ser un día su mujer.

Llegamos por fin a Orán, villa tan desconocida a la sazón como tantos otros valiosos territorios, de los que han de salir la riqueza y el engrandecimiento de nuestro país. La ciudad era por entonces una ciudad embrión. Sus escasos edificios estaban como envueltos por tupidas selvas de naranjeros, que contemplados en conjunto desde alguna altura, parecían, bajo los rayos del sol, ramilletes de esmeraldas recamados de topacios.

El trópico que domina el país, es eterna garantía de la bondad de su suelo, cuya rica substancia nutre cuántas plantas engalanan la tierra y sirven de sustento y utilidad a la vida de nuestra especie. Hacia el Occidente, elévanse montañas titánicas, que parecen querer apuntalar el cielo, a la vez que sombrean con aire severo toda la extensión del paisaje; hacia el Oriente, se dilatan tersas planicies de aspecto apacible como el mar, cuando los vientos no lo agitan. ¡Cosa singular! El frío de las montañas, no impide allí que la benignidad de la naturaleza ejerza su influencia, y hasta los más elevados picos trepan a veces rastreando extrañas enredaderas. He visto en aquellos campos, alfombras

inacabables de flores de toda especie, nacidas espontáneamente y multiplicadas todo el año. He tropezado inopinadamente con la Danta arisca, conocida en lo general con el nombre de la Gran Bestia, oriunda de nuestra América. He admirado en una templada noche de primavera, la deslumbrante luz de un meteoro, cuyo foco no presentaba en apariencia al correr por el espacio, menos volumen que el de la mitad de la luna. Aquella gigantesca luminaria errante, dejó una estela de púrpura y cristalino azul, a cuyo resplandor se hubiera podido leer en un libro. Bosques inmensos dentro de los cuales se pastorean ganados de toda especie; campos abiertos y pastosos donde abundan estancias establecidas a manera de las que pueblan la campaña de Buenos Aires, de esas bien servidas y mantenidas, a propósito para mejorar la condición de muchos trabajos rurales: fincas destinadas a servir de invernaderos, y terrenos dilatados cubiertos de plantíos de caña de azúcar; ríos que riegan con abundancia la región: con todo eso cuenta Salta; de todo eso se halla rodeado Orán.

Una mañana tuve deseo de tomar leche cruda; mandé buscar la cantidad que dieran per medio real, y me trajeron un balde lleno. Como yo me sorprendiera de tal abundancia, se me dijo, que allí la cantidad que habitualmente se daba por aquel precio era el contenido de balde y medio.

---

El negocio de Sánchez, en Orán, consistía en el comercio de mercaderías generales. Era, además comisionista. Su casa de comercio hallábase situada en la Plaza, y se proveían en ella almaceneros, personas pudientes y un número crecido de marchantes avecindados en Bolivia, con los que, como se sabrá luego, mi amigo se entendía personalmente. Dos días después de haber llegado al pueblo, nos pusimos en camino hacia la frontera. Y pues que más adelante se me ha de hacer necesario traer a memoria ciertos lugares, no está demás determinar desde luego su ubicación.

Al Oeste de Orán, y como a ocho leguas de distancia de la villa, hállase el pequeño lugarejo de San Andrés, situado, si mal no recuerdo, sobre la frontera de Jujuy. La marcha hasta allí, debía hacerse a través de parajes variados y pintorescos, por un camino de empinadísimo ascenso. Al norte de San Andrés, atraviésase de O. a E. la imponente Abra de Zenta, después de la cual, adelantando siempre al norte, va el viajero a parar a los hermosos campos de Concepción de Suipacha. Después de salvar la última cadena de montañas argentinas, hállase una honda quebrada en la que flamea el pabellón boliviano. En esta quebrada estaba situada la habitación de Sánchez.

Llegados al umbral de aquélla, Sánchez sacó del bolsillo un pequeño instrumento de madera, introdujolo en un agujero de la puerta de la cabaña, abierto en el local en que de ordinario se coloca la cerradura. Lo hizo funcionar y la puerta se abrió. Era ésta de cuero de buey despojado del pelo, y laboriosamente colocado sobre un marco de madera. En Toconao había admirado la capacidad hidráulica que distingue a los indígenas de aquel lugar; aquí me llamó la atención, la habilidad mecánica de los chiriguanos.

Sánchez notó la atención con que yo había presenciado la apertura de la puerta, y me dijo sonriendo:

Para esta clase de llaves no hay ganzúas; son tan seguras como las de las cajas de fierro que nos traen de Europa. Sólo el que las maneja sabe cuántas vueltas ha de darles, y cuántas piezas de las que componen la paleta ha de hacer funcionar. Me pasó la llave a exámen. En efecto, era aquel un trabajo ingenioso y acabado.

—Pero tanto arte, le objeté, no impide que esta puerta pueda abrirse cortando el cuero.

—¿Y quién se atrevería a tanto? Eso importaría aquí cometer el más grande escándalo, el atropello más inaudito que jamás se viera. Los habitantes de estos parajes, levantarían en presencia de tal hecho atronadoras protestas y no cesarían de buscar, hasta descubrirlo y capturarlo, al violador de domicilio. Los indios originarios de las tierras que pueblan el E. y N. del territorio boliviano, que fijan domicilio agrupándose sobre las poblaciones cristianas, muestran una implacable animosidad contra el robo y la violación de domicilio. Esto no quiere decir que no estimen apenas como un pecado venial la substracción de una camisa, de un mazo de tabaco, de un pañuelo de manos, de una botella de aguardiente, de un caballo flaco o de un burro viejo; pero prendas de mayor valor y utilidad no tentarán su codicia por mucho que esta regle todo los actos de su vida. Hay en este escrúpulo algo como una vaga tradición de la primitiva civilización de sus mayores; y si la prédica activa y constante de los sacerdotes condenando el robo, y el despiadado látigo de los corregidores y caporales son argumentos que contrarían cualquiera tentación, la idea de que sus antepasados condenaron el hurto como el peor de los crímenes, influye todavía más en ellos.

En efecto, la probidad de los indios, cuando se trata de cosas de valor, era cosa bien sabida en aquellas regiones. Y recordé que yo mismo había podido comprobarla antes en las siguientes circunstancias:

Iba de viaje de Potosí a Valparaíso, acompañado de aquellos emigrados de quienes hice referencia en mi primer libro, cuando tuve, como ellos, necesidad de agregarme a una árria para mejor evitar los percances que bien pudieran sobrevenirnos atravesando aislados el desierto de Atacama. El árria en cuestión constaba de unas ochentas mulas, de las cuales sesenta eran portadoras de seiscientos mil pesos en monedas de oro y plata, cantidad destinada por el comercio de Potosí a corresponsales de la plaza de Valparaíso. El resto de las bestias componía la reserva de remuda. En la penosa travesía de treinta y tantas leguas, me entretuve a ratos, durante la noche, en contar a la luz de las estrellas las mulas de carga. Según mis cuentas faltaba una de ellas. Comunicué al capataz de la récu mi observación que me pareció muy alarmante. El hombre me escuchó con indiferencia y me contestó:

—Ya parecerá la mula que falta.

Sorprendido de su calma, no insistí. ¡Qué responsabilidad la que se echaba aquel a cuestras con su pachorra!

A la salida del sol, pisábamos la entrada de un verde y extenso cebadal, rodeado por todas partes de acequias de agua dulce y cristalina. Allí estaba ya vencida la porción más arriesgada del desierto. Paramos, almorzamos, bebimos y dormimos con el sueño profundo y reparador de la fatiga. Cuando el ruido de la récu arreada hasta el rodeo para ser nuevamente aparejada, alborotaba el cortijo, ví que un indio mozo, sentado junto al fogón, era objeto de particulares obsequios por parte

del capataz, que acabó por darle tres reales bolivianos. Aquel indio había restituido al árria la mula cargada de oro, que durante la noche anterior se extraviara entre los médanos de la travesía, y cuya ausencia había yo señalado.

No quiere esto decir que todas las tribus de indios sean igualmente escrupulosas, en cuanto a apoderarse de lo ajeno. Algunas hay tan listas para robar, que serían capaces de competir con los mismos ladrones de Londres, en aquello de despojar a un individuo de las medias sin sacarle los zapatos.

Dos horas después de habernos quitado las espuelas, presentóse a la puerta de nuestro alojamiento un cholo. Era el capataz de Sánchez que había salido con posterioridad a nosotros, conduciendo una mula cargada; la factura entró a la habitación, y las cuatro bestias detenidas a la puerta fueron a un corral de piedra colocado a espaldas de la caseta. Todo estaba previsto. A las ocho de la noche un indio llegó, conduciendo dos burros cargados de cebada verde y sazónada.

El agua hervía sobre el brasero que suplía a la estufa. Cenamos, y nos dispusimos a descansar. El cholo y el indio se acurrucaron en un rincón del pircado, después de haber preparado una buena cantidad de brasas de estiércol de llamas que se llama por allí leña de taquía (1).

—Usted dormirá aquí, don Pedro—dijome Sánchez desdoblado un catre de tijera que contenía dos espesos colchones, sábanas limpias y frazadas.

Resistí el ofrecimiento, pero insistió Sánchez; volví a la resistencia, y Sánchez empleó mayor porfía. Tuve que ceder, sin que ello me contrariase allá en mis adentros. Aquella noche, como las subsiguientes, fueron verdaderamente polares. Nunca he sentido tanto frío como entonces.

Antes de apagar la vela que iluminaba el cuarto (y de las cuales habían venido varios paquetes en la carga recién llegada), Sánchez, que hasta entonces no me había explicado por completo la calidad de sus negocios, ni la forma en que los llevaba a cabo, me dió informes sobre el punto:

—De las mismas mercancías que tengo en mi casa de negocio en Orán—me dijo—introduzco anualmente una regular factura en Bolivia. Esto me demanda mayor gasto y movimiento que si las destinase al interior de la república, pero en cambio su realización es más rápida y las ganancias casi dobles. Recorro las minas de los departamentos más afamados en cuanto a laboreo de metales, y allí, a la puerta de los socavones, expendo la mayor parte de mis mercancías al contado, negociando el resto a buhoneros, que mediante segura garantía, me cubren la deuda al vencimiento de plazos estipulados. Justamente para eso tengo aquí esta caseta. Aquí me traen o me remiten mis deudores la cancelación de sus cuentas, evitándose, aquellos que residen a largas distancias, la molestia de alargar su viaje hasta Orán. Se me busca entre estas breñas como a un tendero de Salta ante su mostrador. Muchos indios que antes se dirigían a aquella capital a realizar la venta del polvo y las pepitas de oro que pircanean en lugares ocultos, ahora encuentran en mi casa provi-

---

(1) Los indios que se ocupan del pastoreo de las haciendas lanares, acumulan con prolijidad en el terreno destinado a rodeo, la dicha materia, que al estar seca distribuyen en pequeños farditos, negociables en las aldeas y a veces hasta en las ciudades.

siones más baratas, y me cambian su metal por lo que les place. Yo les doy aquí una orden que ellos hacen efectiva en Orán.

Cuando la luz de la aurora penetró por los intersticios de la puerta, el ruido de un cencerro vino a sacudir mi sueño. Sánchez ya de pie, recogía su cama. El capataz había ensillado las cabalgaduras de su patrón y la suya. La mula que trajera la carga, ahora depositada en la cabaña, estaba aparejada. Intenté levantarme, pero Sánchez me lo impidió. La mañana amenazaba ser tan glacial como lo había sido la noche, y yo me hallaba convaleciente y débil todavía.

—Ese cencerro que suena,—pregunté a Sánchez,—¿será de alguna árria que transita por estos alrededores?

—No, es de la piara en que conduciré las cargas con que hago esta vez mi expedición. Salió de Orán el día anterior al de nuestra partida; pero como en estos parajes los puntos de pascana son contados, nosotros hemos ganado en la marcha todo el tiempo de la récua ha suspendido la suya para forrajear. El único que se adelantó fué el capataz para conducir los víveres que han de proveer aquí la mesa. Y alargándome la llave del armario que llenaba todo un frente del cuarto, y dentro del cual había sido colocada la factura, díjome:

—Encontrará usted allí provisiones en abundancia. Además el indio que trajo la cebada, vendrá todos los sábados a traerle un cordero. No me resuelvo a ordenarle al indio que se quede aquí en compañía de usted, porque le tengo destinado a cuidar una majada de ovejas en vericuetos abrigados.

El café estaba hecho, la piara detenida a treinta varas de la cabaña, mi buen amigo listo, y yo incorporado sobre la cama. Cuando hubimos apurado los pocillos, Sánchez se llegó hasta mí, me abrazó, y me dijo:

—¡Hasta la vuelta!

—¡Hasta la vuelta!

Salió y ajustó la puerta. Oí desde mi cama el tropel de las mulas que emprendían la marcha, y contesté a una última despedida que mi amigo, ya a caballo, me dirigía. El ruido del cencerro se alejó y se fué desvaneciendo entre las sinuosidades de la quebrada.

Quedé solo en pleno desierto. Un silencio de tumba me rodeaba, y por lo pronto resolví dormir. Dormí en efecto. Dormí como un lirón; sin ruido, sin inquietud alguna ni de cuerpo ni de espíritu. Cuando me levanté, era ya algo más de medio día. Abrí la puerta y me entretuve en tomar balance del mobiliario y los enseres contenidos en mi temporario alojamiento. Junto al catre había una mesa con carpeta, sobre la que se apilaban algunos libros; una palmatoria, recado de escribir y útiles de servicio culinario. Había, además, dos silletas toscas, dos excelentes escopetas de dos cañones con su correspondiente dotación de municiones, y un saco de buen carbón. La provisión de la despensa era copiosa y variada: se componía de huevos frescos, queso, arroz, café, bizcochos, chocolate, manteca de vaca, jamón, aguardiente de quemar, algunas conservas y algunas botellas de buen vino. Gran parte de estos víveres llegaron, como se recordará, la noche anterior. Con tales elementos la vida de anacoreta se hacía llevadera, y si para asemejarse a una Ermita, solo le faltaba a mi cabaña una cruz sobre el techo, a mí, para parecer un ermitaño, sólo me faltaría practicar el ayuno. Interiormente, la habitación medía seis varas de largo por cuatro y media de ancho; las paredes eran de adobes y el techo cubierto de



tejuela fabricada en Orán. Por lo confortable, no merecía el nombre de cabaña con que Sánchez la había bautizado. Aquella era en realidad una caseta muy habitable, aun en otra parte que no fuera el desierto. (En cambio el clima y la naturaleza del lugar me parecieron atroces.

Figúrese el lector un cajón de peñascos desde cuyo fondo apenas se veía el sol a la hora del meridiano. En lo profundo de aquel abismo, el día era un resplandor grisáceo y nebuloso. Un viento helado remolineaba sin cesar en la hondonada, como jugueteando con los celajes que flotaban en ella. El terreno era abrupto y escabroso. Un brazo de río, casi siempre helado en la superficie, corría entre las peñas. Las águilas eran los únicos seres que frecuentaban aquel yermo.

Confieso que casi tuve un movimiento de arrepentimiento por haber aceptado la propuesta de Sánchez, cuando me encontré completamente aislado en aquella salvaje lejanía. Pero era ya tarde y me resigné. Cada ocho días ví desde entonces una figura humana: la del indio que me llevaba el cordero. De tarde en tarde, presentábase también algún cliente de Sánchez, a quien yo atendía conforme a las instrucciones que aquél me dejara. Fuera de aquellos raros contactos con seres humanos, debía vivir concentrado en mí mismo. Consistían mis ocupaciones en preparar mi comida, leer, escribir, voltear alguna vez un águila con la escopeta, por solo el placer de escuchar el estampido del disparo, y sobre todo en pensar y soñar... Sánchez me había dejado un reloj de plata de buena marcha, que yo arreglé a puro cálculo; aquel reloj me sirvió de compañero. Más de una vez sus latidos me dieron la sensación de la vida, y me trajeron algo así como un eco humano, cuando durante las horas de la noche me sentía desesperado y perdido en aquel antro, mientras el viento bramaba afuera entre los peñascos.

Cerca de tres largos meses pasé así con los labios plegados y el pensamiento en agitación. Aquella vida contemplativa y solitaria, aquella íntima relación de todos los instantes con la naturaleza bravía, aquella falta de actividades físicas, contribuyeron a intensificar mi existencia interior. Mis largas meditaciones de aquel entonces, de mucho me sirvieron para formarme la filosofía que rigió mis actos cuando me reincorporé a la civilización. Si aquella estadía en la montaña fué para mí una convalecencia material, fué también para mi espíritu una cura de silencio. De lo mucho que entonces escribí, conservo estos versos:

Entre estas breñas horribles,  
 en este yermo sin par  
 donde todo es aislamiento  
 y apartada soledad,  
 de mi existencia las horas  
 cruzan como sobre el mar  
 las errantes golondrinas  
 que en su alígero viajar,  
 procuran allá a lo lejos  
 nueva tierra que habitar:  
 y tu memoria es el cielo  
 Zelmira, donde en mi anhelo  
 el alma suelto a volar.

Como los activos fuegos  
 que encierra oculto volcán

mientras en la superficie  
 la tierra reposa en paz,  
 así en medio de estos hielos  
 y revoltoso huracán,  
 la ardiente llama en mi pecho  
 guardo de pasión voraz,  
 que a no ser tuyo, algún día,  
 con la fuerza estallará  
 de oculto volcán, Zelmira,  
 que por su cráter suspira  
 y al viento sus fuegos da.

Que el sol a mis ojos niegue  
 los rayos de tu fanal  
 en esta zona en que apenas  
 presta luz crepuscular,  
 que la luna no sea astro  
 que aquí se luzca jamás,  
 ni las estrellas tachonen  
 la bóveda celestial,

ni la noche menos negra  
 sea que la eternidad;  
 Zelmira, cosas no son  
 que de mi eterna pasión  
 turben la impetuosidad.

Porque en medio de los hielos  
 como entre ardiente arenal,  
 bien de día o ya de noche,  
 sin luz, sin techo, sin pan,  
 ya sacudido en los hombros  
 de la turbulenta mar,  
 o perseguido y errante  
 sin rumbo fijo ni plan;  
 siempre el mismo, siempre tuyo,  
 ¡Oh, Zelmira, oh, mi deidad!  
 ¡Con mi amor y tu memoria,  
 haré hasta en mis males gloria  
 si es que vives por piedad.

También de entonces son estas estrofas:

#### PROSCRIPTO

Si alegres auroras tuvieron los días  
 que un tiempo dichoso mi vida alumbraron,  
 muy luego mil nubes se alzaron impías,  
 y aquellas auroras si un sol me mostraron:  
 de un sol no pasaron.

De entonces la tierra tránsito perdido  
 como hoja entre vientos sin rumbo impelida,  
 proscrito, ignorado, confuso, abatido,  
 sin padres, ni patria, ni hermana querida,  
 y odiando la vida.

En tanto que en cénit de cielo brillante  
 rielaba a mis ojos la dulce esperanza,

sufrí los rigores del mundo inconstante,  
piséle atrevido con ciega confianza,  
burlé su mudanza.

De un ángel que amaba, la grata memoria  
no daba a mi aliento lugar a pesares,  
y joven, y amante, y ansiando la gloria,  
cruzaba desiertos y montes y mares  
distante mis lares.

Pero álzase luego, terrible, espantosa,  
la estrella a que se halla mi ser sometido,  
y al rayo que impía desprende furiosa,  
se va mi esperanza tras rudo estampido  
¡ y hoy viajo perdido!

¡Zelmira, Zelmira!... Si es verdad que has muerto  
¿qué importa mi vida pobre poeta,  
si el mundo en tu ausencia me dejas desierto,  
y errante divaga mi mente insujeta  
cual vaga un cometa?

Por sólo un suspiro, por una mirada  
de las con que en mi alma tu imagen grabaste,  
desechado hubiera la eterna morada  
de celeste dicha que a tu fin hallaste  
cuando me dejaste!

Coronas, prestigio, fortuna, laureles,  
riquezas y honores, procúrase el hombre;  
para él es la gloria, para él los placeres,  
y aun muerto—es la fama que lega de un nombre  
que la tierra asombre.

Mas yo, ¿qué buscaba? Mas yo, ¿qué he deseado?  
El bien de mi patria y el ángel perdido,  
que en medio a mi esfera de pobre soldado  
llenaron el orbe por mí concebido  
de encantos nutrido.

No ver ya más tumbas en tierras extrañas  
abrirse a los restos de tanto valiente,  
perdido sin fruto tras dignas hazañas  
en noches caídas de olvido indolente  
tan de uso al presente.

No ver en la frente del pueblo argentino  
el pie descansando del brusco tirano,  
y hallar al extremo del largo camino  
que cruzo al empuje de sino inhumano  
mi bien soberano.

Y luego en la vida del hombre modesto  
vivir para el ángel que lloro perdido,  
continuo en reserva buscando mi puesto,  
sencillo poeta del pueblo querido,  
mi ambición ha sido.

Pero álzase un día, terrible, espantosa,  
la estrella a que se halla mi ser condenado,  
y al rayo que impío despreden furiosa,  
se va mi esperanza dejándome aislado,  
confuso, ignorado.

Cruzando la tierra del todo perdido  
como hoja entre vientos sin rumbo impelida,  
proscrito, ignorado, del todo abatido,  
sin padres, ni hermanos, ni amante querida  
¡ y odiando la vida!

Volvió por fin Sánchez.

El contento y buen humor con que llegaba me revelaron por anticipado el buen éxito de su expedición. Lo celebramos esa misma noche con algunas copas de jerez. Cuando nos hubimos hecho el recíproco relato de nuestra existencia durante aquellos tres meses, y pasadas las amistosas efusiones del caso, Sánchez interrogó al capataz:

—¿Partió la récua?

—Sí, señor.

—¿Cuándo estará en Orán?

—Como va de vacío y cuesta abajo, antes de seis días.

—¿Dejaste la mula de silla que te encargué para este caballero?

—Sí, señor.

Luego dirigiéndose a mí:

—¿A qué hora quiere usted salir?

—Después de almorzar, si a usted le parece.

—Me parece bien.

A la mañana siguiente Sánchez quiso entregarme unas cuantas onzas en pago de la atención que yo le había prestado a su caseta. Me excusé de recibirlas con expresión y ademanes terminantes.

—No, mi amigo don Manuel—le dije—; yo no he hecho nada que me constituya acreedor a recompensas. Si hay aquí algún deudor, ese soy yo, pues le debo a usted la relación del señor Revilla, que tiene para mí valor muy grande.

Sánchez insistió, pero en vano; mi negativa fué hasta la terquedad.

—Pero alguna cosa debe usted aceptarme, amigo don Pedro, aunque más no sea que como recuerdo...

Sus ojos se fijaron en el reloj que me había servido de compañero, y que estaba colgado a la cabecera de la cama.

—¡Ah! este reloj, este reloj, amigo don Pedro!

Con sus propias manos lo colocó en mi bolsillo. Acepté el recuerdo, que lo era en efecto para mí, de horas desamparadas y melancólicas. Nuestra charla cordial se prolongó mientras almorzábamos. Luego Sánchez instruyó al capataz que debía acompañarme, del camino que convenía esguir para llegar a la hacienda de Revilla sin dar rodeos. Luego nos despedimos. Yo ignoraba todavía en qué forma ni en cuánto tiempo me sería dado realizar la comisión a que iba a destinarme el señor Revilla. Me separé por consiguiente de mi buen amigo, previendo que acaso no nos volveríamos a ver. Y así fué, en realidad. Yo rodé, y rodé... Hasta que hace cinco años supe en Buenos Aires, por un

capitán de marina mercante, que Sánchez vive opulentamente a inmediaciones de Madrid. Es dueño de un hermoso castillo y de un título de nobleza, ambos adquiridos con las pepitas de oro de los lavaderos de Bolivia. La noticia me alegró sinceramente.

«Cuando nos retiramos con Sánchez de la finca del señor Revilla, se había opuesto éste, a que yo cabalgara en el hermoso macho que me regaló Eguren. Le pareció que no debía estropear en la jornada tan excelente animal de silla, y dejándolo en su hacienda bien cuidado, me dió otro animal. Yo regresaba ahora en la misma mula que aquél me había proporcionado. Entraba ya en la noche del cuarto día de marcha, cuando observé que mi cabalgadura se ponía pesada. No era cosa de restituir el animal a su dueño en tan malas condiciones, y pregunté a mi acompañante:

—¿A qué distancia nos hallamos de la pascana?

—A ocho horas de camino, señor—respondió el capatáz.

—Y antes, ¿no hay algún lugarejo donde puedan los animales medio forrajear?

—Sí, señor: hacia la izquierda del camino que llevamos, está la aldea de San Andrés, donde se cosecha y guarda para todo el año maíz, cebada y alfalfa.

—Pues marcha más lenta y a San Andrés.

A las doce de la noche nos hallábamos al pie de un mogote rodeado de algunas ramadas y chozas de quincha, que no pasarían de una docena, según lo que a la luz de la luna, que empezaba a alzarse, pude distinguir.

En lo interior de una de aquellas chozas ardía abundante fuego, y hacia ella nos dirigimos.

Una vanguardia de perros escualidos salió a defender las inmunidades del hogar. Pero su olfato sutil desarmó a la falange canina, que cuando hubo aspirado el olor de nuestras alforjas, nos acogió cortésmente, batiendo las colas a todo batir.

—Buenas noches...—dije asomando la cabeza dentro de la ramada donde lucían las llamas.

—Buenas noches, señor—contestó una cholilla harapienta como de diez años de edad.

—¿Hay cebada?

—Seca, no más.

—Preciso un quintal.

—No hay quien la baje; está allí sobre aquella ramada.

—¿Y esta mujer?—pregunté reparando el grueso volumen de otra chola colocada a mi frente.

—Esta es loca; no habla nada, ni hace nada, ni piensa en nada.

—Pues tú que hablas, y sabes pensar, y debes saber hacer algo, es preciso que te trepes a la ramada y empujes al suelo un quintal de cebada.

—¡Ah, señor!; los patrones me castigarán si hago tal cosa.

—Pues llama a tus patrones para entenderme con ellos.

—Hace tres días se marcharon a Orán y no volverán hasta mañana a la tarde.

—Sin embargo, mis bestias no pueden ayunar.

Puse en la mano de la chica un par de reales y le dije:

—Esto por el valor de la cebada; en cuanto a ti, te voy a dar otra recompensa por tu servicio.

La chica se levantó con la ligereza de un mono, trepó por uno de los puntales que sostenían la ramada y arrojó al suelo un quintal de cebada.

El capataz, entretanto, sobrado conocedor de la índole mezquina de aquella gente, había desensillado mi mula bajo otra ramada, y junto con la suya la puso en el corral. Luego se ocupó de preparar mi cama compuesta de mi montura, mis gruesas cobijas, y dos grandes cueros de llama que encontró por ahí. Reunidos nuevamente después de estos aprestos, junto al hogar que la chicuela atizaba con afán, la persona de la idiota llamó nuestra atención. Estaba casi desnuda, sentada en cuclillas y dando el rostro a la lumbre. Demostraba tener unos veinte años de edad, y ostentaba una fuerte musculatura. Su cuerpo era muy bien formado, y quise ver qué cara correspondía a tal anatomía. Hícele señas al capataz para que le descorriera el manto de tupido cabello que le cubría el rostro. El capataz anduvo un poco brusco; echó mano a la cabellera de la idiota con los modos con que hubiera empuñado las riendas de su mula al tiempo de cabalgarla. La mujer dió un chillido y apenas me dejó tiempo para abarcar en una rápida mirada el conjunto de sus facciones, que volvió a esconder con rabia entre el matorral de su pelo. Tenía unos ojos pequeños, negros y vivaces, que lanzaron chispas al quedar en descubierto por la violencia del capataz. La cara era grande y redonda, la nariz regular, la boca pequeña y los labios delgados. ¡Pero su cabeza!... ¡Aquella era la cabeza de un monstruo. Imagínese una supersposición de excrecencias huesosas, que por el frente sobresalían como cornisas y se desdoblaban en protuberancias hacia la nuca... El conjunto resultaba una masa amorfa y accidentada, oculta por la maraña capilar. Me encontraba en presencia del más curioso y horrible caso teratológico que me haya sido dado contemplar en toda mi vida. No era la compañía de semejante monstruo, la más apropiada para estimular nuestro apetito. Resolví, pues, irme a comer un bocado de fiambre y tomar un pocillo de café,—regalos que podía ofrecermé gracias a lo bien provisto de mis alforjas— en pleno campo, rodeado por los perros famélicos que salieron a recibirnos.

Llamé a la chiquilla y le alcancé dos raciones de nuestra cena, encargándole pasara una a la idiota. Después la hice venir de nuevo y le di dulce, queso y algunos bizcochos. Luego el capataz y yo nos entregamos al descanso.

Habría dormido unas tres horas, cuando el ruido de los crujientes cueros de llama que el capataz había agregado a mi cama vino a despertarme en momentos que la luz de la luna me bañaba el rostro. Un alboroto infernal de pollos alarmados dentro del mismo chibiritil, acabó de espabílarame. ¡Abrí, pues, tamaños ojos, y lo que vi me pareció al pronto una pesadilla. Pero no; ¡no era una pesadilla!... La horripilante idiota estaba parada detrás de mi cabecera, y balanceaba sobre mi cabeza una enorme piedra que no debía pesar menos de dos arrobas. Era ella la que había alborotado las gallinas y hecho crujir los cueros de mi cama. Un segundo más y no soy yo quien relata ahora el suceso. Rápido como una ardilla, esquivé el golpe desviando la cabeza. La piedra cayó haciendo retumbar el piso. Me puse de pie de un solo impulso y eché mano a las riendas de mi cabalgadura que habían quedado cerca. La idiota huyó dando chillidos.

Pasé al corral, desperté al capataz, le conté lo sucedido, hice ensillar las mulas y nos pusimos en marcha. Por mucho tiempo conservé desde entonces una especie de tic nervioso que me acometía todas las mañanas al despertar, y me hacía dar saltos

en la cama. Cada vez que abría los ojos, me parecía ver inclinada sobre mí, una cara monstruosa, y suspendido encima de mi cabeza un tremendo pedrusco...

---

Cuarenta y ocho horas más tarde entrábamos en la hacienda del señor Revilla. Una gran algazara reinaba en el establecimiento y sus alrededores. Era el cumpleaños del señor Revilla, que se llamaba Honorio. Por acá cohetes, por allá fogatas en que se asaba carne con cuero, más allá bailes y en todas partes aguardiente superior y chicha de maíz. Al frente de la puerta principal, habíase levantado un elegante pabellón, dentro del cual se ostentaba una espléndida mesa rodeada de asientos colocados sobre elegantes tapices de diversos géneros y colores. En la arcada que servía de entrada al pabellón, leíase en letras grandes: "Para mis amigos y los caballeros que a su tránsito precisen descanso y refrigerio"... No faltaron amigos ni escasearon transeuntes. Aquel aniversario era conocido por los vecinos en muchas leguas a todos vientos.

Así que uno de los sirvientes de la familia hubo dado cuenta de mi llegada, algunas parejas de alegres jóvenes me salieron al encuentro; y en vano me excusé por mi burdo y enlodado traje. Aquella recepción había sido ordenada por el señor Revilla, y tuve que entrar emponchado y medio a remolque al salón principal, donde a fuerza de súplicas obtuve permiso para pasar a cambiar de ropa.

Las fiestas duraron dos días, y concurrieron a ellas las autoridades de Orán, algunas personas venidas de Salta, todo el personal de la hacienda y todos los vecinos caracterizados de la región. Cesaron por fin los cantos, las músicas, y los bailes, y la casa recobró su aspecto habitual. Era llegado el momento de que habláramos de negocios con el señor Revilla.

Las especies destinadas a la operación que se me iba a encargar estaban ya listas y a espera del momento de la marcha. Ciento veinte mulas cargadas de mil seiscientos ochenta arrobas de azúcar, componían la primera tropa. Este azúcar debía ser vendida a razón de cinco pesos la arroba, lo que representaba un total de ocho mil cuatrocientos pesos. Cien bueyes gordos contratados de antemano con un saladerista boliviano, al precio de veinticinco pesos cada uno,—precio corriente en aquellos tiempos—componían el segundo arreo, cuya venta debía producir dos mil quinientos pesos.

El señor Revilla me dió prolijas instrucciones sobre la forma en que debía llevar a efecto la operación, realizar los cobros y expedirle los fondos a la hacienda. Ordenó al capataz que me obedeciera como a él mismo, y tomó diversas disposiciones encaminadas a hacer mi viaje cómodo, dentro de lo posible. Luego me presentó un bolsillo diciendo:

—Aquí tiene usted para sus gastos particulares.

Mis excusas fueron inútiles. En vano me esforcé por persuadir a Revilla de que la recompensa por el servicio que tan gustoso iba a prestarle, me estaba de antemano concedida en la generosidad y benevolencia con que había sido recibido y obsequiado en su casa. Le argumenté que no debía privarme de la ocasión de testimoniarle mi gratitud. Todo fué en vano. Ambos consortes—pues la señora Juanita se hallaba presente—me obligaron literalmente a tomar posesión del bolsillo.

—Su tenaz excusación, Echagüe,—díjome don Honorio—me contraría de veras. Yo puedo y quiero ayudar a usted en su situación actual, y no hay desdoro en ello, pues no hago más que retribuirle un trabajo penoso. Lo que esa bolsa contiene, es sólo para cigarros. En La Paz se le entregará a usted lo que merece su comisión, según mi criterio. Que no vuelvan a recomenzar allá, pues, sus rechazos. Usted ha dejado de ser mi huésped y ahora es mi comisionado; en consecuencia, no tiene más remedio que obedecerme...

No se mostró menos bondadosa y menos delicada para conmigo, en aquella ocasión, la señora Juanita.

—Yo también quiero—dijo—hacerle a usted un regalo de despedida, que puede aceptar sin el menor escrúpulo. Todos estos días últimos me ha tenido impresionada el recuerdo de su aventura con la idiota de San Andrés. Guarde estos escapularios de la Virgen del Rosario, pues quién sabe con cuántas otras piedras está expuesto a tropezar todavía en la tierra el peregrino...

—Señora—contesté—este obsequio, inmenso en valor para mí por la naturaleza del sentimiento que lo determina, será desde ahora mi compañero inseparable. Lo consideraré como un talismán, y a él le pediré consuelo en las horas de adversidad.

Pocas probabilidades había, en verdad, de que en mi existencia errabunda, volviera yo a encontrarme con aquellos dos seres, a cuyo lado pasé horas tan apacibles y tan dulces. Como se habrá notado ya, ningún compromiso me obligaba a regresar a la hacienda. Además, yo tenía urgencia por ir a tomar otra vez las armas para servir a mi patria. Ello hizo que nuestra despedida, que todos presumíamos eterna, tuviera un carácter angustioso. Sin hablar casi, pues un nudo se me había hecho en la garganta, estreché las manos de los esposos Revilla y me dirigí hacia la mula que me aguardaba ensillada en el patio. El ruido de mis espuelas ha quedado repicando en mi memoria como el postrer eco de aquella despedida. La postrera visión fué la de la señora Juanita, que agitaba un pañuelo desde la ventana, cuando me alejaba ya camino afuera...

---

No recuerdo cuántos días empleamos hasta llegar a los hermosos campos de Moralla. Tengo, sí, presentes las tres fisonomías con que la naturaleza se me presentó en la extensión de una gran zona.

Desde Orán, hasta encumbrar el majestuoso Zenta, todo el país se reviste de los más hermosos y variados espectáculos. Las selvas oránicas semejan una cinta de verdura atada al pie de las altas montañas que íbamos a transponer. Los picos nevados, descollantes, a nuestro frente en forma de gigantescos pabellones, insinuaban ya su frescura en el aire de cordillera que bañaba nuestros rostros. Del otro lado de las primeras murallas de granito, esperábamos encontrar una tersa sábana, cuyo término intentaba esconder el horizonte. Allí estaba el agua, allí una robusta vegetación por todas partes. Desde las cumbres de Zenta alcanzábamos a ver alzarse el sol a la hora en que deja su lecho de Oriente, con todo el esplendor de su esencia de fuego. Aquel era el sol de los pintores, el sol que nos describe Lamartine. Ya en otra ocasión había presenciado, viajando por iguales alturas, el espectáculo de naturaleza tan magnífica, realzada por la cercanía del mar, sobre cuyas ondas quebrábase el sol en líneas de oro.



La contemplación de tales paisajes, que se ofrecen de vez en cuando a la vista del viajero, es la única recompensa que pueden ofrecerle a un alma sensible a la belleza, jornadas como las que en aquel momento realizaba, y de las que tantas hube de realizar en mis andanzas de proscrito. El ferrocarril surcará algún día aquellas regiones y los pasajeros que sentados en confortables asientos miren el paisaje a través de la ventanilla, no imaginarán nunca, entonces, las penalidades que representaban los viajes de meses, a lomo de mula, por entre anfractuosidades y desiertos, luchando con el sol, con el frío, con la sed, con el cansancio, con todas las fuerzas hostiles de la naturaleza. Acaso porque a la generación de argentinos a que pertenezco, le cupo en suerte andar errante en tales condiciones, le fué dado retemplar su resistencia física y su fibra moral, en la medida que exigían aquellos tiempos de sacrificio y de dolor.

Me entretuve durante los primeros días de la marcha, en admirar la destreza de los indios que llevábamos para arriar la hacienda vacuna y que iban a pie. Se trataba de ganado arisco y bravo. Pero los indios, que eran apenas siete, y que iban provistos de una honda por arma y de una rueca por instrumento de trabajo, no lo dejaban desviarse de la senda. Si los animales se empacaban o apartaban de la huella, los indios los hacían entrar en orden disparándoles certeras pedradas.

Ni las ramas de los árboles en lo tupido del bosque ni las combas y desigualdades del terreno, dificultaban la matemática puntería de los arrieros pedestres, quienes solían mostrarse generosos asestando sus proyectiles sobre los cuernos de los bueyes mañeros.

Moralla, adonde me dirigía, era una pequeña villa situada en un suelo rodeado de sembradíos de maíz, cebada, trigo y alfalfa. Sus principales edificios no pasaban de media docena. Allá a la distancia resaltaban de trecho en trecho, salpicando el campo, algunas malas chozas y corrales de piedra. Levantada en punto aparente para servir de puerto a los ganaderos argentinos que buscaban el más pronto despacho de sus haciendas, la población se había convertido en lugar de preparación en grande de carne salada. Allí se realizaban compras de hacienda en pie para transportar al interior del país y se establecían depósitos considerables de tasajo. A nuestro arribo, el matadero del señor Pizarro estaba de faena. Yo había dispuesto que se adelantara el capataz a prevenirle nuestra llegada y aquel señor tuvo el comedimiento de salir a mi encuentro.

¡Presentéle la carta que para él llevaba.

—Señor—me dijo, después de leerla,—mi casa es de usted; y ya que no puedo hacerme cargo de la hacienda que usted trae en el día de hoy, pues mis corrales se hallan ocupados, tendré el gusto de ofrecerle hospitalidad siquiera por algunas horas.

Acepté el ofrecimiento y pasé a casa del señor Pizarro, que me presentó a su familia. El capataz dejó en depósito la hacienda en uno de los potreros destinados a ese servicio. El árria traía adelante dos horas de camino. Las cargas habían sido colocadas en rodeo y la tropa entera descansaba pastando. Pasada la hora de la mesa, pedí permiso para recogerme en el aposento que se me había destinado y del que no salí hasta la mañana siguiente, después de haber concluído la negociación que me estaba encomendada con el Sr. Pizarro.

Trájose luego la hacienda al matadero, que por su pobreza y

sus extravagantes métodos de trabajo, merece la pena de ser descrito.

Al centro de un corral que constaría de unos seiscientos metros cuadrados, se elevaba una rústica armazón de palos en forma de paraguas. La rodeaban maderos puestos a guisa de sunchos o duelas de barrica. Todo el aparato estaba ligado por medio de lazos y dispuesto de manera que remedaba un enorme palco circular. El diámetro del círculo que aquél abarcaba, tendría unos cuarenta metros. Abriéronse los leños que hacían las veces de puerta del corral, y un clamoreo de voces se levantó en señal de regocijo, por la salvaje función que iba a comenzar.

Una bandada de loros asustada por una detonación, no vuela con más presteza que la que pusieron unos cuantos centenares de indios para invadir el corral, treparse a las murallas y al armazón central y diseminarse por cuanto sitio propicio descubrieron para tomar parte en el acto próximo. Las mujeres se apoderaron de la parte superior del palco ya descrito; los hombres ocuparon la inferior, no sin cruzar antes algunos mojicones para obtener local en la línea más baja de los arcos que ceñían el armazón. El capataz, entretanto, acompañado de los peones arrieros, hizo entrar la boyada en aquel recinto, del que al cabo de unas horas salió convertida en cuartos.

La matanza se inició arreando despacio la hacienda que, a marcha mesurada, circunvalaba interiormente el corral. Los jinetes y algunos comedidos de a pie, la compelian a rozarse con los palos del armazón.

Y aquí entra lo repugnante.

Muy raro era el indígena que para desempeñarse como carnicero, estaba armado de un cuchillo de verdad. De lo que la mayoría de ellos se servía era de un pedazo de arco de barril asegurado a un hueso o a un pedazo de madera con fuertes ligaduras. Las indias—que al principio eran espectadoras de la matanza—tenían también su quehacer en la carneada; pero para su faena les bastaba con las uñas. Una vez puesta la hacienda al alcance de los indios encaramados en el armazón, empezaron éstos el desgarrataje. Se inclinaban casi hasta tocar con la cabeza en el suelo, procurando alcanzar las patas traseras del buey que pasaba cerca, y le descargaban un tajo en el tendón. El golpe era seguro. No vi errar ni uno solo. Al contrario: indio vi dotado de tal destreza para este ejercicio, que sin perder su postura de acróbata, tuvo tiempo para inutilizar las dos patas de un solo animal.

La hacienda entretanto, siempre obligada por los jinetes, seguía circunvalando el palco y el espectáculo tornándose más repelente. Los animales que no habían sido desjarretados en la primera vuelta, lo eran en las subsiguientes, y los que ya desjarretados volvían a pasar a tiro de sus victimarios, eran asaltados por éstos, que de un brinco se les montaban en el cogote. Rodaban sin vida después de haber sido así martirizadas, las pobres bestias. Las ultimaba el endeble cuchillo de sus bárbaros carniceros quienes tenían que apuñalarlas en ciertas ocasiones hasta media docena de veces para concluir con ellas.

Al desgarramiento total, sucedió la matanza a discreción, en medio de infernal algazara. Los instintos de carnicería de sus antepasados, revivían en los indios, excitados por el espectáculo de la sangre, y su crueldad prolongaba a propósito la exterminación de las bestias abatidas e indefensas. En este rincón del corral caían mugiendo de dolor veinte o treinta reses, más

allá otras, todas jadeantes, despavoridas, tristes, como protestando contra su largo e inútil martirio. A sus mugidos les hacían coro los gritos y las carcajadas de la chusma desenfrenada, pues el entrevero era ahora completo; el palco había quedado vacío y los indios habían invadido el recinto y en él se debatían con sus víctimas, casi todas caídas ya.

Aquí entraba a figurar la reserva: las indias, que mal cubiertas de harapos habían presenciado la función desde el principio. Las entrañas de las reses estaban humeantes, a la vista, y sobre ellas se precipitaron las mujeres, disputándose las achurras. La batahola, entrecortada de voces quichuas y aymaraes, producía a un mismo tiempo asco y horror...

Mujer hubo que salió de aquel entrevero de bestias carnívoras, con un ojo casi reventado. A este precio había pagado la vejiga de una res, que se llevaba triunfante a su pocilga.

¡A tal extremo de miseria moral y material, estaban reducidos los indios infelices!

---

Referiré mi viaje hacia La Paz en un próximo libro.

Las contrariedades que empiezo a sufrir desde mi arribo a aquella capital, demandan por su encadenamiento una relación no interrumpida. Trataré de hacerla en el libro IV, pues mis recuerdos me darán todavía material para escribir tres libros más.



# MARTIRES ARGENTINOS

---

*Eran de esos hombres  
que disminuidos en número,  
se engrandecen de corazón.*

Victor Hugo.

---

1885



El argumento que se desarrolla en estas páginas, tiene por primer escenario la ciudad de Buenos Aires. Termina en aquel memorable campo inmediato a los suburbios de la misma, en otro tiempo sembrado de toscas rancherías, a través de cuyos ligeros techos al aire de la pampa dilata los postreros ayes de las víctimas inmoladas por el tirano Rosas.

A media cuadra antes de llegar a la calle de Córdoba, adelantando por la de Florida en dirección hacia el Norte, existía por el año 35 una pequeña habitación ocupada por una señora viuda, madre de dos varones y una niña. El mayor de aquéllos se llamaba Leonardo, al cual desde ya debe conocerse con su apellido de Bello, y entre quien y el que esto escribe, mediaba una amistad franca y estrecha; se querían como hermanos. Se vinculaba también a esta amistad un muchacho llamado Gervasio Espinosa, hijo del ya difunto General de aquel nombre, y primo hermano del autor de estos apuntes. Vecinos y condiscípulos, los tres amigos contaban con sobrado tiempo para verse y entregarse a las expansiones propias de su edad, en las que empezaba a definirse ya el carácter y las inclinaciones de cada cual.

Era Gervasio un muchacho cuyo genio travieso rayaba en locura, adversario gratuito de los empresarios del alumbrado público, a quienes recargaba mensualmente los gastos a fuerza de sólo dejar el armazón de los faroles de las esquinas. Era también la pesadilla de los sastres, que por aquel tiempo tenían por costumbre colocar los braseros a la puerta de sus talleres. A éstos solía combatirlos Gervasio montado en un petizo corredor. Espiaba el momento en que la calle estuviera sola, y atropellaba la sastrería elegida dejando caer un cántaro de agua sobre el fuego y las planchas, o haciendo rodar brasero, planchas y brasas, al bote de un largo palo esgrimido como lanza. Estas diversiones valiéronle a Gervasio, muchas veces, zurras públicas, penitencias serias en la escuela, algunos arrestos en la policía y constantes reprensiones de sus padres, que desesperaban de corregir al niño.

Leonardo era un tipo de género absolutamente opuesto; y pues que el niño de aquel entonces viene a ser más tarde el esforzado ciudadano que simboliza la índole especial de la juventud de su época, preciso es presentarlo más circunstanciadamente que al primero. Había en la fisonomía de Bello una expresión de suavidad, que se armonizaba con la mirada de su grandes ojos negros, de pestañas rizadas. Sobre su frente alta, blanca y despejada, alzábase enortijado su cabello, que deslindado por dos grandes entradas coronaba su cabeza. De sus labios delgados no se desprendía nunca la palabra impetuosa ni la expre-

sión hiriente. Parco de frases como apacible de semblante, Leonardo poseía, además, una voz flexible de acento a la vez dulce y varonil. Sin su abultada nariz, hubiera sido un lindo muchacho. Llegado a hombre fué de baja estatura, un poco grueso y llevó el rostro siempre cubierto de una espesa barba del color de su cabello.

Meditabundo en la niñez, melancólico y sufrido, llegó a la edad viril sin cambiar de carácter. Había perdido a su padre, honrado artesano, cuando era muy pequeño todavía, y había crecido en medio de todas las necesidades materiales, pues era pobre. ¡Ay, cuántas veces se sonrojó Leonardo ante nosotros por no poder presentarse vestido con decencia!

Tenía altas y nobles ambiciones, y no dejó de perseguirlas a pesar de todos los obstáculos. Su pobre madre, sin recursos, no había podido darle una mediana educación y él tuvo que abandonar la escuela apenas iniciado en los primeros rudimentos. Esto no obstante, a los 14 años Leonardo estropeaba el inglés y sabía contabilidad. A los libros que nosotros le prestábamos para su instrucción, añadía él la lectura de cuanto impreso le venía a mano, hasta la de los retazos de papeles que encontraba en la calle, sin distraer por eso el tiempo preciso que tenía dedicado al trabajo; pues desde la edad de ocho años, Leonardo ayudaba al sostén de su madre y hermanos.

En su niñez no tuvo apego a las diversiones infantiles; en su juventud se condujo como un hombre maduro; una vez hombre mostró que había nacido para héroe.

---

En una noche del mes de Diciembre del ya citado año de 1835, y al punto en que las campanas del monasterio de las Catalinas llamaban al rezo de ánimas, Leonardo y yo bajando en dirección al río, fuimos a sentarnos sobre unas elevadas toscas de las playas que nos servían de punto de reunión, cada vez que nos citábamos para ir a bañarnos. La luna acababa de alzarse sobre el majestuoso río que la reflejaba dulcemente en sus linfas. Al contacto de la brisa, oscilaban sobre las aguas los rayos de la luna, pintando sobre la vasta superficie largas y quebradizas líneas de plata. Los ecos ya próximos, ya distantes, ya confusos, ya claros, de niños que gritaban y adultos que reían, llegaban hasta nosotros. Eran los concurrentes habituales de la playa a la hora del baño.

Más lejos, del otro lado de los movedizos grupos, una banda militar parecía acompañar estos murmullos, tocando a las puertas del *Restaurador* una estruendosa y macarrónica pieza, compuesta sin duda a propósito para acompañar en sus siniestras tareas a los miembros de la *Sociedad Popular* de nefanda memoria.

Aquella noche Bello estaba pensativo, y contestaba apenas a mi charla. Noté que algo mediaba, capaz de hacer subir de punto la habitual melancolía de mi amigo, y le inquirí la causa de su manifiesta desazón. Parecía abstraído en la contemplación de la luna. Había apoyado la mejilla sobre la mano derecha y el codo sobre la rodilla. Y aquí tuvo lugar el siguiente diálogo:

—Leonardo, amigo, ¿qué demonios tienes? Hace ya rato que estamos juntos y no haces más que suspirar.

—Tienes razón, discúlpame; estoy triste, muy triste.

—¿Por qué?

—He tenido un sueño terrible en la pasada noche.



—¿Y bien?...

—¿Un sueño he dicho? No, he tenido veinte sobre el mismo tema.

—Así son de porfiadas ciertas ilusiones. Supongo lo que habrás soñado: que tenía millones. Luego te despertarías y verías que no tenías más bolsa que la funda de tu almohada.

—¡Ojalá hubiera sido así!

—¿Pues entonces?

—He soñado con sangre. Con mucha sangre. He soñado con un cadalso.

—¡Hombre, habrás visto la representación de algún drama horripilante!

—¿Te burlas?

—No, Leonardo, te llamo a la realidad. Pero sigue; veamos en qué consistían tus sueños de sangre y cadalsos.

Leonardo se contuvo. Hubiera tal vez deseado en aquel instante transmitir a mi espíritu su propia inquietud, y al verse contrariado se retrajo.

Pasaron momentos de silencio.

—Y bien, Leonardo, ¿nos bañamos?—dije yo al fin, reanudando la conversación.

—No me baño... Báñate tú... Aquí te espero—contestó Bello.

—Si tú no lo haces—repliqué—tampoco lo haré yo, y en este caso es mejor que nos vayamos.

—Escucha—dijo de pronto Bello como resolviéndose a la confidencia—,escucha. Hace mucho tiempo que mis sueños me torturan. No veo en ellos las cosas que a nuestra edad preocupan a los hombres hasta cuando duermen: fiestas, amores, ilusiones de gloria y de fortuna. Nada de eso. Mis sueños son tétricos y angustiosos. He soñado muchas veces que tenía a la vista largas filas de cadáveres extendidos a la falda de una montaña o dispersos en la llanura. Y era yo el único testigo que escuchaba el llanto de millares de viudas, de huérfanos y de madres abrazadas a cuerpos yertos... Pero anoche... ¡oh! anoche mi fantasía ha tramado algo que excede a mis trágicas visiones anteriores. He soñado con un cadalso al que avanzaba rodeado de una inmensa muchedumbre que me burlaba con descompasados gritos. He llegado al banco terrible, he sentido sobre mi pecho el golpe de las balas que me despedazaban. Y cuando por esfuerzos del corazón que se debatía opreso, me despertaba, era para dormirme de nuevo, y para de nuevo contemplar la sombra del patíbulo.

Yo escuchaba con incredulidad a mi amigo. Quise combatir sus preocupaciones y objeté:

—Pero tú eres un muchacho sensato, Leonardo. Eres apacible, y nada hace suponer que puedas verte envuelto en la catástrofe de la guerra, en la que únicamente podrías ver realizadas tus lúgubres visiones. Domina, pues, tus inquietudes, y rechaza esas supersticiones indignas de tu inteligencia...

Hay casualidades que parecen augurios, y de esta naturaleza fué la que sobrevino en aquel instante, hoy enterrado bajo la pesada piedra de cuarenta y nueve años. Uno de aquellos huracanes tan frecuentes en el lustro que va desde el año treinta hasta el treinta y cinco, y que por lo común terminaban con una formidable lluvia precedida de verdaderas trombas de polvo arrebatado al desierto, acaba de desatarse. El contraste no podía ser más grande. A la claridad de la luna, a la limpidez de

las estrellas, a la suavidad de la brisa, habíanse sucedido bruscamente la obscuridad y la tormenta.

---

Cinco años más tarde nos encontrábamos de nuevo con Leonardo pero no ya en Buenos Aires, sino en Córdoba. Los niños del 35 habían llegado a hombres. Ambos tenían una espada a la cintura. La infausta jornada del Quebracho Herrado había tenido efecto hacía pocos días, y el General Lavalle que desde antes de aquel combate venía buscando la incorporación del ejército creado por Madrid y Acha en las patriotas provincias de Salta y Tucumán, estableció su cuartel general en la de Córdoba, con la mira de dar más robusta organización al ejército, después de reforzado, y aprovechar los ricos elementos con que la provincia, como punto estratégico, y los habitantes en su mayoría, le brindaban. Pero en la guerra, así como un triunfo suele determinar otros nuevos, así también un contraste acarrea nuevos contrastes. Contrariado en su propósito, el General Lavalle por hechos y accidentes que han entrado a ser ya del dominio de la historia, tuvo que emprender su nueva campaña alterando el primitivo plan de operaciones que tenía concebido.

El ejército del tirano remontado con nuevas tropas y caballadas, fué dividido en columnas y abrió sus operaciones con una rapidez admirable. A la terrible sorpresa que sufriera en Sancala la escogida división destinada a robustecer la opinión y militarizar las provincias de Cuyo, agregóse otra inesperada contrariedad. Sobre los abiertos salitrales de Santiago, el General Acha, el frente del pie de ejército expedicionario a aquella Provincia, tuvo conocimiento de la horrible sorpresa; y el descontento, que reinaba en parte de la división correntina, y sólo estaba precisando motivo para estallar, se manifestó al cabo de pocos días. Al tiempo de vadear el Salado, una deserción cometida a la vista de nuestra vanguardia comandada por el coronel don Baldomero Sotelo, se produjo.

Incierto el coronel Sotelo respecto de la conducta que debería observar en consecuencia de tan crítico acontecimiento, envió parte de lo ocurrido al General, adelantando no obstante la marcha por entre las estrechas sendas de un espeso bosque, indicado por el célebre baqueano Alico, como el camino más corto para llevarnos al campo en que, por precisión, tendrían que vivaquear los alzados. Y efectivamente: al despuntar el alba entrábamos en una llanura cerrada hacia ambos costados por tupidísimas cejas del monte que habíamos atravesado. A nuestro frente y al centro de aquella abra, corría un arroyo, y a su espalda descansaban tendidos sobre el pasto, reteniendo los caballos por la brida, los viejos compañeros que nos habían abandonado hacía pocas horas. El coronel Sotelo mandó hacer alto y echar pie a tierra. La tropa alzada procedió en orden inverso; a la voz de mando montó a caballo y formó en batalla a nuestro frente.

En esta actitud, y en acecho recíproco, ambas columnas pasaron alrededor de dos horas, hasta la llegada de un ayudante del General, portador de la instrucción escrita con que éste contestaba al parte. Conservo todavía en la memoria las siguientes palabras de aquel documento, a asistir a cuya lectura fui llamado, así como es probable que las recuerde también el señor don Manuel Graña, oficial de la división Sotelo, presente en aquel acto:

“Sólo perseguirá V. S. y batirá esa fuerza, si en vez de dirigirse al Chaco avanza en nuestra propia dirección con el propósito de merodear en la provincia. Por lo demás, traiga V. S. a cuenta que en las legiones donde se lucha por la libertad, sería pernicioso el auxilio forzado de los bravos que hasta ayer sirvieron como voluntarios.”

Impuesto el coronel Sotelo de tales órdenes, montó a caballo y llevándome como ayudante, se adelantó hacia la columna adversa. Como a cincuenta metros de ella, nos detuvimos. El jefe de los alzados, que si mal no recuerdo se apellidaba Ramírez, avanzó por su parte hasta nosotros. Hízole saber el coronel Sotelo las órdenes que tenía, y su propósito de batir a los rebeldes si éstos las contrariaban. El comandante correntino, acumuló promesas, y concluyó más o menos con las siguientes palabras:

—Sí, coronel; es mejor que nosotros nos vayamos. Los contrastes que últimamente han sufrido nuestra armas, nos hacen preveer dificultosa y muy larga esta lucha. Nosotros tenemos precisión de “aguantarnos viviendo” (textual) hasta el día en que muramos a la puerta de nuestros ranchos en defensa de nuestros hijos. Rosas no se dará por satisfecho hasta que no haga sentir en Corrientes su saña sanguinaria. De esta provincia en que estamos, y que no parece habitada más que por “hombres zorros” (textual) no hemos de hacer más gasto que el del agua, donde la precisemos, y la carne que nos debe sustentar mientras crucemos sus campos. Que pierda cuidado el general Acha, coronel; por lo de “merodear” no hemos de lancearnos”.

Y después de montar a caballo y dar un fuerte abrazo al coronel, gritó:

—¡Viva el general Acha! ¡Viva el coronel Sotelo! ¡Mueran los tiranos! ¡A nuestra tierra muchachos!... ¡A nuestra tierra! ¡Hemos cumplido nuestra palabra, y el general Lavalle no está ya con nosotros!

Los ecos de aquellas voces turbaron por dos veces la soledad de los bosques.

Simultáneamente se tocó diana en ambas divisiones, que puestas en marcha, describieron un ángulo agudo, cuyo vértice arrancaba de aquel campo, testigo de una de las escenas hasta hoy menos conocidas de aquella campaña.

---

En las instrucciones dadas al general Acha por el general en jefe de los ejército libertadores, cabía la ocupación de la Provincia de Santiago del Estero por todo el tiempo que determinadas circunstancias lo demandasen. El Cuartel General debía establecerse en la capital o en sus inmediaciones, y de allí se pondrían en movimiento ligeras divisiones con la misión de disolver las chusmas que Ibarra mantenía en toda la campaña. El propósito del general Lavalle al librar esas disposiciones, no se concretaba simplemente a mantener en jaque al tiranuelo de Santiago, obligándolo a preocuparse de su propia Provincia e inhabilitándolo, por consiguiente, para prestarse como elemento auxiliar de los ejércitos de Rosas; entrañaba también la idea de constituir la citada Provincia en preferente proveeduría de haciendas. Era preferible hacer sentir este gravamen sobre Santiago, que se había mostrado hasta entonces hostil, antes que sobre otras provincias que tan patriotas como generosas se habían manifestado.

Pero los dos contrastes últimamente sufridos, y de los que hemos hecho recuerdo, dificultaron la posibilidad de llevar a cabo la permanencia dentro del territorio de Santiago, y dos días después de ocupar la capital la División del general Acha, se puso en marcha en dirección a Tucumán. En cuanto a la fuerza insurrecta, atravesó el Chaco y tocó feliz la puerta de sus hogares. Después contribuyó con sus armas al triunfo de Caguazú, que hizo bambolear un momento el poder del opresor de los pueblos del Plata.

El caso de quien redacta estos apuntes, es el de aquellos viajeros que pasan al borde de un camino real, siguiendo una pequeña senda. No penetraré en el campo de la historia, y continuaré divagando, al azar de mis memorias, por senderos de atajo. Mero cronista de episodios dignos de concurrir a alimentar las fuentes de la historia, como concurren los arroyos a los ríos, me ceñiré al relato, es decir al testimonio verbal de lo que sé, mientras llega el historiador que haya de dar forma a las páginas de una época de veinte años, descollante por la tiranía que la determina; descollante por los martirios que sufrió toda la patria; descollante por los esfuerzos de una joven generación, que sostenida por su ideal y por su fe, por el respecto de su floriosa tradición y por su esperanza en el porvenir, protestó del sometimiento en que cayó la mayoría de un pueblo envilecido, y se lanzó a redimir en los campos de batalla, como Cristo con su sangre, el honor y la libertad de la Nación Argentina. Si al referir sumariamente algunos de los acontecimientos que ocurrieron en la época en que tiene acción nuestro episodio, incurro en alguna alteración respecto de la fecha, o en algún leve descuido, contradicción u olvido, sírvame de disculpa la circunstancia de escribir estas páginas más de cuarenta años después de sucedidos los hechos a que se hace referencia en ellas; sin otro apunte ni documento que mis recuerdos, agregados a los datos que escrupulosamente recogí por entonces, y algunas rectificaciones posteriores.

---

Convertida nuevamente la capital de Tucumán en centro de robustecimiento de la mayor parte del ejército que anteriormente de allí mismo había partido, hizose punto de refugio para los jefes, oficiales e individuos de tropa que, salvados de las jornadas adversas, buscaban incorporarse al general La Madrid. Este condujo a su retorno a Tucumán, un número escogido de jóvenes pertenecientes a las principales familias provincianas, además de aquellos otros que antes figuraron en el memorable Escuadrón Mayo. De esta entusiasta e ilustrada juventud, se formó la oficialidad de los cuerpos cuya nueva organización se comenzó inmediatamente que el general La Madrid hubo llegado a la capital de Tucumán. De entre ella salieron los famosos artilleros que murieron más tarde sobre las cureñas de sus cañones en Famallá, Monte Grande y Rodeo del Medio; de ella surgieron los ingenieros y peritos que improvisaron la mejor maestranza que hayan tenido las provincias del interior. Y cuando la adversidad contrarió hasta el último esfuerzo de las armas libertadoras, fué parte de esa juventud la que traspuso las fronteras para ir todavía a pelear por la libertad en país extranjero; a continuar con el pensamiento la lucha que empezó con la espada, sin dejar por eso de entonar quejumbrosas endechas por la patria ausente.

El suelo en que se proclamó nuestra Independencia, volvía pues a ser el teatro de grandes acciones. Las puertas se abrieron para todo el mundo. En la ramada del asalariado, como en el taller del artesano, el hospedaje se consideraba un deber. El ejemplo venía de arriba. Las familias de fortuna así como las de mediana posición rivalizaban en entusiasmo para albergar a los huéspedes armados. Como lo quiere el precepto cristiano, allí "se vestía al desnudo y se le daba de comer al hambriento". Se franqueaba el bolsillo al necesitado, y cada habitante quería participar de las penurias de los soldados, procurando, no obstante, fomentar el entusiasmo entre ellos.

Tucumán, por entonces, remedaba en la República el corazón y el cerebro sano de un cuerpo enfermo. Allí estaba el núcleo ardiente del amor por la patria, allí la vitalidad expansiva que comunicaba a los extremos la energía de que carecían los pueblos flagelados por el látigo de los caudillos y el cuchillo ensangrentado del "Restaurador de las Leyes" (1).

Allí nos encontramos de nuevo con Leonardo. Permanecimos en Tucumán durante el mismo período de tiempo, y nos vimos casi a diario, a pesar de hallarse nuestros alojamientos separados por larga distancia. Si los juegos de la niñez nos habían unido, los ideales de la juventud a cuyo servicio combatíamos ambos, nos vincularon más todavía.

El 23 de mayo de 1841, el ejército que a costa de rudos afanes, había sido puesto en cuatro meses, en excelente estado de disciplina, entusiasmo, equipo y armamento, emprendió su marcha en dirección a las provincias de Cuyo, bajo el poco favorable auspicio de un cielo entoldado por la tormenta, siguiendo una huella llena de lodazales.

Dos o tres noches antes, me retiraba de casa del doctor Marco Avellaneda, ya gobernador de la provincia, cuando repentinamente, al dar vuelta una esquina, tropecé con otro individuo. La noche estaba oscura y gruesas gotas empezaban a desprenderse de una atmósfera densa en que hacía rato lucían los relámpagos. Reconocí, sin embargo, al que me obstruía el paso. Era Bello. Traía debajo del brazo un atadito. Presumí que este formara parte de sus preparativos para la marcha, y le pregunté:

—¿Te has resuelto a marchar con el general La Madrid a las provincias de Cuyo?

—Sí—me contestó.—Te confieso que me ha costado tomar esta decisión. Pero he vencido los impulsos de resistencia que siento en mi corazón, y puesto que el deber y la conveniencia me mandan emprender esta campaña, la emprenderé.

Tomados del brazo, caminamos largo tiempo con mi amigo bajo el cielo tormentoso. Y en el fraternal abandono de nuestra vieja amistad, rememoramos el pasado.

Pocos días después de aquella noche del 25, de que al comenzar estos apuntes hicimos mención, Leonardo, que poseía unos cuatrocientos pesos (papel moneda) adquiridos a precio de la más estricta economía, resolvió iniciarse en el comercio. Se proveyó de algunas varas de lienzo, agujas, hilos, dedos, abanicos ordinarios, broches cintas, naipes y otras bara-

---

(1) Obsérvese que aquí sólo se alude a lo que ocurría dentro de la República. Montevideo, desde antes, por acción de los hombres de principios y los esfuerzos de la emigración argentina, había desempeñado el mismo rol.

tijas por el estilo, y se echó a andar por los suburbios de la ciudad, adelantando a veces, a pie, hasta San José de Flores o hasta Barracas. A los seis meses, el viejo cajón de una mesa que le había servido de almacén portátil, fué reemplazado por otros dos de forma adecuada, cubiertos de vidrieras y conducidos a lomo de caballo. El buen resultado del ensayo avivó sus aspiraciones, y para ampliar su clientela extendió sus excursiones hasta Morón, más tarde a Merlo, después a San Vicente, y por último a las más importantes villas de la campaña sud de Buenos Aires. Así que hubo adquirido algunas relaciones en los ricos centros rurales, adonde últimamente sentó plaza como buhonero y agente de comisiones, emprendió el acopio de peletería, hecho en mayor proporción en trato con las tribus mansas, a las cuales el "Restaurador" les permitía de vez en cuando hacer "nutriadas". Dos años después, unos señores Ezeiza, ricos hacendados del sud, notaron el tesón con que mi amigo se daba al trabajo, y se prendaron de sus cualidades. Le tomaron como socio en especulaciones de mayor importancia; por manera que antes de cuatro años de vida comercial, contados desde el día en que se afiliara bajo las banderas de Mercurio expendiendo baratijas y lienzo, Bello era ya representante de una casa que giraba con trescientos mil pesos (papel moneda de entonces). Pero el malogrado movimiento revolucionario contra el absolutismo de Rosas, vino a destruir las esperanzas y el porvenir de Leonardo.

Aquel movimiento fué sostenido por los hombres de más importancia de la campaña del sud. En él estaban comprometidos los protectores de nuestro amigo, y aun cuando éste parecía templado en sus pasiones, abrigaba no obstante, bajo su exterioridad helada, un corazón de fuego impresionable al eco de todo acontecimiento que enalteciese la justicia o tendiera a restablecer el derecho ultrajado. Se afilió, pues, a la causa de la libertad y de la moral, por aquel tiempo tan escarneckidas.

Se levantaba pendón contra el tirano, que aprovechándose de la postración en que una anarquía de largos años había sumido a la República, tenía entonces sojuzgada. El triunfo sobre Rosas hubiera podido reponer a los pueblos en su dignidad. Leonardo obedeció a las calidades esenciales de su carácter y tomó partido contra el opresor. Inmiscuido en la revolución, Bello se convirtió en orador. El entusiasmo por la causa que colocaba en sus manos la espada, lo fué comprometiendo más y más en la generosa empresa. Pero, ¡ay! esta no llegó a triunfar, y quedó ahogada en sangre una revolución que, llevada a su término, hubiera ahorrado a la República martirios, sacrificios, ruinas y oprobios sin cuento.

Corrió por entonces la versión de que un jefe de apellido Granada, a servicio del ejército que comandaba don Prudencio Rosas, fué causa de la derrota sufrida por los revolucionarios en la batalla que inoportunamente tuvieron éstos que librar en el campo cercano a la laguna de Chascomús. Más tarde, el jefe aquel ensayó justificarse de tal acusación.

Al punto en que el general don Juan Apóstol Martínez, arribado con una flotilla al puerto de Tuyú, trataba de efectuar un desembarco, los restos del ejército derrotado se lanzaban a las mismas embarcaciones en procura de amparo. La misión encomendada a dicho general quedaba sin efecto en consecuencia del contraste, y la flotilla zarpó de nuevo en dirección a la Colonia del Sacramento, llevando a su bordo unos trescientos ciudadanos que se pusieron luego a las órdenes del general Lavalle, nombra-

do de antemano, por la comisión directiva de la guerra existente en Montevideo, comandante en jefe de todas las fuerzas que operaban en la campaña contra el tirano.

Don Francisco B. Madero fué el ciudadano elegido por unanimidad de votos para ofrecerle los servicios de aquel contingente que constituiría luego, en su mayor parte, el famoso escuadrón de Mayo.

---

Todos estos recuerdos evocados por Leonardo mientras vagábamos por las calles de la ciudad dormida, me trajeron al espíritu no se qué funesto presentimiento... Quise hacerlo desistir de su propósito de seguir al general La Madrid. Le aconsejé que siguiera en otras filas su cruzada contra el tirano.

—Tú sabes—le repetía—que Avellaneda no ha de concretar la acción de su gobierno solo a mantener la confianza y la seguridad de la provincia. Ha de crear nuevos defensores para el país; y a espaldas del ejército en marcha, Tucumán ha de ser convertido por él en centinela del tirano. Aquí van a precisarse brazos; hay necesidad de hombres aptos para constituir el nuevo núcleo que sostendrá las combinaciones de este joven a quien considero una esperanza para la patria. Y si tu quieres...

—¿Qué?

—Yo le veré y le hablaré de tí. Estoy seguro de ser bien acogido. Te quedarás a sus órdenes. Y si yo paso en comisión a Salta según el mismo Avellaneda me lo ha indicado, al menos estaremos cerca, podremos escribirnos y sabremos el uno del otro con frecuencia.

—Imposible, amigo—profirió Leonardo, triste y resignado.—Me he comprometido y debo seguir la huella del último de los compañeros que conmigo se embarcaron en el Tuyú.

Una duda me asaltó: ¿No habría, además, otra causa que hiciera tan irrevocable la resolución de Leonardo?

El tiempo corrió y me trajo al fin al convencimiento de que mi duda de aquella noche fué justificada. Por el momento, no me di por vencido. La memoria de los fatídicos sueños de Leonardo me perseguía, y buscando argumento con que torcer su propósito de marcha, añadí todavía:

—Mira, Leonardo; la resignación fría, la que se divorcia de la fortaleza y la esperanza, acaba por conducir nuestro ánimo al sometimiento de los cobardes... y ¿me perdonas? casi te juzgo en vía de tanto mal. La Madrid es sin duda un valiente; pero como militar no es más que un valiente admirable. Como particular ya es otra cosa; y quiero que lo conozcas por ambas faces. Hállase ya en marcha a las provincias de Cuyo. Lleva un bonito y entusiasta ejército, cuenta con el concurso del general Acha y otros tantos bravos jefes de instrucción y de aplomo; pero es él, es La Madrid el que dirige esta expedición, y esta expedición ha de ser una larga "correría de vidalitas". Un corneta, un tambor tomado al enemigo, ha de ser motivo para que se detenga todo el ejército a celebrar el hecho bailando "gatos" con relación. Piensas acaso que soy temerario en mis juicios... Sin embargo, no exagero. ¿Tengo yo acaso popularidad, ni tono, ni edad, ni representación, ni crédito de jefe superior, para que algunas veces me haga concurrir a media noche, por medio de su ayudante, el capitán Matías Rivero, a la puerta de los cuarteles, a fin de que en su nombre arengue a la tropa? No, Leonardo; don Gregorio Aráoz de La Madrid no es el capitán a

propósito para tan seria, complicada y desigual contienda. Figura descollante de los famosos días en que sobre el bridón de nuestras llanuras trepaba las cordilleras bolivianas, o descendía a los llanos, rápido como una exhalación, llevando en la punta de su lanza la muerte y el terror; ha dejado ya muy atrás la época de sus hazañas. Falso de serenidad en su juventud, no ha sabido adquirirla en su vejez cansada. Acaso hasta bajo la losa del sepulcro, el corazón de este hombre, que es puro, llegaría a palpitante como a un contacto galvánico, si supiera que la patria está en desgracia o la libertad perdida. Pero, lo repito, como combatiente no es más que un temerario. Convertido en una verdadera furia sobre la arena de los combates, siente erizársele el cabello como el león enbravecido de melena; el raciocinio queda en él entonces como depuesto, la sangre se trasluce hirviendo por sus ojos, y a la manera del torrente que bajando de lo alto, arrebatada a su tránsito lo que le estorba, o quiebra en mil raudales sus aguas resistidas por la mole de granito, así también La Madrid se desborda, cae, choca, arrasa, remolinea como un huracán en medio de la pelea; pero como el furor es ciego, se estrella siempre contra el peligro, pagando también siempre con su sangre sus desesperados arrojados. Para hazañas de esta naturaleza quántase que las deidades mitológicas hicieron invulnerable al soberbio Aquiles. Pero el Dios de los cristianos no se ha dignado dispensar, que yo sepa, ese favor al primer guerrillero americano. El catálogo de los contrastes, triunfos, entrevivos y acciones importantes de guerra en que La Madrid ha figurado, está escrito sobre toda la superficie de su cuerpo, especie de mosaico donde figuran las distintas cicatrices operadas por el sable, la lanza, el fusil, la metralla, el cuchillo y los lives. ¿Quieres acabar de conocer a La Madrid? Pues bien, Leonardo, vuelve la vista hacia su hogar; ese hombre, esa especie de tempestad cuando batalla, está allí con las lágrimas en los ojos, dominado por el sentimiento que le inspiran los dolores de su tierno hijo enfermo... Miralo después: siembra como Cincinato; ha tirado la espada ha empuñado la mansera y canta como Miseno:

No cambiará el jornalero  
 Su pobre y rudo azadón  
 Por la pompa y vanidad  
 Del opulento señor.

¿Lo desconoces, Leonardo? Pues, mal haces; es el mismo La Madrid. ¡Ayer perdió una batalla y ahora canta y trabaja. Sus hijos comerán el pan regado por el sudor de su rostro, y mañana irá en persona a llevar al soldado inválido la camisa arrancada de su propio cuerpo para que no sienta el frío en las heridas. El león de ayer es ahora cordero, la paloma, la esencia de la sensibilidad. No sabe murmurar; está conforme como un musulmán, e irá luego al templo como buen cristiano a rogar a Dios por los muertos y hacer oración por sí propio. La Madrid posee todos los nobles sentimientos: es buen padre, es buen amigo, es buen esposo, es generoso, es desinteresado. Su ambición será siempre excitada por la gloria, y la gloria para él es un paraíso a donde nunca se aproxima sin un buen caudal de delirios. La Madrid, en fin, es todo amor, y fuera del "cuarto de hora" en que como la fiera con quien queda comparado, está lejos de sí propio, este hombre es un modelo de virtudes. Pero carece de cabeza...



Bello había escuchado con impasible atención mi desborde oratorio. Se quedó un momento silencioso y pensativo. Luego me abrazó, y sin replicar, me dijo adiós. Un adiós que debía ser el último; salvo el caso de que la inmortalidad burle ese insondable abismo que se llama eternidad.

---

El 16 de agosto de 1841, a las siete de la mañana, la vanguardia del ejército expedicionario a las provincias de Cuyo, se trasladaba desde la Chacarilla, finca inmediata a la capital de San Juan, al campo situado al norte de Angaco.

El general Acha, que comandaba esta brava y escogida división, compuesta de cuatrocientos cincuenta hombres de las tres armas, había tenido conocimiento de las rápidas marchas con que el ejército contrario trataba de darle alcance, contando sin duda con la posibilidad de un completo triunfo sobre fuerzas al parecer insuficientes para resistir el choque de tres mil hombres. La permanencia del general Acha, cerca de la capital, fué apenas suficiente para llevar a cabo los más indispensables reparos en bien de la tropa y sus pertrechos de guerra. Por otra parte, había hallado una ciudad casi acéfala, y los recursos que precisaba no era posible adquirirlos en el aislamiento. Removida que fué la división con toda la presteza posible, alcanzó hasta el campo denominado la Punta del Monte, punto desde el cual fué destacado el intrépido coronel Crisóstomo Alvarez, a practicar con su legión un reconocimiento sobre las fuerzas enemigas, bien inmediatas ya a las nuestras; pero rechazado por la infantería, dispuso el general Acha que nuestra división, en marcha redoblada hasta ese instante, hiciera alto y se tendiera en línea de batalla, dejando a la espalda la gran acequia que riega aquel campo. Acto continuo se desplegó en guerrilla la compañía de cazadores, que hubo de replegarse luego a la línea, reemplazada por otra de fusileros, la cual a su vez recibió la misma orden, a causa de la proximidad en que, colocado ya el enemigo, amenazaba nuestro frente y flanco.

El carácter del ataque que se traía, demandaba la colocación de nuestras fuerzas en más segura posición. El general ordenó pues, repasar la gran acequia, a retaguardia de la cual organizó de nuevo su línea, dándole la forma angular que trazaba la dicha acequia. La infantería presentaba su frente al norte y la caballería el suyo al nordeste, favorecida por un terreno a propósito para el despunte de nuestros escuadrones al cargar o al replegarse. A corta distancia de aquel terreno había un rancho abandonado, cuyo techo sirvió al principio de mirador, desde el cual observaba el general con su antejo, los movimientos del enemigo; pero habiendo avanzado éste con tal rapidez que obligara al general a tomar la actitud ya indicada, el rancho fué abandonado y las bayonetas enemigas vinieron por tres veces a cruzarse con las de nuestros soldados, apenas separados de las filas contrarias por la corriente de sangre en que al cabo resultó convertida el agua del acequión. El general Acha ordenaba y arremetía. Había embrazado la lanza y precedía en persona las cargas, allí donde el indomable Crisóstomo pudiera ser insuficiente o el temerario exgobernador de Córdoba, doctor Francisco Alvarez, demandase auxilio para su brava legión, en aprieto

a veces por el número de contrarios que trataban de envolverla (1).

La carga enemiga parecía una vorágine capaz de arrasar hasta con el último de nuestros soldados. Era, pues, necesario resistir como la roca para reventar al fin como la centella. Para la descripción cumplida de aquella batalla, para el justo encomio de las admirables hazañas que se hicieron en ella, fáltanos la palabra y el tono. La simple exposición de los hechos, ha de resultar más elocuente y más evocadora del épico cuadro, que cualquier esfuerzo de expresión verbal. En uno de los trances críticos de la matanza, en la que los cuerpos luchaban entrelazados, como serpientes en celo, el general Acha cayó bajo su caballo herido, y no hubiera podido desasirse del peso de la bestia abatida sobre él, sin el auxilio de sus ayudantes Atanasio Márquez y Severo Pizarro. Este último cedió al general el animal que montaba, y del que fué nuevamente derribado Acha por otra bala, que como la primera, respetó su vida.

Allí pereció heroicamente Severo Pizarro, el prototipo de la caballeridad, la finura y la elegancia por aquellos tiempos. Allí murió uno de los tres Agüeros. Allí rindieron su vida cincuenta jóvenes más, pertenecientes a lo selecto de la sociedad argentina. Allí dejaron sus huesos muchos hijos de Salta, Jujuy y Tucumán. Allí cayó herido el imbecile oficial de cazadores Luis Elordi, que a la manera de Ajax desafiando el rayo, reclamaba a sus contrarios la muerte pocos días más tarde cuando el general Acha fué rendido. Y allí también nuestros adversarios, justo es reconocerlo, llevaron a cabo inauditos esfuerzos de valor y arrogancia.

Un comandante Aldao, pariente del caudillo de aquel apelativo, saltó la acequia divisoria entre ambas líneas, creyendo sin duda arrastrar a sus soldados, y fué hecho pedazos, sin que bastaran a ampararlo las voces de Crisóstomo Alvarez que ordenaba la salvación de aquel bravo.

Habíase acallado el silbido de las balas. La muerte se prodigaba sordamente a punta de bayoneta. Nuestras piezas de campaña habían convergido diez veces sobre las caballerías contrarias, que se precipitaban en arremetidas salvajes sobre nuestros bravos. Más feliz que Aldao en su arrojó, el incomparable Crisóstomo Alvarez traspuso la acequia precipitándose al encuentro de un batallón que a paso de trote cargaba a la bayoneta sobre el costado izquierdo de nuestra línea, a punto de desorganizarse. Dirigía el batallón aquél, el jefe de toda la infantería enemiga, de apellido Espinosa, hombre con fama de bandido, manchado por cien asesinatos, especie de bestia de coraje y pujanza. Impotente para contener el pavor de sus soldados, Espinosa recibió, al volverse, dos balazos en el dorso. Los jóvenes Grimany y Archondo, a cuyo servicio estaban las piecitas ya citadas, murieron sobre las cureñas hachados por las caballerías contrarias en lo más álgido del combate. Recordemos estos nombres, hoy tan injustamente olvidados como el lugar en que la tierra recibió sus huesos.

Al día siguiente de esta jornada, el intrépido Benito Martínez, hermano de los malogrados Leonardo y Rafael, recogió dentro del rancho que había servido al general Acha de mirador, una

---

(1) He aquí una curiosa particularidad de esta batalla. Se hallaban en ella tres generales gobernadores, tres coroneles de apellido Alvarez, tres hermanos Martínez y tres Aldao.

bandera perteneciente a nuestra división, que los enemigos habían arrebatado en los entreveros de aquella sangrienta batalla, rematada al fin con un espléndido triunfo para las armas libertadoras.

El sol de aquel día se puso saludado por las dianas con que los vencedores alborozaban el campo conquistado. Tan grande era el número de los prisioneros, y tan reducido el de los victoriosos, que los últimos no pudieron entregarse al descanso después de tan ruda jornada, a fin de vigilar a los primeros.

La venenosa fiebre que se produce en los combatientes, cuando la pelea llega al cuerpo a cuerpo, había sido aplacada por el pavor en las acorbadadas filas del ejército tri-provinciano cuyos caudillos no habían sido los últimos en darse a la fuga.

Acha había hecho pelear a sus soldados a razón de uno por cada seis contrarios. Había ordenado como general, y combatido individualmente contra tres generales gobernadores: Benavidez-Aldao-Lucero. Bajo la diabólica bandera desplegada por éstos cabía todo; allí estuvo representada la apostasía de la fe, la condenación de los principios y la barbarie en pugna con la civilización. Laboriosos artesanos arrebatados a su hogar tranquilo, formaban al lado de infantes presidiarios y salteadores de caminos. Para que nada faltase, las chuzas de los indios pampas alternaban con las lanzas de la caballería regular.

De los cuatrocientos cincuenta hombres que componían nuestra división; sólo revistaron al día siguiente de aquel combate doscientos ochenta. Entre muertos y heridos faltábanos ciento setenta. El enemigo abandonó el campo sembrado de cadáveres. Y para que todo fuera extraordinario en los hechos de aquel día, cupo en ellos hasta la mentira sacrílega. En efecto, el general Benavidez, que había desaparecido del campo de batalla en las primeras horas del combate, en persecución harto larga y precipitada, de los restos de un escuadrón nuestro que huía en derrota, según se dijo, se dirigió a la ciudad, y ordenó que se cantase un Te-Deum en acción de gracias al Todopoderoso, por haber resultado triunfantes "las armas federales", en una batalla de la que él no vió más que el principio.

Veinte y cuatro horas después, el vencedor de Angaco entraba en la ciudad. Situó su Cuartel General en el departamento de la Trinidad, en la misma finca en que acampara anteriormente; dió descanso a su tropa y puso la caballada en buen pasto.

Se le ha reprochado al general Acha que después de su triunfo eligiera como campamento el local indicado. A nuestro juicio, este reproche no tiene valor. En cualquier otro sitio que hubiera acampado, su suerte hubiera sido la misma. Porque fué la suerte, según muestran los hechos, la que decidió de su destino.

La división vencedora se daba al descanso de la siesta al segundo día de la batalla (1), cuando repentinamente la confusión se produjo en todo el campo. Era que el enemigo se presentaba por sorpresa. Sucedió que el general Benavidez, que antes del combate señalara a sus soldados un punto de reunión en caso de derrota, había reorganizado los dispersos. Además había venido a agregársele un fuerte contingente de tropas que llegaba a marchas forzadas de Mendoza, bajo el mando de un coronel Ramí-

---

(1) Un tniente de apellido Salcedo que se hallaba con su guardia avanzada sobre el mismo camino que traía el enemigo, fué sorprendido y pasado a cuchillo con todos sus soldados.

rez. Para colmo de adversidades, la naturaleza, impasible ante las acciones humanas, pareció querer contribuir esta vez al desquite de la barbarie. A favor de un borrascoso viento Zonda (1) los "escuadrones colorados" habían avanzado envueltos en densas nubes de polvo. Pudieron así llegar hasta los potreros de la Chacarilla y rodearlos. La polvareda, que el viento levantaba en trombas por los caminos, había ocultado su aproximación. Cuando Acha los sintió, se hallaba bajo sus fuegos convergentes. Tuvo tiempo apenas para ordenar que su tropa, mitad montada en pelo, mitad a pie, se replegase hacia la ciudad.

Hallábanse a la sazón en casa de don Vicente Lima, los jefes y oficiales principales de la división asaltada. Así que oyeron las primeras descargas, saltaron en algunos pésimos caballos que hubieron a la mano, con el designio de dirigirse al campamento por la calle hoy Sarmiento y denominada entonces de San Clemente. Pero habían avanzado apenas cuatro cuadras más allá de la calle ancha del Sud, cuando el coronel Lorenzo Alvarez apercebíó un cañón emplazado sobre el puente del Topón. Ordenó entonces contramarchar hacia la plaza, desde la que se dirigió al sud por la calle de Mendoza, buscando siempre la incorporación a su campo.

Pero la boca de otro cañón (o acaso el mismo anterior trasladado al sitio aquel), le cerró el paso. Retroceder importaba para Alvarez casi huír. Además para recibir una descarga por la espalda, era preferible esperarla de frente.

—¡Pie a tierra, paso de trote y en desfile a tomar el cañón!— gritó el coronel.

Pero un tarro de metralla estalló en pleno grupo y lo deshizo. Alcanzado con todos sus compañeros por la mortífera descarga, (a excepción de su ayudante, el ya citado joven Benito Martínez y Criaco La Madrid), tuvo todavía Lorenzo Alvarez aliento para gritar: "¡Dios! ¡Unión! y ¡Libertad!" Este era el lema de las legiones que iban a la muerte por combatir el más inicuo de los tiranos. Cuando la historia imparcial examine y juzgue la época de la tiranía, habrá de tomar en cuenta la significación de estos detalles: Rosas ponía al frente de sus documentos públicos: "¡Viva le federación! ¡Mueran los inmundos salvajes unitarios!" Avellaneda, La Madrid y Acha. mantuvieron como "santo" perpetuo las palabras que Lorenzo Alvarez pronunció al expirar:

"¡Dios! ¡Unión! y ¡Libertad!"

Acha, entre tanto, resistía el inesperado ataque ocupando con algunos infantes el piso superior de las casas de la Chacarilla. Benavidez, con su sorpresa, sólo consiguió establecer un matadero. Su coraje nada pudo contra tanto coraje. Había podido sorprender a su contrario gracias a la complicidad del viento, pero en el temple de aquél encontró formidable obstáculo.

Cuando se puso el sol, descargas y toque de degüello habían cesado. Acha quiso entonces buscar en la ciudad mejores posiciones para seguir combatiendo, y hacia la ciudad emprendió marcha. En posesión anticipada de los suburbios, algunas fuerzas de Benavidez intentaron impedir el rápido avance del imperturbable Acha. Nutridos fuegos de fusilería y la metralla de un ca-

(1) Llámase así en las provincias de Cuyo a un viento caliente que se pronuncia del Oeste como resultado del choque entre los del Sud y del Norte.

ñón colocado a su frente llovieron sobre su exigua tropa. Pero a cada uno de sus soldados que caía, la tenacidad y el coraje de los demás se acrecentaban. Tanta energía y tanto arrojo, rompieron al fin la valla, y Acha pudo penetrar en la ciudad. Allí fué herido entre muchos valientes el joven oficial Máximo Viera, reliquia viva al presente de aquellos tiempos y de aquellos hechos (1).

En la ciudad, entre tanto, el resultado del terrible acontecimiento de aquel día era interpretado, no sólo como adverso para las armas de la vanguardia del ejército protector, sino como absolutamente decisivo en su contra. Fué por ello que un tal Mayorga, de nombre José María, hijo de Chile, que de charlatán e histrión había pasado a figurar en las filas de Benavidez en clase de capitán, reunió unos cuantos gauchos rezagados, y con ellos recorrió las calles centrales ordenando se colocaran luminarias en celebración del triunfo de Benavidez.

Dirigiase el comedido capital por la cayye hoy Mendoza, hacia el sud, cuando oyó los sonos de una banda militar (2). El entusiasmo subió de punto en su comitiva. Aquella música debía anunciar la entrada triunfal de Benavidez. Se adelantó Mayorga hacia la columna que avanzaba y gritó:

—“¡Mueran los salvajes unitarios!”

Acha—pues eran él y su tropa los que venían—distinguió la luz de un farol, al centro del grupo, a su frente. Se adelantó hacia ella y levantó en los aires con su lanza al hombre que la conducía. El hombre era Mayorga.

Así que el general Acha ocupó la plaza en su primer arribo a la capital de la provincia, dedicó todo su anhelo a la recolección de caballos; tanto para montar su división que llegaba casi a pie, como para remitir inmediatamente el mayor número de ellos que pudiera conseguir, al cuerpo principal de ejército, inhabilitado casi para adelantar sus marchas. Con este objeto se había convenido entre Acha y La Madrid el desprendimiento de la vanguardia que aquel mandaba, y por eso se hallaban separada por tanta distancia las fuerzas de ambos generales.

Benavidez había ordenado oportunamente el alejamiento de las cabalgaduras que se hallasen en los departamentos y suburbios de la ciudad; pero esta disposición no fué observada con rigor, y el general Acha se impuso de la existencia de varios depósitos de caballos que alcanzarían en parte para su división. Entre los propietarios de esos depósitos, figuraba un señor Leandro Rufino, que cometió la imprudencia de resistirse a la requisita que de sus animales se le hiciera, no obstante habersele explicado la crítica situación en que se hallaban las dos fracciones del ejército protector. Su negativa determinó una medida ejemplar y terrible: el general Acha ordenó se fusilara en

---

(1) El joven Viera, capitán de la compañía de fusileros, asumió el mando de los infantes con que se efectuó el traslado a la ciudad, por ausencia (en comisión) del capitán Benito Martínez. A veinte y cinco pasos antes de llegar al puente del Topón, Viera y sus bravos recibieron un disparo a metralla que motivó 28 bajas, saltando el resto de sus infantes al agua del acequión en procura de los artilleros que soportaron toda clase de muerte, mientras la tropa montada huía en dirección a los campos. Dentro del agua que se escurría debajo del puente, acabó su vida el joven ciudadano José Bernales, sangrando en cien parte por las bayonetas enemigas.

(2) Esta banda constaba de pitos, cornetas y tambores. El personal principal de la música había quedado prisionero.

mitad de la plaza al señor Rufino. Al saber la noticia doña Antonina Robledo, esposa del ya citado don Vicente Lima, en cuya casa acababa de ser alojado el general, acudió afligida ante él a suplicarle por el condenado, cuya ejecución debía llevarse a cabo con el aparato usual en tales casos. Acha se dejó conmover por las imploraciones de la señora, que debía en breve convertirse en madre política del reo, y le acordó su perdón. Los demás remisos escarmentaron con solo este amago, y no tardaron en venir al campamento caballos en abundancia.

Y he aquí otro rasgo de Acha: La familia del general Benavidez habitaba una casa contigua a la de la familia Lima, en la que él mismo hallábase alojado. Un inmenso terror se había apoderado de la señora de Benavidez que se creía en peligro en su propia casa, y se resistía a permitir que ninguno de los suyos se dejase ver fuera de ella. Al pedido también de la señora de Lima, el general Acha no tuvo inconveniente en autorizar la apertura de un portillo en la pared divisoria de las dos propiedades, a fin de que la familia Benavidez, tuviese comunicación con la calle, por la misma puerta de la casa en que él vivía.

Cuando en la fatal noche del miércoles, posterior al domingo en que había tenido lugar la sangrienta batalla de Angaco, entraba nuevamente Acha en la plaza de San Juan, su primer cuidado fué instalar cuatro cañones en los ángulos extremos de la plaza. Creyendo Benavidez que la estrechez a que había quedado reducido el general Acha, era tan extrema que no le dejaba más camino que rendirse, tuvo la ocurrencia de introducirse en la ciudad, y llegar a su casa absolutamente solo, dos horas después de haberse situado Acha en la plaza. Es fama que los dos hombres debieron encontrarse allí frente a frente. En busca de Ciriaco La Madrid, Acha, penetró por el antedicho portillo en casa de Benavidez cuando éste se hallaba allí. Prevenido a tiempo por su esposa, Benavidez pudo escapar.

El león no huye de la pantera, cuya ferocidad fia mucho a la traición. Cuando el primero espera, la segunda no avanza; cuando el primero avanza, la segunda se retira. Benavidez era un valiente a toda prueba y para una lucha singular con Acha, contaba con el poder de sus membrudos brazos. Pero a la fuerza hercúlea de Benavidez, hubiérase opuesto la fuerza hercúlea de Acha. Con el sable o los puños del antiguo arriero, habrían podido medirse sin mengua la espada y los puños del capitán aguerrido, a quien nadie superó jamás en el manejo de la lanza. De haberse realizado, aquel encuentro, hubiera cambiado tal vez el curso de la historia.

Acompañado de tres o cuatro oficiales, entre los que se encontraban mi amigo Leonardo Bello y Rafael Martínez, el general Acha se situó en lo alto de la torre de la Catedral de San Juan. En la boca calle de donde arranca hoy la calle Sarmiento, había sido colocada la piccita volante destacada por él al dispersar las fuerzas que se le interpusieron en su tránsito a la ciudad. Sobre la esquina, a la derecha, Ciriaco La Madrid vuelto al fin a los brazos de su general, comandaba un cantón.

Después de surtir a un número determinado de casas, Benavidez cortó el agua al resto de la ciudad, abriendo así sus operaciones de sitiador. Acha, entretanto, decidido a la resistencia, organizaba su reducida línea de defensa. En Angaco había hecho pelear a sus soldados uno contra seis; ahora eran solo 70

hombres los que debían combatir con ochocientos. Es decir uno contra trece (1).

Desde lo alto de la torre apuntaba su anteojo el denodado general hacia las llanuras del norte. Sólo de allí podía venirle auxilio. Pero pasaban las horas, llegaba la noche, retornaba el día y el ansiado socorro no aparecía. Ni un humo, ni una nube de polvo en el horizonte. ¡Nada, nada!...

Entre tanto el vecindario de la capital se había guarecido en sus casas como un caracol en su concha. Por lo mismo, deben ser recordados los nombres de algunos ciudadanos que, como don Rosaura Rosa, se presentaron en la plaza a ofrecer sus servicios al valeroso paladín de la civilización y de la libertad, en su desigual y abnegada lucha contra la tiranía y la barbarie.

Durante los cuatro mortales días que duró aquella homérica resistencia, Acha no alcanzó a dormir quince horas. En sus trágicos desvelos, debió pensar que con él peligraba acaso la suerte de los ejército libertadores...

A manera de los numantinos, a quienes Scipión amenazaba con envenenarles las aguas si no entregaban la plaza, y que se manifestaban dispuestos a sostenerse bebiendo sangre humana, Acha respondió a la primera intimación a rendirse que le hiciera Benavidez:

“El hambre y la sed no me acobardan mientras las acequías tengan barro que chupar.”

Pero, ¡ay! no se columbraba ni sombra de socorro. La sed y el hambre mermaban los soldados. Y la fuerza física del mismo Acha se extenuaba.

Se había llamado a las puertas más cercanas en procura de alimentos, de pólvora, de plomo. ¡Nada! En vez de auxilios, lo que aquellos mártires encontraron fué un Judas: el dominico fray Dionisio Rodríguez a quien en castigo de sus actividades de espía de Benavidez, el general Acha apostó todo un día de centinela sobre la azotea de un cantón, con el fusil al brazo.

El grueso del ejército libertador se aproximaba; Benavidez lo supo y decidió apoderarse del general Acha. Un ataque con los elementos y ventajas de que disponía, no demandaba por cierto extraordinario arrojo. Sin embargo, para prestarles coraje a sus soldados, hizo circular en su línea una proclama, en la que, a la vez que daba por triunfantes a “las armas federales” en todo el territorio de la República, solicitaba un supremo esfuerzo a fin de que San Juan no quedara sin parte “en tantas glorias adquiridas en honra de la federación.”

Las manzanas que cuadran la plaza fueron perforadas, y habiendo avanzado por su interior, las fuerzas de Benavidez desembocaron en masa al centro de aquélla. Eran las ocho de la mañana del cuatro día de resistencia, y el anteojo de Acha escrutaba todavía el norte, sin que su mirada ansiosa descubriese indicios de auxilio. Sin embargo La Madrid se hallaba cerca. Si a él le ocultaban la aproximación del ejército los accidentes montañosos de la región, en cambio Benavidez la conocía. El escasísimo resto de la apurada guarnición, había ya quemado el último cartucho. ¿Qué hacer? Ciriaco La Madrid lo discurrió: el parapeto de la azotea que ocupaba tenía ladrillos; con el último soldado que le quedaba, contestó a pedradas la intimación a rendirse que se le dirigió.

(1) En la sorpresa sobre su cuartel general quedaron entre dispersos, muertos y heridos, doscientos diez hombres fuera de combate.

Leonardo Bello y otro joven oficial, contemplaban desde lo alto, ya impotentes para seguir luchando, las banderolas coloradas que se cruzaban abajo por todas partes. Algunos agonizantes soldados de la defensa, caídos de la torre, eran ultimados por el casco de los caballos. Acha, estos dos jóvenes, y algunos otros que como Crisóstomo Alvarez, José Urquizo, Anastasio Márquez, N. Barragán y Luis Elordi, heridos en la batalla de Angaco, se conservaban ocultos en el seno de alguno de las familias que se mostraron compasivas, era cuanto quedaba de aquella legión de héroes.

—¿Qué has hecho de tu espada?—decíale Leonardo a su compañero.

—Hace dos días—contestó aquél—que un casco de metralla me separó la hoja de la guarnición.

—La mía ya es inútil—replicó Bello.

Y arrojando la vaina a la plaza, introdujo la hoja entre los balaustres de palo que conservó hasta hace poco el balcón de la torre, y la rompió en dos pedazos que cayeron al ático.

—No quiero que el arma con que he luchado por mis ideales de libertad, se vuelva más tarde contra nosotros, manejada por algún siervo del tirano.

Por su parte, Acha, respondió textualmente al oficial que en nombre de Benavidez había subido a intimarle rendición, según el mismo oficial lo refirió después:

—“Salga usted de aquí, si no quiere que su sangre sea la última en que se tiña mi espada. Salga usted de aquí, vuelva hasta su superior, y dígame de mi parte, que si el general Mariano Acha ha sido vencido, en la derrota no ha perdido ni su rango ni su dignidad, y que su espada no le será entregada sino a su igual”.

Fué necesario que Benavidez en persona se recibiera de su ilustre prisionero. Muchos vecinos de San Juan vieron luego que aquel lo condujo tomado del brazo al alojamiento que se le destinaba.

---

El afortunado caudillo de San Juan alcanzaba un gran triunfo con la prisión de Acha. Este jefe era la esperanza de los ejércitos aliados contra la tiranía. Su vencedor pudo dejarlo en San Juan, esconderlo, hacerlo desaparecer, salvarlo en fin, aun sin libertarlo. Pero esta acción solo era capaz de realizarla un espíritu alto y noble. Benavidez procedió como era natural que él procediera: como un menguado. Ofrecimientos, efusiones, protesta de amistad, alabanzas, “palabras de honor” y hasta abrazos: de todo esto hubo. Todo esto hizo Benavidez con Acha. Sin embargo, pocas horas después de rendido, lo enviaba al matadero custodiado por un Fernández y un Uliarte, cómplices de la farsa del supuesto arrebató con que se trató después de justificar la entrega del noble prisionero a sus asesinos.

Era Benavidez en lo físico, un hombre de elevada talla y cintura delgada, ancho de espaldas y un poco encorvado. Su cabeza pequeña estaba cubierta de cabellos renegridos e indómitos, que con frecuencia le caían sobre la frente. Sus mejillas ostentaban escasa barba. Era raro que sus ojos de mirada incierta fijasen de frente a su interlocutor. Largo de piernas, su cuerpo no tenía proporción. En lo intelectual carecía de instrucción. Leía mal y escribía peor. Ello no obstó para que se limase en el contacto de los hombres, ni para que adquiriese maneras suaves que durante toda su vida pública le sirvieran de llave maes-



tra para abrirse muchas puertas, y para ganar simpatía hasta de sus contrarios. Era además astuto como la raposa, y a veces manso como un oso domesticado. Hay que agregar en honor de la verdad, que su corazón no siempre se mostró extraño a la dulzura y al bien. Menos dominado por su pequeñas ambiciones de tiranuelo; menos perturbado por la concupiscencia del mando; con un poco de elevación moral y de idealismo, acaso su prestigio militar lo hubiera llevado a ser lo que fué Urquiza: el destructor de la tiranía. Su mediocridad de aspiraciones y de ideas, solo le permitió ser un caudillejo manso y servil.

---

A inmediaciones del Desaguadero, y en territorio todavía de la provincia de San Luis, existía en otro tiempo, a la costa del camino real, entre aquélla y la de Mendoza, una pequeña población conocida por la "Posta de Cabra". Variado más tarde el trayecto para mejor tránsito entre ambas provincias, la antigua posta varió también de ubicación, si bien conservando su antiguo nombre.

Hace unos doce años, viajando quien esto escribe, por aquellos parajes, se trasladó desde la nueva a la vieja posta, acompañado de un joven Mauricio Correa, hijo del antiguo maestro de la primera "Cabra". Por él supo un hecho tradicional en la región, relacionado con la muerte del general Acha. Lo relataré más adelante.

Sabido es que la corta campaña del ejército auxiliar expedicionario a las provincias de Cuyo, no fué más que una sucesión de errores y contrastes.

Si el general La Madrid hubiera tomado en cuenta las prudentes y sabias reflexiones del general Lavalle, y desistido de aquella expedición, tanto por el rigor de la estación en que la emprendió, cuanto por su inoportunidad, dada la situación ventajosa en que, por el momento, se hallaban las armas del tirano Rosas, se hubiera ahorrado muchos sufrimientos y sacrificios estériles.

En San Juan quedaron los restos del bravo capitán Ramón Balcarce, castrado después de muerto por sus salvajes asesinos. Algunos días más tarde, fueron devoradas por los perros en Mendoza, las carnes del no menos valiente teniente coronel Igarzábal, condenado a ser insepulto después de degollado a intervalos, en la misma forma con que por esos días se le arrancara la vida al ilustre Avellaneda.

No puede evocar este nombre sin sentirme conmovido, y no quiero pasar adelante sin dedicarle aquí un recuerdo, ya que escribo solo para recordar, remontando al azar la corriente de mi vida. Era el doctor Marco Avellaneda un hombre extraordinario. Había nacido sin duda destinado a grandes cosas. Irradiaba talento hasta en sus gestos. Suave, franco y leal en su trato, tenía sin embargo para cumplir sus resoluciones y para sostener sus convicciones, la firmeza del bronce y del diamante. A la edad de 25 años hallábase ya alto en la escala de la vida pública. Revolucionario contra el tirano, periodista fogoso, tesorero y brillante, Ministro de Gobierno, Gobernador y como tal "General", atravesó la vida con la celeridad y la efímera brillantez de una estrella errante.

Entre Acha y Avellaneda, existía, no obstante la desemejanza de sus caracteres, un singular punto de contacto: el valor de

ambos se excitaba hasta la exacerbación frente al peligro. Por eso fué que al caer prisionero Avellaneda, los que con él participaron del contraste temblaban por las consecuencias que podían acarrearle los arranques de altanera impetuosidad con que provocaba la ira de sus verdugos. Por eso fué que con el puñal suspendido ya sobre su cuello, y cuando los asesinos intentaron mofarse de su víctima, ésta se irguió y les lanzó esta imprecación:

—¡Turba de bárbaros y cobardes! ¡Van a ver ustedes cómo se muere por la libertad y por la patria!

Intimidado a que se arrojara al suelo, no quiso hacerlo. Esperó de pie el tajo que le dividió la garganta, para de este modo cederle sólo a la muerte, no a sus asesinos. . . Que latía en el sentimiento público de las provincias una profunda animadversión contra Rosas y su tiranía, lo demuestran hechos como éste, que tienen el carácter de inmolaciones heroicas.

La larga y brutal dominación de los caudillos, no había conseguido ahogar ese sentimiento. Y de su existencia, dieron también una prueba por aquel tiempo unos cuantos jóvenes de San Juan, que extrajeron de la Casa de Gobierno y fusilaron en la plaza pública un retrato del "Ilustre Restaurador de las Leyes". El nombre de estos jóvenes debe retenerse. Fueron ellos Abraham Quiroga, Abel Quiroga, Isidro Quiroga, Daniel Aubone, Antonio Sarmiento y un Pizarro cuyo patrón único ignoramos. Después de Rodeo del Medio, Rosas quedó triunfante en todo el interior de la República. Los "Salvajes Unitarios", condenados a muerte y persecución, buscaron seguridad en el destierro. Al destierro se fueron en gran parte, trasponiendo montes y pisando espinas.

---

Lejos se hallaba Aldao de presumir que Benavídez, teniendo muy en cuenta sus sanguinarios instintos, pensara mañosamente en constituirlo en ejecutor responsable del infortunado Acha. Dominado por la envidia del atrevido golpe con que su colega y vecino acababa de singularizarse como el más meritorio campeón del tirano, el repulsivo teócrata mendocino sentíase hondamente mortificado. Se hallaba justamente en el campo del General Pacheco, ocupado en censurar con acritud la conducta de Benavídez, a quien acusaba de querer salvar al general Acha, cuando recibió el parte por el cual ponía aquél a su disposición al ilustre prisionero. Leyó Aldao el pliego con manifiesta nerviosidad y lo pasó luego al general Pacheco, quien, más dueño de sí mismo, disimuló sus emociones. Y el caso era como para que uno y otro se conmovieran. ¡Acha, el terrible general Acha a merced de ellos! ¡Qué magnífico sacrificio se les presentaba la ocasión de hacer en el altar de la tiranía!

El general Pacheco ha bajado ya a la tumba; y si el polvo de sus huesos es digno del respeto que tributamos a cuantos nos preceden en el misterio de la muerte, su nombre y sus hechos pertenecen al juicio de la historia. Y ésta no puede, no debe perdonarle el martirio de Acha. Siervo fanático del peor de los déspotas modernos, Pacheco tuvo en el ocaso de su vida el tino de acreditar arrepentimiento. Puso su espada al servicio de la autonomía de su suelo natal y llegó a defender los mismos principios que antes combatió con tanto furor. Pero, lo repetimos: el martirio de Acha recae sobre él, cualesquiera que fueran los subterfugios con que después se quiso extraviar el fallo histórico.

De acuerdo sin duda con Aldao, Pacheco dispuso que una

fuerte partida a la orden de un oficial de su mayor confianza, marchase en procura del prisionero y lo hiciera seguir viaje en dirección al naciente. La misma estropeada bestia que cabalgaba desde San Juan, condujo a Acha hasta el lugar de su suplicio. Marchaba el infeliz general extenuado y falto hasta de un miserable pañuelo con que enjugar su rostro cubierto de polvo y de sudor. En los últimos tres días no había probado alimento alguno. Una bala que se le disparó desde atrás, acabó con sus torturas y con su existencia. Sólo entonces lo degolló el puñal de sus asesinos.

Ocho o diez meses después, Ciriaco La Madrid era fusilado por orden de Benavidez, que lo había conservado en su poder, al parecer por piedad, a mérito de sus pocos años.

Y era precisamente por aquellos días cuando los restos del ejército del general Lavalle marchaban por entre las quebradas situadas entre Jujuy y el alto Perú, llevando consigo los huesos de su gran campeón, como los troyanos llevaban sus penates y como Moisés el Tabernáculo.

Al Sur de la República, entre tanto, desde la falta oriental de los Andes, partían a pie y descalzos, en dirección a Santos Lugares, veinte jóvenes arreados a "rebenque". En esa vía crucis de trescientas y tantas leguas, no faltaron ni las abluciones de los caribes; pues cuando alguno de aquellos infelices, transido de fatiga, se arrojaba al suelo, se le proporcionaba por alivio el caballo o mula más estropeada que se hallara entre las bestias arreadas, con la condición de que luego se lavaría los pies en la sangre caliente del primer animal vacuno que se carneara. (1)

¡Ay! entre aquel grupo de mártires iba mi amigo de la niñez: Leonardo...

Ya las altas cumbres que se elevan a la otra parte de la línea divisoria entre Bolivia y la vasta región que dejamos a nuestra espalda, no nos permitían ver los primeros rayos del sol de la patria; ya éramos peregrinos en país extraño. Las armas habían sido depuestas, y en las entrecortadas hileras con que ocupábamos la senda, el silencio de la meditación reinaba, interrumpido apenas por el tembloroso ruido de las espuelas. Las derrota que habíamos sufrido en Tucumán sobre el campo de Famaillá, no quebrantó el indomable coraje del general Lavalle para quien los contrastes eran como el viento sobre la llama. Nuestro jefe tenía ya formados nuevos planes y proyectaba operaciones de otro género. Pero otra vez la casualidad, que se atravesó siempre como implacable maldición en nuestras luchas contra Rosas, se había alzado ante nosotros, determinando la muerte del héroe que levantaba el estandarte de la libertad.

¿No es una muerte tonta, inopinada, casi sin título a ser creída, la que la historia nos refiere del poeta Esquilo? Atravesaba un campo de ámbito espacioso, cuando una águila voraz dejó caer desde las nubes, justamente sobre el cráneo del poeta, una tortuga que llevaba presa entre las garras. El general Lavalle había esgrimido su espada sirviendo a la Independencia Sud Americana en el vasto recinto de cinco repúblicas. El arma a que desde su

(1) Uno de los hermanos Escola y un joven Ramírez tuvieron que prestarse a aquella burla.

juventud se había dedicado, es la de los entreveros, y alguna vez le ocurrió rodar entre las bayonetas de un cuadro contrario, saliendo ileso del trance. Constantemente acechado por la muerte, Lavalle vivía en su elemento entre el estampido del cañón, el bote de las lanzas y el choque de los sables. Tenía nostalgia de los campamentos y de las batallas cuando unos y otras le faltaban. Pues bien: para este combatiente legendario, para este Cid de nuestros tiempos heroicos, guardaba el acaso una bala ciega disparada al viento por un campesino anónimo...

Lavalle había jurado derrocar al tirano de su patria, o morir en la demanda. Murió en ella sin ver el triunfo de su idea. Pero su idea le sobrevivió y triunfó al fin. Identificado con ella, su nombre vuela ya sobre las alas de gloria. Inspirados en su tumba, parte de sus compañeros retornaron a la lucha; y a proporción que el polvo de su fosa iba carcomiendo la tela de su sudario, la tarea de libertar a la República del Plata se iba magnificando a espaldas de los contrastes, como se magnifican las sombras de la montaña, a proporción que el sol se va hundiendo en el ocaso.

Allá dejamos, en tierra de Bolivia, sus despojos sagrados, que habíamos querido sustraer a la profanación de los bárbaros...

Chile había manifestado sus simpatías por los proscritos argentinos, con elocuentes testimonios de generosidad. No había esperado el comedimiento para hacerse sentir, la llegada de los grupos desnudos y hambrientos que, resto de las legiones vencidas en la batalla del Rodeo, descendieron al llano occidental. Hasta sus cumbres heladas, hasta los páramos mismos donde las tempestades se habían encargado de raleaer algo más las filas proscritas, avanzó una expedición protectora, encabezada por don Domingo F. Sarmiento, y en la que figuraba además el patriota don Domingo de Oro. Aquella expedición respondió a la noble idea que la inspiraba, secundada por una comisión de argentinos avecinados en la capital de Santiago. Salvadas las más apremiantes necesidades de los desterrados, el pueblo por su cuenta hizo luego el resto. Ingrato sería quien asilado por entonces en aquel país, no recordase la franca, leal y desinteresada acogida que allí se le dispensó.

Más tarde, en este mismo suelo, tuvo sepulcro el soldado de Maipo y Chacabuco. La tumba que guardó sus huesos en la tierra boliviana, pasó de tránsito a Chile, teatro de sus primeras hazañas, antes de volver a la patria.

He aquí un canto que con este último motivo escribí:

#### A SU SOMBRA:

Sombra sagrada del guerrero ilustre  
que hoy tal vez sientas remover tu lecho,  
deja que al hueco que te guarda estrecho  
llegue entre tantas mi doliente voz.  
Oye en tu paso a la postrer morada  
que el suelo patrio te abre agradecido,  
del bélico cañón al estampido  
también mis preces en tu nombre a Dios.

No vengo, ¡oh, sombra!, a relatar los hechos  
que al mundo deja tu ánima en memoria,  
ni cantos a elevar a tanta gloria  
cual la que abarca tu grandeza ya.

Vengo al Eterno de entusiasmo lleno  
a doblar mi rodilla ante tu fosa,  
y pedir para ti la silenciosa  
paz, que a los manes de los buenos da:

Vengo a inspirar mi espíritu abatido  
de esa tumba delante; porque temo  
que de la ingratitude con el extremo  
turben los hombres mi patriota fe.  
Vengo... entre el pueblo que a tu paso marcha  
mi dolor a exhalar siquiera en parte,  
y en otra huesa, sombra, a contemplarte,  
cual treinta años ha te contemplé.

Mártir caído sobre el ara excelsa  
del alma libertad, en tu calvario  
envuelta luego entre infeliz sudario,  
abrió tu gloria su primera flor;  
y la posteridad que está delante  
te halla a su juicio en su mirar severo,  
a igual altura del mayor guerrero,  
y en fama digno del lugar mayor.

Como otro tiempo la palabra santa  
que debería redimir al hombre  
con doce pobres propagóse en nombre  
del mismo Cristo que por Dios habló,  
así contigo un grupo de valientes  
zarpando un día desde la "isla libre"  
para llevar la guerra al más terrible  
tirano impío que la patria holló;

El credo santo a propagar lanzóse  
que de tu boca sin cesar oyera  
El credo de los libres que vertiera  
entre las armonías del clarín:  
el credo que a los pueblos despertando  
iba entre medio de tus armas rotas,  
de la opinión triunfando en las derrotas  
más que pudiera en la victoria al fin.

Pero la posteridad está adelante,  
y bien te juzga en su mirar severo  
a la altura gigante del guerrero  
que en la estrecha Termópilas cayó.  
Oficiosa la América te vela,  
que no ha querido siendo agradecida,  
retardarte deberes que en la vida  
contrajo el tiempo que tu auxilio vió.

Tras de tanto poder y predominio,  
pompa, grandeza y avaricia loca,  
sobrada tumba le prestó una roca  
al déspota más grande, a Napoleón.  
Para los restos del guerrero ilustre  
que de la libertad mártir cayera,  
preciso ha sido casi media esfera  
al darles tumba el mundo de Colón.

Y allá en la cumbre del Perú más alto,  
 como de Chile en la región hermosa,  
 una cruz has dejado y una fosa  
 en prenda, ¡oh, sombra!, de tu sueño allá.  
 El sarcófago patrio aquí te espera  
 junto a las ondas del soberbio Plata,  
 del cual la brisa fraganciosa y grata,  
 hasta tu huesa, perfumante irá.

Bajo los cielos que la vida hubiste,  
 en el astrago que tu cuna alzara,  
 el lecho eterno al fin se te prepara  
 que ávido el porvenir habrá de ver.  
 El canto de las vírgenes se escucha,  
 ya de los bardos se templó la lira,  
 y un pueblo entero místico se mira  
 de tu urna cineraria al pie a correr.

¡Pero silencio! La palabra humana  
 ecos no tiene donde el polvo empieza;  
 vuelve a tu sueño, sombra, entre la huesa  
 cobijada de paz y eternidad.  
 Ya la inmortalidad abrió su templo  
 y allí es tu vida donde va tu nombre;  
 cuando el futuro tu grandeza asombre,  
 ¡Bendito! te dirá la libertad.

---

Al hablar antes de la muerte del General Acha, prometí volver sobre el suceso a propósito del lugar en que él se consumó: la Posta de Cabra.

Quando el joven Correa a quien aludí ya, me hizo detener en aquel triste lugar, lo que a mi vista se destacó de inmediato fué un grueso tronco de árbol que surgía del suelo arenoso, desprovisto de toda vegetación.

—“Esto es lo que queda, señor, del árbol seco de que a usted le he hablado”—dijo nuestro guía acentuando las palabras con la satisfacción de quien atestigua con hechos sus aseveraciones. Y reanudando el relato que empazara en el camino, continuó así:

—“Lástima es que el alto palo que subía de este añejo raigón, haya sido cortado para leña por algún vecino; debió quedar como memoria de la iniquidad a que se le hizo servir. En aquella loma señalada por un montecito de chañares, fueron colgados los brazos del General Acha. Aquí fué enarbolada la cabeza. Pero lo maravilloso, como ya he dicho a usted, consiste a mi juicio, y al de todos los habitantes del lugar, en que la sangre de la cabeza aquella, haya podido fecundar de nuevo el tronco seco. Porque ha de saber usted que bajo el riego de la sangre destilada de la cabeza de Acha, este tronco muerto dió un lozano retoño...”

El aire de profunda convicción con que mi acompañante hablaba, me interesó vivamente.

¿A nombre de qué ciencia o de cuáles ejemplos afirmaba aquel joven que la sangre humana puede servir como riego prolífico sobre una vida vegetal ya extinta? Aquello no podía ser sino una leyenda. Una bella leyenda por cierto, en la que se con-

cretaba un supersticioso sentimiento popular. La sangre de Acha haciendo resucitar un árbol, venía a ser el símbolo de la protesta divina contra la injusticia humana. ¡Qué honda y conmovedora poesía envuelve esta tradición!

Sobre el yermo de una pampa enclávase por orden de un teniente del tirano, la robusta cabeza de un apóstol de los principios. El propósito es claro: se trata de befar la memoria del muerto después de haber aniquilado al enemigo; el terror debe ser la atmósfera que pese sobre aquellos contornos, y las aves de rapiña tendrán por pasto la médula y los ojos de aquella cabeza. Pero acaece que el leño que la sostiene se siente penetrado de un fluido que baja a su raíz, la conmueve, la reanima y la resucita. Los hombres, las aves y los céfiros saludan el milagro.... La sangre de Acha—¡cántalo, poesía!—no ha sido estéril. El árbol que ella hizo brotar en el desierto es un emblema. Bajo su fecundo riego debía reverdecer también en nuestra patria el árbol de la libertad...

---

Era Santos Lugares un presidio tan extravagante en su forma, como las ideas que de común bullían en la cabeza de Rosas. Quiso este sin duda consagrar con él un recuerdo a las toderías, y al lado de una construcción tosca y primitiva erigió un deforme pabellón de lona sostenido por fuerte mástil, que se maniobraba por medio de un cordaje complicado. Era allí donde se cumplían las sentencias de muerte decretadas por el dictador de Palermo; y por la noche, cuando las bulliciosas serenatas anunciaban que un nuevo triunfo había venido a ilustrar los fastos de la tiranía, era allí donde la orgía y la crápula se desencadenaban. Allí los brindis y los discursos en que se oficiaba un siniestro rito a la muerte. Allí se veía la luz preparada en vasos rojos, alumbrando el rojo traje de los "federales", el rojo tul de las cortesanas, la roja divisa de todos, el rojo tapiz del pavimento y los rojos estandartes más enrojecidos todavía con la sangre de los "salvajes unitarios". Seguían después las cuadras del cuartel o los calabozos de los presidiarios, algunas otras oficinas subalternas y las habitaciones del terrífico señor de la morada.

Los primeros resplandores del día alumbraron muchas veces las cabalgatas de alegres invitados que se retiraban de las fiestas entonando cantos federales, entre el estrépito de los cohetes y las músicas militares que, a un mismo tiempo, despedían a los visitantes y saludaban la salida del sol; mientras los cautivos salían también en hilera a iniciar sus trabajos forzados.

Santos Lugares de Rosas (así se les llamaba), no era solamente una especie de guardia avanzada hacia la campaña, sino también un campamento. Allí se alojaban los batallones que vigilaban la persona del tirano domiciliado en Palermo, al mismo tiempo que se mantenían listos para caer sobre la ciudad en caso necesario. Aquel siniestro acantonamiento estaba siendo, en el momento a que nos referimos, el lugar de suplicio de una brillante juventud caída en las garras del tirano.

En Quebracho Herrado, los tenientes del Dictador, mofándose de todas las reglas del derecho de gentes, secundaron dignamente la ferocidad bestial de su señor. La sangre de los prisioneros, que eran sus propios hermanos, se derramó con atroz deleite. El odio se había vuelto fanático, como entre los pueblos salvajes. Aborrecer implacablemente, era para los "federales" una virtud cívica tanto más honorífica cuanto más ostentada.

Se podía emplear una bala en un perro, pero un "salvaje unitario" era indigno de ese gasto y de tal distinción. Un cuchillo bien afilado no prolonga las agonías, y siendo dulce espectáculo para los federales el de las convulsiones de sus víctimas, mellaban los puñales y hasta usaban el serrucho para degollarlas.

No se respetó ni el vientre de la madre. A la misma Inquisición se le pidieron sus tormentos exterminadores para aplicarlos a los perseguidos. Camila O'Gorman, fusilada en cinta, y Eguilaz, ardiendo en alquitrán, son ejemplos que lo comprueban.

Leonardo Bello y sus demás compañeros de infortunio, no debían alcanzar mejor suerte que sus predecesores del Quebracho. En los alrededores de Santos Lugares abundaban todavía los matorrales. La mano de los prisioneros debía despejarlos. Muchos de ellos perdieron sus dedos en pugna con las zarzas. A la ejecución de aquellos trabajos asistían, como testigos, sayones escogidos que estimulaban a latigazos a los fatigados o a los enfermos. Entre éstos infelices, algunos iban descalzos y casi todos medio desnudos. Gran fortuna era que D. Antonino Reyes, "Gobernador" Comandante, (Alcalde y confidente privado del "Restaurador", encargado de Santos Lugares, se dignara permitir alguna vez que las esposas, madres y hermanas de los prisioneros, pudieran verlos y alcanzarles algún socorro.

---

Había querido la casualidad que Gervasio Espinosa, aquel muchacho alocado que fué nuestro amigo y compañero de la infancia, se contase entre los oficiales de servicio en Santos Lugares. Los afectos de la infancia son siempre perdurables y hondos. El amor, que al cabo es una pasión, se acaba o se entibia. No así la amistad, sobre todo aquélla contraída en la niñez, que se arraiga a impulso de impresiones y sentimientos desinteresados y serenos. Leonardo había querido mucho a Gervasio; y Gervasio, a pesar de la liviandad de su genio, le retribuyó con creces su afecto. Verse, pues, y reanimarse la amistad antigua, todo fué uno. Pero en aquella Inquisición artillada, si una mirada era a veces bastante para infundir sospechas y acrecentar el espionaje, dos miradas podían muy bien determinar la muerte de quienes las cambiaran. Los dos amigos hubieron de ingeniarse para ponerse en comunicación.

Desde que el general, padre de este joven, emigró al Estado Oriental, huyendo de las persecuciones del tirano Rosas, Gervasio cambió de carácter. Se había vuelto reservado y taciturno. El niño atrevido de otro tiempo, era ahora un hombre moderado y modesto. Al fuego había sucedido el hielo; a la tempestad la calma. Arrebatado a su hogar a los 17 años por orden del tirano, que quiso vengar con el ultraje al hijo el abandono del padre, fué destinado al servicio de las armas en clase de distinguido. En la época en que volvemos a encontrarlo, era ya teniente primero.

Leonardo y Espinosa se comunicaban por medio de billetes que se cambiaba entre sí, valiéndose de variados artificios. Recurrieron luego a una especie de lenguaje mímico, es decir, a señas convenidas para entenderse. Este recurso sirvió por algún tiempo. Pero hacía de "Gobernador" en Santos Lugares, como ya lo hemos dicho, el muy memorable D. Antonino Reyes; y si no era fácil escapar de su espionaje, de su cautela y perspicacia de bandido, menos lo era escapar de su digno ayudante el secreta-



rio. Era éste un extranjero de apellido Torcidas, aventurero en quien se reunían todas las depravaciones. Sanguinario y adulón, verboso y desfachatado, mostraba la actividad más incansable, y si en la combinación de alguna infamia faltaba algo, esto era sin duda porque Torcidas no había intervenido en ella. Artífice de iniquidades, nadie como él interpretaba el pensamiento y se adaptaba a los instintos de Rosas.

Cierto día en que Bello y Espinosa habían cambiado sus habituales misivas, tuvo Reyes antojo de saber cómo andaban los ánimos por la parte interior de los calabozos y, al efecto, le pidió informes al alcaide. Este declaró, entre otras cosas de poca importancia, que uno de los presos había obsequiado a Espinosa con un cigarro. Bastó esto para despertar las sospechas de Reyes, quien, de acuerdo con Torcidas, resolvió vigilar estrechamente, pero con disimulo, a los presos y al oficial. Espinosa, sin que él lo supiera, fué desde entonces seguido a todas partes por un espía. No tardaron en saber los implacables carceleros, que la madre y la hermana de Bello habían emigrado dos años antes y residían en Villa Mercedes (Estado Oriental), protegidas por un antiguo coronel de artillería de apellido Luna. Supieron también que las camisas que usaba Bello habían sido de Espinosa, y supieron, en fin, que la entrega de aquellas prendas, así como de papel, tabaco, yerba y azúcar, se las confiaba Espinosa a una sirvienta de la familia del joven Buter, compañero de infortunio de Leonardo, el cual joven se las pasaba a este último.

Aquello bastó. El alcaide fué destituido y Espinosa condenado a ejercer sobre él lo que llamaba Torcidas un escarmiento.

La batalla de Caguazú vino a producir sobre el aletargado espíritu del pueblo de Buenos Aires un efecto conmovedor. En todos los semblantes se reflejaba la esperanza. Las gentes salían a la calle, se aventuraban hasta las plazas. Una ráfaga de libertad parecía llegar desde lo lejos... Y el tirano empezaba a temblar en Palermo.

La manera de proceder de todos los tiranos es idéntica. Lo mismo oprimían y derramaban sangre Gengis Kam que Cambises, que Nerón, que Calígula y Mahomet III. Su fuerza se apoya en el terror. Lo cual no impide que lleven siempre el alma atormentada por la desconfianza y el miedo. Raro es el tirano valiente. Cuando alguno de ellos llega a serlo, suele mostrarse generoso alguna vez. Pero Rosas era un cobarde y pertenecía por consiguiente al número de los más repugnantes. Tenía siempre su reserva de víctimas para sacrificarlas sin misericordia, cuando su rabia, su capricho o su sed de sangre lo impulsaban a matar. Y en esto, como en lo demás, se parecía a sus más nefandos predecesores. Los emperadores del bajo imperio acopiaban carne humana para arrojarla viva en el circo a la voracidad de las fieras. Dionisio de Siracusa la despedazaba a lanzazos por su propia mano. Rosas guardaba hombres para darse el bestial placer de entregarlos, en circunstancias dadas, al fusilamiento y al degüello. Vió en aquel entonces que el pueblo se agitaba y temió acaso una reacción. Tal vez creyó escuchar gritos de condenación y de venganza; tal vez se creyó en peligro. Lo cierto es que la noche del día en que se supo en Buenos Aires el espléndido triunfo que el general Paz había obtenido en Caguazú sobre las armas del Dictador, éste llamó a su presencia a Reyes y ordenó una hecatombe. Y los condenados a marchar al sacrificio, fueron los jóvenes patriotas en cuyo grupo se encontraba Leonardo.

¡Qué magnífica ocasión para Torcidas, de dar una prueba más de adhesión a la "Santa causa", luciendo alguno de sus diabólicos inventos! No la malogró, por cierto, y su satánica maquinación mereció el aplauso del tirano.

—Soy de parecer que la correa salga del mismo cuero—dijo Torcidas a Reyes.—Ese mocito Espinosa, se ha mostrado amigo de los "salvajes" que van a morir. El oficial que los ha provisto de pan y vicios, debe ser el mismo encargado de ordenar la descarga que acabe con semejante polilla.

La indicación fué aceptada en el acto. ¿Cómo no había de serlo? Y se llevó a cabo la inaudita infamia, de obligar a Espinosa a ser el ejecutor de sus amigos.

Antes de que avanzara el pelotón que debía ultimarle, Leonardo se quitó la blusa que llevaba. La besó devotamente y suplicó a Espinosa que la hiciera llegar a manos de cierta dama, quien se encargaría de ponerla en manos de su madre. Una descarga cerrada abatió todo el grupo de mártires. Y dos carretas pasteras condujeron luego los cadáveres hasta la hoya común. Así se cumplieron los fatídicos sueños, que en una noche de nuestra adolescencia, me refiriera mi desgraciado amigo a orillas del río...

En cuanto a Espinosa, la tragedia en que se lo había obligado a ser verdugo lo conmovió tan hondamente, que cayó primero en la tristeza, luego en la misantropía y por último en la locura. Se creía perseguido por enemigos de éste y del otro mundo. Se figuraba que la suerte de Leonardo no tardaría en alcanzarlo también a él, y sus noches eran turbadas por la visión de fantasmas sangrientos. Y cuando estas torturas morales apagaron su razón, se convirtió en una especie de idiota, que paseó durante veintitantos años su lamentable ruina por las calles de Buenos Aires, riendo sin motivo y dialogando en alta voz con interlocutores invisibles.

(Espinosa había cumplido el supremo encargo que le hiciera Leonardo: había hecho llegar a manos de la destinataria la mísera blusa que cubrió a su amigo en los últimos días de su triste vida. Antes de enviarla a la madre de Leonardo, según la última voluntad de éste, quiso la intermediaria hacer limpiar y remendar la deteriorada prenda. Esto dió lugar a un hallazgo inesperado. Un cuerpo duro y plano estaba oculto entre el forro y el paño de la blusa. La señora lo extrajo: era un retrato en miniatura, sobre marfil, que representaba a una bella joven de diez y ocho años. Se hallaba envuelto en un papel, y en el papel estaba escrito lo siguiente:

"Mi adorada L... Cuando recibas estas letras, si Dios permite que ello suceda, yo habré dejado de existir. Juré al recibir de tus manos el retrato que te devuelvo, mantenerlo al calor de mi pecho mientras que de ti me hallara ausente. He cumplido mi promesa y voy a morir al lado de tu hermano, de quien ya ves que ni para entrar en la eternidad me he separado. Ruega por mi ánima y haz que sepa mi madre con cuánta pureza te quiso.—Leonardo".

La blusa, el billete y el retrato llegaron a poder de la madre.

¿Quién era la joven aquella, y quién el hermano de que hablaba Leonardo? Sólo entonces pude yo saberlo relacionando circunstancias y recuerdos del pasado. Ella era su novia de la infancia, por la cual sintió siempre un amor tan puro y tan alto que se asemejaba a un culto. El, era el joven aquel que se hallaba con Leonardo cuando este quebró su espada en la torre de la

catedral de San Juan. En efecto: ni un solo instante se había separado de su lado mi amigo, durante aquella larga vía crucis que los llevó a ambos al suplicio, cumpliendo sin duda algún juramento que le hiciera a su amada a la hora de partir. Sólo entonces comprendí también, a las claras, porqué Leonardo se había abstenido de seguir a La Madrid en vez de quedarse en Tucumán como yo le aconsejara. Era que no quería abandonar al hermano de su novia designado para marchar a Cuyo.

La existencia entera de Leonardo fué, pues, una inmolación: por el amor, por la amistad y por la patria...

---

Cuarenta y siete años han corrido ya desde el día en que Leonardo se ciñó la espada. Cuarenta y cuatro desde su muerte hasta el presente. Sobre la historia y sobre los nombres de nuestros héroes, dignos hijos de la generación de Mayo, el olvido va echando a gran prisa su negro manto. Y sin embargo, el recuerdo de aquella generación-tipo, que encarnó el patriotismo, el valor, la generosidad, el idealismo, y que sucumbió en el sacrificio, debería conservarse siquiera como un ejemplo para el porvenir.

De la anarquía nació nuestro tirano. Para salvar la libertad se necesitaba una acción, una protesta, un sacrificio. Trescientos jóvenes, algunos de ellos imberbes todavía, aplazaron sus esperanzas, acallaron sus amores, se arrancaron al hogar y recogiendo la ultrajada bandera de sus mayores dieron sus vidas para purificarla y redimirla. Eso hicieron "Los Mayos".

Y la patria ¿qué ha hecho por ellos? ¡Nada! Sobre los sobrevivientes de aquella singular falange, se abate ya la vejez. Y sus últimos días transcurren amargos y acongojados, bajo el peso de la ingratitud de sus conciudadanos, agravada todavía por la angustiada pobreza de sus hogares.

Para los jefes, oficiales y tropa de los ejércitos que combatieron en la guerra contra el Dictador del Paraguay, sobraron recompensas y medallas. Para los voluntarios afilados al servicio de la libertad y en resistencia del tirano, no ha habido nada! Y si algo hay... ¡sépase de una vez! es el olvido.

En el sitio en que Marco Avellaneda fuera asesinado, no existió hasta hace poco sino una cruz de leña. ¿Para qué más? El infortunado Acha no mereció ni eso siquiera. Quien transite por el campo en que fueron desparramados sus huesos, no hallará en él ni siquiera un triste signo que le diga a su piedad "Reza por un mártir".

Mas es cosa averiguada: el premio inmediato de la magnanimidad, suele ser la ingratitud o el agravio. Colón, encadenado, Sócrates envenenado, Temistocles desterrado lo atestiguan. Pero "la inmortalidad—dice Dumas—naturaliza las grandes acciones en provecho del universo"; y día vendrá en que la libertad, por la excelencia de su propio espíritu, arrancará del polvo de las tumbas el nombre de esos patriotas, agobiados ahora bajo el peso de la indiferencia y el olvido.

#### ACLARACION

*A fin de evitar malentendidos, declaramos que no fué solamente en las filas de la Legión de Mayo en las que revistaron los jóvenes distinguidos que tanto lustre dieron a los ejércitos en*

campana contra el tirano. Formados sobre la base de los primeros voluntarios, esos ejércitos fueron llenando poco a poco sus puestos más destacados con elementos selectos que se diseminaron en distintos cuerpos. La denominación de "Mayos" les corresponde, pues, no a los soldados de un regimiento único, sino a la juventud que por clase social, por su ilustración y por su idealismo, representaba en las filas no sólo fuerza material, sino también:

ἡλικία; ἡδυστοίωσι; ἡαεταμοίαι.

# **LA CHAPANAY**

---

NOVELA - TRADICION

---

**1884**

---



## P R E F A C I O

Las presentes páginas relatan los hechos más pronunciados en la vida de una mujer, cuyo natural temperamento y varoniles inclinaciones, se desarrollaron en la atmósfera libre de los campos, familiarizándose así, desde la infancia, con el espectáculo y con las fuerzas de la naturaleza.

La Chapanay fué personalmente conocida de muchos hijos distinguidos de la provincia de San Juan; y el relato oral de sus hechos se propagó por toda la República. Encarnaba esta extraordinaria mujer, un tipo especialísimo, que merece ser recordado, no solo por sus singularidades físicas, sino también porque se ha incorporado a las leyendas de la región andina; es decir, al fondo de esa poesía romancesca y popular, que refleja en cada país el alma de las multitudes. Por otra parte, su actuación se desenvolvió en un medio material y moral que la civilización ha ido transformando, y es bueno fijar las características de aquel medio, siquiera para apreciar mejor, por comparación, en el presente y en el futuro, los progresos que va alcanzando la república.

Por último, el carácter, la personalidad de la heroína, es interesante de por sí. En la primera parte de su vida no fué precisamente una ladrona, sino una sometida al bandolero con quien vivía. Cuando se emancipó de él, se entregó al bien, y hay sin duda una gran nobleza en ese gaucho-hembra que se convierte en una especie de Quijote de las travesías cuyanas, primero, por natural honradez, y luego por su afán de redimirse de culpas anteriores. Su historia, mezcla tal vez de realidad y de imaginación, está, de todos modos, referida en este libro, tal como el autor la recogió de labios de algunos que la conocieron, y de la tradición local. No se han formado de otro modo los romances y las gestas de grandes literaturas.

Ha creído el autor que no debía insistir demasiado en el empleo del lenguaje rústico al escribir esta historia, a fin de no recargarla con barbarismos idiomáticos. Hace, pues, hablar convencionalmente a sus personajes, un lenguaje que no es el suyo, intercalando aquí y allá expresiones populares, al solo objeto de agregar de vez en cuando una nota pintoresca.

P. E.





## LA CHAPANAY

A poco más de treinta y cuatro leguas de la capital de San Juan, y en dirección al S. E. de la misma, hállase situada la primera de las famosas lagunas de Guanacache, que, como se sabe, proveen a la ciudad de exquisito pescado. Sobre las movedizas arenas que circundan el cauce de la más importante de aquéllas, la llamada "El Rosario", y bajo un techo de totora y barro, nació Martina Chapanay el año de 1811.

La sencilla vida de los escasos moradores de aquellos lugares, no convenía a los instintos de la criatura ansiosa de espacio y movimiento, según más tarde lo demostraría. (Aparejar los espineles por la tarde para revisarlos a la aurora, campear los asnos y las demás bestias de servicio, y sentarse por la noche a la entrada de la cabaña a oír el canto de los sapos, bajo la claridad de la luna o las estrellas, no eran cosas que pudiesen satisfacer el espíritu inquieto y aventurero que se revelaría después en la muchacha.

Juan Chapanay, su padre, solía recordar complacido que era un indio puro. Natural del Chaco, había sido arrebatado de la tribu de los Tobas a la edad de seis años, por indígenas de otra tribu, con la que aquella se encontraba en guerra. Reducido al cautiverio, al cabo de dos años pasó al dominio de otro indígena más civilizado, que se ocupaba en recorrer las provincias, vendiendo en ellas yerbas y semillas traídas de Bolivia. Dedicado por su nuevo amo al oficio de curandero ambulante, visitó con éste gran parte de la República Argentina. Cuatro años más tarde, y cuando cumplía doce de edad, Juan aburrido de comer maíz, dormir peor y caminar sin descanso, resolvió emanciparse del todo, o enagenar solo en parte su libertad, si así le convenía. Había aprendido a estropear el castellano y contaba con que esto le facilitaría su propósito. Su amo resolvió, por aquel entonces, hacer una excursión a las provincias de Cuyo y lo llevó consigo. Allí se le presentó a Juan Chapanay la ocasión de realizar su propósito, y la aprovechó. Se encontraban en San Juan, a la entrada de Caucete, y se habían alojado en compañía de un lagunero (1), cuando el hambre que lo tenía acosado hizo que el muchacho se echara a llorar amargamente. Curioso el lagunero por saber la causa de aquel llanto, lo interrogó aprovechando un descuido de los otros indios, y supo no sólo que aquel estaba poco menos que muerto de hambre, sino también que abrigaba la firme intención de fugarse. Tuvo el lagunero compasión del infeliz, y se ofreció a llevárselo en ancas de su mula.

---

(1) Así se les llama en la provincia de San Juan a los habitantes de la región de las lagunas de Guanacache.

Así se hizo. A media noche, cuando los coyas roncaban, Juan Chapanay se alejaba con su salvador, rumbo a las Lagunas.

El hombre a quien Juan Chapanay había confiado su destino, no tenía familia. Se llamaba Aniceto y era un excelente anciano que no tardó en profesarle un afecto paternal. Como a verdadero hijo lo trató y consideró, siendo una de sus primeras preocupaciones la de hacerlo bautizar en una iglesia de Mendoza.

El muchacho supo corresponder a los beneficios que su protector le dispensaba, y ayudó eficazmente a éste en su industria de pescador. Al cabo de algunos años estaba completamente aclimatado en las Lagunas, e incorporado a la vida del lugar como si hubiera nacido en él. El anciano Aniceto, con quien había trabajado como socio en los últimos tiempos, murió, y lo dejó dueño de recursos bastantes desahogados.

Llegaba justamente Juan Chapanay a la plena juventud y a pesar de que los vecinos vivían allí como en familia, se sintió demasiado solo en su intimidad, y pensó en casarse. Sus convecinos lo habían elegido juez de paz del lugar, pues los laguneros constituían por entonces una especie de minúscula república independiente, que elegía sus propias autoridades. La justicia de la provincia sólo intervenía en los casos de crímenes o de grandes robos, por medio de un oficial de partida que inquiría el hecho y levantaba sumario, cuando lo reclamaban las circunstancias. El ruido de armas no turbó la tranquilidad de aquellos lugares; y ni cuando el caudillaje trastornó todo el país, dejaron de ser los laguneros un pacífico pueblo de pescadores y pastores, aislados del resto del mundo al borde de sus lagunas. La región de las Lagunas de Guanacache, está hoy lejos de ser lo que antes fué. Se ha convertido en un desierto en el que el fango y los tembladerales alternan con los arenales. El antiguo pueblo ha desaparecido. Los caudillejos locales concluyeron por envenenar el espíritu de aquellos hombres sencillos y primitivos, y Jerónimo Agüero, Benavidez y Guayama, los arrastraron al fin a las revueltas, perturbando su vida de paz y de trabajo. De las poblaciones de Guanacache, no queda, pues, más que el nombre, que está vinculado a algunos episodios de nuestra historia política.

Juan Chapanay comenzó a ir a la capital de San Juan con más frecuencia. No se presentaba ahora en ella solamente como vendedor de pescado, sino también como visitante que deseaba divertirse e instruirse un poco en el contacto con la ciudad. Gustaba de frecuentar los templos, y después de oír misa con recogimiento, solía quedarse en el átrio mirando salir la concurrencia. Persistía en su propósito de casarse, pero la ocasión no se le presentaba, y él se afligía de que el tiempo corría sin traerle ninguna probabilidad de encontrar la compañera que él soñaba, y que no debía ser por cierto una lagunera. ¡Ah! no! Él tenía pretensiones más altas...

---

Regresaba cierta vez a sus lagunas de vuelta de la ciudad, siguiendo un camino que se alargaba entre pedregales y montes de algarrobos, cuando le pareció oír un quejido. Detuvo su cabalgadura y prestó atención. En efecto, del próximo algarrobal salían ayes lastimeros. Se dirigió hacia él, miró por entre las ramas, y un cuadro impresionante se presentó a su vista. Suspendida por debajo de los brazos, de un grueso algarrobo, estaba

una joven como de veinte años de edad. Sus pies tocaban apenas el suelo, tenía desgarrado el traje, la cabeza doblada sobre el pecho y el rostro ensangrentado. Cerca, yacían dos cuerpos apuñalados y degollados. Percibíanse todavía, en dirección opuesta a la que traía Juan, los rastros de varios caballos, y un reguero de sangre.

Al ver cerca de sí un hombre, la mujer torturada redobló sus lamentos pidiendo socorro. Juan descendió de su montura y corrió a cortar las cuerdas que la tenían suspendida. Cuando lo hubo hecho, la muchacha cediendo a su propio peso cayó a tierra: tenía fracturada una pierna. Aumentaron sus ayes, y Juan no atinaba a aliviarla de sus dolores. ¿Qué hacer? No podía alzarla en ancas de su macho, ni podía en consecuencia transportarla a otro sitio. Mientras se le ocurría algo mejor, desensilló su cabalgadura e improvisó con su montura una cama en el suelo. Recostó en ella a la herida, y la cubrió con su poncho. Luego miró con inquietud a su alrededor como si temiera la vuelta de los asesinos.

—¡Por Dios! ¡No me abandone usted!—dijo la joven con voz desfallecida.

Juan la tranquilizó, la exhortó a tener paciencia mientras él iba en busca de auxilios; la colocó en el precario lecho de la mejor manera que le fué posible para evitar que sufriera demasiado, y diciéndole palabras de esperanza y de consuelo, saltó en pelo en su macho y se alejó al galope con rumbo a las Lagunas, de las que lo separaban unas cinco leguas. Cinco mortales horas hubo de pasar abandonada en el desierto la muchacha, torturada por sus heridas, por su soledad y por la siniestra presencia de los cadáveres decapitados. Cuando Juan, acompañado de diez laguneros armados de chuzas y trayendo una tosca angarilla, reapareció, aquella deliraba:

—¡Bárbaros!—decía.— ¡Dejadme! ¡es Carlos, es mi marido!

Juan Chapanay le lavó la herida, vendó como pudo la pierna rota, y, ayudado de sus compañeros, acomodó el maltrecho cuerpo en la angarilla.

Antes de emprender marcha a las Lagunas, Juan y sus amigos cavaron una fosa y dieron sepultura a los cadáveres. En cuanto a las cabezas de los mismos, fueron envueltas y conducidas al pueblito. Alternándose, para llevar la carga, los hombres de la comitiva llegaron a las Lagunas después de una ruda jornada.

---

San Juan era por aquellos tiempos una tenencia de la gobernación de Mendoza. Juan Chapanay quiso ocurrir al centro de las autoridades, para informarlas del crimen cometido, y dispuso, al efecto, que un vecino partiera al día siguiente a Mendoza, llevando las cabezas de las víctimas para entregarlas a la policía.

El indio, entretanto, le prodigaba a la herida solícitos cuidados. La terapéutica indígena que había visto ejercer a su antiguo amo, en sus correrías, le sirvió en aquella ocasión a maravilla para curar a la muchacha. En la herida del rostro le exprimía el jugo de cierta yerba triturada por sus propios dientes, y le aplicaba luego una especie de emplastro de grasa de higuana. En la pierna rota le aplicó también cataplasmas de yerbas misteriosas y sólidos vendajes. Ello es que la herida del rostro mejoró rápidamente; en cuanto al fémur fracturado, concluyó por soldarse al cabo de largo tiempo, en forma defectuosa.

Si las yerbas de Juan Chapanay ayudaron, o no, a esta curación, es cosa que no podríamos decir.

El acontecimiento había provocado, como se supondrá, una inmensa impresión en la localidad. Los hábitos mansos y laboriosos de aquellas gentes, se vieron perturbados con la noticia del espantoso crimen, y durante largo tiempo perduró el terror que este vino a despertar. En cuanto a la herida, ninguna explicación de lo ocurrido había dado todavía, y Juan Chapanay, su médico y enfermero, no se atrevía a interrogarla. En estas circunstancias se presentó la policía de Mendoza a practicar investigaciones. La joven tuvo, pues, que hablar ante la autoridad, entre otros motivos, para dejar en salvo la responsabilidad de su benefactor.

De las declaraciones de aquélla, así como de las conversaciones y confidencias que con Juan Chapanay tuvo después, surgió bien clara y prolija la historia de su vida. Es la que vamos a resumir a continuación:

---

La joven asilada por Juan Chapanay se llamaba Teodora. Era nativa de San Juan, contaba veinte años y, hacía diez a que quedara huérfana. Fué recogida por unas tías que le hicieron pagar cara la hospitalidad que le acordaron, tratándola con brusquedad, con desprecio y hasta con crueldad. Una prima de Teodora, que habitaba la misma casa, se complacía en humillarla y vejlarla de todos modos, enrostrándole el pan que allí se la daba, y haciéndola sentir a cada paso la inferioridad de su situación. Teodora era bella, y esto no se lo perdonaban sus parientes; en particular su perversa prima, cuya nariz exagerada y deforme era la pesadilla de toda la familia.

Cumplía Teodora sus diez y ochos años, cuando un gran acontecimiento vino a cambiar su porvenir, que tan triste se le había presentado hasta entonces. Eran aquellos los tiempos de la sencillez, la franqueza, la generosidad y la confianza. Una carta de recomendación valía entonces más que una letra de crédito. En las familias no había lujo, pero sí holgura, y como faltaban hoteles, las puertas de los hogares estaban siempre abiertas para los forasteros que trajesen una carta de recomendación. La hospitalidad practicada así, es propia de los pueblos primitivos y patriarcales. La civilización, o más propiamente, el progreso, transforma estas costumbres cordiales en relaciones ceremoniosas y egoístas, y aleja a los seres humanos entre sí, en vez de aproximarlos.

En casa de las tías de Teodora se presentó cierta mañana un joven bien parecido, de maneras cultas y bizarro continente. Venía recomendado por un hermano de aquéllas, residente en Coquimbo, y fué recibido en al casa con la debida deferencia. Quedó alojado en la mejor habitación, y Teodora recibió la orden de servirlo, con lo cual se buscaba disminuirla y rebajarla a los ojos del huésped. Las tías habían visto en el recién llegado un buen candidato a marido para la prima de Teodora, y trataban de suprimir a esta última desde el primer momento, como rival posible.

Pero el plan dió resultados opuestos. El semblante y las maneras de Teodora denotaban nobleza de sentimientos y natural distinción, cosas que no pasaron desapercibidas para el viajero, que se prendió de la muchacha. No comprendió la prima lo que ocurría, y siguió alimentando ilusiones de conquista para con el

huésped. Sin embargo, las cosas se aclararon bien pronto. Colocaba Teodora una mañana flores en el cuarto de aquel, — cuyo nombre era Carlos Tarragona,—cuando fué interrogada en tono a la vez tierno y deferente:

—¿Sufre Ud. Teodora? la dijo Carlos observando que tenía los ojos húmedos.

—¡Oh! sí señor... , respondió Teodora abandonándose a la confianza que Tarragona le inspiraba.

—¿Y no podría remediar yo sus penas, siquiera en parte?

—¿Usted?

—Sí Teodora, yo. Y ya que Ud. ha sido franca conmigo, quiero serlo yo también con Vd. Hace tiempo a que observo y comprendo sus padecimientos y sus humillaciones. Yo estoy en mejor situación que otro cualquiera para darme cuenta de ellos, pues también yo sé lo que es ser huérfano, siéndolo yo mismo desde la infancia. Su desamparo de Ud., su belleza, su bondad, hasta sus propios sufrimientos, me han ido inclinando a Ud. día a día. ¿Y sabe Ud. lo que he pensado más de una vez?... Que si Ud. lo quisiera, podría ser mi esposa...

Ante aquella declaración inesperada y deslumbrante, Teodora quedó atónita. No sabía que contestar. Por último tartamudeó:

—¿Yo esposa de Ud?... Supongo que no quiere burlarse de mí...

—No, Teodora. Eso sería una acción indigna. Hablo en serio y le repito mi proposición: ¿Quiere Ud. ser mi esposa?

Teodora no contestó sino llorando y reclinando su cabeza en el pecho de Carlos.

Justamente en aquel instante una de las tías hizo irrupción en el cuarto, y se encontró ante tan expresivo cuadro.

Tarragona sin inmutarse, la dijo:

—Señora, lo que acaba Ud. de ver me ahorra mayores explicaciones. Esta señorita y yo pensamos en casarnos...

La decepción y la cólera se pintaron en el rostro de la tía.

—¿Casarse Ud. con Teodora? ¿Y se contenta Ud. con eso?

—¡Oh! señora... "eso" es para mí la personificación de la dulzura, de la belleza y del sacrificio...

Pareció que a la vieja señora le iba a dar un síncope de rabia. Dió media vuelta y se fué a poner al corriente de lo que ocurría al resto de la familia.

No hay para que describir el despecho que de la otra tía y de la prima se apoderó, cuando conocieron la noticia. Quisieron poner a Teodora en la calle inmediatamente, y a duras penas pudo conseguir Tarragona, que le acordaran tres días de plazo para encontrar domicilio. Sin pérdida de tiempo se dirigió a la Curia, y gracias a la buena voluntad de un sacerdote, a quien le expuso con franqueza y claridad el caso, pudo contraer enlace con Teodora y encontrar alojamiento para ambos, dentro de los tres días que las furiosas tías le habían concedido. Poco tiempo después, los recién casados se ausentaban con rumbo a Buenos Aires, de donde Carlos era nativo, y donde debía entrar en posesión de una herencia. Regresaban a San Juan, después de dos años de permanencia en aquella ciudad, cuando acaeció la aterradora tragedia en cuyo epílogo le había tocado intervenir a Juan Chapamay, como salvador de Teodora.

Los ladrones de caminos ejercían su siniestra industria casi impunemente por aquellos tiempos. Las grandes distancias que separaban entre sí a los centros poblados, lo primitivo de los me-

dios de transporte, limitados a la cabalgadura y a la galera, lo desierto de los campos que para trasladarse de pueblo a pueblo y de ciudad a ciudad, era necesario atravesar, todo eso facilitaba el salteo y el robo en descampado. Las policías bastaban apenas para mantener el orden en los departamentos urbanos, y los salteadores podían operar en completa libertad, refugiándose luego, como en seguras guaridas, en los vericuetos de las serranías, o en los montes de algarrobos, y chañares que crecen en las desoladas travesías. Cuando las poblaciones estaban en extremo aterrorizadas por el sangriento vandalismo de los ladrones, solían las autoridades organizar expediciones para ir a perseguirlos. Y cuando caían aquéllos en manos de ésta, se procedía en forma sumaria e implacable a ejecutarlos. El terror solo podía combatirse con el terror.

Una de las bandas de ladrones que infestaban la región, había atacado a Carlos Tarragona y a su mujer, cuando hacían a caballo la última etapa de su viaje, de Mendoza a San Juan, acompañados por un peón. Asaltados de improviso, los dos hombres se defendieron como pudieron, y Carlos consiguió traspasar a uno de los atacantes, pero su defensa fué dominada por el número, y sólo sirvió para exasperar la saña de aquellos, que degollaron a sus víctimas después de acribillarlas a puñaladas. Teodora había querido intervenir en el combate, y había recurrido, a falta de otra arma, a una caldera de agua que hervía en el fuego, cuando vió que su esposo se quedaba desarmado, después de haber descargado su pistola; mas también ella recibió una cuchillada en la cara, y fué luego colgada de un árbol en la forma en que Chapanay la encontró. Los ladrones pudieron, pues, huir tranquilamente, después de consumir su crimen bárbaro, llevándose su herido, y los veinte mil pesos que constituían la herencia que Carlos había ido a buscar a Buenos Aires.

---

La anterior historia debía provocar y provocó, según antes se dijo, comentarios y exageraciones de todo género. La imaginación del pueblo es fecunda y bien pronto se crearon mil versiones aumentadas, deformada y hasta fantásticas, en torno a la vida y a la sangrienta aventura que había hecho ir a parar a Teodora a las Lagunas.

No había imprenta en estas provincias por aquellos días, y a falta de diarios, se ponían en canciones los sucesos cotidianos, recogidos en el mostrador de las pulperías, para cantarlas por la noche dando "esquinazos" al pie de las rejas. Esto fué lo que ocurrió en el caso de Teodora, del cual se formaron numerosas leyendas. La justicia no dió con los asesinos, como de costumbre. Las cabezas de las víctimas fueron a parar al campo santo, y Teodora se quedó a morar, hasta su muerte, sobre las arenas de las Lagunas.

Juan Chapanay seguía cuidando a Teodora con solicitud, y cuando estuvo repuesta, se ofreció para acompañarla a San Juan si ella lo deseaba. Pero aquella rehusó el ofrecimiento, con gran contento del indio que le había cobrado hondo cariño. La herida del rostro se había cicatrizado, y la rotura de la pierna concluyó por soldarse, pero dejándola coja. En tales condiciones, la idea de presentarse en San Juan debía serle ingrata a la pobre mujer, que se decidió a concluir su existencia en aquel hospitalario rincón.

Para serle agradable a Teodora, Juan Chapany levantó con sus propias manos, ayudado por otro lagunero, dos cuartos decentes rodeados de corredores, que luego se fueron ampliando con otras construcciones, y quedaron convertidos al fin, en una vivienda cómoda y bien tenida. El mismo indio había empezado a preocuparse de aliñar su persona. En cuanto a la viuda, que cuando fué conducida a las Lagunas contaba apenas con su ensangrentado traje, disponía ahora de un buen equipo. Quiso tener algunos libros de devoción, una Virgen de Mercedes y algunos textos y cartillas de enseñanza primaria. Todo se lo facilitó el buen Chapanay, que gastaba en esto, gustoso, las economías de su vida entera.

¿Qué le faltaba a Juan para ser completamente dichoso? ¡Ah! él lo sabía... Había llegado a ser la autoridad del rinconcito del mundo en que moraba; tenía una habitación que parecía un palacio entre las cabañas del vecindario; se le consideraba y se quería. Sólo le hacía falta esposa, y su más bello ensueño consistía que Teodora llegara a serlo.

Su ensueño se realizó. Conmovida por la ternura y la adhesión del indio, la viuda lo aceptó como marido. Esto pasaba en 1810, justamente cuando el país entero retemblaba a impulsos de la Revolución desencadenada. Un año después, y bajo las auspiciosas auras de la libertad, venía al mundo Martina Chapanay.

Al mismo tiempo que criaba a su hija, Teodora se dedicó a enseñar la doctrina cristiana y las primeras letras a los niños del lugar. Los corredores de la casita levantada por Juan, se convirtieron en escuela, con lo cual aumentó la consideración, el respeto y la gratitud que todo el vecindario le profesaba a los esposos Chapanay. Pero, por desgracia, no pudo Teodora ejercer largo tiempo su noble y generosa misión de poner la cartilla y la cruz en manos de los niños de las Lagunas. En 1814 murió, dejando a su hija en edad demasiado tierna, a Juan Chapanay desesperado y a la población entera entristecida.

---

Cuando Chapanay hubo trasladado a San Juan, y enterrado lo mejor que pudo los restos de su esposa, quiso reanudar con ahinco su antiguo trabajo, pero la pena que la pérdida de su compañera le había causado, era tan honda, que un desequilibrio se manifestó desde entonces en él. Se volvió reconcentrado y taciturno. No tenía ya, aquella alegría ni aquella movilidad que parecían ser antes los resortes de su carácter, y era evidente que en su vida faltaba ahora el contrapeso que habían traído a ella el buen sentido y la nobleza de Teodora. El pobre indio vagaba melancólico alrededor de su casita, durante las horas que le dejaba libre el trabajo, y era fama que hacía frecuentes visitas al árbol de la travesía en que encontró un día a la que luego había de ser su mujer.

Entretanto su hija Martina crecía casi abandonada, sin dirección ni consejos, en la vida semisalvaje de las Lagunas. A tan corta edad, denotaba ya un carácter rebelde y varonil. Sus juegos predilectos eran los violentos, y tenía a raya a todos los muchachos del pueblo, a fuerza de distribuirles pescozones y pedradas. Se trepaba sobre los burros sueltos y los extenuaba a talonazos, haciéndolos galopar sobre los arenales; pialaba terneros y perseguía a cuanto animal encontraba en su camino. Se había tallado una especie de facón de palo, y con el se complacía en "canchar"

con muchachos de mayor edad que ella, a quienes más de una vez les dejó la cabeza llena de chichones a fuerza de planazos. No fué por cierto la menor de las aficiones que por entonces empezó a demostrar, la que la llevaba a sumergirse en el agua. Pasaba largas horas bañándose en las lagunas, y aprendió a nadar con la soltura y la resistencia de un pescado. Más tarde perfeccionaria esta habilidad, que llegó a ser verdaderamente sorprendente en ella, y que le permitió más de una vez ser útil a sus semejantes durante su accidentada vida.

Sus correrías y travesuras tenían alarmada a la población lagunera, que se quejó al padre de las diabluras de la hija. Un día vinieron a decirle a Juan, que Martina le había roto una pata a la potranca de un vecino. Este hecho le trajo contrariedades y disgustos, y lo decidió a salir de su apatía y a preocuparse seriamente de contener los instintos rudos de la muchacha.

Cierta señora de San Juan, Doña Clara Sánchez, le había hablado repetidas veces, cuando él bajaba a la ciudad a colocar su pescado, de sus deseos de tener en su casa una chica pobre, del campo, a quien ella educaría en cambio de los servicios que esta pudiera prestarle. Juan reflexionó que esta colocación podía convenirle a Martina, pues la substraería del ambiente selvático de las Lagunas, moderaría sus inclinaciones al vagabundeo por los campos, y además le daría ocasión de instruirse en algo. Habló con la señora Sánchez, y le propuso traerle a su hija.

Quedó cerrado el trato, y Martina Chapanay dejó sus campos natales para venir a instalarse en la ciudad.

Mucho le costó adaptarse a la existencia encerrada y metódica de la casa de la señora Sánchez, acostumbrada como estaba a no reconocer voluntad ni límite que la contuviese, y puede decirse que nunca llegó a identificarse con su nueva vida. Pero se sometió a ella como se someten los pájaros a la jaula: esperando siempre una ocasión de poder tender las alas en pleno espacio.

Al principio, su padre vino a visitarla con frecuencia, pero de pronto dejó de venir. Pasaron cinco años, y Juan Chapanay no daba señales de vida. Martina les pidió informes de él a otros laguneros que bajaban semanalmente a la ciudad, y estos le contestaron que nada sabían. El indio había desaparecido sin dejar indicio ninguno del rumbo que hubiera podido tomar. Se hicieron al respecto las suposiciones más diversas, hasta que por último se aceptó la versión de que debía haber muerto envenenado por cierta yerba que le gustaba masticar, y de la cual abusaba en los últimos tiempos.

Allá por el año 40, se encontraron en la travesía, al pie del algarrobo en que Teodora fué martirizada y suspendida por los salteadores, restos humanos. Eran, seguramente, los de Juan Chapanay. El indio había ido a buscar la muerte en el mismo sitio en que un día encontró la felicidad.

---

Cuando Martina Chapanay se convenció que su padre no volvería nunca más, y de que ella había quedado sola en el mundo, no pensó sino en recobrar su libertad. En casa de la señora Sánchez había aprendido poca cosa, y era tratada con creciente rigor. Se la encargaba de barrer la casa, llevar la alfombra de su señora cuando esta iba a la iglesia, zurcir ropa y ordeñar las vacas. Al toque de ánimas debía ir a rezar a los pies de su señora. De todas estas ocupaciones, la única que a ella le interesaba era



ordeñar las vacas, pues le traía a la memoria la vida del campo, le permitía pisar el pasto del potrero y oír los relinchos de los caballos, que le despertaban punzantes nostalgias de viajes e aventuras a campo abierto. Se decía que ella no podría ya ser nada en la ciudad, ni siquiera maestra de niños como lo fué su madre, pues no se le había enseñado a leer, y, en tales condiciones, era mejor volverse a las Lagunas. Este deseo trabajaba constantemente su imaginación.

De la finca que la señora Sánchez poseía en uno de los departamentos, bajaban con frecuencia a la ciudad peones rurales, en servicio de aquella. Había entre dichos peones, uno que le interesó a Martina, porque tenía fama de cantor y de guapo. Se llamaba Cruz, y por sobrenombre lo apellidaban Cuero. Era alto y flaco, pero musculoso y dueño de robustos puños. Picado de viruela, lampiño y con tipo de indio, había en él un aire de audacia y de ferocidad disimulada que causaba inquietud. Sus antecedentes eran pésimos, como que tenía en su haber seis entradas a la cárcel por robos. La señora Sánchez conocía sus hazañas, y si lo guardaba a su servicio, era porque no habiéndole robado a ella nada, lo utilizaba como espantajo para los otros ladrones de la campaña, que le temían y obedecían.

Las "tonadas" que cantaba en la guitarra, y su prestigio de varón fuerte, tenían muy impresionada a Martina, que escuchaba con gusto sus requiebros, y se veía de vez en cuando a solas con él.

Un hecho criminal de Cuero, trajo como consecuencia su fuga, acompañado de aquella, en las siguientes circunstancias:

En una discusión con otro peón, Cuero le dió una puñalada y tuvo que ponerse a salvo de la autoridad que se echó a buscarlo. Escondido en paraje seguro, envió a Martina un mensaje invitándola a escaparse con él, que iba—le decía— a refugiarse en los campos, en donde ambos podrían vivir a su antojo, libres y contentos. Ya se ha dicho, que de tiempo atrás, la muchacha no pensaba sino en esto. Además, estaba enamorada de Cuero, y por consiguiente aceptó su proposición sin vacilar.

A las doce de la noche, y siguiendo indicaciones transmitidas por Martina, Cruz Cuero llegó a las tapias que circundaban la huerta de la señora Sánchez. Aquella lo esperaba, trayendo consigo un atado con su ropa y otros efectos. Un poco por travesura, y otro poco por precaución, había cerrado con llave todas las puertas de la casa, y se llevaba las llaves.

Ella era la primera que se levantaba y despertaba a los demás. Como nadie lo haría al día siguiente, la familia se despertaría más tarde que de costumbre y los prófugos tendrían más tiempo para distanciarse.

Cuero se arrimó a las tapias, y Martina trepó sobre ellas, para dejarse caer sobre el caballo que aquél traía de tiro, y ya ensillado.

—¿Vamos?

—¡Vamos!

La noche no era de luna, pero estaba clara. Todo San Juan dormía, y la pareja pudo alejarse tranquilamente hacia las afueras.

Al vadear el río, Cuero que se había adelantado un tanto a Martina abriendo la marcha, oyó detrás de sí un ruido metálico. Se volvió alarmado y preguntó:

—¿Qué es eso?

—No te alarmes. Son las llaves que tiro al agua.

—¿Qué llaves?

—Las de las puertas de la casa de la patrona. Todo el mundo queda encerrado allá.

Cuero se rió a carcajadas de la ocurrencia de su cómplice.

El campo de los Papagayos era el sitio que el prófugo había elegido para cuartel de operaciones. Quería estar suficientemente lejos de la ciudad, como para poder moverse sin temor, durante las correrías que proyectaba, y teniendo siempre a la mano abrigos seguros en que refugiarse en caso de persecución.

—Esta vez—decía—voy a negociar en grande. Nada de merodeos ni raterías. Hay que contentar a los muchachos y para esto es necesario cazar gordo...

“Los muchachos”, eran los que componían la gavilla de salteadores que tenía apalabrados de tiempo atrás, y a cuyo frente se proponía entrar inmediatamente en campaña, atacando caminantes y desvalijando arrieros.

La naturaleza honrada de Martina Chapanay, se rebelaba contra la idea del robo y del asalto. El recuerdo de lo que sabía de su madre, recta, misericordiosa y buena, levino más de una vez a la memoria, y sintió remordimientos y vergüenza de la abyección en que la hija iba a acer. Pero había dado ya el primer paso y las circunstancias la arrastraron. Además, seguía queriendo a Cruz Cuero, cuya brutalidad ejercía sobre ella una extraña fascinación.

Dos meses necesitó el foragido para organizar su banda y planear sus “negocios” en grande. Durante este tiempo, se había asomado a algunos departamentos y dado algunos golpes de menor cuantía, levantando animales y prendas distintas para ir aviándose. Martina estaba ahora vestida y armada como un hombre. Se había ensayado largamente en el manejo de las armas, particularmente en la daga, que llegó a esgrimir con una agilidad y una destreza superiores a la del mismo Cuero, y aprendió sin mayores esfuerzos todas las otras actividades campestres del gaucho, como que su tendencia hombruna la inclinó siempre a ellas.

Este rudo aprendizaje inicial, la dejó apta para la existencia que había de llevar después; en adelante no hizo sino perfeccionar su educación de marimacho.

Uno de los espías que Cruz Cuero tenía destacados en parajes estratégicos, se presentó un día en el campamento anunciándole la aproximación de una buena presa.

Se trataba de un joven que venía en dirección a San Juan, conduciendo una carga de importancia, en la que se hallaban incluídas, joyas de alto precio. Dos peones lo acompañaban. Según la marcha que traían los viajeros, era posible salirles al encuentro a la altura de Monte Grande.

El asalto quedó resuelto inmediatamente, y toda la banda, incluso la Chapanay, se puso en marcha para sorprender la caravana.

Dos días después, la gavilla se internaba en la espesura de Monte Grande cuando se ponía el sol. Hacia el naciente, una negra masa de nubes anunciaba tormenta. Y en efecto, la noche se hizo pronto oscura y tempestuosa, y la lluvia empezó a caer a cántaros.

Los salteadores echaron pie a tierra, y bajo la dirección de su jefe tomaron posiciones bajo el follaje de los árboles, que bien

pronto les fué inútil para guarecerse, pues el agua arreciaba entre truenos que repercutían en el amplio espacio, y relámpagos que alumbraban con claridades siniestras la montuosa soledad.

De pronto se oyó un silbido entre la tormenta.

—¡A ver ustedes tres!—ordenó Cruz Cuero—¡Chavo, Tartamudo. Jetudo! Adelántense con cuidado y vayan a darle una manito a los otros! ¡Cuidado con errar el golpe!

Los designados por estos pintorescos sobrenombres, montaron a caballo y avanzaron en la dirección que indicaba el silbido de los vichadores de la banda, dirigiendo con cautela sus cabalgaduras bajo el aguacero furioso.

Habría pasado un cuarto de hora, cuando se oyeron voces y risas en el camino próximo, mezcladas con el ruido de las pisadas de animales que se acercaban. Resonó otro silbido que Cuero se apresuró a contestar, y dos de los bandidos destacados antes, reaparecieron.

—¿Y? ¿Qué tal?—preguntó el capitán imperiosamente.

—¡Muy bien!—contestó uno de ellos. Ahí traemos al gringo con la carga. La cosa resultó fácil, porque los peones que estaban con él, dispararon como gamos en cuanto nos sintieron. El gringo quiso resistirse y echó mano a una de las pistolas que llevaba en la cintura, pero mientras yo le amagaba puñaladas, el Tartamudo, de atrás, lo azonó de un golpe en la cabeza y le quitó el arma. Los otros compañeros ni siquiera tuvieron que entrar en juego...

—¿Entonces todos ustedes salieron bien?

—¡Toditos! Ahí no más vienen los demás con el gringo...

Lleno de satisfacción, Cuero le dió unas palmadas en la espalda a su secuaz, y canturreó:

En vano es que de mis uñas  
te pretendas escapar,  
porque de día o de noche  
si te busco te he de hallar.

—¡Qué bien nos vendría ahora una media docena de chifles de aguardiente!—dijo uno de los bandidos contagiado por la alegría del capitán.

—¡Y de ande, pues!—contestó éste.

—¿De ande? ¡De aquí, pues!—repuso el Jetudo alargando una botella en la oscuridad.

—¿Qué es eso?

—¡Coñaque!, mi comendante, coñaque! Cuando nosotros llegamos, el gringo, que estaba con los peones bajo una carpa, se ocupaba en llenar esta botella sacando licor de un barrilito que traía en la carga. ¡Y, claro! Yo no me olvidé de la botella en cuanto lo amarramos.

—¡A ver!

Después de empinar la botella, Cruz Cuero la pasó a su vecino:

—Tomá y pásasela a los otros. ¡Y no sean bárbaros, no se la vayan a chupar de una sentada!

La recomendación fué inútil; el cuarto bandido recibió la botella vacía, y se quejó amargamente de su suerte.

—¡Pucha que son grozeros!—exclamó Cuero, indignado.—¡Se encharcan de coñaque sin acordarse de que sus compañeros también tienen guarguero! ¡A que les doy unos rebencazos por sinvergüenzas!

—No se enoje comendante,—se apresuró a contestar el Jेतudo,—el barrilito también viene, y alcanzará para que todos se mojen el gañote...

Se oyó en el camino rumor de pisadas de caballos que se acercaban, y otra vez, de uno y otro lado, resonaron los silbidos que les servían a los salteadores para entenderse a la distancia. Había cesado a lluvia y los pelotones de nubes que corrían en lo alto, empujados por el viento, dejaban brillar sobre el campo, a intervalos, una luna límpida. Guiados por el silbido de Cuero, la escolta y el prisionero se acercaron. La carga robada venía con ellos. El asaltado era un joven de unos veinte y dos años, blanco, rubio, de ojos azules, cuya fisonomía fina y noble, contrastaba con los rostros selváticos y patibularios de los asaltantes.

Nunca había visto Martina Chapanay una cara de hombre tan hermosa, como la del extrajnero que tenía delante. Más hermosa le pareció aún, por su palidez, que la luz de la luna hacía resaltar, y se sintió a un mismo tiempo llena de admiración y de lástima por el desgraciado cautivo. Pensó en la triste suerte del muchacho condenado a ser la víctima de aquellos bárbaros; comparó la gracia varonil de sus facciones con la áspera y repulsiva fealdad de sus cómplices, y bruscamente sintió por éstos horror y repugnancia. Desde aquel momento no tuvo ojos sino para mirar al extranjero, disimulando sus emociones, cada vez que la luna iluminaba el campo.

—¡A ver! ¡Atenme este gringo a cualquier árbol y acerquen el barrilito de coñaque!—ordenó Cuero.

El joven murmuró algunas súplicas que nadie tomó en cuenta. Los bandidos se ocupaban de hacer el inventario del botín, en desensillar los caballos, y en improvisar sobre la tierra mojada un campamento para pasar la noche. La orden de Cuero se cumplió: el muchacho quedó amarrado a un chañar, y el barril fué colocado en medio de la rueda.

Echados de barriga sobre ramas y yuyos que habían traído para preservarse un poco de la humedad del suelo, se entregaron los bandidos a las libaciones alrededor del barril, en medio de brindis y dicharachos. El prisionero, transido de frío, empapado de lluvia y con los miembros atormentados por las ligaduras, miraba con indecible angustia el cuadro, y oía los comentarios triunfantes de sus victimarios.

Por mirarlo a él, Martina Chapanay no bebía ni tomaba parte en la algazara. Un momento hubo en que la mirada del extranjero se fijó en la suya con una expresión tal de congoja y de súplica, que la conmovió hasta las lágrimas. Decididamente, el fondo generoso y sano que aquella mujer había heredado de su madre, se mantenía latente, a pesar de la crápula y el delito en que estaba viviendo.

Al fin, Cuero notó la distracción de su compañera, y empezó a observarla con desconfianza y cólera. Llenó un jarro de coñac y se lo alcanzó, pero Martina se lo devolvió después de probarlo distraidamente.

—¡Bebélo todo—ordenó aquél.

—¿Todo? Es mucho... Pero me lo tomaré por hacerte el gusto. En cambio te voy a pedir una cosa—le dijo suavemente y en voz baja, tratando de seducirlo.

—¿Qué cosa?

—Que le salven la vida a ese pobre gringuito.

—¡Ah, hija de una!—gritó Cuero poniéndose en pie con

dificultad, a causa de la embriaguez que empezaba a dominarlo. ¡Ya decía yo que ese gringo te estaba gustando! ¿Conque te interesa que se salve! ¿no? ¡Ahora vas a ver!

Con una mano le presentó el trabuco que tenía cerca de sí, y con la otra empuñó el rebenque.

—¡Ahora mismo me lo vas a balear al gringo! ¡Ahora mismo!

El joven hizo oír su voz suplicante:

—Capitán, ¡téngame usted lástima!... Todo lo que yo tenía es suyo... Tengo una madre que me espera y soy su único sostén... ¡Déjeme la vida!...

Pero Cuero borracho de alcohol y de rabia, se exasperó más todavía al oír estas suplicaciones.

—¡Tírale ahora mismo!—gritó cada vez más furioso—¡Ahora mismo!

Arrebató la Chapany el trabuco que el bandido le metía por los ojos, y lo disparó al aire.

Frenético el fascineroso le descargó el cabo de fierro de su rebenque sobre la cabeza. Martina, rodó por el suelo, y Cuero cruzó entonces de azotes su cuerpo exámine.

Los gauchos que presenciaban este espectáculo, embrutecidos por el alcohol y la sumisión al capitán, no se movieron.

El sol del nuevo día alumbró un cuadro horroroso. El cuerpo del joven extranjero seguía atado al chañar, pero su cabeza había sido destrozada por un trabucazo disparado a boca de jarro. Martina Chapany seguía desmayada, y los bandidos deseminados por entre los yuyos, dormían en actitudes bestiales.

Algunos cuidados hicieron volver en sí a la mujer, cuando sus compañeros se hubieron despertado. Se incorporó con dificultad, machucada por los golpes que recibiera la noche anterior, y un movimiento de horror la sacudió, cuando vió que el infame Cuero había perpetrado por su propia mano el nefando asesinato.

—¡Cobarde!—le dijo encarándose con él.—Si anoche me hubieras dado tiempo siquiera para sacar el facón, no serías tú el que se riera ahora de tu crimen...

Cuero no contestó. Sabía de lo que era capaz Martina, y magullada y todo como estaba, no quiso irritarla más.

En cuanto a ella, en el fondo de su corazón, juró vengarse del miserable que la había arrastrado a la abyección en que se encontraba, y de la que tan difícil le era salir ahora. Hubiera querido separarse de él, fugarse, pero ¿a dónde ir? La policía le echaría la mano encima como cómplice de los salteadores, si se presentaba de nuevo en el poblado. Resolvió aguantar todavía algún tiempo a su lado, disimulando el odio que ahora sentía por el que antes amó, y aguardando una ocasión de tomar venganza.

Era el año 1830, y gobernaba la provincia de San Juan el coronel don Gregorio Quiroga. La capital era todavía un ciudad rudimentaria y casi aislada en los desiertos circunvecinos. Los departamentos eran caseríos dispersos, y Caucete, por ejemplo, era en su mayor parte un campo inculto, sombreado por espesos montes de algarrobos y chañares, alternados a veces de praderas

espontáneas que el río fecundaba. En Caucete y en la sierra del Pie de Palo, era donde se invernaba gran parte de las haciendas de la provincia. Hacia aquel punto se dirigió Cruz Cuero con su gavilla.

Varios meses habían transcurrido desde la noche del asalto antes referido, y Martina se aferraba cada vez más a su propósito de abandonar a los ladrones y cambiar de vida. Su desprecio y su rencor hacia Cuero habían ido aumentando, y mientras esperaba la ocasión de dejarlo para siempre, trataba de evitar, en la mayor medida posible, su participación en los robos que la cuadrilla seguía cometiendo.

Estos robos se habían multiplicado de tal modo, que la campaña estaba aterrorizada, y las quejas y pedidos de protección a la autoridad eran cada vez más alarmados y frecuentes. Se mandaron comisiones a perseguir a los bandidos, pero con resultados siempre negativos, pues aquellas no los encontraban o evitaban encontrarlos, temiendo el choque. Picado en su amor propio el gobernador Quiroga, y comprendiendo que era al fin indispensable acabar con aquella calamidad, resolvió ponerse en persona al frente de una severa expedición contra los salteadores.

Movilizó treinta hombres, los dividió en dos partidas, y se lanzó a explorar los parajes que mejor refugio pudiera ofrecerles a los perseguidos, y que, según noticias, éstos preferían por sus recursos y accidentes geográficos. Al cabo de un mes de recorrer la provincia, batiendo serranías y matorrales, pudo el coronel Quiroga sorprender a Cuero y a su banda, como a unas catorce leguas de la ciudad, entre el Camperito y el Corral de Piedra. Pero bien guarecido el astuto bandido en una hondonada propicia, escapó con otros hombres de la gavilla, gracias a la oscuridad de la noche, dejando en el terreno algunos muertos. Junto con cierto muchacho incorporado a la banda, se entregó a los soldados, desde el primer momento, uno de los ladrones. Llevado a presencia del coronel Quiroga, resultó que se trataba de una mujer.

Era la Chapanay, que, en compañía del muchacho citado, y de otro de sus cómplices apresado por el sargento, quedaron a buen recaudo.

A la mañana siguiente, después de enterrados los cadáveres, ordenó el gobernador se trajera a los presos a su presencia. Martina se presentó ante él, sin altanería pero con soltura.

—Antes de arreglarte las cuentas—le dijo aquél,—necesito que me indiques cuáles son las guaridas de tus compañeros, y el lugar en que acumulan el producto de los robos.

—Estoy dispuesta a servir a usted en lo que guste, señor gobernador, y la prueba es que yo misma me he entregado sin resistirme y sin intentar huir.

—Así me lo dicho el sargento. ¿Y qué miras tenías al hacer eso?

—Salir de la vida que llevaba, señor, y a la cual había sido arrastrada.

El gobernador le dirigió una mirada escrutadora, y continuó su interrogatorio:

—¿Quieres decir, entonces, que estás arrepentida?

—Sí, señor; de todo corazón.

—¿Y cómo es que recién ahora, después de haber cometido tanta fechoría con esos bandidos, te vienes a arrepentir? ¿Cómo no sentistes ningún escrúpulo para escaparte con Cuero?

—Era una muchaca aturdida, señor. Estaba enamorada de Cuero que tenía sobre mí un completo dominio, y me engañó haciéndome creer que nos casaríamos y nos iríamos a trabajar en las Lagunas en donde yo nací.

—¿Y por qué no te has separado antes de la banda?

—Me vigilaban, señor, y además no tenía adónde ir. He aprovechado la primera ocasión que se me ha presentado para hacerlo.

El coronel Quiroga volvió a quedar en silencio un instante, observando a Martina. Sus palabras le parecían sinceras.

—Está bien—continuó—ya hablaremos de todo eso; por lo pronto es necesario que me descubras los escondites de los fugitivos y el lugar en que depositan lo robado. Además, tienes que ayudarme a dar con ellos.

—Repito que así lo haré, señor.

Y después de haberle pedido que mandara retirar a los otros presos para hablar con él a solas, Martina Chapanay le expuso su plan al gobernador.

Hízole saber que el hombre y el muchacho aprisionados con ella, la noche anterior, eran padre e hijo; que el padre era el baqueano de la gavilla, y en consecuencia, conocía todos sus abrigos y guaridas; que Cuero guardaba al hijo como rehén, cada vez que mandaba al padre a vender en otras provincias prendas robadas, a fin de que éste, que idolatraba a su hijo, regresara con el producto. Le hizo notar que la autoridad podía emplear igual procedimiento para obligar al baqueano a guiarse en sus persecuciones. Por último se ofreció a servir ella misma como cebo para atraer a Cruz Cuero a alguna celada, una vez que se descubriese su paradero.

—Tu plan es bueno—la dijo el gobernador;—y me hace caer en la tentación de creer que hablas de buena fe.

—¡Ah! señor de muy buena fe... ¡Lo juro por las cenizas de mi madre! Hay, además, otra cosa que Vuesencia ignora. Yo odio a Cuero, y creo que tengo el deber de librar al mundo de un bandido semejante.

Y le refirió lo que éste había hecho con el joven extranjero asaltado, la noche que tan ferozmente la azotó a ella misma, inerte y aturdida.

Convencióse el coronel Quiroga de la sinceridad de Martina y se ajustó en un todo a sus indicaciones. Ella y el muchacho fueron enviados a San Juan y alojados en el cuartel de policía en calidad de detenidos. Se llamó al baqueano y se le hizo saber que él y su hijo salvarían la vida, si guiaban a la autoridad hasta el sitito en que se hallaban escondidos los objetos que la banda venía robando desde hacía tiempo. El hombre aceptó sin vacilar y diez horas después, conducidos por él, el gobernador y su tropa se internaban en lo más escabroso de la sierra del Pie de Palo.

Adelantaron por una estrecha quebrada de difícil acceso, costeano enormes murallas de granito que remedaban fantásticas arquitecturas. Al pie de una especie de columna colosal que parecía sostener extraños amontonamientos de rocas, el baqueano se detuvo.

—Aquí es—dijo.

No se veía en derredor más que montañas.

—Hay que mover esta laja—dijo el preso señalando una piedra chata que aparecía junto a la columna.

Así se hizo con el auxilio de cinco gendarmes y quedó al descubierto una caverna natural, resguardada por un cornisón de rocas, en cuyo interior se hallaban amontonados los mas diversos y revueltos efectos. Aquella era la cueva de Ali-Babá de las travesías...

Una verdadera colección de baúles y petacas repletas de ropas, armas, joyas, lazos, aperos y cuanta prenda de uso es posible imaginar, fué sacada de la caverna por los soldados y cargada en animales traídos al objeto.

Hallábanse todos ocupados en esta operación, cuando el baqueano que había trabajado con ahinco, para ganarse la benevolencia del gobernador, se acercó a éste y le dijo:

—¿Su excelencia sabe a quién perteneció en otro tiempo esta cueva?

¡A la vez curioso y sorprendido por la pregunta, el coronel Quiroga respondió:

—No: ¿a quién perteneció?

—Al gigante de Pata de Palo.

—¿Al gigante de Pata de Palo?

—Si señor.

—¿Quién era, y adónde está ahora ese gigante?

—Dicen que era el dueño de esta sierra. Los indios que habitaban los campos vecinos, lo reconocían como el señor de toda la comarca y le pagaban tributos.

—¿Y por qué le llamaban Pata de Palo?

—Porque dicen que en un combate con otro gigante, que también quería mandar por aquí, perdió una pierna, aunque quedó triunfante. El se hizo entonces otra pierna con un tronco de algarrobo, y la usaba como arma, volteando cinco hombres de cada golpe... (1).

El gobernador sonrió, divertido con aquella conseja que no dejaba de tener su parentesco con la de Hércules y su clava.

La imaginación de las gentes sencillas se complace en todas partes en crear estas leyendas que no carecen de poesía en ciertas ocasiones, y en las cuales se manifiesta su inquietud y su respecto por lo sobrenatural.

Triunfante y satisfecho de su batida regresó el gobernador Quiroga a San Juan, con su cargamento de efectos rescatados, que se proponía restituir a sus dueños. Durante el camino, se entretuvo más de una vez en hacer hablar al baqueano sobre la vida, las costumbres y los propósitos de los bandoleros. Así supo que los que se hallaban bajo las órdenes de Cuero, comenzaban a cansarse ya de su violencia sanguinaria, y tenían la intención de dejarlo, para irse, reconociendo como jefe a otro ladrón recién incorporado a la banda. De éste hablaba maravillas el baqueano. Según él se trataba de un hombre de mucha "cencia" a quien llamaban "el doctor".

¿Quién podía ser este doctor?

Vamos a explicárselo al lector haciendo una digresión.

Entre las familias con las cuales el general San Martín mantuvo alguna intimidad en los días en que su genio laborioso pre-

(1) Es de observarse que hasta hace poco, las gentes de las inmediaciones le llamaban, efecto, "Pata de Palo" al cerro que se denomina hoy Pie de Palo.



paraba en Mendoza el paso de los Andes, se encontraba la del señor Bustillo, persona de gran fortuna y acendrado patriotismo. Tenía, este señor, un hijo llamado Eladio, de veintitantos años de edad, gallarda figura y regular instrucción adquirida en un colegio de España, a donde niño todavía, lo envió su padre. San Martín, que frecuentaba la casa de Bustillo, le tomó afecto al muchacho, y quiso aprovechar ciertas aptitudes que este demostraba, colocándolo en la Maestranza del ejército en organización, y abriéndole así un camino en la carrera militar. Pero sus esperanzas y buenas intenciones quedaron defraudadas. Bien pronto se supo que Eladio se encontraba bajo el absoluto dominio de la hija de un acérrimo realista español, la cual, inducida por su padre, pensaba valerse del muchacho para obtener informaciones secretas sobre los preparativos del ejército patriota.

Se comprobó luego que, en efecto, el teniente Eladio Bustillo ensayaba tener al corriente al padre de su amada, residente en Chile, y agente conocido del ejército realista, del estado de nuestro armamento, del grado de nuestra preparación militar y de los planes de nuestro general. Las pruebas que contra el espía se obtuvieron eran abrumadoras, pues se trataba nada menos que de cartas de su puño y letra, llena de inventarios, informes y pormenores relativos a la Maestranza, es decir, al punto sobre el que convenía guardar más estricto secreto. Felizmente, esta correspondencia había sido interceptada por las guardias que San Martín tenía apostadas en los pasos de la cordillera.

Presentóse cierta mañana el general San Martín en casa del señor Bustillo. Su aire de gravedad y de reserva, impresionó a la familia que lo había recibido con la afabilidad acostumbrada.

—Vengo—dijo encarándose con el señor Bustillo, y rehusando la silla que se le ofrecía—a hablar con usted de un asunto en extremo delicado.

Una nube de inquietud pasó por el espíritu del padre de Eladio.

—¡Ante todo—continuó San Martín—y para evitarme penosas explicaciones, sírvase leer usted esta carta.

Era una de las que habían sido interceptadas, y ponían de manifiesto las terribles responsabilidades de espía en que estaba incurriendo el joven Bustillo.

Quedó el padre herido como del rayo ante aquella oprobiosa revelación, que hacía a su hijo pasible de una inmediata pena de muerte con ignominia, y la madre presente en la escena, se echó a llorar desesperadamente.

—En homenaje a la amistad que profeso a ustedes—siguió el general, y en homenaje sobre todo al patriotismo ardiente y abnegado de que tiene usted, señor Bustillo, dadas tantas y tantas pruebas a la causa de nuestra patria, he querido venir yo mismo a advertirle de la traición de su hijo. He hecho algo más. He mantenido hasta ahora en reserva esta correspondencia, para evitarles a ustedes la vergüenza pública. Pero, sobre mi deber de amigo está mi deber de militar, y voy a ordenar la prisión del teniente Eladio Bustillo, para someterlo a un Consejo de Guerra.

Hecha esta declaración, San Martín estrechó en silencio las dos manos del señor Bustillo, se inclinó con respeto ante la señora y se retiró.

No es necesario pintar la desolación y la angustia de los padres después de esta entrevista. La madre, ¡madre al fin!

no pensó sino en salvar a su hijo, y se echó ella misma a la calle a buscarlo e incitarlo a fugar. Tuvo la suerte de encontrarlo, y el amor maternal que sabe hacer milagros, desplegó tal actividad, que dos horas después, y antes de que la fatal orden del general hubiera sido dada, Eladio Bustillo salía sigilosamente, bien montado, bien provisto de dinero y convenientemente disfrazado, con rumbo a las Sierras de Córdoba.

La noticia de su traición no se divulgó en el ejército, pues el general siguió manteniendo en reserva los documentos que la comprobaban. (Ella no perjudicó, por otra parte, al ejército patriota, pues ya se ha dicho que las correspondencias del traidor no llegaron jamás a su destino. En cuanto a la brusca desaparición de éste, causó extrañeza, pero la febriciente actividad de aquellos días, hizo que pronto se la olvidara.

Nunca más volvieron a tener noticias de su hijo los señores Bustillo. Y cuando vieron que el general San Martín no tomaba medidas contra el prófugo, no ordenaba su proceso, ni revelaba las terribles piezas de acusación que contra él poseía, comprendieron la generosidad y la nobleza de la advertencia que había ido a hacerles la mañana aquella... No queriendo conservar en su ejército un elemento semejante; no queriendo tampoco agobiar de vergüenza la ancianidad y el puro nombre de los señores Bustillo, y no habiendo tenido consecuencias la traición del miserable, dió el paso que se ha visto ante sus amigos, para conciliarlo todo sin faltar a su deber de militar.

¡Bien sabía él de lo que el amor de la madre sería capaz!

---

Refugiado en las Sierras de Córdoba, Eladio Bustillo llevó una vida de vagabundo. Mientras le duró el dinero que tenía, pudo permanecer quieto en los villorrios serranos, entregado al vicio que había adquirido: la bebida. Pero los recursos se acabaron, y entonces él, incapaz de recurrir al trabajo, dado el estado de disgregación moral y de abyección en que había ido cayendo, se entregó al robo. Ya se ha visto que era un hombre débil y mal inclinado. El alcohol y la vagancia acabaron de pervertirlo, y los caminos contaron desde entonces con un salteador más, temible por la astucia, la inteligencia y el ingenio que ponía al servicio de su triste actividad.

Catorce años después, era un bandido perfecto, y hasta en el presidio había podido perfeccionar sus artes de ladrón, que siempre ejercía solo. Fué por este tiempo cuando conoció a Cruz Cuero y a su banda, en las circunstancias que pasamos a relatar.

Recorría el forajido cierta lejana zona de la provincia de San Luis, entregado a su productiva tarea de asaltar a los transeuntes, cuando divisó un jinete que galopaba a campo traviesa, como si quisiera rehuir todo encuentro. Mandó dos hombres en su persecución, y como aquel iba mal montado, pronto fué alcanzado y conducido a presencia de Cuero que, al verle, le tomó por un mendigo.

—¿Sabes—le dijo—que me dan ganas de mandarte degollar por zonzo? ¿Quién te manda disparar así? Un roto como vos, no debe tener miedo de que lo desnuden...

—Señor comandante—contestó el prisionero—dice el refrán que bajo una mala capa puede haber un buen bebedor, y quién sabe si este roto no tiene algo que pueda interesarle a Vue-

censia más que su cogote... Por lo que veo, tengo el honor de ser colega de Vucensia...

—¿Cómo colega? ¿Eres ladrón?

—De profesión, mi coronel.

—¿Y qué haces de lo que robas?

—Me lo bebo, mi general.

—¡Eh! no me asciendas tanto...

—Es que yo soy así; para las personas que me caen en gracia nunca hallo tratamiento bastante alto, y tanto esta disciplinada compañía como su digno jefe, me producen la mayor admiración.

Divertido Cuero con la labia marrullera y el aplomo de su interlocutor, prosiguió:

—¿Con qué lo que manoteas te lo bebes? Ya se ve que te gusta la buena vida. ¿Y a dónde ibas?

—Iba a ver si conseguía por ahí algunos reales, porque tengo hambre y sed... sed de aguardiente.

Cruz le alcanzó un chifle lleno, y aquel lo empinó con deleite. Hizo chasquear la lengua y agregó:

—Señor gobernador, yo soy un hombre agradecido. Usted acaba de aplacarme la sed, y yo voy a corresponder a su generosidad como se merece.

Echó mano a sus alforjas de cuero de zorro, y extrajo de ellas dos hermosas caravanas de brillantes, dos mates de plata, dos sahumadores del mismo metal, unas vinajeras y un crucifijo de oro macizo, como de cuatro pulgadas de largo, enclavado con brillantes sobre una cruz de nácar. Cruz Cuero y sus secuaces miraron aquel deslumbrante despliegue de piedras y metales preciosos, con ojos codiciosos.

—Pongo todo esto a los pies de Vuesencia,—prosiguió nuestro hombre uniendo la acción a la palabra, y solicito humildemente ser admitido como miembro de esta distinguida compañía.

Cuero, fascinado por las joyas, contestó:

—Bueno. Te admitiremos en observación por ahora. Después veremos lo que eres capaz de hacer, y si te portas bien, entraremos a repartir beneficios.

Tomó el crucifijo, se descubrió y lo besó con unción golpeándose el pecho. Y radiante de satisfacción por la presa inesperada que acababa de hacer, mandó calentar agua para tomar mate en los mates de plata que estaban delante.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó enseguida al recién incorporado.

—Mi nombre le pila es Juan, y mi apellido Cadalso.

—¿Cadalso?

—Sí. ¿Significativo el apellido, verdad? Pero respondo con mayor gusto al tratamiento de doctor, porque así me llamaron desde niño.

—¿De dónde has manoteado estas prendas tan lindas? Seguro que de alguna catedral...

—No precisamente de una catedral, pero sí de una iglesia de Santiago del Estero, que se llama Nuestra Señora de Loreto. ¡Lindo templo!

—¿Y cómo diablos te ingeniastes para alzarte con ellas?—preguntó Cuero con curiosidad.

—¡Oh! Muy sencillamente... Pero el cuento es un poco largo. Si la honorable compañía tiene paciencia para escucharlo, lo referiré con detalles.

—¡Cuenta! ¡cuenta!

Se acomodaron los bandidos alrededor del fuego, y el doctor comenzó así:

—Me hallaba en Santiago del Estero, y tuve curiosidad por conocer la iglesia aquella, cuya Virgen pasa por ser sumamente milagrosa y cuenta con innumerables devotos. Me trasladé, pues, a ella, y me hallaba contemplando los detalles decorativos de su interior, en medio de la nave, cuando el cura se me aproximó preguntándome:

—¿Sabe usted ayudar a misa, mi amigo?

—Cuando niño lo hacía muy bien señor Cura—contesté. Creo que todavía podría hacerlo...

—Entonces le ruego que me haga un favor: ayúdeme usted a oficiar una misa que debo decir dentro de poco. El sacristán está enfermo, y no veo ahora de quien valerme para el caso.

Me presté deferentemente a la solicitud del señor Cura, y este fué a ordenar que llamaran a misa. Luego me hizo entrar en la sacristía. Debí desempeñarme correctamente en la ayuda que le presté al ministro del Señor, porque este quedó sumamente complacido de mis servicios. Quiso recompensarme, pero yo rehusé su obsequio. Entonces me dijo:

—¿Podría usted venir durante algunos días, y hasta que el sacristán se reponga, a prestarme la misma ayuda?

—Yo no soy del lugar, señor Cura.—le dije—Vivo un poco lejos, en otro pueblo, pero vendré gustoso a servirle a usted y a Dios, cuántas veces sean necesarias. Con madrugar un poco...

Varios días estuve haciendo como que venía de lejos, al solo objeto de ayudar al cura a decir misa. La verdad era que me quedaba por las noches en un rancho de los alrededores del lugar, en el que me daban alojamiento. Mi conducta ejemplar sedujo al cura que acabó por ofrecermé en propiedad el puesto de sacristán, después de pedirme algunos antecedentes sobre mi persona. Yo le di los antecedentes que quise darle, y el cura que me había tomado en simpatía, no los puso en duda. Me hice, pues, cargo sin más trámite, de la sacristía de Nuestra Señora de Loreto, con la cristiana idea de hacer pasar a mis bolsillos, en la primera oportunidad, estas alhajas que ustedes ven ahora, y cuya existencia en la iglesia tenía yo perfectamente advertida.

Cierto día me hizo saber, lleno de satisfacción, el señor Cura, que el siguiente era el de su cumpleaños. Sus feligreses vendrían a cumplimentarlo, y habría fiesta en la casa parroquial. Y efectivamente, los regalos y los mensajes empezaron a llegar desde la víspera.

Al día siguiente, muy temprano, recibió el sacerdote un llamado urgente. A uno de sus fieles lo había picado una víbora; estaba moribundo, y fué necesario ir en su auxilio espiritual. Pero nuestra expedición fué inútil, pues cuando llegamos, aquél había dejado de existir. Al regresar, oímos desde lejos los alegres repiques con que mi auxiliar, el muchacho campanero, celebraba por su cuenta el cumpleaños del cura, como se celebran las grandes festividades de la iglesia. El resultado fué que al término de los repiques, una de las campanas sonó en falso; era que el muchacho la había roto en su furioso entusiasmo.

Un notable vecino que se muere y una campana que se rompe... Los signos no parecían muy propicios para la comilona en preparación.

A las doce del día, los vecinos de más representación con que contaba el curato, llenaban la casa. Pavos, gallinas, pichones, lechoncitos rellenos, carne con cuero, pasteles de buena masa, aloja, fruta y ricos vinos: todo esto había recibido en profusión mi buen cura. Se dió comienzo al festín y a las cuatro de la tarde todo el mundo estaba alegre. A las seis no quedaba nadie en su sano estado ni en su sano juicio. A las diez de la noche los visitantes reventando de comida y de vino, dormían tirados a la buena de Dios bajo los corredores, en la más revuelta confusión. Este era el momento que yo esperaba.

Poco antes de acostarme me había presentado en el dormitorio del cura, que aun conservaba luz y se revolvió desvelado en la cama. El hombre de ordinario no bebía, y como esta vez lo había hecho con exceso, sentíase afiebrado. Cuando me vió, suponiéndome también borracho, se incorporó sobre las almohadas y me dijo groseramente:

—¡Fuera de aquí! ¡A meterse al féretro a dormir la tranca!

Yo bamboleaba, hacía gestos nauseabundos y tartamudeaba palabras sin sentido. Por último me retiré gruñendo y tropezando pero no para ir a meterme al féretro, sino en la sacristía.

El cura guardaba en su poder todas las llaves. Pero yo tenía ya limado y arreglado en forma de ganzúa, un gran clavo. La tenue luz de la lamparilla que alumbraba al Sacramento, alumbró también mi empresa, y a su amarillento reflejo, trepé las gradas del altar y emprendí mi conquista. Todo estaba en silencio; hasta el mismo cura debía haber concluido por dormirse. En la sacristía habían quedado por olvido estos dos mates, y los incorporé a mi botín. Tentado estuve de respetar al Santo Cristo, pero los gruesos diamantes que le sirven de clavos acallaron mis escrúpulos, y el crucifijo pasó a mis alforjas de cuero de zorro.

La puerta del templo se cerraba por dentro con pasadores que yo tenía de antemano aceitados. La abrí, pues, sin esfuerzo, y me hallé respirando el puro aire del campo. Todo estaba previsto. Había estudiado el terreno en un cuarto de legua a la redonda, y tenía ya elegido el punto en que, llegado el caso, buscaría escondite. Fui derecho a él, cavé un hoyo, deposité en su fondo la preciosa carga, lo cubrí, y aplané luego sobre él la tierra.

Decididamente el cielo estaba de mi parte, porque apenas ponía de nuevo mis pies dentro de la iglesia, un formidable aguacero se descargó. Los rastros que yo hubiera podido dejar afuera se borrarían con el agua: en cuanto al interior, no había pisado sino sobre alfombras. Dejé la puerta del templo abierta, y la ganzúa arrojada allí cerca, en lugar visible. Luego me metí en el féretro y me dormí plácidamente.

Cuando al amanecer empezaron a moverse los huéspedes del cura, el muchacho campanero corría azorado de un lado a otro dando cuenta a voces del sacrilegio que se había consumado. Yo fingía seguir roncando dentro del féretro.

Los aspavientos del muchacho, excitaron la curiosidad de los presentes, y sobrevinieron los comentarios, las condenaciones y los lamentos. Todos se horrorizaban, todos exponían sus sospechas. Todos inducían, deducían, calculaban y pronosticaban, emitiendo suposiciones y juicios disparatados y contradictorios. El cura, exaltado y aturdido al mismo tiempo, había recurrido al tono y las actitudes del púlpito, y anatematizaba o

apostrofaba en lenguaje de oratoria sagrada. El hombre iba y venía como loco de un lado al otro. No era posible, entre tanto, que en tales circunstancias y por insignificante que fuera mi persona, se olvidaran de ella. Fué un paisano gordo y cachetudo, a quien le daban el título de "señor juez", el primero que extrañó no verme entre los presentes. Púsose el cura a la cabeza de un crecido número de feligreses y la cuadrilla se dió a recorrer los departamentos del edificio buscándome, con la idea de que, a no hallarme, era yo, y no otro, el autor del monstruoso robo. Pero hete aquí que, al atravesar el pasadizo en que se guardaba el féretro, la comitiva se detuvo azorada al descubrirme tendido largo a largo en la jaula fúnebre.

—¡Aquí está, señor, juez!—gritó el cura.

—¿Dónde? ¡A ver!—añadieron, agrupándose alrededor del féretro, los demás.

—¡Está muerto!—gritaban algunos que aun no alcanzaban a distinguirme.

Pero dos gauchones que se inclinaban sobre mí, descargaron sobre mis espaldas unos azotes que me hicieron poner de un salto en pie, protestando de aquella brutal manera de despertar a las gentes. La cosa les pareció divertida a los circunstantes.

—¡Duro!—decían algunos.

—¡Por las vinajeras!—decían otros.

—¡Por los sahumadores y las caravanas de la Virgen!

—¡Por los mates y el Santo Cristo!

Un viejecito afirmaba:

—No hay duda; él es el ladrón. Yo le tomo olor a cera.

—A lo que apesta es a aguardiente—sostenían los más próximos.

—¡Qué olor a aguardiente, ni qué niño muerto!—vociferaba una vieja—¡A lo que hiede es a mugre!

Entretanto los azotes seguían lloviendo sobre mis costillas, Yo, erguido sobre mi macabro pedestal, y tratando de atajarme los golpes como podía, empecé a hablar:

—¡Señor cura! ¡Señor juez! ¡Señores! se está disponiendo de mis lomos con un rigor que no me explico, y pido que se me escuche!

Vi que los azotes se detenían y que el público prestaba atención... Entonces continué elocuentemente mi discurso:

—¡Ni entre los salvajes se anticipa la pena a la comprobación del delito, y yo estoy siendo aquí víctima del rebenque de todo el mundo, sin que nadie me diga ni yo sepa por qué! ¡Se me ha dicho que tengo olor a cera, que apesto a difunto, que hiedo a aguardiente y que trasudo mugre, pero no creo que todos estos olores puedan ser causa de que se me infame y atormente! Mi patrón, mi jefe inmediato es aquí el señor Cura. ¡Que él diga si es o no verdad, que él me ordenó anoche que me acostara a dormir en este féretro!

El cura, cuyo aturdimiento iba en aumento, reconoció que, en efecto, para castigarme por mi estado de ebriedad, me había dado esa orden.

De pronto, un feligrés se abrió paso por entre los apiñados curiosos que me estrechaban, y gritó, jadeante, enseñando la ganzúa:

—¡Aquí está el cuerpo del delito!

Yo levanté entonces la voz y agregué con dignidad:

—¡Ahí tienen ustedes, señores! Esto puede ser una maquinación diabólica de los mismos que manejan las llaves del tem-

pio, para despistar a la justicia. ¿Con qué objeto se ha arrojado esa ganzúa a la puerta misma de la iglesia, según afirma la honorable persona que lo trae? Esto es atroz, señores, ¡atroz! ¡Perdónenme Dios y su Santísima Madre! pero ¡quién sabe si no va a haber algún maligno que suponga que la inocente acción de despacharme al féretro de mi virtuoso y bien querido cura, ha sido una treta estudiada!

Un murmullo cundió en el auditorio.

—¡Caramba con el sacristán!

—¿De dónde habrá salido?

—¡Qué bien habla!

—Debe ser un sabio disfrazado...

—¡O algún sabio loco!

—Todo puede ser. ¿Por qué estará tan harapiento?

—Pero es que también tiene buena ropa... Yo le vi ayer con ella, cuando acompañaba al señor cura.

—Y yo también... Tiene un machito muy gordo, que montaba cuando llegó a la villa.

—Este no puede ser ladrón.

—No, hombre, ¡qué ha de serlo!... ¿Has visto qué bien parado acaba de dejar a nuestro Párroco?... Porque me parece que la indirecta...

—Sí, la indirecta no puede ser más directa.

El hombre gordo y cachetudo habló a su vez en tono severo:

—¡Bueno! Aquí no tenemos ya nada que hacer. Yo me retiro a mi juzgado a tomar las medidas que mejor convenga. Los vecinos todos de esta villa, entre tanto, deben, por su parte, secundar la acción de la autoridad, evitando que el tiempo pase sin resultado. El daño que deploramos, no sólo perjudica y burla a la iglesia, sino que burlará y perjudicará a todo el vecindario.

El sol empezaba a levantarse anunciando un día de terrible calor, y el campo se oreaba a gran prisa. La mayoría de los asistentes a la comilona, tanto a pie como a caballo, se puso en retirada. Pocos fueron los amigos del cura que tuvieron a bien despedirse de él y darle el pésame por el infausto suceso.

La campana trizada empezó a llamar con eco triste y destemplado, como si también ella estuviera de duelo por la desgracia acaecida. Debía realizarse una misa de cuerpo presente, por el descanso del vecino emponzoñado, cuyo cadáver había sido conducido a la iglesia a primera hora.

Pero era el caso que la tal misa no podía oficiarse sin mi concurso, y el muchacho campanero fué a llamarme a nombre del cura. Dueño del campo, después del rudo ataque que se me llevara hasta la trinchera en que supe convertir el féretro, establecí junto a él mis reales, y contesté muy atentamente que si para algo precisaba mi persona el señor cura, tuviera la bondad de llegarse adonde yo me encontraba, pues estaba resuelto a no moverme de allí hasta la tarde, hora en que me marcharía de la iglesia, ausentándome para siempre de un paraje donde tan ignominiosamente se me había tratado.

Irritado el cura por mi excusación a su llamado, vino en persona a dirigirme palabras chocantes y amenazadoras; pero yo me acordé del Santo Job y quise dejar sin réplica su desahogo. Herido en lo más hondo de su amor propio y elevada su irritabilidad a mayor grado con mi silencio, cerró sus puños y se lanzó sobre mí... Apenas pude contener los golpes que me dirigió a la cara.

En aquel momento asomó su cabeza el campanero diciendo:  
—¡Aquí está el señor juez!

Efectivamente: el hombre gordo y cachetudo interpuso su busto entre nuestras dos personas. Su presencia moderó un tanto las iras del Párroco, mientras yo hacía resaltar estudiosamente mi fingida prudencia.

—Aunque tan escandaloso robo—dijo pavoneándose el robusto y colorado Juez—reclama mi presencia en todas partes, he regresado, al oír la campana, para asistir a la misa que se va a decir por el ánima de mi amigo. Pero he dado ya órdenes para que se lleve adelante la investigación.

—¡A esas órdenes, señor juez,—dijo el cura—debe usted añadirle una indispensable!

—¿Cuál?

—¡La de que se ponga inmediatamente preso a este bribonazo!

—¿Ha descubierto usted algo que lo comprometa?

—No; pero trata de perjudicarme en mucho.

—¿Cómo así?

—Se niega redondamente a salir de este local hasta la caída de la tarde, lo que importa negarse a ayudarme la misa. ¡Y el pobre viejo a quien por servir a este pícaro despedí en mala hora, está postrado en cama, tal vez de pena por haber perdido la sacristanía!...

—Hago notar al señor cura que yo no la solicité...

—Y bien, ¿por qué se excusa usted ahora de...?—díjome el juez, al parecer preocupado por secretas conjeturas.

—Por una trinidad de causas, señor juez.

—Veamos.

—Primera: porque me doy por muerto, y no quiero reaparecer deshonorado. No creo que, como para Lázaro, sonará para mí la voz divina de Jesucristo; pero los que han tratado de arrojarme a la fosa del menosprecio y el descrédito, están en el deber de venir a solicitar mi perdón, declarando en público que no tuvieron razón para infamarme. Todavía siento en mis pulmones el ardor de los azotes, y peno en este lugar, como han de penar las ánimas en el purgatorio... Soy, pues, una ánima en pena; no estoy en condiciones para orar ni prestar ayuda en los oficios divinos.

—¡Sofisterías, señor juez, argucias!

—No son sofismas, mi respetable señor cura. Ya iré luego a apreciaciones más sólidas. Ayer suenan de repente las campanas tocando aleluya, en vez de haber sonado un poco antes tocando agonía. Un muchacho zonzo, que nada sabe, porque nada se le ha enseñado, rompe de repente la mayor, y mi generoso cura, en vez de administrarle una tunda, le enseña sus blancos y pulidos dientes, en prueba de agradecimiento porque se celebraba su propio natalicio cuando la campana se rompió. Este proceder puede demostrar, o mucha bondad en el fondo del carácter del señor cura, o una tolerancia especulativa emanada de la necesidad de halagar al muchacho. He quí el dilema: si esa conducta fué obra de su bondad, debió extenderse hasta mí, no permitiendo el inhumano vapuleo que se me aplicó; pero si se mostró tolerante por pura especulación, la causa que produjo este efecto debe ser tal, que bien podría compararse con la recíproca tolerancia que la complicidad impone a los delincuentes... Ejemplo verdaderamente extraño, señor juez, es el que deja a examen de la fría razón este estupendo robo, único acaso



por su forma en los anales de la rapiña. Los ladrones buscan siempre para darse a sus labores, la sombra, el silencio, la mayor soledad. En cambio, los de Nuestra Señora de Loreto esperan la noche en que casi todos los habitantes de la villa rodean su templo, para venir a saltarlo. Hay un solo hombre que pueda inspirarles recelo, y da la casualidad que ese hombre, sin relaciones, sin valimientos, es alejado a gran distancia de las habitaciones, por el señor cura, que le impone por cama la de los cadáveres. A las pocas horas se le viene a buscar allí, para achacarle el robo, mientras que las llaves todas del edificio se hallan cuidadosamente guardadas bajo las almohadas del Párroco...

—¡Señor juez!—interrumpió el cura medio sofocado. Lo que este malvado está exponiendo, importa una inicua y páfida criminación, y me querello de ser calumniado... y pido el reparo de mi honra. El espanto, la ofuscación que me produjo la noticia del robo en el primer momento, me impidieron condenar las alusiones insidiosas de este infame; pero ahora...

—Ahora, como antes, señor cura, yo tengo derecho para repeler las imputaciones que usted, en silencio, ha permitido que se me dirijan. Sobre todo, señor, yo no afirmo nada: deduzco. Hablo en hipótesis, mientras que a mí se me ha gritado ladrón a las claras, y se me ha marcado la espalda como a un galeoto, sin acusación fundada ni prueba alguna... Y ya, señor juez, que es prudente precisar esta cuestión, declaro sin ambages, que la causa esencial de mi resistencia a ayudar al señor párroco en la misa por decirse, proviene de los escrúpulos que mortificarían mi pura conciencia si, al verificarse el Evangelio, el diablo me tentara, sugiriéndome la sospecha de que acaso sea el sacerdote sacrificador el que ha consumado el robo...

Un brusco estremecimiento sacudió la persona del cura que, perdiendo el equilibrio, vino a dar con el cuello sobre la cabecera del féretro.

—Pózzozzi!... —alcaxxó o a xalaxaxi.

Yo me dije riendo interiormente:

—¡A ver cómo sales de ésta!

La caterva de foragidos escuchaba con profunda atención el relato del doctor. Como éste se detuvo, creyó sin duda el auditorio que el narrador iba a interrumpir su relación y le pidió que la continuara. Reinaba entre él gran curiosidad por saber cómo se había salvado aquél de su crítica situación.

El doctor prosiguió así:

—El cura fué llevado a la cama y algunas de las personas que esperaban la misa fueron a asistirlo en su lecho. Entre tanto, el juez, indeciso en cuanto a la conducta que conmigo debería seguir, se libró al consejo de los vecinos más caracterizados. Mientras este jurado popular deliberaba, de pie y al aire libre, yo me ocupaba con empeño en trazar, a la ligera, una silueta del cachetudo juez que, colocado frente a mí, me presentaba de lleno su colorado rostro.

En la cuadra en donde se alojaba la partida de policía a servicio del juzgado, quedé yo detenido en calidad de incomunicado. No me amilané por eso. Para escapar de la red que iba envolviéndome, contaba con dos cosas: con mi astucia y con la incapacidad del juez. El día transcurrió sin misa y el muerto

fué enterrado sin responsos. El juez y sus secuaces se entregaron a toda clase de pesquisas, registrando habitaciones, urgando ni maleta, revolviendo mis trapos y explorando hasta el fondo de mis botas.

Llamado a prestar las declaraciones que debían servir de apertura a mi sumaria al siguiente día, presté tranquilo el juramento de ley, gracias a mi impavidez. El cándido del juez ordenó que se me registraran los bolsillos. Yo esperaba esta formalidad—que hubiera debido llevarse a cabo en el primer momento—y tenía preparado un golpe de efecto. Me quité el poncho con desembarazo, y entregué abiertos los bolsillos de mi chaqueta. El gendarme encargado de la operación, extrajo de ellos una bolsita, que contenía dos pesos en plata, una caja pequeña de pinturas a la acuarela, y un cuadrado de papel de marquilla, que nunca falta en mi maleta. Dichos objetos pasaron a las manos de un joven que desempeñaba las funciones de escribiente. Este los examinó prolijamente, y se quedó sorprendido mirando el papel.

—¡Señor!—dijo por último, dirigiéndome al juez—¡éste es usted!...

El juez le quitó el papel de las manos y se quedó tan sorprendido como el escribiente.

—Este es mi retrato—exclamó halagado.—¿De dónde lo ha sacado usted?

—Lo he hecho yo mismo, señor.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿A qué hora?

—En momentos en que el señor juez y sus dignos asesores, resolvieron encarcelarme por vago sin arte ni ciencia.

—¿Y cómo sabe hacer usted esas cosas?

—Porque soy pintor de oficio. En mi juventud me dediqué a este arte, y no he dejado de rendirle culto. Ahora viajo pobremente por distracción. Huyo del mundo, y trato de sacudir el terrible imperio de una devorante pasión que trastornó por algún tiempo mi juicio. Me he propuesto distraer la vida ejerciendo cuantas ocupaciones me permitan permanecer oscuro. Sé domar un potro. Sé carnear una res. Hasta ayer he sido sacristán, y si después de reconocida mi inocencia, me es posible irme a Bolivia, solicitaré allí, por algún tiempo, el puesto de verdugo...

El juez y el sacristán cambiaron una mirada. Acaso me supusieron un maniático rematado, y abandonaron toda sospecha de participación mía en el robo.

Luego el primero me dijo afablemente:

—Puede usted volverse a la cuadra; este asunto se resolverá pronto.

Al día siguiente el muchacho campanero se hallaba preso, ocupando un rincón de la ramada destinada en el cuartel para depósito de forraje. Dos días después, se me llamó. Era para notificarme que estaba en libertad.

El retrato del juez pasó de mano en mano, provocando admiraciones y comentarios en todo el villorrio. Tales comentarios resultaron funestos para el cura, a quien se miraba ya con ojeriza por lo que yo había dejado entender, y que cobraba ahora mayor gravedad, por haber salido de labios de un artista. Además, el muchacho campanero, caía en contradicciones, de puro ignorante y asustado, cada vez que se realizaba un com-

parendo. Poco a poco la sospecha se fué convirtiendo en convicción, y por fin se afirmó, sin embozo, que el verdadero saltador de la iglesia no era otro que el mismo cura. El síncope aquel que sufriera mi hombre cuando oyó mi primera acusación, vino a ser el preámbulo de un ataque cerebral. Juzgué conveniente marcharme, antes que las cosas se enredaran de nuevo, y supliqué al juez me hiciera entregar el macho de mi propiedad, que pastaba en campo del cura. Mi súplica fué atendida. Pero mi alejamiento del lugar demandaba prudencia, y me fué indispensable presentarme en público a toda hora, espionando el momento que necesitaba. Busqué por alojamiento la cabaña de una familia pobre que se ocupaba en fabricar patay. De éste adquirí una regular factura, que me serviría muy luego para cubrir mi contrabando. Sabiendo el buen hombre en cuya casa me había asilado, que yo viajaría sin rumbo fijo, me invitó a acompañarle a una feria que iba a efectuarse por aquellos días en la aldea de Salavina. No vacilé en aceptar la invitación.

A las ocho de la mañana, hora en que los vecinos de Loreto cruzaban las callecitas de la villa, o las sendas que los conducían a sus faenas de campo, yo, el denominado Doctor, dejaba tranquilo el teatro en que había producido tanto escándalo, alarma, discordia y enredo, para seguir avante mi camino con la frente serena y erguida.

A la caída de la tarde me fingí enfermo. Nos hallábamos como a diez leguas de Loreto y frente a la única casa de campo que habríamos de hallar en el trayecto.

A mi compañero le urgía no perder tiempo para llegar temprano a la feria, y yo no podía desperdiciar esta ocasión, enfermo como estaba, de alojarme bajo techo. Convinimos, pues, en que él continuaría su camino, y yo iría a alcanzarlo en la feria.

Hice como que me dirigía a la casa en cuestión; pero apenas mi compañero se hubo perdido entre lo espeso de un bosque, volví grupas y emprendí regreso al galope, hacia el sitio donde tenía oculto mi tesoro. Cuando el lucero del alba relumbraba en el cielo, yo estaba en posesión de aquél.

Refresqué un poco a mi macho y dejando el camino real me abrí paso por el monte. Dos días después me hallaba en territorio tucumano. Descansé un tiempo y emprendí viaje hacia Catamarca, ofreciendo en venta a los transeuntes mi factura de patay. Y así, adelantando aquí, deteniéndome allá, ya tocando las fronteras de Córdoba, ya las de San Luis, he pasado tres meses. Los reales que traía, y los que me proporcionó la venta del patay, me los bebí convertidos en aguardiente.

¡Calló el Doctor. Cuero, que se había divertido con la historia, tanto como un chico con un cuento, tenía la más viva curiosidad por averiguar cómo había pensado hacer su nuevo socio para enajenar las prendas de su sacrilego botín.

—¿Y cómo pensabas vender las vinajeras, los sahumadores y el Santo Cristo?—le preguntó.

—A Dios gracias—respondió el Doctor—tengo mis habilidades. Algunos barruntos poseo de ciencias y de artes. Ese Santo Cristo puede ser fundido para darle la forma de un tejo; y en cuanto a las piezas de plata, pueden convertirse en una piñita...

---

Los aplausos que se le tributaron al gobernador don Manuel

Gregorio Quiroga, a su arribo a la capital, no fueron más que el comienzo de una serie de manifestaciones y obsequios de todo género, con que sus amigos y gobernados celebraban el éxito de su expedición. Gracias a él, la confianza y la tranquilidad renacieron. Honran todavía su nombre, las medidas que por aquel tiempo tomó el señor Quiroga. Hizo fijar en todos los lugares públicos carteles que detallaban el número y calidad de las prendas recobradas, y ofició a los gobiernos de otras provincias, pidiéndoles la reproducción de estos carteles, a fin de facilitarles a los damnificados el rescate de los objetos que les habían sido robados. Antes de dar este paso, el gobernador había hecho comparecer a Martina y al gaucho baqueano a la sala donde se exhibían las prendas recuperadas. El intendente de policía, en representación del gobernador, les sometió a un interrogatorio a fin de averiguar el lugar de los asaltos y la calidad de las personas asaltadas. Tres meses después, los gobiernos de Buenos Aires y Santiago del Estero contestaban al de San Juan. La oficiosa actividad de este último, permitió hacer valiosas restituciones en aquellas provincias.

La anciana madre del joven extranjero asesinado en el Monte Grande, recibió íntegras las valiosas mercaderías de que aquél había sido despojado. El gobierno de Santiago sólo deploraba la falta de un crucifijo de oro y de unas caravanas de la Virgen. El señor Quiroga explicó entonces, por nota, a su colega santiagueño, que, según los informes recogidos por él, el Santo Cristo se hallaba en poder del capitán de los bandoleros, quien jamás se lo quitaba del pecho, y que las caravanas habían desaparecido. Se supuso que estas últimas estarían en manos de la Chapanay, pero un prolijo registro sobre su persona y efectos, no dió ningún resultado.

Visitada sin cesar por inacabable número de curiosos, y reducida a moverse dentro de las estrechas paredes de su prisión, la Chapanay empezó a manifestar tristeza. Su existencia no corría peligro, pero ya se ha dicho que para ella la libertad era la vida. Faltándole aire, espacio y acción, todo le faltaba.

Cuatro meses transcurrieron, y ninguna esperanza de ser puesta en libertad entreveía. Hasta que cierto día, el gobernador en persona se presentó en su calabozo.

—Vengo—le dijo—a que cumplas el ofrecimiento que me tienes hecho. Cuero ha vuelto a aparecer en la provincia cometiendo atrocidades. Tu libertad pende de la captura y muerte de ese foragido. ¿Cómo haremos para echarle la mano encima?

—Me felicito, señor, de que V. E. me dispense el honor de ocuparme. Que venga el baqueano a hablar conmigo, y yo le explicaré cómo hay que proceder.

Se hizo venir al gaucho y Martina le dió sus instrucciones.

Se pondría éste inmediatamente en marcha para buscar a Cuero. No le había de ser imposible descubrir su paradero, conociendo como conocía todos los refugios de los ladrones. Una vez que lo encontrase, le diría de su parte que ella lo esperaba en Las Tapiecitas, en un rancho cercano al paso de Ullún. El gobernador, por su parte, haría esconder previamente fuerzas suficientes en este rancho. Cuero debía ser informado, además, por el baqueano, de que, escapada de la prisión, y oculta desde hacía tiempo en el rancho susodicho, Martina necesitaba de él urgentemente. Con este procedimiento, y con las palabras de consigna que le enseñó al emisario, Cuero no tardaría en caer en las garras de la autoridad.

Después de cinco días de marchas y contramarchas por sendas y caminos extraviados dió al fin el gaucho baqueano con los tupidos carrizales que, a inmediaciones de la Laguna Seca, habían alojado esta vez a los ladrones. Cuando éstos le vieron llegar, sospecharon que pudiera venir guiando alguna partida en su persecución. Pero la alarma se disipó así que saliendo al llano vieron el campo desierto.

—Cruz se acercó el primero al emisario de la Chapanay, que avanzaba lentamente, sorprendido del escaso número a que la antes numerosa banda de salteadores había quedado reducida.

—¿Cómo te va, Jetudo?

—Bien, mi comendante.

—¿Tu comendante? ¿Y cómo es que si no te mataron, recién ahora te venís a presentar a tu jefe?

—Porque si no me mataron me pelaron la cola, y me han tenido preso con una barra.

—¿Y cómo si te has juído de la cárcel, no has traído a tu hijo?

—¡Ojalá hubiera podido... pero mi hijo ha muerto!

—¿Ha muerto?

—Así es, mi comendante; se murió de virgüelas. Por eso me animé a ayudar a Dña. Martina a aujerear las tapias para escaparnos.

—¿Y ella, ande está?

—Quedó por Ullún.

—¡Ah, hijo de una! ¿Y por qué no me la has traído?

—Porque no había mas que este mancarrón, y yo no sabía el lugar en que la compañía se hallaba, ni el tiempo que gastaría en dar con ella.

—Mirá, Jetudo, me parece que me estás engañando, y me están dando tentaciones de hacerte degollar...

—No lo engaño, mi comendante. La señora Martina espera que usted la vaya a buscar llevándole un güen flete.

—Y si es verdá que ella me llama, ¿cómo no te ha dao a conocer ciertas palabras?

El baqueano que, como se ha visto, no era otro que el Jetudo, se acercó a Cruz y le dijo en tono misterioso: "Soy la hija de Teodora".

—¡Ahora sí!... ¡Ahora sí!—exclamó Cuero.

No necesitó más para decidirse a volar en auxilio de Martina. Y volviéndose a sus secuaces, gritó:

—¡Arriba, muchachos!

A eso de las seis de la tarde, ya estaba toda la tropa en marcha. Debían recorrer veinte leguas, y arreglaron el paso para llegar a Ullún a la madrugada. El paraje que iba a ser teatro del nuevo escarmiento que se les tenía preparado a los salteadores, estaba, por aquel tiempo, cubierto de matorrales.

—Allí es—dijo el Jetudo cuando se aproximaban, señalando el rancho medio envuelto por la sombra todavía. Voy a avisarle a Dña. Martina.

Sin esperar respuesta, emprendió el galope y se presentó a la puerta.

Dentro de la choza esperaban ocho hombres armados de carabinas. Otros diez, a caballo, estaban ocultos entre las maderas.

El eco insólito de un clarín turbó de pronto el silencio circundante. Los foragidos, atónitos, no atinaron a fugar de in-

mediato y dieron tiempo para que surgieran de entre el monte los jinetes ocultos, que cayeron sobre ellos lanza en mano. Aquello no fué un combate, sino una matanza. Tan sólo uno de los ladrones pudo escapar. Los demás cayeron atravesados.

Del montón de muertos, salía la voz entrecortada de un agonizante que gemía:

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Que me lo ampare el gobierno y que haga de él un hombre útil!

Era la voz del Jetudo. Confundido con sus antiguos compañeros en la indecisa luz del amanecer, había sido alcanzado por una lanza.

Se abrió una gran fosa, y después de registrarlos, se arrojó a ella a los cadáveres. El que por su traje parecía ser el capitán de la banda, tenía la cabeza despedazada. Mientras volvían los que habían salido en persecución del fugitivo, se recogieron las armas y se reunieron los caballos de los muertos.

Vuelta la partida a la ciudad, se supo bien pronto que los bandidos habían sido exterminados, gracias a las indicaciones de la Chapanay. Lamentó la autoridad que el crucifijo de Loreto no hubiera sido rescatado, pues sobre el cadáver del que se consideró como jefe, no estaba la santa imagen. Pero este contratiempo no disminuyó la importancia del hecho, que libertaba a la provincia de una pesadilla.

Por lo que se refiere al hijo del Jetudo, el gobernador lo tomó bajo su protección, conforme a las postreras súplicas de aquél, y según la humanidad lo aconsejaba. El muchacho recibió instrucción, entró en el ejército y se supo más tarde que, como su infeliz padre lo anhelara al rendir la vida, llegó a ser un hombre útil.

Supo la señora Sánchez que la Chapanay había dado muestras de arrepentimiento desde el instante en que fué capturada, y tuvo lástima de ella. Fué a verla el día que se le notificó su libertad, y la dijo:

—Sé que no tienes asilo y vengo a abrirte de nuevo las puertas de mi casa. Quiero ser caritativa y olvido tus acciones pasadas, a fin de que puedas volver al buen camino. Aquí tienes un vestido de mujer; deja esos harapos de hombre que te cubren, y ven conmigo.

La Chapanay bajó los ojos y siguió mansamente a su protectora.

Durante dos años, Martina Chapanay se condujo correctamente en casa de su bienhechora. Parecía que su cabeza había recobrado el equilibrio propio de su sexo, y se evitaba hacer alusión ante ella a su vida y hechos anteriores.

Semanas enteras pasaba la oveja vuelta al redil, al lado de su señora, encerrada por propia voluntad y entregada a las labores que ésta le enseñó. Lo único que pedía con frecuencia era que se le enseñase también a leer. Sin que se sepa por qué, la señora Sánchez iba aplazando siempre la satisfacción de este justo reclamo.

Entretanto la mujer parecía presa de decaimiento. Su semblante ostentaba signos de melancolía, y era visible que una idea o una pasión la trabajaba. Su estado moral no tardó en reflejarse en su físico, y no mostraba ya su aspecto atlético de antes. Su estatura parecía ahora más elevada y su rostro per-

manecía frío y sin expresión, mientras que sus ojos se mostraban como enturbiados por el matiz amarillento de la ictericia.

Al término del segundo año de reclusión, advirtiendo la señora Sánchez el desmejoramiento de Martina, fué asaltada por fundados escrúpulos. Ella nada había hecho, en definitiva para redimir de verdad a su pupila. Se había contentado con enseñarle a rezar y darle uno que otro trapo usado, pero se había negado a enseñarle a leer. Así pues, se decidió a restituírle la libertad, si la interesada se la pedía. Una mañana la llamó y la dijo:

—Tiempo hace ya a que vengo reparando la tristeza que te domina, y la flacura que te consume. Como no quiero ser yo causa de mayor mal, estoy dispuesta a complacerte, si lo que tu necesitas es independencia. ¿Qué es lo que ansías? ¿En qué puedo servirte?

—Creo, señora, que necesito aire y libertad... Pero no tengo recursos para irme.

—¿Los recursos a que te refieres, serían un caballo, una montura y un traje de gaucho?

La cara de Martina se iluminó.

—Así es, señora—contestó.

—¡Al fin te veo alegre, Martina! ¿Qué más te hace falta?

—Un lazo, una larga daga, unas boleadoras y unas espuelas.

—¿Y a dónde irás?

—A los campos. Allí me convertiré en protectora del viajero extraviado cansado o sediento... haré todo lo contrario de lo que hacen los salteadores, y seré su peor enemigo.

—¿Por dónde piensas empezar tu campaña?

—Por la tierra en que nací. Tengo hambre de ver el suelo donde me alumbró por primera vez el sol, y sed del agua que corría junto al rancho de mis padres: tengo en fin, necesidad de recordar muchas cosas vagando sobre aquellas arenas.

—Está bien Martina; yo te proporcionaré cuánto necesitas.

Y efectivamente, así lo hizo la señora Sánchez. Poco después, Martina Chapanay emprendía nuevamente el camino de los campos. Así la muy cristiana y buena señora doña Clara Sánchez, que no se había decidido a enseñarle a su protejida las primeras letras, se resolvía sin vacilaciones a armarla gaucha aventurera.... Aberraciones son estas, propias de nuestra humana condición.

Con las alforjas repletas, y montada en un arrogante caballo obscuro, la Chapanay fué, antes de alejarse de la ciudad, a presentarse a la policía y declararle sus buenos propósitos. El Intendente reflexionó que aquella valiente mujer podría servir en adelante, si obraba de buena fe, como vigía y auxiliar de la autoridad en los campos. Le devolvió, pues, el trabuco y el facón que le habían pertenecido, y la despidió con recomendaciones y consejos para que cumpliera honradamente sus promesas.

Ciertas dulzuras, como ciertos dolores, no pueden definirse; embargan nuestra alma inundándola de una emoción serena y honda que no se irradia hacia la vida externa, sino con débiles destellos. A este género pertenecía ya que experimentaba ahora Martina Chapanay, al sentirse libre de nuevo en el vasto campo, cuyas penetrantes emanaciones aspiraba deleitosamente. La margarita silvestre que salpicaba las arenosas pampas y el espinoso cardo que se multiplica en ellas como en una tierra fértil,

le evocaban sencillas pero imborrables impresiones de la niñez. Con aquellas margaritas y aquellos cardos, había jugado ella en su infancia, aspirando este mismo aire cargado de aromas agrestes...

Hallábase ya la viajera como a un cuarto de legua de la parte más poblada de la Laguna del Rosario, cuando se encontró con un individuo de la comarca que pasaba en su jumento.

—¿Se halla muy lejos todavía el rancho que fué de Juan Chapanay?—le preguntó.

El hombre respondió sonriendo:

—Del rancho de Chapanay no quedan más que las tapias. Son aquellas que se ven allá, a la izquierda, y que parecen un montón amarillento a la orilla de la laguna.

Agradeció Martina el informe, y continuó su camino. El corazón le palpitaba con violencia mientras avanzaba reconociendo sitios, plantas y accidentes del terreno que le fueron en otro tiempo familiares. Lo que antes fuera el corral y el patio de su casa, estaba convertido en un terraplén alfombrado de maleza. Un gran silencio reinaba en derredor, y apenas si una cigarra empezó a chirriar entre las ruinas, cuando la mujer se aproximó. Penetró ésta en los cuadrados de paredes sin techo que fueron antaño habitaciones. En un pedazo de corredor, apenas apuntalado por el único poste que los vecinos necesitados de leña habían respetado, reconoció, recordándolo como entre sueños, el ángulo que su madre prefería. En el lugar en que antes se hallaba un cuadro de la Virgen María, hacia el cual aquélla le mandaba levantar los ojos todas las tardes, cuando se apagaba el crepúsculo, sólo halló el muro inclinado y próximo a desplomarse, destruido por la intemperie.

De lo hondo de su pecho se desprendió un suspiro ahogado. Se puso de rodillas y rezó devotamente sin dejar de llorar. Luego desensilló su caballo, le dió de beber, y lo aseguró debajo de unos retamos rodeados de abundante pasto. Volvió a los escombros, y entre ellos se sentó. Su imaginación se dió entonces al recuerdo y al ensueño, y toda una crisis moral debió operarse en su espíritu aquella noche que ella pasó entera en la soledad, entregada a la meditación, y rodeada de fantasmas familiares. Las lechuzas vinieron más de una vez a graznar sobre su cabeza, irritadas de ver ocupada su guarida. El canto lejano de los gallos le trajo reminiscencias de veladas infantiles.

Y el día la sorprendió rezando.

• —————

Apenas reflejaba el sol sus plateados rayos sobre la planicie de las Lagunas, cuando reparó Martina que una comitiva, compuesta de ocho hombres, avanzaba hacia ella.

Detúvose dicha comitiva a la entrada de las ruinas, y el que la encabezaba tomó la palabra:

—Aquí venimos, mi amigo, sospechando que usted pueda necesitarnos para algo; toda la noche hemos sentido el relincho de un caballo que no es del lugar y hemos estado con cuidado por lo que pudiera sucederle al forastero alojado en estas ruinas. Porque ha de saber usted que aquí hay almas en pena...

—¿Y cuántas son esas ánimas?—preguntó Martina sin inmutarse.

—Dicen que dos: las de Juan Chapanay y Teodora Chapanay.

—Les agradezco el interés que se toman ustedes por el



forastero; pero yo no les tengo miedo a esas ánimas porque son las de mis padres.

—¿Sus padres de usted?

—Sí; mis padres. Yo soy Martina Chapanay.

Diciendo esto se quitó el sombrero, y dejó al descubierto sus trenzas lacias y renegridas.

Los laguneros quedaron estupefactos. Examinaron algunos instantes a esta inesperada visitante, cuya nombradía exagerada había llegado hasta ellos, y luego, sin decir palabra, se fueron retirando. Con pena y vergüenza comprobó Martina que huían de ella, a causa de su mala fama.

—Algún día me conocerán y me estimarán—pensó.—Yo haré cuánto pueda para conseguirlo.

Pero los laguneros no tardaron en reaparecer en mayor número. Venían ahora en actitud hostil, haciendo ostentación de fuerza. El representante del poder público se hallaba entre ellos, y todos traían, a guisa de armas, azadas, horquillas y garrotes.

—Volvemos para hacerle saber a usted—dijo a la Chapanay, el mismo que había llevado la palabra en la visita anterior—que debe abandonar inmediatamente este lugar y sus alrededores. Las gentes de aquí están alarmadas con su presencia, y no quieren tener entre ellas a una ladrona.

Martina buscó el rincón donde había pasado la noche anterior, y se sentó tranquilamente en unos adobes.

—No tengo inconveniente—respondió—en satisfacer el pedido de mis paisanos; pero antes de hacer la voluntad de ellos, haré la mía. Los palos y los fierros que ustedes traen, no me intimidan, y si ustedes quieren hacer uso de ellos, antes que los dientes de esa horquilla o el filo de esa hacha den conmigo en el suelo, yo habré bandeado a tres o cuatro de estos valientes, con los diez y seis confites de a una onza que contiene mi naranjero.

Apartó sus alforjas, acercó su facón y empuñó su trabuco. Luego añadió:

—Yo necesito rezar y humedecer con mi llanto este montón de tierra que mi desgraciada madre calentó con su cuerpo, y nada, ni nadie, me ha de mover de aquí, antes que yo cumpla la intención que me ha traído. Al obscurecer me iré espontáneamente. En cuanto a la injuria que ustedes me hacen llamándome ladrona, se las perdono porque algún castigo merezco por haber dado motivo para que ustedes crean lo que afirman. De mis propósitos para el porvenir no les hablo, porque ustedes no me creerían. Prefiero, pues, irme; pero lo repito, ha de ser por mi voluntad, y en el momento que yo elija.

La intervención armada, convencida sin duda por la elocuencia de los dobles argumentos de Martina, de palabra y de hecho, no insistió, y se fué como había venido.

Entraba la noche cuando la Chapanay, repugnada de su tierra natal, emprendió nuevamente la marcha al paso lento de su caballo. ¿Qué haría? ¿A dónde iría? Ella misma lo ignoraba. En su propia patria se sentía tan desamparada y tan sola como si estuviera en los desiertos africanos. Sin embargo, era preciso sobreponerse a los contrastes. Se dijo que por algo vestía traje de hombre, y que era aquel el momento de poner a prueba las dotes varoniles de que hacía alarde. ¡Valor! Ya mostraría ella, más tarde, hasta dónde alcanzaban sus buenas intenciones.

Dióse a recorrer los establecimientos de campo situados en

los territorios fronterizos de las provincias de Cuyo, y bien pronto se acreditó como peón laborioso, enérgico y honrado. Pedía alojamiento a cambio de útiles servicios, y bien pronto se la buscó empeñosamente para confiarle arreos de hacienda y doma de potros, o para utilizarla como baqueano en el paso de ríos y en el recorrido de travesías.

Un par de años más tarde, era conocida y apreciada hasta en el río de los Sauces en la provincia de Córdoba. Con su propia mano había levantado, distribuyéndolas en una extensión de cuarenta leguas, cuatro ramadas que destinó a servir de refugio y amparo a los viajeros enfermos, cansados o extraviados en aquella región árida y desierta. Se sabe que los más terribles yerros se dilatan en ciertas zonas de la comarca andina. Las ramadas de la Chapanay abrigaban tinajas de agua fresca, y en ellas apagaban su sed y reponían sus fuerzas los viandantes.

No pararon en esto los beneficios que Martina distribuyó por los inhospitalarios campos. Dotó de balsas rústicas ciertos pasos peligrosos de ríos traicioneros, y durante las crecientes ella misma trasladaba a los viajeros de una orilla a la otra. Se la vió con mucha frecuencia en el Zanjón, que baja del Norte, se une con el Bermejo y alva en su derrame la punta del Pie de Palo. Como que provienen de aluviones, las aguas de aquellos ríos ofrecen particular riesgo a los transeuntes, con sus crecidas bruscas y torrentosas.

Los señores Precilla, Juan Antonio Moreno, Martín y Domingo Barboza, Zacarías Yanzi y otros respetables vecinos de San Juan, que en sus viajes hasta la provincia de San Luis o el litoral, habían oído hablar de la Chapanay, se relacionaron con ella, pensando que podía servirles, atenta la naturaleza de sus negocios rurales. Así fué en efecto. Desde entonces las bestias rezagadas y extraviadas de sus arreos, eran invariablemente devueltas a sus dueños por un emisario de la Chapanay: ñor Félix. Y muchos otros servicios de inestimable precio para los frecuentadores de travesías de aquellos tiempos, les fueron prestados a los señores citados, según su propio testimonio.

---

Entre las relaciones que en su errante vida había contraído Martina, se contaba una campesina de las inmediaciones del Río Seco, en Córdoba. Tenía esta mujer varios hijos y poquísimos recursos para mantenerlos. Resolvió, pues, poner a Félix, el mayor de ellos, bajo la autoridad de la Chapanay, en quien declinó todos sus derechos.

Obligóse ésta, por su parte, a dirigir y enseñar a trabajar al mocetón, a pesar de su manifiesto desapego a las rudas tareas del campo. Con la mira de manifestarse amable hacia su discípulo, le dió desde el momento en que éste pasó a ser tal, el tratamiento de 'Ñor Félix. El tratamiento le quedó, y con él se le designó siempre en los campos.

No se consolaba Martina de no saber leer, y quiso que el muchacho confiado a su custodia no tuviera que culparla más tarde a ella de tal ignorancia. Se entendió, pues, con un anciano español que, por vocación de maestro, enseñaba en un lugar cercano las primeras letras a unos cuantos niños en casa del cura, a fin de que tomara a ñor Félix como alumno.

Ambos maestros, el de trabajo material y el de letras, com-

binaron un singular método pedagógico. El educando alternaría sus aprendizajes; por manera que manejaría noventa días el silabario a las puertas de la sacristía, y otros noventa las boleadoras por pedregales y llanuras.

Martina salió al fin con la suya, y al hacerse la primera barba, Ñor Félix descifraba los impresos que le caían a las manos.

Cuando pasó a dominio de su maestra, contaba diez y ocho años. Era un jastial más largo que un álamo vicioso; lindo como un Santo Domingo; pero lindo con todos los signos de la estupidez: bobo, boquiabierto, tardo para comprender, y tardo para contestar; medroso como una monja y medio escaso de oído.

A estar a la importancia del ejemplo que nos ofrece Ñor Félix, no debe ser verdad que los azotes acaban de azonzar a los zonzos, pues a los cuatro años de aprendizaje en ambas escuelas, él se había remontado de zonzo a pillo, sin otro estimulante que las nutridas tundas que de vez en cuando le administraba su maestra. El tímido jastial de los primeros días, hacía, al poco tiempo, primores de equitación en un potro, y rendía de cansancio una mula. Se disparaba expresamente para que su maestra le boleara el pingo, a fin de aprender a salir parado de la rodada, sin correr más riesgo que la posibilidad de romperse la crisma. Se convirtió, como su profesora, en un gran cazador a la criolla, y con ella emprendía frecuentes correrías a caza de venados, liebres, carpinchos, avestruces y cuanto animal útil o dañino se presentase a tiro de bolas, o pudiese ser perseguido a pezuña de caballo. Aquellas cacerías tenían su término en grandes charqueadas, que daban por resultado el aprovechamiento de los cueros, las plumas, y la carne de ciertas piezas.

Es digno de ser referido el primer acontecimiento que vino a mostrar el poquito de discurso que cabía en la inteligencia de Ñor Félix. Recorrió en cierta ocasión las ramadas de la Chapana, proveyendo de agua las tinajas de que hablamos antes, cuando encontró que la vasija de una de ellas estaba rota. El caso era frecuente, pues los viajeros que de aquellas se servían, no siempre las trataban con miramientos después de haberlas utilizado. Ñor Félix tuvo una idea. Hizo escribir por su maestro de lectura, sobre lajas bruñidas que trasladó luego a las ramadas y en grandes letras al óleo, la palabra "Aquí". Abrió luego en cada local, un hoyo con capacidad para la tinaja correspondiente, y las enterró a todas, dejándoles la boca a flor de tierra. Una vez llenas de agua, cubrió a cada cual con su laja. Las tinajas quedaban así a salvo de ser rotas o robadas, y ostentando una inscripción llamativa en la tapa. Supiesen o no leer los viandantes, su atención era solicitada por el letrero. Levantaban la cubierta y encontraban el agua.

Muy agradable le fué a la Chapana el perfeccionamiento que Ñor Félix había introducido en su combinación para socorrer en el desierto a los sedientos, y para recompensarlo le dijo:

—Ñor Félix, ha obrado usted muy cuerdamente, y quiero aprovechar esta ocasión para hacerle un favor.

El jastial se puso colorado como un tomate. Creyó que iba a ser despedido, y pensó aprovechar la coyuntura para realizar cierta campaña que le andaba dando vueltas en la mollera.

La Chapaany le disparó esta orden a quemarropa:

—Prepárese usted para que nos casemos.

—¿Para que nos casemos?

—Eso mismo.

—¿Ahora salimos con eso? Yo creía que me iba a dejar en libertad...

—A las criaturas de su clase hay que tenerlas siempre sin cadenas, pero aseguradas.

—¿Y para qué quiere usted tenerme asegurado a mí?

—No es cosa fácil hacerle comprender a un pazguato para qué puede ser útil. El mundo no tiene nada que esperar de usted, Ñor Feliz. En cambio a mí me hace usted falta para mi divertimento.

Ñor Feliz guardó silencio y clavando la vista en el suelo se acordó de una moza rolliza, vecina de su pago, que solía detenerse en las ventanas de la escuela para oírle dar su lección...

Por el momento, este inesperado proyecto matrimonial quedó en suspenso, visto el escaso entusiasmo con que lo había recibido el presunto novio.

Corrió el tiempo. Ñor Feliz había cumplido veinticuatro años y hacía seis que tomaba las lecciones del viejecito español. Era evidente que el cacumen del discípulo había ya dado cuanto podía dar; estaba como empedernido en el primer texto, y cualquier otro impreso que se le presentase le parecía poco menos que indescifrable. Sus barbas habían crecido como la maleza, y el bonito rostro de antes aparecía ahora invadido por una verdadera maraña de pelos. Ñor Feliz, no se olvidaba de la moza rolliza y ésta le había mandado decir que ella haría con gusto, de la hilaza de sus barbas, un cordón para sujetarse el cabello.

En cuanto a la Chapanay, seguía acariciando en silencio su plan de casamiento. Para reducir al rebelde candidato a marido, le regalaba prenditas para el caballo y uno que otro poncho de colores subidos. Cuando llegó el trimestre en que el barbudo alumno debía irse a sus clases a Río Seco, ella se puso en expedición sobre los campos externos de San Juan.

Acompañábanla en esta excursión dos leales servidores que hasta el presente no han sido mencionados: un corpulento perro que obedecía al nombre de "Oso", y que en realidad se parecía a este animal, y un menudo cuzquito ladrador que se llamaba "Ñiñito".

Sobre la raza y la bravura del Oso, pacientemente amaestrado por su ama, se le habían dado calurosas recomendaciones. Los hechos probaron más tarde que éstas no eran exageradas.

---

Bastante camino llevaba adelantado ya la Chapanay en dirección a Jáchal, cuando fué alcanzada por un paisano que, expresamente enviado por don José Antonio Moreno, recorría desde hacía tiempo las campañas buscándola para transmitirle un mensaje de importancia. Este consistía en lo siguiente: se habían introducido en la provincia de San Juan dos famosos salteadores apodados "Los redomones", que venían prófugos de la cárcel de Mendoza, y andaban merodeando entre los departamentos de Caucete y Angaco Norte. Se trataba de dos criminales peligrosos, según comunicaciones de la provincia vecina, que traían la intención de deshacerse de cualquier manera de Martina Chapanay, a quien acusaban de espía de la policía y consideraban como un grave estorbo para llevar a cabo su plan de fechorías. Se habían estrenado en la región, robándole al señor Moreno dos parejeros de gran precio.

Agradeció efusivamente Martina tan valioso aviso, y sin pérdida de tiempo cambió el rumbo de su marcha. Dejando para después su expedición a Jáchal, contramarchó hacia el Sud y se dirigió a Punta del Monte.

Costeaba un soto espeso, cuando sintió, cercano, un ruido de maleza removida. Fijó su atención en el punto de donde aquel partía, y vió, entre el monte, la figura de un hombre que parecía querer ocultarse.

—¡No se asuste, señor!—le gritó—¡No se asuste que ha dado con un cristiano!!... ¡Acérquese con confianza!!

El hombre se recobró un poco. La voz de la Chapanay lo alentó y desenredándose como pudo de las jarillas entre las que había buscado esconderse, se llegó al camino. El Oso lo miraba gruñendo, listo a saltar sobre él a la menor señal de su dueña. Esta calmó al animal con una palabra cariñosa.

—Buenas tardes—dijo el hombre con acento débil.

Tenía el brazo derecho mal envuelto en su poncho lleno de sangre.

—Buenas tardes—contestó la Chapanay.—¿Qué le ha pasado, señor?

Bajó del caballo y le sirvió medio jarro de vino que llevaba en uno de sus chifles. El hombre bebió y manifestó deseos de sentarse. Martina desprendió de su recado un cojinillo y ayudó al herido a acomodarse sobre él. Reanimado éste, y persuadido de que la persona que tan solícitamente procedía con él no pertenecía al gremio de los que habían estado a punto de quitarle la vida la noche anterior, refirió así su dramática aventura:

—Marchábamos anoche de regreso hacia la Costa Alta de La Rioja, de donde somos vecinos, yo y un joven socio con quien habíamos realizado en esta provincia la venta de unos cuantos novillos, cuando fuimos asaltados a eso de las doce. Habíamos acampado y dormíamos en nuestras monturas. Sentí de pronto ruido y me desperté. Los salteadores se dejaban caer de sus caballos en aquel momento, a pocos pasos de nosotros. Sin tiempo para defenderme, me puse de pie de un salto y me escurrí por entre un grupo de árboles. Alcancé a oír un prolongado y angustioso gemido de mi compañero sorprendido y asesinado en pleno sueño, mientras yo paraba como podía, sea presentando el brazo, sea cubriéndome con las ramas, los hazos y las puñaladas con que me perseguía uno de los asesinos. Se oyeron en aquel justo momento voces en la huella. Era que pasaba una tropa de hacienda y los peones que la arrebaban venían conversando y cantando. Quise gritar pero no pude. Alcancé a ver a nuestros asesinos que montaban a caballo y se alejaban cautelosamente a campo traviesa. Una nube negra me cegó y caí sin sentido. No sé cuánto tiempo habrá durado mi desmayo. Cuando volví en mí, estaba nadando en la sangre que había perdido por las herizas del brazo, pero a pesar de mi tremenda debilidad, me puse a andar al azar en busca de agua por estos jarillales. Nuestros caballos habían sido alejados, sin duda por los bandidos, antes de atacarnos.

—Ya me figuro yo quiénes son los ladrones—contestó la Chapanay, que había escuchado con interés compasivo la relación del herido.—¡Ahora se las tendrán que ver conmigo! Pero para toparme con ellos necesito estar sola.

—¿Sola?

—Sí, sola. Sé cómo hay que darse vuelta en estos asuntos. ¿No ha oído hablar usted de Martina Chapamay?

—¿Es usted? ¡Bendito sea el Señor, que manda en mi auxilio a la providencia de los caminantes!

—Sí, bendito sea el Señor, que así me proporciona la ocasión de ser útil a un semejante. Pero, vamos, arriba... ¡Así, de pie!

Cinchó bien su caballo. ayudó al herido a trepar en las ancas. llamó a sus perros con un silbido y éstos avanzaron al trote largo por el camino, registrando los flancos.

—¡A las ocho de la noche—dijo Martina—estaremos en el Albardón. Allí tengo un buen amigo que no se hará violencia en recibirnos, a pesar de la hora; y aunque su herida de usted no me parece de peligro, conviene curarla cuanto antes. Además, debe usted reparar sus fuerzas, y lo que yo tengo en las alforjas no basta para ello. Por último, hay que organizar una comisión para que salga en busca del cuerpo de su socio.

A la hora indicada, la Chapamay entraba en las solitarias avenidas del Albardón. Dejó allí, al cuidado de su amigo, al herido que llevaba, y encargó a aquél que mandase buscar el cuerpo del otro asaltado, que quedara en el campo. Descansó algunas horas, y cuando clareó el día, montó de nuevo a caballo y partió campo afuera, acompañada de sus perros.

Tupidos bosques de algarrobos y chañares cubrían el terreno intermediario entre Cauçete y el Albardón. Por lo enmarañado de sus arbustos y malezas, propicias a la ocultación, a la sorpresa y al asalto, aquella zona había sido siempre elegida por los bandoleros, como campo de operaciones, y en consecuencia, se la consideraba peligrosa. Martina Chapamay la había explorado prolijamente desde mucho antes y la conocía a palmos.

Hacia ella se dirigía ahora a buena marcha, escoltada por sus fieles canes, en busca de los asesinos que habían jurado exterminarla. El sol alumbraba ya el camino y a su luz percibió Martina frescas pisadas de caballos que llevaban su misma dirección. Las observó con atención y vio que a la altura de un espeso monte de chañares salían del camino y se internaban en aquél. Resueltamente se internó ella también tras de las huellas. Pero no tuvo que andar mucho. Al entrar en un claro del monte, se encontró frente a frente de dos hombres de aspecto patibulario que, advertidos de su aproximación, la esperaban desmontados, teniendo sus caballos de la brida. Aquellos dos rostros cobrizos, erizados de cerdosos pelos, tenían una expresión siniestra. Martina dirigió una rápida mirada a sus calgaduras y vio que llevaban la marca de don José Antonio Moreno. No había duda: se encontraba en presencia de "Los Redomones".

—¡Eh, amigo, párese!—dijo en tono amenazante uno de ellos.

La Chapamay detuvo su bestia y echó pie a tierra, cuadrándose a cuatro pasos de los bandidos.

—¡Ya estoy parada!—contestó—¡Y ahora, a defenderse! Supe que ustedes me andaban buscando y aquí me tienen. ¡Yo soy Martina Chapamay!

El Oso, adiestrado por Martina para estos lances, por medio de largos y pacientes ejercicios, observaba todos los movi-

mientos de su ama y se mantenía al lado de ella gruñendo y mostrando los dientes.

—¡Chumbale, Oso!—gritó la Chapanay.

De un salto el animal se echó por detrás sobre uno de los salteadores y quedó suspendido de su nuca, con las triturantes mandíbulas cerradas como tenazas.

—¡Ahora sí! ¡Ahora somos uno para cada uno!

La Chapanay se había puesto en guardia y esperaba la acometida de su enemigo. Este cayó sobre ella daga en mano. El asalto fué rápido y terrible. Unos cuantos amagos, unos cuantos chasquidos de aceros entrechocados, unos cuantos saltos, y el hombre rodó por tierra con el vientre abierto. Martina había parado con el cabo de fierro de su rebenque, que llevaba en la mano izquierda, una puñalada del contrario, y paralizándole el cuchillo con un rápido y enérgico movimiento envolvente, con la mano derecha le sepultó el suyo en el estómago.

Entre tanto el otro gaucho se debatía por librarse de las mandíbulas del Oso. Los ojos se le saltaban de las órbitas, jadeaba angustiosamente, la lengua le salía fuera de la boca y los pómulos empezaban a amarotársele.

—¡Fuera, Oso! ¡Fuera!—gritó la Chapanay.

Dócilmente, el animal soltó su presa y se quedó gruñendo ferozmente a su lado, listo para saltar otra vez sobre ella.

—Voy a perdonarte la vida, canalla, pero tendrás que responderme a todo lo que te pregunte.

El bandolero no pudo hablar; antes necesitaba respirar. Martina se apoderó de su puñal y recogió el del muerto. Luego, aprovechando la semiasfixia de aquél, le amarró con las riendas de su propio freno.

—Ahora vas a decirme dónde está el dinero de los dos viajeros que asaltaron ustedes anteanoche.

No repuesto aún del ahogo, y atormentado por las heridas que le habían abierto en la nuca los dientes del Oso, el interrogado respondió:

—Allí, detrás de aquel algarrobo, en unas alforjas.

—¿Cuánto es?

—Doscientos pesos en oro.

—¿Y el apero y demás prendas de los viajeros?

—No tuvimos tiempo de alzarlos, porque unos arrieros se hicieron sentir cuando ya casi estaban sobre nosotros.

—¿Y los caballos?

—Los encontramos atados a lazo allí cerca y los llevamos más lejos, por si los dormidos se despertaban y querían disparar.

—¿Cuántos días hace que robaron ustedes estos parejeros?

—Quince.

—¿Es aquí donde ustedes y los caballos han estado ocultos?

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—José.

—¿José de qué?

—Ruda. Pero nos conocen por los Redomones.

—¿Y cuál de ustedes dos asesinó a uno de los mozos salteados?

—Mi hermano.

—¡Mientes, bellaco! ¡Tú le echas la culpa al muerto, sin recordar que hay un testigo que te condena!

—¿Un testigo!...—dijo el gaucho sorprendido—¿Y dónde está?

La Chapanay, que ya había examinado el puñal, al quitárselo, le presentó la vaina ensangrentada.

—Así es, señor... Yo lo maté porque al acercarme a su cabecera, tropecé con las alforjas que le servían de almohada y el oro sonó...

Un rato después, Martina Chapanay emprendía la marcha hacia la ciudad de San Juan, llevando su prisionero y el botín reconquistado. Había ayudado a montar en uno de los parejeros robados al salteador, que tenía los brazos atados a la espalda, y le amarró las piernas bajo la panza de la bestia. Tomó de tiro al animal que conducía al preso y al otro parejero del señor Moreno, e hizo que los escoltaran el Oso y el Niñito. Así llegó a la plaza de San Juan al anochecer.

Su entrada en la ciudad produjo sensación, y una multitud la siguió por las calles hasta el extremo de que la intervención de la policía fué necesaria para depejarle el camino. La fama de su nombre, unida a las circunstancias en que ahora se presentaba, debían, naturalmente, provocar en torno suyo la curiosidad, la admiración y la simpatía.

Se presentó a la policía, dió cuenta de lo que había hecho, entregó prisionero y botín, y pidió permiso para volverse a los campos. Pero el gobernador, que lo era entonces el coronel Martín Yanzón, la retuvo para hacer que lo informara verbalmente sobre las condiciones de seguridad de las campañas.

Por su parte, la policía cumplió con su deber. Devolvió a sus dueños lo rescatado por la Chapanay, y entregó a la justicia al Redomón.

En cuanto a Martina Chapanay, fué honrada antes de su partida no sólo con un acto de particular deferencia del gobernador, sino con las manifestaciones que toda la ciudad le prodigó. El Coronel Yanzón quiso hacerle un obsequio en dinero, pero aquélla lo rehusó.

—No, señor Gobernador,—le dijo.—Yo quiero vindicarme de mis primeros errores, y serle útil a la sociedad. Con eso basta; en eso está mi recompensa.

Como el gobernador insistiera en querer hacerle un regalo, ella contestó:

—Está bien. Aceptaré, por complacer a V. E., un poco de yerba, azúcar, papel y tabaco. Nada más. No merezco nada por haber cumplido con mi deber.

Se hizo lo que la Chapanay quería, y cuando partió, encontró atado a la cincha de su caballo un macho cargado de provisiones. Ella había adquirido por cuenta propia una cruz rústica. La llevó consigo, buscó el sitio de su combate con el bandolero, cuyo cuerpo había sido ya sepultado por la autoridad y la clavó sobre la tumba. Luego se puso de rodillas y oró largamente...

---

De las cabañas levantadas por la Chapanay para el servicio de los caminantes, prefería ella, para su residencia ordinaria, la que se hallaba situada en la costa de la Laguna de Vega. Allí había dado alojamiento a un matrimonio de ancianos, que desempeñaban las funciones de caseros durante sus viajes, y allí se dirigía ahora, con la mira de depositar la factura con que había sido obsequiada.



La Chapanay echaba de menos a Ñor Féliz; y si bien éste no le era indispensable para desempeñar sus empresas, le había tomado afición y le faltaba su compañía.

De la noche a la mañana, Martina resolvió irse a Córdoba. Ñor Féliz la atraía, decididamente.

Un buen día montó, pues, a caballo y se puso en viaje para Río Seco. Cuando llegó al pueblo, quiso ante todo ir a la iglesia, pero la encontró cerrada. Preguntó por el maestro de escuela, y supo que éste no se encontraba allí ya; el cura había cambiado de parroquia y el viejecito se había ido con él. Sorprendida por esta novedad inesperada, se dirigió a la casa de la madre de Ñor Féliz, y su sorpresa se convirtió en decepción y en pena. La mujer había muerto, y la familia se había dispersado, debiendo ser colocados los menores en diferentes casas por la autoridad.

¿Y Ñor Féliz?

¡Ay! Ñor Féliz había desaparecido en compañía de aquella muchacha rolliza que se detenía en la ventana del local que servía de escuela, a oírle dar sus lecciones...

Un vuelco sintió Martina en el corazón cuando le dieron esta última noticia. ¡Y ella que no había renunciado a la idea de casarse con el ingrato muchachón! ¡Ella, que sólo por verlo había venido atravesando yermos y serranías durante días y días! Se quedó suspensa y como atontada sobre las lomas del lugarejo. Por último volvió grupas y comenzó a vagar sin rumbo por el campo, como pidiéndole consuelo a su salvaje soledad.

Se encontró, a la mañana siguiente, en tierras de exuberante vegetación que no conocía, y se puso a recorrerlas, seducida por el espectáculo de aquellas selvas y de agulelas frondas, que tanto contrastaban con los áridos desiertos cuyanos, y que la distraían de su tristeza.

El Oso y el Niñito la acompañaban. Se habían internado en el bosque delante de ella, siguiendo una estrecha senda, y retozaban entre el pasto ladrando y persiguiéndose. Atraída por la frescura del follaje, Martina penetró en la selva detrás de sus perros, y avanzaba lentamente por entre arbustos y enredaderas silvestres, cuando su caballo enderezó las orejas y empezó a bufar. Ni el rebenque ni las espuelas consiguieron hacerlo avanzar, y pugnaba, al contrario, por retroceder y disparar. Algo habría sentido el animal, que lo asustaba así. En efecto, de pronto el Oso y el Niñito aparecieron perseguidos por un corpulento león, cuyos ataques esquivaban con carreras y gambetas, sin dejar de ladrarle. La fiera se detuvo al ver a la Chapanay y a su caballo, bajó la cabeza casi hasta tocar el suelo, y lanzó a los aires un terrible bramido que atronó la espesura. El miedo del caballo le imposibilitaba a Martina toda acción montada. Por otra parte, faltaba allí espacio para hacer evolucionar al animal. Las boleadoras y el lazo no tenían aplicación entre los árboles. Y entretanto el león avanzaba...

La valerosa mujer tomó rápida y resueltamente su partido. Echó pie a tierra, ató su caballo a un tronco, se envolvió el brazo izquierdo con un grueso poncho que traía enrollado en las ancas y desnudó el facón. En el trabuco no había que pensar: las corbetas de su cabalgadura asustada lo habían hecho caer unas cincuenta varas más lejos, entre los yuyos.

A seis pasos de distancia de Martina estaba ya el león, decidido a atacarla descuidando a los perros. Tomó una actitud

rampante y le clavó sus dos ojos inyectados de fuego. Aquella reconcentró en los suyos toda la fuerza de su atención, espianando los movimientos de la fiera, y esperó el ataque a pie firme. Viendo a su ama en peligro, el Oso recobró coraje y se aproximó ladrando con furia. Cuando el león se abalanzó sobre su presa, ésta tuvo tiempo para gritar:

—¡Ohúmbale, Oso!

Luego dió un salto de costado, para evitar el primer zarpazo, y cuando la fiera se volvió hacia ella, le presentó como un escudo el brazo forrado con el poncho. Una formidable dentellada atravesó poncho y antebrazo, y las garras del león hubieran completado la obra, pues a su bárbaro empuje cayó de espaldas Martina, si el Oso, obedeciendo a su ama, no se hubiera prendido de la cola de la fiera tirándola hacia atrás. Volvióse ésta para dar cuenta del perro, y entonces la Chapanay, incorporándose con la agilidad que prestan los grandes peligros, le metió el puñal en el cogote hasta la empuñadura. Otra y otra puñala más, y la fiera, dando un nuevo bramido, rodó por el suelo estirándose con temblores de agonía.

La vencedora quedaba extenuada de dolor y de cansancio. Su brazo herido, hacía la sentir rudos sufrimientos y se reclinó sobre el pasto para reponerse, mientras los perros olfateaban la sangre todavía caliente del león. La Chapanay se levantó, se acercó a su caballo que tascaba el freno, tomó sus chifles y, con el agua que guardaba en ellos, apagó su sed y lavó las heridas cisuras con que los colmillos de la fiera la dejaban marcada para toda la vida. En seguida se vendó el brazo como pudo.

Hubiera deseado llevarse la piel de su víctima; pero no podía desollarla con una sola mano. Contentóse, pues, con cortar la cabeza y amarrarla a los tientos de su montura. Buscó por último las orillas del bosque, en donde en caso de otro evento pudiese al menos saltar a caballo en pelo; encendió fuego con gran dificultad y se echó a dormir rodeada de sus tres animales.

A la mañana siguiente lavó de nuevo su herida y se puso en viaje a su choza de San Juan, adonde llegó sin contratiempo.

Mal curadas sus heridas no cicatrizaron bien y fueron para ella, en adelante, causa de dolores periódicos, que no pocas veces la obligaron a meterse en cama. Pero no por eso se preservó de las lluvias y las intemperies, cada vez que necesitó desafiarlas en su áspera y accidentada vida.

¿Y Ñor Feliz? Martina se propuso olvidarlo; y cuando lo trajo a memoria, fué para deplorar no haber podido administrarle, antes de su fuga, una de aquellas tundas que en otros tiempos solía propinarle. Felizmente para él, nunca se le ocurrió al jastial aparecer por los campos de San Juan.

---

Llegó el año 1841 en que el tirano Juan Manuel de Rosas, afianzó su dominio en el territorio de la Confederación. Cada pueblo era un feudo, cada aldea un grupo de esclavos, cada mandón uná Bajá, y la patria entera un panteón donde la libertad yacía sepultada. Solo Corriente, la heroica, luchaba impertérrita, congregando a sus hijos junto al asta en que flameaba la bandera bendita de San Martín y Belgrano. Las naciones de Europa, nos juzgaban por esta proclama estrafalaria que Rosas ostentaba:

AQUI ESTA EL GRANDE AMERICANO  
 JUAN MANUEL DE ROSAS  
 HEROE DEL DESIERTO  
 RESTAURADOR DE LAS LEYES  
 SUPREMO DIRECTOR DE LA CONFEDERACION ARGENTINA  
 Y ENEMIGO IMPLACABLE DE LOS INMUNDOS SAL-  
 VAJES UNITARIOS  
 CONTRARIOS DE DIOS Y DE LOS HOMBRES  
 VENDIDOS AL ASQUEROSO ORO EXTRAJERO

Sorprendido el mundo de tan insolente y repulsivo amasijo de títulos y apóstrofes, no se detuvo siempre a averiguar que significaba el absurdo fárrago. Y sin embargo, la sangre y los hechos de los proscriptos, los cruentos sacrificios de una generación entera que bregaba con todas las armas y en todos los campos por la redención de la patria, estaban acreditando que había aquí un pueblo oprimido y castigado, sobre cuyas ruinas se erguía, como sobre un pedestal, su bárbaro déspota: es decir un gaucho de perversos instintos, cobarde y desleal, sin fe ni ley, e incapaz de todo lo que no fuera crueldad y bajezas, cuyo encumbramiento se debía, por una parte a la anarquía, y por otra a su taimada astucia para manejar las turbas. En vez de restaurar las Leyes, Rosas las conculcó, las befó y las substituyó por el imperio de la fuerza. Cerró las escuelas, y si permitió que permanecieran abiertos los templos, fué para que en los altares apareciera su propia imágen. Quiso marcar a la sociedad como si fuera un rebaño, y fijó violentamente sobre el pecho de los hombres y en la frente de las doncellas, un "trapo color de sangre.. Llamó salvajes unitarios a los mártires y a los apóstoles de la abnegación y del civismo, y no dejó noble sentimiento que no escarneciese ni libertad que no pisotease.

Habíase ya dado aquella famosa batalla de la Punta del Monte, digna de los mejores tiempos de la Grecia: el General Acha con cuatrocientos ciudadanos armados, había hecho pedazos en Angaco, y puesto en dispersión, un ejército de tres mil hombres a servicio del tirano. Pero los Leonidas y los Epaminondas no sobreviven a la victoria, mas que el tiempo necesario para que se les cave el sepulcro. Acha no sobrevivió mucho a la suya, y cayó al fin, como un mártir, después de haber demostrado que tenía el alma de un héroe.

El Gobernador de San Juan, coronel D. Anacleto Burgoa, que en carácter de provisorio dejara el General La Madrid cuando pasó por esta capital en dirección a Mendoza, fué depuesto y corrido por un gaucho Atienzo, que aprovechándose de la falta de guarnición capaz de sostener el orden, se alzó y posesionó de la ciudad secundado por unos cuantos ociosos. Pero el omnímodo de esta tierra, D. Nazario Benavídez, quiso que el coronel Oyuela fuera Gobernador de la Provincia. Lo fué en apariencia. En realidad, solo alcanzó a ser el dócil instrumento del omnímodo.

Para acreditar su adhesión a la Santa Causa de la Federación durante la ausencia de Benavídez en Mendoza, dictó Oyuela en decreto declarando criminal a quien continuara asilando en su casa a algunos de los jefes u oficiales pertenecientes a la vanguardia del Ejército Libertador expedicionario al sud, que por haber sido

heridos en la Punta del Monte, u otra cualquiera causa, hubieran quedado en la provincia.

En el Art. 28 del decreto aquel, se declaraba que los remisos en el cumplimiento de tal disposición serían castigados con la pena de quinientos pesos de multa, o un año de prisión.

Martina Chapanay, que a la sazón tenía establecido en Cauçete su servicio de balsas, fué llamada por órden del Gobernador, é impuesta de este decreto, a fin de que cooperase a su cumplimiento. Ibà ya de regreso hácia el río, cuando la alcanzó un mensajero y en nombre del Prior del Convento de Santo Domingo, le suplicó que regresase a hablar con este. El mensaje sorprendió a Martina, pero por venir de quien venía no quiso desatenderlo, y volvió a la ciudad. Daban las ánimas en el convento, cuando ella se presentaba ante los claustros.

Dormía plácidamente la Chapanay a la noche siguiente, junto al río, adonde había regresado de la ciudad, cuando los ladridos del Oso la despertaron. Se levantó y fué a ver lo que ocurría. Dos hombres a caballo estaban a pocos pasos de ella.

—Buenas noches—dijo uno de ellos apeándose del caballo, alargando su mano a la Chapanay, y aproximándose a un bien alimentado fuego que allí ardía.

—Buenas noches, caballeros, contestó aquella.

—Suponemos que Vd. será... prosiguió aquel, dejando trunca su interrogación.

—Si, yo soy. El señor Prior les habrá prevenido que yo les dejaría un fogón como señal.

—Así es. Y por cierto que nos viene a las mil maravillas.

Martina echó mano a sus alforjas que se hallaban colgadas de un árbol, sacó de ellas una caldera, la llenó de agua y la colocó al fuego con el propósito de cebar mate.

—¿Con que ustedes son los salvajes unitarios que me ha recomendado el señor Prior?

—Si señor, contestó uno de los jóvenes, honrando con el tratamiento al traje masculino que vestía la Chapanay.

—Nosotros mismos, agregó el otro. Hasta ayer hemos permanecido ocultos en el Convento, desde el día que entramos en la Capital heridos en la batalla de Angaco; pero el decreto del Gobernador nos ha colocado en el caso de aventurarnos a huir antes que continuar comprometiendo la tranquilidad de los santos varones, bajo cuyos reservados auspicios hemos podido curar nuestras heridas.

—Aun cuando en mi entrevista con el señor Prior, repuso Martina, me fueron declarados los nombres de ustedes, no los recuerdo.

—Yo soy el teniente coronel Jacobo Yaques, dijo el mas bizarro.

—Yo soy Pablo Buter, sargento mayor, añadió el otro.

—Los dos porteños ¿no es verdad?

—Los dos, contestó Yaques.

Así que el agua hubo hervido, Martina empezó a servirles mate a sus visitantes, mientras seguía conversando con ellos.

—No veo por aquí la balsa que nos trasladará a la otra orilla, dijo el teniente coronel, escrutando los bordes del río.

—Es que está aquí afirmó la Chapanay, señalando la fogata.

—¿En el fueog?

—Si señor. El Gobernador me había llamado justamente para ordenarme que tuviera la balsa lista, por si era necesario perseguir a álguien que intentara salir de la capital sin permiso de la

policía, pero unos soldados que recorrían esta tarde la costa del río, me la han destruido a hachazos. Y la he echado al fuego para evitarme el trabajo de juntar leña. La autoridad no debe tener mucha confianza en mí para que la ayude en este caso. Y no se equivoca al sospechar esto. Yo no sé que es eso de "federales" y de "unitarios", pero veo que todos son de mi misma tierra, y que los unos persiguen a los otros. Alguien ha de haber que ruegue por los que caigan en mayor desgracia y los ayude. Esto es lo que yo creo que me corresponde hacer a mí. Justamente hoy, al cerrar la noche, pasé al otro lado del río a cuatro hombres que fueron soldados del general Acha.

—¿Y de qué medio se valió usted?—preguntó Yaques.

—Del mismo que me voy a valer para pasarlos a ustedes. Me parece que ya es tiempo. Desensillen ustedes y suelten los caballos al campo.

—¿Y cómo seguiremos luego nuestro viaje?

—De aquella parte del río tengo yo caballos gordos.

—¿Y nuestra ropa? ¿Y nuestras monturas?

—Todo eso lo llevaremos aquí.

Y la Chapanay presentó a los jóvenes una gran bolsa, dentro de la cual se pusieron, después de liadas, las monturas. A su indicación, los oficiales se habían despojado de sus vestidos. Y se tenían al lado del fuego apenas tapados con sus ponchos, sin hacer nuevas preguntas, temiendo que ellas fueran interpretadas como hijas de la desconfianza o el miedo.

Entretanto, Martina, vuelta de espaldas, se desvistió a su vez y se cubrió con un improvisado taparrabos de lona que sacó de su montura. Dejó en libertad a su caballo, introdujo en la bolsa su ropa y la de los jóvenes, y extrajo de entre sus aperos—que fueron también a la bolsa—dos amplios cuernos que le servían de chifles. Luego, dirigiéndose a sus interlocutores, les dijo:

—Estos chifles, me sirven como un elemento de transporte. En cuanto a esta bolsa, tiene para mí un valor inapreciable. Hace algunos años les salvé la vida a dos extranjeros a quienes unos bandoleros iban a asaltar en una encrucijada. Uno de ellos me obligó a que aceptase, como recuerdo, una hermosísima capa de goma, acaso la única que hubiera por entonces en el país, haciéndome notar que era impermeable. Como yo no le tengo miedo al agua, la he convertido en maleta para estos casos.

Llamó a sus perros y montó al Niñito sobre el lomo del Oso, atándolo a él con un pañuelo.

—Ahora, continuó; usted, señor teniente coronel, se colocará a la derecha, agarrándose con la mano izquierda de mi trenza, mientras que con la otra conservará usted, debajo del sobaco, uno de estos chifles que están vacíos y muy bien tapados. En cuanto a usted, mi Sargento Mayor, hará lo mismo del otro lado. No tenga ningún temor por mi pelo que es de una resistencia extraordinaria, gracias a la parte de sangre india que llevo en las venas. La creciente del río en grande, y el tirón hasta la otra orilla es mas que regular. No se sorprendan de verme como perdida en el agua, pues si llego a dejar la línea recta, será para cortar la corriente o dispararles a los remansos. Otra advertencia: cuiden de no soltar los chifles; éstos les aliviarán el peso.

Como se vé, la inculca Chapanay había adquirido, en lidia con el elemento que ahora iba desafiar, embrionarias pero útiles nociones de hidrostática.

Su arrojada empresa, a la que, por otra parte, estaba acostumbrada, alcanzó pleno éxito. La barca humana se echó al agua llevando sobre sus espaldas, y prendidos de sus trenzas a los dos oficiales. La bolsa con los efectos iba remolcada por sus dientes.

El Oso nadaba a retaguardia.

La Chapanay luchó hábilmente con las aguas, que desde su niñez le eran familiares, y nadando como un tiburón, llegó al borde opuesto.

Una vez en tierra, y vestidos todos de nuevo, oyóse a la distancia el ruido de un cencerro.

—Es el de la yegua madrina de mi tropilla, explicó Martina. La dejé ayer atada para que los caballos no se alejasen.

—¿Y esa confianza, preguntó Yaques, no le da a Vd. malos resultados?

—No; porque el gauchaje de este pago me conoce y me respeta. Además, quien halle mis caballos, ha de suponer que yo no ~~no~~ estoy muy lejos..

Tomó los frenos, se dirigió a lo interior de un bosquecillo, y á poco volvió conduciendo tres buenos caballos. Conmovidos los jóvenes por la generosidad y el arrojo de aquella mujer que acababa de salvarlos de caer en poder de los secuaces del tirano, es decir, de ser condenados a muerte, quisieron demostrarle su agradecimiento y su admiración por las extraordinarias aptitudes de serenidad, de resistencia y de tino que acababa de demostrar en su servicio. Ambos le ofrecieron sus relojes de oro como obsequio.

—¡Ah, eso no! contestó aquella. La recompensa de mi servicio está en el placer mismo de haberlo hecho. Ya el señor Prior quiso darme una gratificación, y recibí esta misma contestación. Si algún día volviéramos a encontrarnos por el mundo, y ustedes necesitaran ocuparme como campeadora, tendrían que pagarme mi trabajo, pues de él vivo. Pero lo que llevo a cabo para satisfacción de mi conciencia no lo vendo. Ustedes ignoran, por otra parte, los contratiempos que los esperan en el viaje, y acaso esas alhajas pueden servirles más adelante, en caso de urgentes necesidades. Ahora me dirán ustedes a que punto piensan dirigir la marcha, porque no es aquí donde habremos de separarnos.

No sin escrúpulos, los jóvenes aceptaron el ofrecimiento que de acompañarlos hasta mas adelante les hacia la Chapanay. Temían abusar de la buena voluntad de su bienhechora, substrayéndola por tanto tiempo de sus ocupaciones habituales y haciendo que se alejase tanto de su residencia; pero ella les demostró la posibilidad de extraviarse, y lo difícil de encontrar recursos de sostenimiento para ellos y sus cabalgaduras, si no eran guiados por alguien que conociera a fondo las serranías circundantes. Además, la brava mujer ponía una generosidad tan espontánea y evidente en su empeño de dejarlos completamente a salvo, que los fugitivos depusieron toda vacilación, y consintieron, cada vez mas reconocidos, en seguir viaje bajo la protección de la Chapanay.

—¿Adónde piensan ustedes dirigirse?

—A la provincia de San Luis, dijo Buter.

—¿A cual departamento?

—Al de Renca, agregó el mismo. Allí cuento con la protección que habrá de dispensarme el cura del lugar. Es mi tío carnal y me distinguió desde niño. Es, además, federal a toda prueba, y no será difícil que sus feligreses, que no nos conocen, nos tomen también por buenos federales. Espiaremos la ocasión, y cuando

esta se presente, bajaremos al litoral y nos trasladaremos a Montevideo.

Los tres, emprendieron, pues, marcha hacia San Luis.

Quince días después, hallábase ya la Chapanay de regreso en sus campos. Se había separado de sus protegidos, dejándolos en salvo, con sincera emoción, pues el agradecimiento que le habían demostrado aquellos, fué tan afectuoso y tan vehemente, que la conmovió.

Quiso volver a ver las tristes tapias de la que fué su casa paterna, y se dirigió a las lagunas después de haberse tomado un largo descanso. Mujer de una fuerza de voluntad admirable, como se ha visto, sus proyectos eran inmediatamente seguidos de actos. No había olvidado que los habitantes de los alrededores de la laguna del Rosario, la arrojaron ignominiosamente de su rincón nativo, y esta herida sangraba todavía en lo íntimo de su ser. A la fecha, los que entonces la humillaron y la repudiaron, debían saber como se había redimido ella de sus antiguas culpas, y hasta qué punto se había sacrificado, durante años, por el bien de los demás. Se le debía un desagravio y quiso recibirlo.

Lo recibió en efecto, pues apenas hubo llegado a las Lagunas, sus conterráneos se apresuraron a saludarla y agasajarla. Ya se conocían allí sus hazañas, y ahora los laguneros se enorgullecían de ella, mirándola con admiración y respeto. Pusieron a su disposición una casita de barro, de las mejores del lugar, pero ella prefirió alojarse entre los escombros de la que fué la vivienda de sus padres en donde permaneció quince días, con la ilusión de que las sombras de estos, venían por las noches a aplaudirla y alentarla.

---

Cuarenta y cuatro años pasaron. Martina Chapanay había envejecido pues, y en 1874 cumplía sus sesenta y seis años de edad.

Agobiada por la edad, por el desgaste que en su organismo había producido la ruda existencia que llevó, y atormentada por los dolores de sus viejas heridas, Martina fué poco a poco debilitándose y postrándose. Ya su brazo no podía manejar el lazo ni las boleadoras como en mejores días; ya no le era dado empuñar las riendas de un potro indómito; ya no podía entregarse a sus largas correrías por el campo arido y desierto, desafiando el sol y la lluvia, y durmiendo al aire libre bajo las estrellas. Sus nobles compañeros de aventuras, el Oso y el Niño habían muerto hacía ya mucho tiempo. Condenada a la inacción, la inquieta mujer a quien antes el mundo le parecía estrecho, veíase ahora reducida a yerbatear en los fogones, a tejer algunas toscas randas en cuya confección la inició la Sra. Sánchez, y a vivir recordando.

Todavía montaba a caballo de vez en cuando, pero no se alejaba casi de los Departamentos, a no ser para ir a reavivar las luces que mantenía encendidas en ciertos puntos, por la paz de las ánimas. Su gran preocupación, su gran esperanza, consistía en recobrar fuerzas suficientes para hacer un largo viaje en cumplimiento de una antigua promesa.

El invierno del año 1874 se presentó crudo, e influyó muy perjudicialmente sobre su salud. A fines de Julio de aquel año, pudo, sin embargo, trasladarse a Mogna. Allí residía una india de su misma edad, con quien la ligaba una antigua y cariñosa amistad.

—Esta será la última vez que monte a caballo, y esta choza mi último asilo, dijo, al llegar, la Chapanay.

Con esta fiel amiga contaba nuestra heroína para cumplir ciertas promesas que se creía en el deber de realizar, antes de desaparecer de la tierra. A ella se confió y le pidió ayuda. Le dijo que deseaba hablar con el sacerdote que se hallara más próximo para hacerle una importante revelación. Era, pues, indispensable, que la india se llegara hasta Jáchal, a suplicarle al cura de aquella villa, que se tomase el trabajo de venir a verla.

—Aparte de este servicio inestimable, — concluyó, — le pido que Vd., que seguramente cerrará mis ojos, se quede con mi caballo y con mi apero. Es lo mejor que tengo....

La buena india asintió al pedido de su amiga, y aquella misma tarde se puso en camino para Jáchal.

Martina quedó sola; tan sola, como cuando escalaba la cumbre de los cerros persiguiendo guanacos. Reflexionaba en su melancólico fin, que presentía ya próximo, y volvía todas sus esperanzas hacia Dios. Si había venido a concluir los días en este rincón de la provincia, tan lejano de aquel en que nació, era porque no quería ofrecer a sus conterráneos, los laguneros, el espectáculo de su decadencia y de su ancianidad, y también porque no había podido olvidar ni perdonar del todo, la humillación injusta que aquéllos le inflingieron, expulsándola del pedazo de tierra en que vió la luz, cuando ella iba a llorar, a rezar y formar sobre él propósitos generosos y nobles.

Tres días pasaron, y la india no regresaba. La espera se volvía angustiada para la Chapanay, que se debilitaba cada vez más. Caía la tarde de uno de esos días, y la abandonada mujer se hallaba entregada a una verdadera crisis de tristeza, bajo la luz del crepúsculo que siempre fué para ella desconsoladora y oprimiente, cuando se oyó en la puerta una tocesilla.

—¡Ave María!

—¡Sin pecado concebida! ¡Adelante!

Un sacerdote capuchino entró en el cuartujo. Sus hábitos roídos y sus sandalias desgarradas, denotaban pobreza. Una barba blanca le cubría el rostro.

Pidió permiso para descansar, y ante la respuesta afirmativa y deferente de la enferma, depositó en el suelo un saco que llevaba al hombro, y un alto báculo en que se apoyaba. Luego preguntó:

—¿Está usted enferma hermana?

—Muy enferma, señor... Por eso he mandado suplicar a su paternidad que viniese a verme. Necesito su auxilio espiritual, y necesito además hablarle de algo que pertenece a la iglesia. ¿No le ha dicho a su paternidad, mi compañera, que yo pagaría el coche en que viniera?

—¡Un coche!... ¿Para mi? ¿Su compañera de usted?...

—¿No ha venido ella con usted?

—Vd. se engaña hermana. Yo he venido solo.

—¿Luego su paternidad no es el cura de Jáchal?

—No, hermana. Yo soy un peregrino. Cumplo una promesa, y por eso he pasado la cordillera. Ahora me dirijo a Santiago del Estero, y si Dios me presta aliento iré luego a Tierra Santa. En mi juventud anduve por estas comarcas, y he seguido este camino para volver a verlas.

—¡Ojalá hubiera yo sabido, repuso Martina, que traía su paternidad esta dirección! No estaría ahora penando por saber si



el cura de Jáchal llegará a tiempo o no, para restituirles las caravanas de las Virgen de Loreto...

—¿Cómo? ¿Las caravanas de la Virgen de Loreto?

El sacerdote se había inmutado, e hizo la pregunta anterior con tono ansioso.

—Si señor. Quiero devolvérselas por medio de un sacerdote; y si es posible en acto de confesión.

—¿Y cómo se hallan en poder de Vd.?... ¿Desde cuándo?, interrogó el capuchino con creciente ansiedad.

—Desde hace cuarenta y tantos años.

El sacerdote se puso pálido y se quedó mirando a la enferma con ojos anhelantes. De pronto exclamó:

—Vd. es Martina Chapanay...

—Si señor, respondió Martina sorprendida. ¿Cómo me conoce su paternidad?

—No me atrevo a decírtelo... Adivínalo tú misma... Interroga tu pasado de hace cuarenta y tantos años, recuerda la noche aquella en que fuimos sorprendidos a inmediaciones del Corral de Piedra. Tu no puedes haber olvidado que allí quedaron muertos varios de los nuestros, pero se salvaron Cuero y el Doctor... ¿Te acuerdas del Doctor?

—¡Oh!, si me acuerdo!

—Pues bien, el Doctor fué rodeado en la espesura de un matorral; allí debió morir, pues los soldados que lo perseguían lo alcanzaban ya... Pero el Doctor, que era un sacrilegio, y tenía miedo de morir, invocó la Santa Gracia de la Virgen de Loreto... de la misma virgen que había profanado... Entonces ocurrió un milagro... Pareció que las ramas se inclinaban para ocultar al sacrilego y éste pudo escapar. El sable de los soldados derribaba hojas y gajos, las balas zumbaban sobre su cabeza, pero la vida del miserable estaba salvaguardada por la Virgen... Los soldados se retiraron sin descubrirlo. ¿Y de tí, que fuí de tí, Martina? Porque tú eres Martina Chapanay... Los años te han arrujado el rostro y te han apagado los ojos. Eres el espectro de lo que fuiste, pero no hay duda, eres Martina Chapanay...

—¡Señor! si su paternidad quiere explicaciones, dígnese decirme quién es usted....

—¿No lo has sospechado? ¡Y bien! ¡Soy el Doctor!

—¡Ah! ¡Maldito!

Medió un rato de silencio.

Martina, que al proferir su imprecación había intentado eruirse sobre la cama, yacía ahora de espaldas, pálida, inmóvil, con las manos crispadas, cual si hubiera querido echar garra sobre algo. El sacerdote oraba de rodillas, haciéndole aire con una manga de su sayal.

Cuando aquélla volvió en sí, éste bajó la vista y cruzó humildemente los brazos sobre el pecho.

—¡Perdón padre mío!...

—Nadie tiene más necesidad de él que yo, hermana! Comprendo el horror que te he inspirado. Era todo nuestro pasado de oprobio y delito el que ante tí aparecía en mi, justamente cuando tu alma empezaba a serenarse por la contrición.... Y ahora, dime cómo se hallan en tu poder las caravanas de la Virgen de Loreto que yo robé. Es necesario que me ayudes a reparar mi sacrilegio.

Martina le explicó entonces al franciscano cómo Cruz Cuero

le había dado a guardar las caravanas, mientras que él, por su parte, se reservaba el crucifijo; cómo había podido sustraerlas a los registros que se le hicieron cuando cayó presa, ocultándolas en el interior de un yesquero de cola de quirquincho; cómo, desde entonces, no se había separado de ellas ni un sólo instante, a través de todas las vicisitudes de su agitada vida, acariciando el propósito de restituirlas un día a la imágen a la cual le fueron sustraídas, y conservándolas, entre tanto, como el más precioso de los amuletos. Durante largo tiempo había abrigado la esperanza de que una casualidad milagrosa la hiciera recuperar el crucifijo, pero ahora esa esperanza se había desvanecido, después de cuarenta años de muerto Cuero, sobre cuyo cadáver nada encontró la autoridad.

—Cuero no murió en la sorpresa de Ullún, hermana. Murió mucho después, en Santiago de Chile, adonde huyó. Su astucia lo hizo desconfiar de la cita que tu le dabas, y a último momento resolvió quedarse en el camino, aguardando el regreso de la banda que avanzó hasta el rancho y cayó en la celada. Conozco este y los demás hechos posteriores de Cuero, por la mujer con quien este se casó en Chile, y a la cual, por maravillosa casualidad, conocí en un trance supremo.

Y el sacerdote, a su vez, le refirió a su cómplice de otros tiempos, su escapada de la sorpresa de Cruz de Piedra, en la que, a punto de caer en manos de los gendarmes, invocó la protección de la Virgen de Loreto y fué salvado; su arrepentimiento sincero, cuando se encontró solo otra vez, frente a las empinadas crestas del Tontal; su propósito de renunciar a tan miserable vida y consagrarse a Dios; su viaje a Chile, venciendo dificultades sin cuento, y su ingreso al Convento de los Franciscanos, tras largas penitencias y pruebas que acreditaran su contrición y su fe. Le relató, por último, su encuentro con la mujer de Cruz Cuero, cuatro años más tarde, cuando ya ordenado sacerdote, pasaba una mañana por una calle de los suburbios de Santiago. Solicitado con urgencia para auxiliar a un moribundo, se encontró en una pocilga ante un hombre lleno de sangre que, en efecto, parecía próximo a expirar. Le explicó lo ocurrido la mujer que lo había llamado, que era la del moribundo. Cuando éste se emborrachaba tenía la manía de poner de manifiesto un crucifijo de oro que llevaba colgado siempre del cuello. Se trataba de una prenda de gran valor, que había despertado la codicia de unos cuantos rotos que con él bebían poco antes, y que lo atacaron a mano armada para quitárselo. El atacado se defendió, y aunque muy mal herido, pudo llegar hasta su casa sin perder el crucifijo.

—Ya imaginarás, hermana, prosiguió el franciscano, la emoción que yo experimenté al oír aquello. El moribundo no podía ser otro que Cruz Cuero... Me aproximé a él y lo examiné de cerca. ¡Era él! Lo reconocí a pesar de las marcas de destrucción que el tiempo, el vicio y las heridas, habían impreso en su cara. Sus dos manos estaban crispadas a la altura de la garganta, sobre un crucifijo. ¡Sobre el crucifijo de Nuestra Señora de Loreto! Reconocí la voluntad de la Divina Providencia en este encuentro, y más todavía cuando la mujer de Cuero me explicó que él mismo había pedido un sacerdote momentos antes, encargando que se le entregara el crucifijo al que viniera, y se le rogara devolverlo a la iglesia argentina de donde fué robado... Dios había querido que fuera yo, el mismo ladrón, el

que llevase a cabo la restitución... Auxilié la agonía de nuestro antiguo capitán, que no recobró el conocimiento. Impuse a mi superior de lo que ocurría, pidiéndole autorización para hacer el viaje, primero a Santiago del Estero, y luego a Tierra Santa. Previa intervención de las autoridades, el crucifijo fué puesto en mi poder, y aquí me tienes, hermana, en camino para cumplir mi supremo acto de expiación...

Tantas emociones, tantas evocaciones dolorosas y siniestras, habían vuelto a prostrar a Martina, que escuchaba la relación del sacerdote con la respiración anhelante y entrecortada.

—¡Padre! exclamó. Yo siento que también mi fin se acerca. He sido criminal, pero hice cuanto pude por reparar mis faltas y confío en la misericordia infinita de Dios... La mensajera que mandé a buscar al cura de Jáchal no vuelve, y mis fuerzas se acaban... Deseo que su paternidad me oiga en confesión...

Lo hizo así el sacerdote, y cuando la enferma hubo cumplido penosamente con el precepto cristiano, pues su vida se extinguía sin remedio, le indicó a su confesor un cinturón que guardaba bajo la almohada. Dentro de un bolsillo estaban las caravanas de la Virgen de Loreto, y cincuenta onzas de oro.

—Llévelas, Padre, junto con el crucifijo, alcanzó a decir la Chapanay con voz apenas perceptible, y devuélvaselas a la Santa Virgen... De ese dinero, que es adquirido honradamente a fuerza de largas privaciones y trabajos, quiero que se le dé una onza a la mujer que me ha alojado aquí, y que lo demás se destine a levantarle un altarcito a la Virgen, allá en su iglesia...

—¡Muere en paz Martina Chapanay!, repuso el sacerdote. ¡Dios te perdona...!

Y sacando de entre sus hábitos el crucifijo de oro, lo depositó sobre el pecho de la agonizante. Se puso en seguida de rodillas a su lado, y empezó a orar con fervor, en alta voz.

Hasta el amanecer veló el franciscano, a la luz de un candil de grasa, el cadáver de Martina. Salía el sol, cuando la dueña del rancho enviada en procura del cura de Jáchal, regresaba con la noticia de que, por hallarse enfermo, éste no había podido venir. Ayudó al sacerdote a preparar el entierro, y entrambos, secundados por los vecinos de la aldea, que bien pronto acudieron, depositaron los restos de la Chapanay en una sencilla fosa que Fray Eladio, cubrió con una laja blanca a guisa de lápida.

Aqueja tumba, que no ha necesitado inscripción para singularizarse, es señalada todavía en Mogna a los transeuntes, y en torno suyo han brotado, como flores silvestres, innumerables leyendas que cuentan las hazañas, nunca superadas, de la varonil bienhechora de las travesías...

Seis meses después, registraba "El Estandarte Apostólico", periódico que se publica en Roma bajo los auspicios de la Iglesia, esta noticia:

“Ha sido encontrado, próximo al Santo Sepulcro, el cadáver de un anciano sacerdote de la orden de los Franciscanos.

Se trata de un peregrino, que después de desempeñar en su país misiones piadosas de importancia, venía a cumplir una promesa en Jerusalén. Al pasar por Roma, entregó en el Vaticano, para servicio del culto, una contribución en dinero, procedente de limosnas colectadas por él. Se llamaba Eladio Bustillo”.

# **CUATRO NOCHES EN EL MAR**

---

NOVELA CORTA

---

**1886**

---



## CUATRO NOCHES EN EL MAR

Dificultades insuperables que en los últimos años han estorbado el libre ejercicio de mi voluntad, me impiden continuar las publicaciones que bajo el título de "Apuntes de un Proscrito" tengo dadas a luz en pequeñas entregas. La obrita que sigue, no se vincula directamente con dichos apuntes, pero alguna relación tiene con ellos. Debo dejar establecido que la historia que paso a relatar, llegó a mi conocimiento con posterioridad a mi retiro de la ciudad de La Paz de Ayacucho, asiento provisorio por entonces del Gobierno de Bolivia.

Después de algún tiempo de residencia en Lima, quise conocer el Ecuador. Aproveché, para satisfacer mi deseo, el viaje de un vapor de dimensiones colosales, llamado el "Sud Americano", que hacía la carrera de los puertos del Pacífico, desde el Callao hasta el Golfo de Panamá. Llevaba el propósito de no quedarme en Quito más de un par de meses, tiempo suficiente para visitar lo más importante del país: para saludar al Pichincha y para admirar al Chimborzo. Después, volvería al Perú.

---

Así que el "Sud Americano" levó anclas y nos dimos a la mar, los pasajeros que como yo se paseaban sobre cubierta, entraron en aquella fácil familiaridad que se establece a bordo. Un jóvez, como de veinte y cinco años que allí se hallaba, llamó desde el primer momento mi atención. Era un raro ejemplar de belleza masculina, cuyas maneras cultas, natural franqueza e insinuante palabra, le ganaron bien pronto la simpatía de todos sus compañeros de viaje. El contacto de la vida en común, facilitó mi rápida vinculación con el joven aquel. Pocas horas después de iniciada la navegación ya éramos amigos, gracias a una larga conversación en que nos descubrimos recíprocamente, gustos y sentimientos parecidos. El aspecto a un mismo tiempo enigmático y seductor del pasajero, había picado vivamente mi curiosidad, y me ingenié para averiguar algo de su vida, aventurando preguntas e insinuaciones discretas. Me encontré con un corazón dolorido, ansioso de consolarse con la confidencia, que se franqueó desde el primer momento. Fué así como pude conocer las intimidades de su existencia, que según va a verse, tenía todo el carácter y el sabor de una novela.

Cuando llegó la noche—una magnífica noche de luna—fuimos juntos después de cenar, a fumar un cigarro sobre cubierta. Y fué allí, donde Reynal, que así se llamaba el joven, me fué haciendo por partes, durante las cuatro noches que duró la travesía, el relato de su vida. Es el que voy a tratar de reconstruir ahora, evocando los recuerdos de mi lejana juventud.

Reynal iba a Guayaquil, de donde pasaría a Quito llamado por el arreglo de intereses. El mismo me explicó sus proyectos:

—Soy ecuatoriano, me dijo,—y apenas tengo familia. Mi padre era francés, mi madre ecuatoriana. Cuento veinticinco años, soy viudo y vivo para conservar la vida de una tierna criatura, fruto de un extravío a que me arrastró la fatalidad. Cuando haya cumplido esta misión, mis huesos tendrán sepultura en Francia.

Esta breve declaración, hecha con hondo sentimiento, excitó más y más mi curiosidad.

De mí, sabía ya Reynal que era argentino, y que los azares de la proscripción me había llevado a aquellas latitudes. Había oído hablar de Rosas; no ignoraba que este tenía sojuzgada y convertida a mi patria en un vasto cementerio, ni que la flor de la juventud de mi país se había refugiado en el extranjero para seguir combatiendo al tirano desde afuera, por la propaganda hablada y escrita, después de haberlo combatido desde adentro con las armas. Me fué grato comprobar que las iniquidades del bárbaro se conocían por allí, a pesar de los periódicos que, asalariados por él, trataban de disculparlo y aun de engrandecerlo. Yo acabé de informar a mi nuevo amigo sobre el particular, y le expliqué que me dirigía el Ecuador solo para conocer este país; debiendo luego regresar al Cuzco, en donde nos encontraríamos con un antiguo compañero de armas en el ejército de Lavalle, con quien, después de nuestras infortunadas campañas contra el tirano, habíamos contraído el compromiso mutuo de ayudarnos y sostenernos en el destierro.

Lanzados ya en la vía de las confidencias, conté yo mis penas y mis esperanzas. Con el corazón sangrando todavía, Reynal me refirió su tragedia íntima. Para referírsela yo a mi vez al lector, voy a procurar dar aquí forma a lo que escuché de sus labios durante aquellas "cuatro noches en el mar".

---

Era hijo Reynal de un ciudadano francés que había hecho fortuna en Guayaquil. Había venido al mundo bajo malos auspicios; pues su madre falleció al darlo a luz. El recordaba con amargura esta circunstancia, repitiendo este fragmento que leyera de niño en un viejo romance:

El darme vida, la suya  
a mi madre le costó,  
que no perdona la muerte  
ni a la hermosura mayor.

Cuando el niño tenía diez años, observando su padre la inclinación que demostraba al estudio, resolvió enviarlo a Francia, y allá lo colocó como interno en un colegio. Cumplía apenas veinte años cuando recibió una carta en la que se le ordenaba su inmediato regreso a la patria. El estado de la salud de su padre era alarmante, y sus intereses requerían la atención de un miembro de la familia. Cuando el niño arribó a Quito, el anciano había muerto. Se encontró, pues, sólo en la casa en que transcurrió su infancia. El mismo destino infausto que lo había privado del primer beso de su madre, lo privó también de la última bendición del padre...

Aislado en su propio país, resolvió realizar los bienes que le tocaran en herencia, y se entregó sin demora a esta tarea, que calculó no podría terminar en menos de dos años. Debien-



do permanecer todo este tiempo en Quito, juzgó conveniente entrar en relaciones con aquellos antiguos amigos de su padre que se habían mostrado corteses para con él, a su regreso de Francia.

Se aproximaba la fiesta de Navidad, y la población entera se preparaba a celebrarla con Nacimientos. Los Nacimientos eran en el Ecuador, entonces, una especie de institución nacional. Desde la casa más poderosa hasta la más humilde cabaña, todas arreglaban sus Nacimientos, fastuosos o modestos, según los medios de cada cual. El Nacimiento era allí la fiesta por excelencia, y en confeccionarlo se empleaba todo el arte decorativo de que aquel pueblo era capaz, y todos los elementos ornamentales que en la ciudad pudieran encontrarse.

Cierta señora de Vargas, antigua amiga de la madre de Reynal, fué una de las personas que con más efusión saludó al joven a su vuelta a la patria. En homenaje a la sólida amistad que vinculó siempre a ambas familias, quiso Reynal hacerle, a la señora de Vargas, un obsequio que suponía con fundamento había de serle grato. Tenía dicha señora una verdadera pasión por los Nacimientos. Reynal había traído de Europa una novedad curiosa: una especie de cortina mecánica que, movida por resortes, hacía desfilar ante la vista del espectador panoramas, escenas y paisajes variados. Semejante aparato resultaba admirablemente apropiado para adornar un Nacimiento. Su poseedor lo ofreció como presente a la Sra. de Vargas.

Pero para que aprendiera a manejarlo, se hizo necesario que el obsequiante fuera en persona a enseñarle la maniobra. Con motivo de esta visita, trabó un conocimiento inesperado.

Hallábase ocupado en poner a su amiga al corriente del manejo de la cortina, cuando se presentó una visita que la dueña de casa se apresuró a presentarle. Era una hermosa joven que podría contar veinte y dos años. Se llamaba Amalia de Melean, y su arrogante belleza impresionó a Reynal.

No tardó en establecerse la cordialidad entre los presentes. El joven hizo gala de cortesía para con la recién llegada, ante la cual se sentía a un mismo tiempo fascinado y temeroso. Y las horas que transcurrieron entre explicaciones relativas a la cortina, entre charlas sobre las cosas de París que refirió Reynal y las cosas de Quito que relataron las señoras, contribuyeron a estrechar la relación. Nuestro héroe sentíase cada vez más dominado por la curiosa influencia que sobre él ejercían los ojos de la joven. En efecto, Amalia de Melean tenía una manera de mirarlo a la vez imperiosa y provocativa, que daba al traste con su habitual aplomo. Se encontraba sin duda en presencia de una de esas "mujeres fatales", que hasta entonces no le había sido dado encontrar sino en las novelas....

Cuando llegó el momento de separarse, Amalia se mostró particularmente insinuante y expresiva con su nuevo amigo. Le ofreció su casa y comprometió su visita para en brevè, así que ella regresase de un corto viaje de inspección que debía emprender ese mismo día a una de sus haciendas. Luego, aprovechando un momento en que la Sra. de Vargas llamada por una atención doméstica, los había dejado solos, se desprendió de los cabellos una diámena conque los tenía adornados, y se la ofreció a Reynal, cada vez más dominado por el extraño y provocador encanto de Amalia.

—Se la devolveré a Vd. seca... atinó a decir aquél.

Después se separaron. El joven quedaba bajo el influjo de la

Sra. de Melean. No sabía él mismo si estaba enamorado, en el sentido profundo de la palabra. Pero sí sabía, que se hallaba perturbado por la voluptuosa seducción, por la coquetería autoritaria y atrevida, por la incitante feminidad de aquella belleza tropical.

Cuatro días más tarde, presentábase Reynal de visita en casa de la señora de Vargas. Iba ansioso de saber detalles sobre el estado, el carácter y la vida de Amalia, en quien no había dejado de pensar desde que la conoció. Pero su decepción fué grande, cuando a sus preguntas disimuladas, contestó su amiga con vaguedades. Al cabo de una larga visita, no había logrado saber sobre Amalia mucho más de lo que ya sabía, y hubo de resignarse a esperar el regreso de ésta.

Amalia había dicho que se hallaría de vuelta para la Pascua. Hasta esta fecha aguardó Reynal, siempre poseído por aquella especie de embriaguez que dominaba su imaginación y sus sentidos, cuando evocaba la rara mezcla de arrogancia y cortesía, de calor y de frescura, de brusquedad y de dulzura que constituían la personalidad de la ausente. La fecha llegó por fin: era el 25 de Diciembre de 1842, y Reynal se presentó en la casa cuyas señas le diera Amalia en su entrevista primera.

Se encontró con ella sentada delante de la puerta de calle, hacia la parte interior del umbral, conforme a una generalizada costumbre local, y se apresuró a saludarla con efusión.

—¿Cómo le ha ido a Vd. en su ausencia? le preguntó. Y en su impaciencia por entrar a conversar de lo que a él le interesaba, añadió sin esperar respuesta:

—Mucho le he recordado a Vd. durante estos días, Amalia...

Estaba encantadora. La expresión de su cara era más dulce, sus modales más recatados, su manera de hablar armoniosa y apacible, sin aquella desenvoltura insinuante e imperiosa, que en la primera conversación impresionó tanto al jóven. Una expresión general de serenidad y de decoro, había substituído a la exhuberancia anterior.

—Amalia, siguió Reynal—¿No tiene Vd. algo que cobrarme? me? ¿No tengo yo algo que devolverle?

—¿Algo que devolverme a mi? Creo que no... Pero yo si tengo algo que cobrarle a Vd.: mi nombre.

—¿Su nombre de Vd.? No comprendo... De todas maneras, aquí tiene Vd. la diamela que prometí restituírle seca.

La jóven recibió la flor y dijo sonriendo con aire intencionado:

—Guardaré el depósito para entregárselo a mi hermana.

—¿A su hermana de Vd.? ¿Cómo! ¿No es Vd. la Sra. de Melean?.

—No señor, soy su hermana.

—Señora... señorita... mil perdones por mi error. Pero es que hay entre Vds. un parecido sorprendente, increíble, desconcertante...

—Somo mellizas, señor, y esto lo explica todo. Por lo demás, está Vd. disculpado.

—¿Hasta el timbre de la voz...! Hasta... Reynal se detuvo cortado y estupefacto.

Compadecida sin duda de su situación un tanto ridícula, su interlocutora añadió cortesmente:

—Yo soy Amalia Cabot, señor. A quien Vd. conoce es a mi hermana Amalia. Su error de Vd. no me sorprende, pues suelen in-

currir en él muchas personas. Ya ve Vd.: nos parecemos hasta en el nombre de pila, por voluntad de nuestro padre que quiso que también se asemejaran. Amalia, que es viuda, vive en la casa de al lado, y esto es seguramente lo que ha determinado su equivocación.

Retrocedió Reynal hasta el medio de la vereda, y levantó la cabeza para mirar las fachadas de las dos casas contiguas. En efecto, sobre el portal de la vecina se destacaba un escudo en relieve. Era el del difunto marqués de Melean, según supo aquel más tarde, noble espoñal, esposo ya difunto de Amalia.

Quiso Reynal insistir en sus excusas ante Amelia, y es seguro que ésta sintió placer en excusarle, pues llamó un indiecillo sirviente y le ordenó traer un asiento para la visita. Esta conversación se prolongó durante horas, y las primeras impresiones del joven se confirmaron; Amelia era la más angelical de las criaturas. Su contraste moral con Amalia era tan profundo como era sorprendente la identidad física de ambas. La naturaleza parecía haberse complacido en personificar en estas dos hermanas, a un mismo tiempo las armonías y las oposiciones que aproximan o separan entre sí a los distintos individuos de la especie humana.

Ostentando en el rostro, en el cuerpo, en las maneras, hasta en el timbre de su voz, similitudes perfectas, Amalia y Amelia aparecían, en cuanto a ideas y sentimientos, separadas por un abismo. Lejos de tener el aspecto dominante, sensual y provocativo de Amalia, tenía Amelia una suavidad y una ternura, una placidez y una nobleza de irresistible encanto. Si Amalia excitaba el deseo, Amelia inspiraba adoración. ¡Que dulce, que buena debía ser para compañera en la jornada de la vida!

Cuando conoció a Amalia, Reynal se sintió fascinado. Ahora, ante Amelia, se sentía penetrado por una emoción dulcísima, sin mezcla de pensamientos impuros. Además de la belleza, esta mujer era el bien y la bondad; así como la otra era la imagen del pecado unido a la belleza.

Sucedió, pues, lo inevitable: nuestro héroe se sintió enamorado de Amelia y estimulado por la benevolencia de ésta, le declaró su amor. Vanos fueron los reparos que la muchacha le opuso. Vanos y débiles, pues ella misma, que conocía ya de nombre y de oídas a Reynal, había sentido despertarse también en su alma una inclinación incontenible hacia él.

—Lo que Vd. afirma es imposible, le decía. Vd. me conoce apenas, y temería que intentase burlarse de mí, haciendo camino sobre una diamela marchita, si no supiera de antemano que estoy tratando con un caballero.

—¡No! ¡no es imposible!, respondía él. Nuestro corazón tiene estos misterios. Los amores súbitos como el que yo experimento ahora, suelen ser los más reales, los más profundos y los más duraderos. Póngame Vd. a prueba si quiere; pero no me rechace ni dude de mi sinceridad.

La resistencia de Amelia fué vencida, puesto que la muchacha se debatía contrariando a su propio corazón. Tuvo, sin embargo, tino para aceptar la prueba que Reynal le ofrecía, y le prometió que si su amor perduraba igualmente intenso al cabo de dos años, sería su esposa.

Al separarse de su amada, cuando caía ya el crepúsculo, Reynal desprendió de su corbata una esmeralda, y se la ofreció:

—Guarde Vd. esta piedra, le dijo, como un símbolo de mis es-

peranzas y como una prenda del compromiso con que nos hemos unido. Si en el transcurso de los dos años de prueba a que quedo sometido, la fatalidad me hiciese víctima de algún extravío, prométame Vd. no condenarme sin prestar ante mis ojos esta prenda. Estoy seguro de que ella me iluminaría en mi momentánea locura...

—Recibo la esmeralda, respondió Amelia, y prometo en nombre de la Virgen, no separarme de ella sino en el caso de que Vd. faltara a nuestro compromiso.

Se dijeron hasta la vista, transportados ambos de dicha y esperanza. Reynal debía volver a visitar a la que desde quel instante era su prometida, el día de Reyes. Entonces Amelia lo presentaría a su madre, y las relaciones oficiales quedarían establecidas. Se daban la mano por última vez, cuando el joven notó que Amelia conservaba la diamela que antes le entregara.

—¿Por qué no rompe Vd. esa flor? la interrogó.

—¿Romperla? ¿Para qué? Voy a devolvérsela yo misma a Amalia de parte de Vd., pues no es mi intención ocultarle a ella nuestra entrevista.

Cuando Reynal se retiraba, creyó oír la voz de Amalia. Era que, en efecto, esta acababa de entrar a la casa, por una puerta de comunicación interior.

Los días que siguieron, los vivió Reynal en medio de la exaltación y de los sueños. Era la primera vez que amaba de verdad, y su fantasía agujoneada por el sentimiento, se entregaba a toda clase de ilusiones y delirios. Largas pero gratas le parecieron las horas de espera que transcurrieron entre proyectos para el porvenir, evocaciones de la amada y recuerdos de su conversación con ella.

La víspera del tan esperado día de Reyes, su sirviente le llevó una carta. Desgarró con impaciencia el sobre, y leyó lo siguiente:

—“Apreciable Reynal. No venga Vd. mañana a casa como estaba acordado. Mi madre se resiste a recibirlo, fundándose en malos informes que, según dice, ha recibido con respecto a Vd. Pero mi amor se acrecienta con esta injusta resistencia, y he de vencer los obstáculos que se le oponen. Quiero verle y hablarle de cualquier modo. A espaldas de nuestra casa, y dando hacia la calle opuesta, hay otra que también nos pertenece. La reconocerá Vd. por una veleta que se levanta en el centro de la azotea. Allí le esperaré el lunes por la tarde. Devuélvame Vd. estas letras.—Amelia Cabot”

Esta misiva inesperada desconcertó y desilusionó un poco a Reynal. ¿Qué podía significar aquella resistencia de la madre de Amelia a recibirlo, y aquella cita clandestina que tan resuelta y espontáneamente le daba su amada? Inquieto y contrariado por el mensaje, escribió sin embargo al pie de la carta de Amelia:

“Iré.—Reynal”.

Luego la entregó, a guisa de respuesta al mensajero que la trajera.

El joven fué puntual a la cita. Llegó hasta la casa indicada en el billete, tratando de disimularse, y encontró franca la entrada. Amelia le esperaba en un gabinete adornado según el uso del país y de la época, con taburetes y biombos en profusión, que

se hallaba envuelto en una penumbra propicia para entrevistas de tal índole.

De la visita aquella salió Reynal más inquieto y desorientado todavía. Amelia le pareció muy distinta de la que días antes conociera y amara. No volvió a encontrar en ella la dulzura, la moderación, el recato y la nobleza que tanto lo habían seducido.

Su bello sueño se desvaneció. No cabía duda de que Amelia había disimulado su verdadera personalidad bajo formas fingidas, y que ahora se presentaba tal cual era: como una criatura caprichosa, frívola y sensual, harto hábil en las artes del disimulo. Sin embargo, era tan bella que nuestro héroe no pudo sustraerse a su poderoso encanto femenino y cerró los ojos ante los defectos que ahora le descubría, abandonándose a una pasión mucho menos idealizada y pura que la que antes concibió.

A esta cita siguiéronse otras. Por último entre ambos amantes quedó concertado un plan para verse regularmente en la casita de la veleta, que desde entonces quedó convertida en el albergue de sus amorés ilícitos.

Seis meses después, existía entre Amelia y Reynal una relación de hecho. Eran amantes, y Amelia no hablaba ya del proyecto matrimonial que planearon el día de su primera entrevista. Reynal por su parte, no había vuelto a aludir para nada a la esmeralda que como símbolo de su compromiso la ofreció. Ni uno ni otro se preocupaban del desenlace a que su situación irregular podría llegar, y el joven había concluido por dar su compromiso por tácitamente roto, desde que comprobó que Amelia estaba lejos de ser la niña pura e inviolada que él imaginó. Entretanto, ésta había seguido mostrándose muy distinta de la Amelia que encontró el primer día. Y Reynal, en el desencanto de su ideal burlado, sentía que un secreto desdén se mezclaba a la pasión voluptuosa que aquella le inspiraba ahora.

Cierto día recibió una invitación a almorzar de la señora Estela, que había seguido mostrándose con él amiga excelente, y la aceptó gustoso con la secreta esperanza de tener por ella noticias de Amalia, a quien no había vuelto a ver. Sus deseos quedaron satisfechos. En el cordial abandono de una conversación de sobremesa, la señora Estela le habló largamente de las dos mellizas.

Los antecedentes de Amalia, y el retrato que de ella hizo la señora Estela, resultaron para Reynal una revelación sorprendente. Según esta, era Amalia una mujer de instintos perversos y violentas pasiones, capaz de todas las perfidias. Para con su mismo marido, el marqués de Melean, se había mostrado en vida de este, cruel y taimada hasta el exceso. Era terriblemente celosa, y en Quito había quedado famosa cierta jugada que le hizo alguna vez a su marido, movida por los celos, y de la cual el pobre viejo estuvo a punto de salir inválido. A este concepto se debían las evasivas con que respondiera la señora Estela a las preguntas de Reynal, cuando éste, recién llegado a la ciudad, fué a inquirirle informes de la viuda.

En cambio, sobre Amelia la señora Estela se expresó en los términos más entusiastamente elogiosos que pudo encontrar, faltándole palabras para ponderar su rectitud de sentimientos, su modestia, su virtud y su abnegación para dedicarse al cuidado de su madre enferma. Reynal quedó perplejo. ¿Qué debía pensar de esta opinión sobre Amelia, él que tenía pruebas de su ligereza y de su hipocresía? Pensó que la señora Estela, y con ella toda la so-

ciudad de Quito, vivían engañadas sobre la verdadera personalidad de Amelia; pero no era él el indicado para poner en claro tan generalizado error, y guardó silencio. El concepto que allí se tenía de Amalia, debía ser igualmente equivocado. El león no era, de seguro, tan fiero como lo pintaban...

Pasaron algunos meses, y Reynal hastiado de una aventura que tan amarga decepción le había traído, pensaba en ausentarse de su patria y volver a Francia. Su indiferencia y su desvío fueron notados por Amelia que no se resignaba al abandono y protestaba contra él con vehemencia. Reynal persistía sin embargo en su propósito; apenas sus asuntos quedaran en regla, abandonaría para siempre el Ecuador.

Para distraer su aburrimiento, dedicábase ahora a la caza, y una mañana que se preparaba para salir al campo, le entregaron una carta de Amelia la segunda que de ella recibiera desde que la conoció. La carta decía:

—“Mi adorado Eleodoro. — Cuando las enfermedades del alma hacen sentir su rigor, solamente la piadosa palabra de los amigos puede proporcionarnos algún alivio. Yo me siento enferma y necesito ausentarme al campo por algún tiempo. Ojalá que la ausencia y el espectáculo de la naturaleza, vuelvan a darme la ilusión de que aún me quieres... No sé si habrán sido bastante las veces que te he dicho cuanto te adoro y hasta que punto me glorío de llamarme tuya, pero estoy segura de que necesito decirte algo nuevo, pues quien como yo se ha entregado tan por completo, nada puede ya dar, sino para pedirte un poco de lástima, un poco de mentira siquiera. Necesito aire y reposo, y habiendo conseguido de mi madre la licencia necesaria, me voy a la sierra acompañando a Amelia. Estaré allí seis o siete meses. He aquí ahora la súplica que te hago en nombre de mi inmenso amor: prométeme no ausentarte de Quito hasta dentro de dos años. Puesto que un día me has de abandonar, dame siquiera tiempo para ir preparándome a perderte. ¿Me lo prometes? Hasta la vuelta adorado mío. No dejes de contestarme aunque sea de palabra. Tuya—Amelia Cabot.”

El contenido y el tono de esta carta produjéronle a Reynal extrañeza y disgusto, chocándole sobre todo el cinismo inútil con que Amelia se proclamaba en ella su querida. No se explicaba cómo aquella Amelia recatada y digna de la entrevista inicial, podía haberse rebajado hasta gloriarse por escrito de su impudicia.

Llamó al portador de la misiva, y le dió la respuesta de palabra:

—Diga Ud. a quien lo envía que está bien. Que lleve buen viaje. Que por hallarme en este momento muy ocupado, no le contesto por escrito.

Tres meses después se pregonaba bajo los arcos de la casa Consistorial, a la vez que se reproducía manuscrito y se fijaba en las calles de la ciudad, un edicto expedido por el cuerpo municipal, previniendo a los habitantes todos del Ecuador, que al ciudadano Eleodoro Reynal, se le había sustraído una cantidad de dinero, y valiosos documentos por importe de más de cuarenta mil pesos. Según agregaba el edicto, la persona que diera noticia de dichos documentos, sería gratificada por el denunciante.

La forma en que el robo había sido perpetrado, era particular-

mente sañuda. Los sirvientes del damnificado fueron asaltados, maniatados y estropeados, y su galgo, hermoso perro que le acompañaba en sus excursiones de caza, amaneció colgado de un hinojero. Los ladrones se habían entretenido además, en destruir encarnizadamente todos los muebles y objetos de valor que no pudieron llevar. De manera que aquello pareció una venganza, más bien que un robo vulgar.

Una sospecha cruzó por el espíritu de Reynal: Amalia...

Si las gentes de la ciudad la tenían por mala, acaso fuese con razón después de todo. Ella era la única persona a quien Reynal había agraviado con su indiferencia.

¿Sería ella la que había tramado esta venganza?

La acción de la justicia, el constante afán con que un abogado la secundaba, y el interés público excitado, concurrieron durante algún tiempo a un sólo objeto: descubrir a los autores del sonado robo. Pero las investigaciones resultaron inútiles, y el misterio no se aclaró.

Algunos de los deudores de la víctima, procediendo con honradez y conciencia, reconocieron sus deudas, no obstante el extravío de los documentos que las acreditaban; pero lo más se atuvieron a la falta de los mismos y las dieron por canceladas. Con todo, la situación de Reynal no era tan mala, pues contaba con depósitos de importancia en dos bancos franceses. Además, en las gavetas violentadas, encontró unos mil pesos oro, que los ladrones le habían dejado como por lástima, y cual si hubieran querido que sólo le quedase lo estrictamente necesario para comer.

Entre tanto la fiesta de Navidad, tan celebrada por los ecuatorianos, había vuelto, y la ciudad presentaba su habitual aspecto de animación en tales días, en que el pueblo entero recorre las calles visitando los Nacimientos, entre bulliciosas manifestaciones de alegría.

La Pascua de Reyes, que marcaba para Reynal un aniversario inolvidable, llegó también, trayéndole evocaciones y recuerdos melancólicos. A ellos se hallaba entregado en el retiro de su casa, cuando le entregaron un billete que llevaba esta firma: "Amelia Cabot."

El desconcierto de Reynal fué grande, y en verdad, había motivo para ello, pues la letra no era la letra de Amelia que él conocía por cartas anteriores, una de las cuales conservaba en su cartera. Una sospecha angustiosa pasó por su imaginación, y echó mano a la carta en cuestión para cotejar su escritura con la que acababa de recibir. ¡Esas escrituras eran distantas! En cuanto al billete recién llegado, decía así:

Señor Eleodoro Reynal:

"Momentos antes o momentos después, o tal vez en los mismos momentos en que reciba Ud. la presente, habrán dado las cinco de la tarde. Se han cumplido, pues, los dos años de prueba a que Ud. quedó espontáneamente obligado; así como en el nombre de la Virgen María obligada quedé yo también. Puede Ud. venir ahora mismo a recojer la esmeralda que dejó en mi poder, y que yo no tengo ya motivo para retener. Rotos por la infidelidad de Ud. nuestros mútuos compromisos, la esmeralda debe volver a sus manos, y mi voluntad a su pleno ejercicio; aunque mi corazón quede esclavizado hasta la muerte. — Amelia Cabot."

El pobre hombre quedó anonadado. La carta anterior le revelaba bruscamente la diabólica intriga de que había sido tonta víc-

tima. Ahora comprendía el cambio de la que él tuvo hasta entonces por Amelia, su inexplicable conducta, su desenfado, su cinismo. Ahora comprendía que quien había fraguado aquella sustitución de personas era la pérfida, la perversa, la infernal Amalia...! ¡Y él, que en su fuero interno consideraba injusto el concepto de mala que sobre ella pesaba en Quito, mientras que reservaba para la que el creía Amelia todos sus desprecios secretos!

La casualidad siguió haciendo su obra para desatar esta madeja, pues justamente otro emisario con otra carta para Reynal se presentó en aquel momento. Estaba concebida en los siguientes términos:

“Adorado Eleodoro: ¡Albricias! — Ya estoy de vuelta y te traigo una prenda de inestimable valor. Te espero ahora mismo. Cuidado con faltar”. — Tuya: Amelia Cabot”.

En su ofuscación, en su cólera, en su urgencia por restablecer la verdad de las cosas, no supo Reynal en el primer momento que partido tomar: si ir a casa de Amalia para confundirla con sus reproches y con su desprecio, o ir a casa de Amelia para explicarle el enredo, pedirle perdón por su ligereza y reconquistar su confianza y su cariño, — si aún era tiempo. Optó por lo primero impulsado por la indignación, y a casa de Amalia se dirigió trémulo de ira.

Amalia lo recibió con un aire frío y digno.

—Satisfecho debe Ud. hallarse caballero — le dijo — de haber llevado la fidelidad que jurara, hasta el extremo de rematarla con el oprobio.

—¡Calla perversa! contestó Reynal fuera de sí ante la impavidez con que aquella mujer trataba de anticiparse a sus terribles cargos. Yo no vengo aquí a oír reproches; vengo a enrostrarte tu depravación y tu perfidia; vengo a escarnecerte, a vilipendiarte, a aplastarte con el peso de mi desprecio. Delante de tí no tienes sólo en este momento al amante burlado por la más inícuca traición, sino también al caballero que viene a castigar como merece a la más despreciable de las meretrices!

—¡Tenga Ud. la lengua señor!

—¡Ah, no! ¡Basta de simulaciones y de farsas! ¡Quién ha firmado, pérfida, estos papeles? Míralos y confúndete. Letras distintas con una misma firma... Ha llegado la hora en que todas tus satánicas intrigas queden en descubierto: — Amelia me espera... Amelia, inocente criatura a quien has encarnecido y me has hecho encarnecer, Amelia, ángel de pureza y de virtud, a cuyo lado nada me hubiera faltado en el mundo! — Sábelo, infame; yo la ví y la amé; tú me la arrebatastes, la escamoteastes, y en el lugar del ángel me encontré con un demonio! Pues bien; es necesario que me oigas: mi pensamiento, mi amor, han sido siempre suyos; tú no fuiste nunca más que su personera fraudulenta, sigo amándola a ella tanto como te aborrezco a tí...!

Impasible ante el furor de Reynal. Amalia respondió:

—Son las cinco... Consulte Ud. su reloj, señor Reynal; tal vez no sea mucha la diferencia que acuse con el de San Cristóbal, que es el que acaba de sonar. Hace dos años en este mismo día y a esta misma hora, aprovechaba Ud. este mismo equívoco para jurarle eterno amor a una mujer incauta que tuvo la ingenuidad de creerle.

Extrajo luego de su seno la esmeralda que el joven depositara dos años antes en manos de Amelia, y como si temiese quemarse con su contacto, se la devolvió. .



Una exclamación se escapó de labios de Reynal que quedó un momento absorto.

—¿Luego es Ud. Amelia?

—Soy Amelia.

—¿Dónde está entonces Amalia?

—Cerca de aquí.

—Pero Ud. me ha dado una cita...

—Sí; y doy por recibida su visita, bien que en otro sitio que el indicado. He venido a evitar que mi hermana muera desesperada por sus violencias, teniendo conocimiento por mi criado de que hacia aquí se dirigía Ud. Y esto es lo único que importa por ahora: que mi hermana no muera... Hasta hoy, todo lo he soportado en silencio, pues sólo se trataba de sufrimientos y vergüenzas que recaían sobre mi nombre y mi persona. Pero ahora hay que salvar la vida de dos seres: de la madre y de la hija; de su hija de Ud. señor Reynal. Por eso estoy aquí.

Ocultó la cara entre las manos y se puso a sollozar.

—¡Oh! ¡Amelia! ¡Amelia! imploró Reynal: La esperanza inunda mi alma de nuevo. He sido víctima de una burla inicua, pero era a Ud. a quien yo creía querer en la otra. ¡Apiádese de mí y rehagamos nuestro porvenir!...

—¿Qué está Ud. diciendo señor Reynal? ¿No comprende Ud. que nos encontramos en presencia de lo irreparable? ¿Cómo imagina Ud. que yo podré ocupar en su vida el puesto que mi hermana necesita y reclama? Y por lo que a Ud. respecta, recuerde que no es sólo el caballero, es también el padre el que tiene en estos momentos deberes ineludibles que cumplir...

—¡Oh! Amelia, replicó el joven, no me desespere Ud. así... ¡Piense por su parte en lo injusto de la desgracia que cae sobre mí! No fui yo quién buscó esta situación, y si he caído en un engaño ha sido mi amor por Ud. el que me precipitó en él. Habla Ud. de mi hija... ¿Qué sentimientos quiere Ud. que despierte así de improviso en mi alma esa paternidad que me acaba de ser revelada apenas, y que se deriva de la traición y el dolor? En estos momentos yo no sé, no quiero saber más, sino que Ud. ha sido y es el grande, el único amor de mi vida; que una funesta maquinación me la arrebató por medio de la infidencia; que ahora veo la posibilidad de reconquistarla, y que no por haber sido burlado he perdido el derecho de ser feliz...

—No, Reynal, Ud. desvaría. Ud. no es inocente puesto que ha faltado a la fé jurada y ha aceptado la complicidad en un delito de amores clandestinos. Su deber es ahora aceptar la responsabilidad de sus actos. Y tomando un aire grave y solemne, agregó: Señor Reynal, es necesario que Ud. se coloque en la altura de su delicadeza. A diez varas de aquí, detrás de una pared, yace postrada una mujer, la madre de su hija. Para con ambas tiene Ud. una obligación sagrada.

—¿Luego quiere Ud. que el agraviado recompense las iniquidades de esa mujer con su propio sacrificio?

—La falta de ella es también de Ud. Y yo quiero que mi hermana se salve.

—¿Y prefiere Ud. eso a la reivindicación de su propia fama? ¿Olvida que para las apariencias la culpable es Ud. y no ella?

—Yo renuncio al mundo y me coloco bajo el amparo de Dios. Las saetas de la maledicencia se embotan sobre la coraza de la inocencia y de la virtud. También yo he cometido un error y debo

compurgarlo. En el silencio de la noche he comprimido con mis manos los ojos muchas veces en busca de más obscuridad para cubrir la vergüenza que me causaba el recuerdo de mi ligereza al abrir ancho campo a los avances de una pasión improvisada. He concluido por resignarme a mi suerte, después de llorar largo tiempo mis ilusiones muertas, y luego he rogado a Dios por la enmienda de mi hermana, porque salve Vd. el honor de nuestra casa, y por la vida y el porvenir de tres criaturas desgraciadas... Ya que mi triste destino no me permite ser su esposa, ¡sea Vd. por lo menos mi buen hermano! A mi me espera los solitarios rincones de un claustro...

Abrióse en aquel momento la puerta que comunicaba con el cuarto contiguo, y Amalia apareció en ella. Pálida y desencajada, se adelantó hasta caer de rodillas ante Amelia y Reynal. Esta brusca y dramática entrada impresionó hondamente a los jóvenes.

—¡Perdón! murmuró Amalia sollozante; perdón Amelia por el amor que te robé! ¡perdón Reynal por mi larga mentira...!

—Nada tenemos que perdonarte, Amalia, respondió cariñosamente Amelia. No te atormentes el espíritu y trata de curarte. Todo se arreglará... Ven conmigo; acuéstate; no te expongas así al frío...

La ayudó a levantarse y quiso conducirla de nuevo hacia su lecho en la estancia vecina. Pero Amalia se resistía a marcharse y continuaba sollozando.

La señora de Vargas, advertida momentos antes por un mensaje de Amelia, y al tanto, de tiempo atrás, de cuanto ocurría, se presentó en la habitación. Venía como aliada de las mellizas, pues dirigiéndose a Reynal le habló de este modo:

—Señor Reynal, sálvemos primero a la culpable para salvar con ella a su infeliz hijita...

Reynal continuaba ceñudo y silencioso.

Acercóse aún más a él la señora de Vargas, y dominando la situación, dijo con voz conmovida:

—Hace veintitantos años en el bautisterio de ese templo en donde ha poco sonaban las cinco, recibía el agua bautismal un niño, que había llegado a la vida con desgracia. El mismo lo reconoció así, una vez hombre, recordando con frecuencia estos versos:

El darme vida, la suya  
a mi madre le costó,  
que no perdona la muerte  
ni a la hermosura mayor.

¿Será posible que el hombre que recitando esta estrofa deploraba desde lo más íntimo de su alma no haber conocido las caricias maternas, condene ahora a igual suerte a su propia hija, por culpas ajenas?

Aprovechando la turbación de Reynal, Amelia pasó al cuarto contiguo, trajo en brazos a la tierna criatura que se hallaba en la cama, y se la presentó a aquel. La batalla estaba ganada. El joven agobiado por tantas emociones cedió.

—Olvidaré el pasado, Amalia, dijo, y daré mi nombre a la niña...

Precipitóse Amalia al cuello de Reynal, pero la impresión

que la escena le había producido debió repercutir tan hondamente su débil y trabajado organismo, que quebrantó su equilibrio vital. Una gesticulación extraña distendió su semblante.

—¿Qué tienes Amalia? preguntó Amelia alarmada.

Aquella no contestó. Sus ojos se inyectaron de sangre y lanzó una carcajada salvaje... Luego se le empañó la mirada y por último, sostenida por todos los presentes, cayó en una especie de sopor, y fué conducida al lecho.

El médico, llamado con urgencia, se mostró reservado e inquieto por el estado de la enferma, y sin emitir a su respecto diagnóstico alguno, pidió consultar el caso con otros facultativos. De esta consulta, realizada sin pérdida de tiempo, resultó que Amalia se hallaba en un trance gravísimo. Desde luego, sus facultades mentales habían recibido una conmoción tan violenta, que acaso quedasen alteradas. Además, el organismo debilitado ya por el reciente alumbramiento, acababa de ser sometido a una prueba terrible. Abandonando la cama y sufriendo por añadidura tan rudas impresiones en semejantes circunstancias, Amalia se había jugado la vida. Los médicos temían por otra parte, que algún violento ataque de enagenación mental se produjese de un momento a otro, precipitando el desenlace.

Veinticuatro horas después del acceso antes citado, el silencio rodeaba el lecho de Amalia y la calma reinaba al parecer en su razón. Era el momento decisivo; aquel en que, según los médicos, debía producirse la crisis. Un prolongado y hondo suspiro se desprendió del pecho de la enferma, a la vez que recogía con trémula mano las cortinas que la abrigaban. Recorrió con mirada escrutadora los ángulos de la alcoba y dijo luego:

—¿Y mi hija?...

La señora Estela se apresuró a contestar:

—Está bien Amalia; su nodriza la alimenta en este momento.

—¿Y mi hermana?... Mi noble y generosa hermana, ¿dónde está?...

—Aquí estoy cerca de tí, Amalia.

—¿Y...?

Se detuvo. Esta interrogación incompleta sugería un nombre: el de Reynal.

Luego, volviéndose a la señora de Vargas, añadió:

—Siento una gran languidez, una especie de dulce desvanecimiento, como si estuviera desangrándome en un baño tibio... ¿Qué dicen los médicos de mi estado?

—Los médicos te encuentran delicada, contestó Amelia, pero confían en una pronta reacción. Tranquilízate, pues, que todos te cuidamos.

—¡Como ha de ser! respondió Amalia con marcado desconsuelo: ¡sea lo que Dios y su santa madre se sirvan disponer! Hay sin embargo, una cosa en que yo propia debo ayudarme. ¿No sería prudente aprovechar estos instantes de tranquilidad para ponerme bien con Dios y con el mundo?

—Sí, se adelantó a decir la señora Estela. No es que la precaución sea indispensable, pero Ud. tiene razón: es prudente.

—Y Reynal ¿qué dice?

—Reynal hará lo que sea necesario por su tranquilidad, por su salud y por el porvenir de la niña.

—¡Que venga entonces un sacerdote! concluyó Amalia.

El sacerdote vino, y las supremas ceremonias se cumplieron.

Reynal y Amalia recibieron la bendición nupcial en un altar improvisado junto al lecho. Luego se le administraron los sacramentos a la enferma. Y quiso esta por último, hacer testamento en debida forma, instituyendo heredera de sus bienes, que eran cuantiosos, a su tierna hijita.

Acariciábase ya la esperanza de que Amalia pudiera salvar la vida, en vista del nuevo reposo en que entró después de los actos anteriores, cuando el médico de cabecera declaró, presentándose bruscamente en la estancia en que todos aguardaban:

—Hay que perder toda esperanza; la ciencia nada puede ya y si no media un milagro, su muerte es segura. En estos momentos sufre un nuevo ataque de enagenación mental, y se debate con los que quieren contenerla. Mi opinión es que se debe evitar el violentarla. Mejor es emplear la persuasión y la dulzura para reducirla.

Efectivamente, Amalia se precipitó entre los que así deliberaban, seguida de unos cuantos sirvientes que no se atrevían a sujetarla. Pálida como la luna en sus postreras horas, giró sobre su breve planta buscando a Reynal ansiosa, y en él detuvo su valiente mirada. Mal cubierta por algunas ropas que se había echado encima, el desorden de su vestido la hacía aparecer más impresionante. Semejante a Melpómene armada del agudo puñal de la tragedia, venía ella armada de un manojo de llaves.

—Amalia, ¡por Dios! dijeron todos a una vez.

Ella con la vista clavada siempre en Reynal, prorrumpió otra vez en aquella estridente carcajada con que se anunció su primer ataque.

—¡Ah! pícaro, exclamó, ¡ya te tengo! ¡ya no te me escaparás! ¡ya no te volverás a tu tan deseada Francia!

Y oprimiendo fuertemente el brazo del joven, lo impelía hacia una cómoda de grandes dimensiones.

—¡Aquí! ¡aquí está tu riqueza, toda tu riqueza!

Aplicó una de las llaves que llevaba al último cajón del mueble, dejando de manifiesto un paquete con los documentos robados y algunas talegas de onzas de oro.

—Ja, ja, ja, ja... ¿Sabes como te sustraje tu oro y tus papeles, Reynal? Es muy curioso... ¡En un féretro! Tu sabes que en Quito, los féretros, que transportan los cadáveres de la gente de cierta clase, circulan de noche, sin llamar la atención. Era lo que yo necesitaba; acarrear toda una carga sin llamar la atención. ¿Verdad que la idea fué ingeniosa? ¡Oh! yo estaba en mi derecho al despojarte... Tu me habías salteado el alma; yo te salteaba tu dinero para que no te fueras para que no me abandonaras. Cuando comprendí que iba a ser madre, justamente en los momentos en que tú te mostrabas indiferente, cansado de mi, desdeñoso y esquivo, la cólera y el despecho me ganaron. ¡Por eso ordené que se hiciera el robo con violencia y ensañamiento! ¡Ah! mucho me había costado conquistarte para perderte así, sin luchar. ¿Recuerdas mis cartas fraguadas, como si fuesen de Amelia? ¿Recuerdas como me esforzaba en mantenerte en el engaño? Desde el día que te ví retirarte por vez primera de su lado, comprendí que ibas a dejarme por ella... Y me defendí como pude, con las armas que la pasión me sugirió... Porque yo te amaba locamente Reynal, y hasta en esta forma humillante para mi orgullo de mujer preferí ser tuya antes que perderte...

Nuevamente se demudó la cara de la infeliz Amalia, cual si su arrebató fuese a entrar en otra faz. Las conmociones físicas y morales que sacudían aquel ser, debían ser terribles. Y lo que mas impresionaba a los presentes, eran los fugitivos destellos de razón que alumbraban sus desvaríos, la trágica vehemencia de aquella pasión que ardía todavía con devoradora llama, en medio del derrumbe físico y moral de la existencia que la alimentó.

La desdichada quería llorar y no podía. Sus gritos, sus exclamaciones y sus delirios, salían de su boca entrecortadas por carcajadas que parecían gemidos.

—¿Me perdonas hermana? ¿me perdonas Reynal?, prosiguió cambiando de tono.

—Nada tengo que perdonarte, respondió Amelia. ¡Cálmate por Dios! piensa que la exaltación te mata y que necesitas vivir para tu hija.

—¿Para mi hija, dices?; ¡Ah! es verdad... tengo una hija!... ¡Quiero verla!...

—La niña está bien, señora, se adelantó a decir el doctor. Yo velo por ella; pero sería una imprudencia que Vd. la viese ahora.

La enferma pareció calmarse un poco. Las convulsiones apenas se hacían sentir. Falta de fuerzas, comenzó a dar muestras de postración.

—Acércate Reynal; dijo, viendo que el médico salía. Bien hace ese hombre en dejarnos solos con nuestra leal y generosa amiga...!

La de Vargas le tendió una mano y humedeció la de Amalia con una lágrima.

—¡Ah! si yo pudiera llorar, cuánto consuelo alcanzaría! prosiguió esta. ¡En qué dulzura se empaparía mi febriciente imaginación!... Pero yo debo sufrir... y sufrir... ¡Cuan parecidas somos, Amalia! Pero nó. Tu te pareces a los ángeles y yo a las furias. ¿Porqué me habrá dado Dios esta cabeza de fuego como los volcanes?

De pronto se irguió galvanizada por extraña energía, y se puso a pasearse por la habitación como una fiera enjaulada.

—¡Amalia, querida hermana! acuéstate por favor... eso te hará bien, suplicó Amelia.

—¡Acostarme! ¡Eso es, acostarme! De la cama me hareis pasar entre todos vosotros el sepulcro! comprendo vuestra intención... ¿Conque a la cama ¿eh? ¡Ah traidores! ¡Antes pasará a la eternidad la miserable que fué causa de mi tormento en la vida, y va a ser causa de mi muerte ahora! Crispó sus puños y se colocó ante Amelia que empezaba a temblar.

—¡Amalia! dijo dulcemente Reynal interponiéndose, cálmate, por favor, por el amor que dices que me profesas.

—¡Yo no quiero a nadie!

—¿Ni a tu esposo?

—¡Yo no tengo esposo!

—¿Ni a tu hija?

—¡Yo no tengo hija!... ¡Yo no tengo madre!... ¡Yo no tengo hermana! ¡Todo esto tenía y me lo han arrebatado! Un fuego voraz me abraza la cabeza... eso, eso es lo único que tengo. Mi casamiento ha sido una farsa llevada a cabo con la complicidad de unos cuantos pillos ¡Lo que se quiere, lo que

se trata de hacer es matarme! ¡En vez de remedios se me está dando venenos!

Decía todo esto a gritos que debían oírse desde la calle, acompañando de ademanes descompuestos sus trágicas vociferaciones.

De pronto tomó del brazo a su hermana, y la empujó violentamente hácia la cómoda que había quedado abierta. Y lo que entonces ocurrió fué rapidísimo. Antes de que ninguno de los presentes pudiera intervenir, y ocultando sus ademanes con su propio cuerpo, Amalia hirió a su hermana y se hirió ella misma en el brazo con unas tijeras. Luego vertió en ambas heridas unas cuantas gotas de un pomo que disimuladamente había extraído antes del cajón y conservaba en la mano. El efecto fué fulminante. Ambas hermanas rodaron sobre el pavimento.

—¡Socorro!

—¡Doctor! ¡doctor!

—¡Virgen Santísima!

Alarmado por estas voces de angustia, el médico que se hallaba cerca atendiendo a la niña, entró precipitadamente en la habitación.

—¿Qué es esto? ¿Qué hay?

—¡Esto! dijo Reynal alzando el pomo caído a los pies de Amalia, y leyendo un rótulo que llevaba esta inscripción: "Curare".

—¿Curare? repitió el médico anhelante, apoderándose del frasco.

Entretanto la sangre escapada de las heridas de las mellizas, aparecía congejada. El médico se arrodilló ante los cuerpos y los examinó. Ambas hermanas estaban muertas.

Más tarde supo Reynal qué era el Curare. Era un veneno vegetal, de fulminante acción mortífera, descubierto y usado por los indios de aquellas comarcas para emponzoñar sus flechas y sus picas. Se trata de un yerba aparragada, de hoja pequeña descolorida y rala, que crece escondiéndose de la luz y del calor del sol, bajo la protección de otras plantas insignificantes. Se produce sobre todo en las márgenes del Orinoco, y mata con su vecindad a las plantas débiles; siendo de notar que la llamada cepa caballo la resiste. Hervida en agua la raíz de esta yerba, convierte el líquido aquel en un tóxico de mayor poder que cualquier otro de cualquiera de los tres reinos. Su acción se ejercita directamente sobre la sangre, por pequeño que sea su contacto con ella.

Tal era el agente que le había servido a Amalia en su dramático y funesto ataque de locura.

No terminó allí esta tragedia que se recuerda todavía en Quito con horror. La madre de las melizas, que en su retiro de enferma ignoraba todo cuanto se relacionase con la anterior intriga, fué impuesta de improviso, sin precaución alguna, de la muerte de sus hijas, por alguno de los muchos comedidos indiscretos que acudieron al lugar del suceso. Quince días después, la anciana moría también por el golpe que su extenuado organismo no pudo resistir.

He aquí referida la historia de Reynal, tal como aquel me la contara durante las cuatro noches de nuestro viaje a bordo del Sud Americano. Es en verdad un episodio comparable con los que figuran en las terribles páginas de los Atridas. Que su relato me conmovió profundamente, lo prueba el hecho de que recuerde todavía sus peripecias a través de tantos años. Como recuerdo también, todavía, las palabras con que Reynal lo terminó, mientras navegábamos ya cerca del puerto, bajo las estrellas esplendentes.

—Aquella luminaria que aparece a nuestra derecha. — me dijo — es el Pichincha, que alumbrará todavía por miles de años los campos en que cayeron los campeones de la libertad de Sud América. Esos puntos oscuros que se balancean y remueven en el espacio, son falanges de aves de toda especie que la línea ecuatorial atrae. Y estas lágrimas, que no puedo contener, son promovidas por los recuerdos de mi infancia. Este fué el primer cielo que ví; estas aguas que surcamos son las primeras en que me sumergiera cuando niño. ¡Oh! versátil naturaleza humana! Tiempo hubo en que miré como una dicha abandonar estas playas para siempre; y ahora que del pasado no me queda más que el recuerdo de dos tumbas, todo me parece más llevadero que dejar de ver estos montes, esas nubes, esos fuegos, esas naves y estos mares... Sin embargo, un juramento me obliga... Me expatriaré de ne nuevo hasta el fin de mis días. Estamos ya en las aguas del Guayaquil. Mañana nos hallaremos en Quito. Dentro de un mes partiré otra vez con rumbo a Europa.

A la mañana siguiente, al punto en que el metálico sonido de la cadena del ancla anunciaba a los pasajeros que el Sud Americano estaba fondeando, Reynal, que primero que yo había subido a cubierta, salióme al encuentro, seguido de una muchachona que traía en sus brazos una preciosa criatura.

—¿Su hijita de usted?, le pregunté.

—Sí.

—¡Bellísima criatura! ¿Cómo se llama?

—Esmeralda.

—¿Esmeralda?

—Sí; he querido que lleve el nombre de la prenda que compartió las palpitaciones del corazón más noble que halla existido. Por mi parte, no me separo jamás de ella.

Y Reynal desabrochándose el chaleco, puso de manifiesto una hermosa esmeralda engastada en oro y circuida de brillantes.

—La fosa que guarde mis restos, agregé, guardará también la alhaja. Dejaré América para siempre a fin de que mi hija no conozca jamás la triste historia de su nacimiento.

Pocas horas después estábamos en Quito. Mi amistad con Reynal se estrechó durante nuestra permanencia en la capital de Ecuador, y cuando llegó el momento de separarnos, mi amigo me propuso con insistencia que lo acompañase a Europa. Pero el puñal del Nerón argentino derramaba todavía sangre en la lejana patria. Mi padre había muerto en las puertas mismas de mi hogar, perseguido por sicarios del tirano. Por toda familia tenía yo allá una madre y una hermana. Ellas, a excepción de mí, a nadie tenían en el mundo. No era el centro de las grandes sociedades, no era el aturdimiento de los placeres lo que yo ambicionaba. ¡No! La mano vengadora de la justicia eterna había signado la hora de la redención de la patria, y en una más fuer-

te y bien combinada cruzada, los proscriptos debíamos volver a luchar contra Rosas .

Elejí el camino que el patriotismo me señalaba, y opté por volver a mi querida tierra, en donde de nuevo me armé soldado contra el déspota.

Reynal tomó el camino movedizo de los mares. Yo el de las escarpadas rocas detrás de las cuales encontraría mis llanuras argentinas.



# **INDICE**



## INDICE

---

	<u>Pág.</u>
<b>Pedro Echagüe.</b> . . . . .	4
<b>Introducción de Narciso S. Mallea</b> . . . . .	9
<b>Apuntes de un Proscrito:</b>	
Libro Primero . . . . .	19
Libro Segundo . . . . .	41
Libro Tercero . . . . .	69
<b>Mártires Argentinos</b> . . . . .	95
<b>La Chapanay</b> . . . . .	129
<b>Cuatro noches en el mar</b> . . . . .	183



*Johann Knoy & Linari*  
*Impresores.*

*Pasco 635 - U.C. 348 Mitre*  
*Buenos Aires*



# Revista de Filosofía—Cultura, Ciencias, Educación

PUBLICACIÓN BIMESTRAL, DIRIGIDA POR EL

**Dr. José Ingenieros**

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina

Exterior, " 5 " oro

Redacción y Administración: Av. de Mayo 638—Buenos Aires

## "La Cultura Argentina" Ediciones de obras nacionales

"LA CULTURA ARGENTINA" no tiene subvenciones ni vende ejemplares a las reparticiones públicas.

"LA CULTURA ARGENTINA" se edita en el país y vende los libros a precio de costo.

"LA CULTURA ARGENTINA" persigue fines educativos y no es una empresa comercial.

### Biblioteca formato mayor \$ 2 m/n.

- Mariano Moreno*.—Escritos políticos y económicos.
- \* *General José M.<sup>a</sup> Paz*.—I. Campañas de la Independencia.
- \* *General José M.<sup>a</sup> Paz*.—II. Guerras Civiles.
- General José M.<sup>a</sup> Paz*.—III. Campañas contra Rosas.
- Juan M.<sup>a</sup> Gutiérrez*.—Origen de la enseñanza pública superior.
- Juan M.<sup>a</sup> Gutiérrez*.—Ensayo sobre Juan Cruz Varela.
- \* *Juan B. Alberdi*.—Estudios económicos
- Juan B. Alberdi*.—Sistema Económico y Político de la Confederación.
- Antonio Zinny*.—Historia de los Gobernadores. (5 vol.)
- Vicente Fidel López*.—Manual de la Historia Argentina.
- Vicente Fidel López*.—La novia del Hereje o la Inq. en Lima.
- Samuel Haigh*.—Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú.
- Capitán Andrews*.—Viaje de Buenos Aires a Potosí y Arica.
- Capitán F. B. Head*.—Las Pampas y los Andes.
- Roberto Proctor*.—Viaje por la Cordillera de los Andes.
- Juan y Guillermo Robertson*.—La Argentina durante la Revolución.
- Basilio Hall*.—El General San Martín en el Perú.
- Alejandro Gillespie*.—Buenos Aires y el Interior.
- J. Antonio King*.—24 años en la República Argentina.
- Domingo F. Sarmiento*.—Conflicto y armonías de las razas.
- Bartolomé Mitre*.—Rimas.
- Mariano A. Pelliza*.—La Dictadura de Rosas.
- Amancio Alcorta*.—La instrucción secundaria.
- Manuel Bilbao*.—Historia de Rosas.
- Hilario Ascasubi*.—Santos Vega o los mellizos de la Flor.
- \* *José M. Ramos Mejía*.—Las neurosis de los hombres célebres.
- Angel Justiniano Carranza*.—La revolución del 39.
- Martin García Mérou*.—Ensayo crítico sobre Alberdi.
- Aristóbulo del Valle*.—Oraciones Magistrales.
- Aristóbulo del Valle*.—Discursos Políticos.
- \* *Florentino Ameghino*.—Filogenia.
- Florentino Ameghino*.—Antigüedad del Hombre en el Plata. (I).
- Florentino Ameghino*.—Antigüedad del Hombre en el Plata. (II).
- Vicente G. Quesada*.—Vida intelectual en la América Española.
- Vicente G. Quesada*.—Historia Diplomática Sud-Americana.
- Vicente G. Quesada*.—La Política de Brasil en el Río de la Plata.
- Julio Victorica*.—Urquiza y Mitre.
- Carlos Octavio Bunge*.—Nuestra América.
- Carlos Octavio Bunge*.—Estudios Filosóficos.
- Carlos Octavio Bunge*.—Evolución de la Educación.
- Carlos Octavio Bunge*.—Educación Contemporánea.
- Carlos Octavio Bunge*.—Teoría de la Educación.
- Pedro Echagüe*.—Teatro.
- Pedro Echagüe*.—Memorias y Tradiciones.

\* Títulos agotados.

## "La Cultura Argentina" Ediciones de obras nacionales

Biblioteca formato menor \$ 1 m/n.

- Manuel Moreno.—Vida de Mariano Moreno.  
Bernardo Monteagudo.—Escritos políticos.  
José I. Gorriti.—Reflexiones.  
\* Juan Cruz Varela.—Poesías completas.  
José de Arcuales.—Campana de la Sierra.  
\* Esteban Echeverría.—Dogma socialista y plan económico.  
\* Esteban Echeverría.—La Cautiva.—La guitarra.—Elvira.  
\* Francisco J. Muñiz.—Escritos científicos.  
\* Juan B. Alberdi.—Bases.  
\* Juan B. Alberdi.—Cartas quillotanas.  
Juan B. Alberdi.—Lus del día.  
\* Juan B. Alberdi.—El crimen de la guerra.  
Juan B. Alberdi.—Derecho Público Provincial Argentino.  
\* Domingo F. Sarmiento.—Facundo.  
\* Domingo F. Sarmiento.—Recuerdos de Provincia.  
Domingo F. Sarmiento.—Argirópolis.  
\* Domingo F. Sarmiento.—Las ciento y una.  
Marcos Sastré.—El Tempe Argentino.  
Bartolomé Mitre.—Ensayos Históricos.  
\* José Mármol.—Armonías.  
José Mármol.—Cantos del Peregrino.  
José Hernández.—Martín Fierro.—La vuelta de Martín Fierro.  
\* Andrés Lamás.—Rivadavia.  
\* Olegario V. Andrade.—Poesías completas.  
Ricardo Gutiérrez.—Poemas.  
\* Ricardo Gutiérrez.—Poesías líricas.  
Vicente G. Quesada.—Historia colonial argentina.  
Nicolás Avellaneda.—Escritos literarios.  
\* Francisco Ramos Mejía.—El federalismo argentino.  
Martín García Mérou.—Recuerdos literarios.  
Martín García Mérou.—Estudios Americanos.  
Lucio V. López.—Recuerdos de viaje.  
Alejo Peyret.—La Evolución del Cristianismo.  
Pedro Goyena.—Crítica literaria.  
\* José Manuel Estrada.—La política liberal bajo la tiranía de Rosas.  
Miguel Cané.—Juvenilla.  
Miguel Cané.—Prosa Ligera.  
\* Miguel Cané.—Charlas literarias.  
\* Miguel Cané.—En Viaje (1881-1882).  
Miguel Cané.—Notas e impresiones.  
Miguel Cané.—Enrique IV de Shakespeare.  
Miguel Cané.—Ensayos.  
Miguel Cané.—Discursos y Conferencias.  
Santiago Calzadilla.—Las Beldades de mi tiempo.  
Florentino Ameghino.—Doctrinas y descubrimientos.  
Luis M. Drago.—Los hombres de presa.  
Fray Mocho (José S. Alvarez).—Memorias de un vigilante.  
Fray Mocho (José S. Alvarez).—Un viaje al país de los matreros.  
Fray Mocho (José S. Alvarez).—En el mar austral.  
Fray Mocho (José S. Alvarez).—Cuentos.  
Fray Mocho (José S. Alvarez).—Salero criollo.  
\* Agustín Alvarez.—La creación del mundo moral.  
\* Agustín Alvarez.—¿Adónde vamos?  
\* Agustín Alvarez.—Manual de patología política.  
\* Agustín Alvarez.—Educación Moral.—Tres repiques.  
Agustín Alvarez.—South América.  
Agustín Alvarez.—La transformación de las Razas en América.  
Agustín Alvarez.—Historia de las Instituciones Libres.  
Agustín Alvarez.—La herencia moral de los pueblos americanos.  
Juan B. Ambrosetti.—Supersticiones y leyendas.  
\* Florencio Sánchez.—Barranca Abajo.—Los muertos.  
\* Evaristo Carriego.—Misas herejes.—La canción del barrio.  
\* Raquel Camaña.—Pedagogía social.  
Raquel Camaña.—Dilettantismo sentimental.  
Carlos Ortiz.—El poema de las mieses.  
Carlos Ortiz.—Rosas del Crepúsculo.  
\* José de Maturana.—Naranjo en flor.  
José de Maturana.—Canción de Primavera.

\* Títulos agotados.

Pedidos a VACCARO: Av. de Mayo 638 — Buenos Aires